

GRANDEZAS
DEL
CATOLICISMO

Y.
GLORIAS ESPAÑOLAS.

SERMONES HISTÓRICO-APOLOGÉTICOS, PANEGÍRICOS
Y ORACIONES FÚNEBRES,

POR EL EXCMO. É ILMO. SR. DOCTOR

D. FRANCISCO SÁNCHEZ JUÁREZ,

PROTONOTARIO APOSTÓLICO, AUDITOR DEL SUPREMO TRIBUNAL
DE LA ROTA DE LA NUNCIATURA.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

MADRID.

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJA DE FUENTENEbro,
Bordadores, 10.

1892.

8601

A-hh-~~h~~

(1) (1) (1) (1) (1)

(1) (1) (1) (1) (1)

GRANDEZAS DEL CATOLICISMO

Y

GLORIAS ESPAÑOLAS.

GRANDEZAS
DEL
CATOLICISMO
Y
GLORIAS ESPAÑOLAS.

SERMONES HISTÓRICO-APOLOGÉTICOS, PANEGÍRICOS
Y ORACIONES FÚNEBRES,

POR EL EXCMO. É ILMO. SR. DOCTOR

D. FRANCISCO SÁNCHEZ JUÁREZ,

PROTONOTARIO APOSTÓLICO, AUDITOR DEL SUPREMO TRIBUNAL
DE LA ROTA DE LA NUNCIATURA.



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.



MADRID.

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJA DE FUENTENEbro.
Bordadores, 10.

1892.

HOC AUTEM PRO CERTO HABET QUI TE
COLIT, QUOD VITA EJUS, SI IN PROBATIONE
FUERIT, CORONABITUR.

ESTO TIENE POR CIERTO ¡OH DIOS MÍO! TODO
AQUÉL QUE TE REVERENCIA, QUE SI SU
VIDA SE VIERE EN PRUEBA, SERÁ CORO-
NADO.

TOB. III., 21.



A LA MEMORIA

DE MI AMADA HERMANA MARIA DE GRACIA,

*mujer fuerte probada sin cesar con la tribulación
y el sufrimiento, purificada por la aceptación hu-
milde del dolor y del sacrificio, siempre alentada
y gozosa por su conformidad con los designios
de la Providencia Divina,*

en testimonio

*de bendiciones perdurables, y como extensión de
mi cariño, de mi gratitud, de mis paces y de mis
lágrimas,*

El Autor.

SERMON

PREDICADO EL 2 DE ENERO DE 1864

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE GRANADA,

EN LOS SOLEMNES CULTOS QUE,
PARA CONMEMORAR EL ANIVERSARIO DE LA RECONQUISTA DE DICHA CIUDAD
POR LOS REYES CATÓLICOS D. FERNANDO Y DOÑA ISABEL,
CELEBRAN ANUALMENTE Y DE ANTIGUO ACUERDO
EL CABILDO ECLESIASTICO METROPOLITANO Y EL MUNICIPIO DE LA MISMA.

Fides, spes, charitas, tria hæc.

Hay estas tres cosas, fe, esperanza, caridad.

S. Pablo, Ep. 1.^a á los Corint. XIII, 13.

EXCMOS. SRES. :

CUANDO la justicia ha grabado su indeleble sello sobre alguna página de la historia de un pueblo, esa página brilla perpetuamente como un título glorioso, monumento legado á la admiración y á la gratitud de las edades venideras. Todas las inteligencias privilegiadas le presentan respetuosas sus altos homenajes: todos los grandes corazones le ofrecen los testimonios de su entusiasmo: todos los labios modulan suavemente una oración y cantan sin cesar sus dulces alabanzas.

En este día, Señores, venimos á leer una de esas hermosas páginas de nuestra historia nacional; la conquista de Granada, última preciosa joya que arrancan á la media luna los afortunados

Monarcas Fernando V de Aragón é Isabel I de Castilla. Por eso al mágico sonido de una campana que recuerda tantas glorias y llama hoy á este sagrado recinto hasta á los moradores de nuestra pintoresca vega, acompañan las tiernas efusiones del alma. Por eso aquel acontecimiento venturoso está á la vez consagrado por la Iglesia y lleno de bendiciones por la humanidad. Por eso la memoria de tan esclarecidos Reyes, así ha merecido los elogios de los escritores católicos, como ha hecho brotar rasgos de admiración y de respeto de las plumas de los historiadores protestantes. En suma: la religión y el patriotismo, la razón y el sentimiento, todo está enteramente de acuerdo para ensalzar ese suceso extraordinario. Hacia muchos siglos que lo había escrito el Sabio en sus Proverbios: *La justicia levanta á las naciones* (1); *y los reyes que sobre tronos de justicia se sientan, disipan en derredor todo mal con su mirada* (2).

¡Alégrate, pues, Ciudad ilustre de risueño cielo y de imperecederos recuerdos; sitio privilegiado cuya poesía arrebatada y cuyas leyendas seducen y cuya historia asombra! Las cadenas de tu larga y ominosa esclavitud se han roto: de tus altos alminares se ha desprendido la enseña del Islam y en ellos ondea la Cruz cristiana: tus mezquitas se tornarán en sagradas y majestuosas Basílicas: en

(1) Cap. XIV, vers. 34.

(2) Cap. XX, vers. 8.

el lugar donde crecía la palmera de Edóm se ha de plantar un cedro de tradición bendita; y las aguas de tus ríos, que arrastran arenas de oro y plata, no se verán ya tintas con la sangre generosa de los mártires.

La lucha, Señores, ha sido encarnizada y ha durado cerca de ocho centurias. La Arabia y el Magreb fueron arrojando ejércitos tras ejércitos sobre nuestro infortunado país, numerosos como las arenas de sus desiertos y como las hojas de los árboles de sus bosques, y entre los invasores abundaron alternativamente los héroes, los sabios y las almas feroces. ¿Cómo ha podido España reconquistar su independencia, venciendo con triunfo tan completo á aquellas aguerridas y formidables huestes? El sentimiento religioso ha realizado el gran milagro. Un rayo de fe que iluminó las montañas de Asturias, lanzado á cuarenta generaciones de Reyes, concluye en nuestro territorio con la dominación agarena, é Isabel y Fernando terminan en Granada el edificio principiado por Pelayo en Covadonga. Es que á la Fe, esa palabra poderosa, la Religión y la Patria añadian constantemente otras dos bellas palabras; esperanza y amor. *Fides, spes, charitas, tria hæc.*

Una oración pronunciada desde esta Cátedra ante un Pueblo que celebra el Aniversario del día de su libertad, no debía ser otra cosa que un cántico Eucarístico: el trino del ave que saluda á los árboles por su vestido de primavera; la acción de

gracias del Profeta de Israel por la regeneración de la ciudad prostituida; la alegría purísima del Angel cuando se salva el alma que custodia. Pero las imaginaciones vehementes cruzando por el periodo más brillante de nuestra nacionalidad; un Pueblo esencialmente religioso que escuchaba entusiasmado las virtudes y las hazañas de sus mayores, hacían casi necesario que á la solemnidad de hoy se enlazaran el panegirico y los pormenores de la historia.

Aceptando yo, Señores, la costumbre establecida, trataré de ampliaros el pensamiento condensado en la siguiente proposición:

La conquista de Granada que realizaron nuestros Católicos Reyes, es digna de las bendiciones del mundo, porque en ella están impresas con indelebles caracteres estas tres santas palabras: fe, esperanza, caridad, Fides, spes, charitas, tria hæc.

Quizá en ninguna ocasión me sentí tan hondamente conmovido como me encuentro en este instante. Hacia ya muchos años que no ocupaba este sitio, y este sitio debía ser muy amado para mi alma. Bajo estas bóvedas sagradas se preparó mi vocación: en esos honrosos asientos se formó un porvenir que me sonrió tantas veces, y la vez primera que subía á esta misma Cátedra para anunciar el Evangelio, recibía un dulce beneficio, de esos que no olvida jamás un corazón honrado.

Acogido yo siempre por vosotros con la más bondadosa indulgencia, confío en que me perdonaréis haberme ocupado este momento de mí mismo: era un pequeño desahogo que el espíritu necesitaba y que infunde en él un consuelo inefable. Invocad ahora en favor mío las inspiraciones de la gracia divina, por medio de esa Virgen que oye todas las oraciones sinceras, la celestial María, á la cual saludaremos con el Angel: AVE GRATIA PLENA, ETC.

EXCMOS. SRES.:

EL hombre del río y el hombre del bosque, el Ibero y el Celta se habían aliado para hacer de la España una nación valiente y generosa. El Fenicio fué el primer huésped que abusó de su generosidad y el primero también que experimentó su valor. Vino luego el Cartaginés pérfido, con aquella dominación que pasó como el agua de las tormentas, y Sagunto escribió una protesta inmortal contra su alevosía. Llegó el hijo de Roma que, durante dos siglos, siguió en nuestro país el camino del avaro y lo aprisionó después, ora con doradas cadenas, como Augusto, Vespasiano y Antonino, ora con yugo insoportable, como Calígula, Decio y Maximiano; y España, explotada por los procónsules y los pretores, le presentó batallas y le enseñó á Numancia: España floreciente le dió gloria por gloria: España cristiana y perseguida humilló á los tiranos con sus innumerables mártires. El Norte, que había de regenerar al Occidente, trajo más adelante entre sus tribus al Godo. Ataulfo y

los Reyes que le suceden van dando á España libertad, recibiendo de ella, en cambio, la civilización y las verdaderas creencias, y el Reino crece hasta Recaredo y Suintila, sostiénese con Recesvinto y Wamba, y va á hundirse con Witiza y Rodrigo. Los hijos del Profeta han hollado con su planta las playas españolas: la monarquía goda sucumbe en Guadalete, y las huestes de Tarik y de Muza se desbordan, como la recia avenida de un torrente, por todos los ámbitos de la Península.

Yo, Señores, no vengo á hacer un discurso académico, y no me detendré, por tanto, á examinar la cultura y la civilización árabes que han merecido tan grandes elogios á algunos historiadores. A mí me admiran las nobles figuras de Abderrahman I y Alhakem I por humanos, y me aterran las de Abderrahman II y Mohammed I por crueles. El Omniada protegiendo y cultivando las ciencias, y llevando la literatura al más alto grado de esplendor con Abderrahman III y Alhakem II, no es el Almoravide quemando la biblioteca de Merwan, ni el Almohade feroz y sanguinario como las panteras de sus selvas. Yo sólo vengo á ver la parte que cabe á la Religión en las glorias de la reconquista, y á gozarme con ellas. Yo, como ciudadano, amo mucho la independencia de mi Patria. Yo, como Sacerdote, quiero ver ondear sobre los alminares agarenos el estandarte de la Cruz!

Y ondeará, católicos. De ese árbol godo que

han tronchado los vientos del Oriente, un héroe ha separado una rama que planta en tierra agradecida, y, rociándola con un agua misteriosa, la hace llegar á ser otro árbol gigantesco que ha de abrazar un día con su ramaje dos mundos. El héroe se llamaba Pelayo; la rama trasplantada es el reino de Asturias; el agua que fecundiza prodigiosamente ese reino es la fe del Cristianismo.

Todas las grandes conquistas llevan en sí un carácter especial que las distingue. A Alejandro le guía un amor desordenado de gloria; á los Romanos un frenesí de universal dominación; á los Bárbaros del Norte la necesidad de mejores países; á los Arabes el fanatismo; á Colón el genio; al déspota moderno esa ambición y ese orgullo desmedidos que no le consienten respetar á un Pontífice venerable. La reconquista de España es obra en que domina el sentimiento religioso. El Cántabro y el Astur pudieron someterse, después de tres siglos de increíbles esfuerzos de heroísmo, ante un enemigo que les conservaba sus creencias; pero ante unos invasores que venían á imponerles una religión nueva, no retrocederán jamás.

Esa resistencia admirable no puede ser la fuerza que se mide con la fuerza. Allí no hay más que un puñado de valientes que combate á un ejército numeroso y aguerrido, peleando uno contra cuatro, contra ocho, contra diez; pero esos hombres están alumbrados por la luz de la revelación: saben que los más florecientes imperios y los más

poderosos tiranos pueden caer heridos por la mano de la Providencia, y exclaman, como un Rey de Judá, al principiar la lucha: *Señor, no hay para Ti diferencia en salvar ó con pocos ó con muchos. Ayúdanos, porque teniendo en Ti y en tu nombre la confianza, hemos venido contra esta multitud* (1).

Y el sol de la fe alumbra la primera victoria en Covadonga, y cada risco de aquellas quebradas montañas es un astro que guía á los españoles en el camino de su generosa cruzada. En prueba de que esa fe profunda es la que teje tantas coronas de triunfo para nuestra Patria, ved á los guerremos llevar á los templos sus banderas para que la Iglesia las bendiga con el agua sagrada, purísimo rocío del cielo, y con sus tiernas oraciones. Ved las figuras colosales de Alfonso el Católico y Alfonso el Casto atribuyendo sus victorias al Dios de los ejércitos: á Alfonso el Magno engastar en oro la cruz de roble de Pelayo para presentarla como ofrenda ante un altar: á Alfonso VI, Ordoño I, Fernando el Santo y Alfonso XI, llevar los testimonios de su devoción y su reconocimiento á las iglesias cristianas. Ved, por último, á aquellos valerosos soldados que divisan frecuentemente en el espacio la luz que los dirige, ó la Cruz que los alienta, ó al Apóstol que descende para combatir á su lado. Señores, yo no discutiré en este momento con la incredulidad ó la crítica si se verificaron

(1) Paralipom., XIV, 11.

todos esos milagros. La Iglesia ha consignado realmente algunos de ellos: esas fechas gloriosas que se llaman Covadonga, Clavijo, las Navas, el Salado, existen en nuestra historia: aquellas piadosas tradiciones, ese libro del corazón cuya letra es tan eterna como el sentimiento que inspira, se han transmitido hasta nosotros, y esto me basta para poder exclamar con júbilo inefable: *¡La victoria con que hemos vencido al mundo, es nuestra fe!* (1).

Próximo á terminar el siglo XV, había en España una ciudad que resumía toda la gloria y todo el poderío de la dominación musulmana; y había también dos monarcas cristianos que recibieron en herencia toda la fe y todo el heroísmo de sus antepasados. La ciudad era la antigua Iliberi, la Granada del árabe; pueblo amado de la naturaleza que lo arrullaba entre dos ríos y lo cubría de flores: pueblo amado de la fábula que le daba un origen poético: pueblo amado del arte, por el palacio que elevan Alhamar y Jusef: pueblo, sobre todo, amado de la Religión, á la que da, para el catálogo de sus Pastores, á Cecilio, Gregorio Bético y Regismundo; para la suma de sus Concilios, al Iliberitano, y para su martirologio, á Rogelio, Pedro Pascual, Raimundo de Blanes, Arnaldo, Juan de Granada, Pedro de Malasanc, Pedro de Dueñas y las santas é ilustres vírgenes Juana y María.

(1) Joann., V, 4.

Los reyes eran Fernando V é Isabel I: Isabel, mujer incomparable, madre tierna, Reina insigne; inteligencia que se comunica, corazón que se reparte, fuerza y dulzura, modestia y majestad, hermosura y discreción; reparadora de injusticias, restauradora de la dignidad de la monarquía, enaltecedora del pueblo, aurora permanente sobre el horizonte de la Religión y de la Patria. El inexorable Tácito no hubiera encontrado una censura para ella. Fernando, esposo modelo, guerrero esforzado, Rey justo, piadoso, sagaz, activo, fecundo en recursos, prudente, sobrio, amante del pueblo, á cuyos hijos eleva á la participación de los más altos cargos del Estado, y tan afable y dulce que, según uno de los más fieles cronistas (1), no se le podía hablar sin amarle. El Angel tutelar de la España debió, Señores, sonreír al contemplar ese enlace, bajo cuya influencia el Reino crece, va á formarse la unidad política, y la Religión se asentará majestuosa sobre la cúspide del edificio.

¿Qué móvil ha podido impulsar á esos Reyes á acometer la difícil y arriesgada empresa de la conquista de Granada? Han sido los vivos resplandores de la fe cristiana que inflama los sentimientos de su acendrado patriotismo. El celo de la gloria de Dios los consume como á los Macabeos, y, como ellos, creen que libertarán á su pueblo para engrandecer al Señor. Su fe se robustece con la fe

(1) Hern. del Pulgar, cap. 3.º

de los hijos de la Patria que les autorizan y bendicen: su fe se exalta con los monumentos que erigen á la Religión: su fe triunfa con la fe de sus capitanes intrépidos y sus infatigables soldados. De los lugares por donde pasan esos Soberanos con su ejército, parecen reverdecer los huesos de tantos guerreros que sucumbieron en sangrientas lides, y nos figuramos escuchar el grito fervoroso de las víctimas que dicen: «¡Por el triunfo de nuestra fe morimos; combatid por la fe!» y el camino que se sigue en esa última lucha irá todo sembrado con testimonios irrecusables de aquella virtud consoladora: será como la estela que va dejando el buque en la superficie de los mares, pero perpetuamente indeleble con sus blancas espumas.

Los Monarcas levantarán por cada victoria un templo: el nombre de una ciudad (1) atestiguará siempre la causa de la guerra, recordada religiosamente en el frontis de su Basilica, y los denodados caudillos que tanto abundan en aquella campaña inolvidable, imprimirán el sello de sus firmes

(1) Santa Fe, edificada en la vega de Granada por los Reyes Católicos el año 1491. Habiendo conseguido los moros en aquel famoso cerco incendiar el campamento cristiano, Doña Isabel y D. Fernando resolvieron levantar una ciudad en vez de plantar nuevas tiendas, ya para mayor seguridad y abrigo de los sitiadores, ya para hacer comprender á la corte de Boabdil su firmísimo propósito de no desistir de tan gloriosa empresa hasta que Granada se rindiese.

creencias en sus más ruidosos hechos de armas, desde el piadoso caballero Juan de Vera, que defiende con la espada en la mano el misterio de la Concepción Inmaculada en la corte de Muley, hasta Hernán Pérez del Pulgar, que clava con su puñal en la mezquita la tabla del AVE MARÍA, y el joven Garcilaso que corona brillantemente tan inmortal hazaña.

Esa planta misteriosa de nuestra fe ha recibido la bendición del Cielo, que la enriquece con perfumadas flores y delicados frutos. Las flores son la esperanza, y los frutos son la caridad. *Fides, spes, charitas, tria hæc.*

¿Habrà, Señores, una cosa más dulce, ni más suave, ni más risueña, ni que más se apodere del corazón del hombre, y lo domine, que la esperanza? Y si, agobiados por las desgracias y los dolores de la vida, ponemos un pié sobre la tumba y levantamos el vuelo de nuestro espíritu hasta el cielo, ¿habrá una virtud tan resignada, tan fecunda ni tan consoladora? ¡Oh! La esperanza es el aroma de nuestra existencia, es la luz que alumbrá nuestro camino desde el presente hasta la eternidad, es la gracia de Dios que suele realizar el secreto de hacer al hombre más feliz cuanto es más desgraciado.

Ahora bien; este fácil y abundantísimo tesoro que tiene la Iglesia para todos sus hijos, lo brinda muy especialmente al guerrero cristiano. Y es que

el guerrero es el hombre del peligro , y por eso le veréis generalmente con excelente fondo religioso, que me lo representa como al botón que contiene la flor y sólo espera un rayo de sol para abrir su corola y exhalar su fragancia. Pero cuando se esclarece su razón con todo el esplendor de la fe pone siempre su confianza en el Cielo, y , armado con este impenetrable escudo, no desmaya jamás. El lucha hasta la intrepidez y el heroísmo, porque esa confianza en Aquél *que no necesita de lanza ni de espada para otorgar el triunfo* (1), no consiste en una timidez cobarde ni en una inacción imprudente que todo lo confie á una Providencia que no se ha comprendido y que se confunde con la fatalidad. A veces el guerrero teme por el éxito de la batalla, y su mirada se encuentra con la bandera que le recuerda su religión y la honra de su patria, y cobra nuevos bríos y se entusiasma y acomete y vence. ¡Gracias, Dios mío! exclama; y de esa esperanza realizada ha nacido una oración , y de esta oración renacen mil y mil esperanzas!

Más aún, Señores: un Príncipe presenta ó acepta la batalla para defender un buen derecho ; pero la fortuna le es adversa, porque Dios, en sus juicios inescrutables , permite alguna vez el triunfo del ambicioso y del tirano. Ese Príncipe aguardará todavía , porque la esperanza del cristiano revive de sus mismas desgracias , se multiplica con

(1) Reg. XVII, 47.

los golpes de la adversidad, y produce la constancia del justo en el más alto grado. Y si otra y otra vez es vencido, otra vez y siempre confiará en la Justicia divina: su virtud le dará, al ménos, la esperanza de una victoria que todo el poder del mundo no podrá arrebatarle.

Tal es la preciosa é interesante historia de nuestra España en los siglos de la dominación árabe. Las ciudades se rinden y los ejércitos sucumben; pero el corazón alienta, porque la esperanza le da vida. Las funestas batallas de Valdejunquera y Gormaz son vengadas en los campos de Caltañazor: los terribles desastres de Zalaca y de Uclés se compensan con Zaragoza y Calatrava: la derrota de Alarcos se olvida con las Navas de Tolosa. Para el Omniada tan victorioso con Almudahfar y Almanzor tuvimos á Fernán González y á Bermudo II; para el Almoravide Jusef, á Alfonso de Aragón y á Alfonso VII; para el Almohade Aben Yacub al VIII de los Alfonsos. Nosotros veremos con el alma apenada las divisiones de nuestros reyes y correr de vez en cuando sangre de españoles que pelean contra españoles en luchas fratricidas; mas, á pesar de todo, la fe religiosa se mantiene y habrá de realizar un día nuestras hermosas esperanzas.

El sol de ese día, católicos, há aparecido sobre nuestro horizonte. ¿Oís ese grito de guerra que suena sobre los muros de una plaza, mezclado con los gemidos de los moribundos y acompañado del

rugido de la tempestad? Es, Señores, la infortunada villa de Zahara, la triste víctima de la perfidia de Muley , que escribe con su misma mano la primera página de la ruina de su Imperio. Volved ahora la vista y divisaréis, en cambio, á un Capitán ilustre que avanza entre tierra de moros á la cabeza de un pequeño ejército. Es el célebre Ponce de León, Marqués de Cádiz, cuyo bello retrato nos ha dejado escrito el moderno historiador Washington Irving, que se apodera rápidamente de Alhama, la llave de Granada , donde legaron á la posteridad sus nombres Diego de Merlo y Ortega de Prado. ¿Veis la cuesta de Alboacén teñida con la sangre de muchos héroes y donde cae cadáver un Girón, Maestre de Calatrava? De ese revés nacerá otro rayo de esperanza enviado al corazón de los reyes y á la España toda por el Alcaide Pedro de Vargas desde los montes de Castellar. ¿Veis la horrible matanza de la Axarquía donde se oye la exclamación piadosa del Maestre de Santiago, y la voz de Ponce de León llamando á sus hermanos que sucumben, y el juramento solemne de D. Alonso de Aguilar? Los corazones de Isabel y Fernando y el espíritu de esos guerreros no desmayarán, sin embargo , y mil consoladoras esperanzas les van bien pronto á sonreír en su camino.

¡Cuán grato es, Señores , recorrer y enumerar tantos laureles! Las glorias de Lucena, donde pierde su libertad Boabdil; el triunfo del Lopera, donde hace prodigios de valor Portocarrero; la toma de

Ronda, donde Ureña y Aguilar se ciñen inmarcesibles coronas; la rendición de Loja, donde el arquero inglés viene á admirar y á imitar nuestras proezas; la toma de Illora , donde el Duque del Infantado disculpa su ostentación con su heroísmo; la de Moclin, donde principia á lucir la estrella de Gonzalo de Córdoba; la de Vélez, donde el Rey Fernando expone arrojadamente su vida; la de Málaga, que nos recuerda los lauros de Ramírez de Madrid y la intrepidez de Mecedo; la de Baza, donde Pulgar es armado caballero por su rey á causa de una de sus mayores hazañas.

¡Oh! Son los mismos guerreros que yo he visto. A la distancia de cerca de cuatrocientos años los soldados de la Segunda Isabel, combatiendo al sarraceno en su mismo suelo, no han sido menos valientes ni menos resignados que los que ensancharon los límites del reino de Isabel Primera. Habréis adivinado que hablo de nuestros guerreros de África. Permitidme, Señores, una corta digresión sobre ellos. Es seguir hablando todavía de las dulzuras de la esperanza cristiana (1).

(1) Era el autor de estos discursos en aquellos años, 1859 y 1860, Canónigo doctoral de la Santa Iglesia Catedral de Ceuta, en cuya ciudad trató á muchos hombres célebres, Generales de nuestras tropas unos, voluntarios del ejército otros, en aquella inolvidable campaña. Entre estos últimos, he de mencionar aquí, al ménos, á mi ilustre paisano y tierno amigo D. Pedro Antonio de Alarcón, (que escribió, entre otras muchas producciones, el interesante

Yo he podido contemplar de cerca á esos guerreros, cuyos duros sufrimientos eran la pesadilla de nuestras noches, y con los cuales hubiéramos querido compartir nuestro alimento y dividir nuestro lecho. ¡Qué horror! Una naturaleza desencadenada rugía en medio de ellos. El viento azotaba sus tiendas, la lluvia inundaba su albergue, el frío paralizaba sus miembros, la muerte batía sus alas sobre sus cabezas. Una epidemia asoladora que pone espanto en todos los corazones los traía con los ojos hundidos, cárdenos y desfigurados, á nuestros hospitales, dándoles tiempo apénas para recibir la bendición del Sacerdote. Y á todo esto, un enemigo sanguinario y fanático les atacaba rudamente, y quedaba el campo de batalla sembrado de infelices que morían lejos, muy lejos de sus familias, murmurando el nombre de Dios y el de sus madres; viéndose entretanto pasar á nuestro lado hileras no interrumpidas de heridos, muchos de los cuales no podían comprimir sus ayes lastimeros, entre los que solía mezclarse el nombre de María Santísima de Africa (1), invocación tierni-

Diario de un testigo de la Guerra de África, y un libro preciosísimo sobre mi querida *Alpujarra*), varón de fe robusta y de privilegiado entendimiento, coloso de la literatura y gloria de la Academia Española; cuya reciente pérdida, ocurrida el 19 de Julio de 1891, vistió á la patria de luto, y tendrá por largo tiempo inconsolables á cuantos le conocían y amaban.

(1) Con este título existe un hermoso templo en la ciu-

sima que hizo frecuentemente resbalarse dos lágrimas por nuestras mejillas.

¿Y desmayaron, por ventura, esos guerreros? ¿Retrocedieron, tal vez, en su santa y colosal empresa? Nó, Señores, nó. Dábales luz y vida la esperanza cristiana; y á su influencia bienhechora se tornaron gigantes, y en todos los encuentros vencieron, y en todas partes se cubrieron de gloria; que el plomo de sus carabinas y el hierro de sus bayonetas herían al islamita, ora cuando se arrastraba por las cañadas como la serpiente, ora cuando acechaba en los bosques como los chacales, ó ya cuando subía á las crestas de sus montañas como las águilas. Y mirad. ¿Veis aquella batalla comprometida, aquellas tropas cercadas, y al enemigo que avanza sobre ellas, imponente, amenazador y con la desdeñosa sonrisa de un triunfo seguro? ¡Ay de mí! Que el momentó es supremo, la derrota

dad de Ceuta. Los habitantes de aquella plaza, con su Ayuntamiento, y los tres Batallones de Infantería del Fijo, veneran por Patrona á la Santísima Virgen, con dicha advocación, y le consagran respectivamente solemnísimos cultos el 5 de Agosto, día de Nuestra Señora de las Nieves, y el domingo infraoctavo de esta festividad, en el expresado Santuario. Durante la última campaña de Africa, en la que los combates hicieron menos víctimas que el recio temporal y el cólera morbo asiático, imponía y consolaba á un tiempo contemplar el fervor y la constancia con que acudían á orar bajo aquellas sagradas bóvedas nuestros soldados y sus bizarros Jefes.

probable y el socorro tardará demasiado. Pero he aquí que de repente se levanta un héroe inspirado, un General ilustre, cuyo nombre todos conocéis, que arrebató con ademán terrible una bandera de manos del que la conduce, arenga á sus soldados, á quienes comunica la llama de su heroísmo, y hace retroceder las filas enemigas, las arrolla, las destroza (1). ¡Es el intrépido castellano que en las Navas de Tolosa pasea el pendón español por entre las hordas mahometanas, creyéndose invulnerable, porque en aquel lienzo iba simbolizada la esperanza en el Señor!

Pues bien: esa santa esperanza que hace cerca de cuatro años plantó nuestras banderas sobre las torres de una ciudad africana, es la misma que hace cerca de cuatro siglos elevó sobre las torres de la Alhambra el estandarte de la Cruz.

Fué el 2 de Enero de 1492: día el más fausto de todos los memorables días de nuestra historia; día que los anales de la Religión y de la Patria han consignado en letras de oro y colman de tiernas bendiciones. La narración del magnífico espectáculo que ofrece la entrega de la ciudad deseada, será siempre pálida para todo aquel en cuyas venas circule sangre puramente española; es decir, para el hombre que conserve intacta su fe y comprenda el verdadero patriotismo. Vale más cerrar los ojos y

(1) Alúdese en este pasaje al General Prim, en la batalla del 1.º de Enero de 1860, llamada *de los Castillejos*.

representarse aquellas escenas con todo el fuego de la fantasía , á la manera que cuando despertamos de un delicioso ensueño, nos esforzamos para dormirnos de nuevo á fin de que continúen sus ilusiones.

La imaginación y el sentimiento saben apreciar lo grande y lo bello en todo su valor. La imaginación llega hasta á figurarse el incendio del campamento de Santa Fe como los fuegos extraordinarios que arden en las vísperas de las solemnidades. La imaginación ve las cristalinas aguas del Genil purificar las ensangrentadas del Guadalete. La imaginación ve en los estandartes que ondean en la torre de la campana, y en los Reyes que doblan ante el cielo sus rodillas , y en el cántico que resuena en el espacio , una visión celestial en que aparece la enseña de la Redención , y se oyen los cantares angélicos que dicen á los poderosos de la tierra: «¡Sólo con esta señal se alcanzan las verdaderas victorias!» Y el sentimiento toca también lo más sublime de su esfera cuando se contempla á aquel Rey infortunado que viene á entregar para siempre las llaves de la ciudad que le vió nacer, á otro Rey más dichoso: cuando se ven los rostros macilentos de los cautivos que salen de sus prisiones, como naciendo á un nuevo día: cuando se oye el estampido del cañón que parece decir á la Europa y al mundo con una voz semejante á aquella que un día se escuchó en una ciudad pagana: ¡El libro del Corán ha huido ante el libro del Evangelio!

Digamos ya, Señores, la tercera palabra de esa inmortal empresa de nuestros Católicos Reyes: caridad. *Fides, spes, charitas, tria hæc.*

La Iglesia ama tiernamente al guerrero cristiano, del cual ha recibido pruebas irrecusables de amor. Ella vió honradas sus primeras páginas con los nombres de aquellos varones insignes que tan fielmente sirvieron á los Césares, sin dejar por eso de servir á su Dios. Ella recibió los homenajes de los hombres indomables del Norte que fueron, al fin, atraídos por la luz de la eterna verdad. La Iglesia ha contemplado en los guerreros de la Edad Media sus más piadosos hijos, muchos de los cuales se prosternaron con frecuencia á los piés de los Pontífices, y los reconocieron como Vicarios de Jesucristo, y les dieron pueblos que constituyeron poco á poco aquella Soberanía que consolidó el poder de los Estados; Soberanía que otros hombres que se dicen católicos pretenden hoy arrebatarles, agitados por el espíritu de la revolución y de las ambiciones. Pocos nombres, Señores, justificarán mi pensamiento: Sebastián, Clodoveo, Recaredo, Carlomagno, Fernando III, Juan de Austria, Sobieski.

El filosofismo ha hecho una objeción á la Igle-

sia, acusándola de favorecer las guerras y el espíritu de destrucción con la bendición de las banderas; objeción miserable que sólo puede embarazar al que desconozca la doctrina católica, ó no haya hecho una excursión por la historia. La Iglesia deplora generalmente las guerras, porque sabe que ellas son un azote de la justicia de Dios. Mas cuando se defiende un derecho legítimo, cuando se reclama el cumplimiento de un tratado justo, la Iglesia no puede descargar sobre esas guerras el peso de su reprobación. Ha hecho ya cuanto ha podido hacer, mucho más de lo que hasta ella se había hecho. Ha humanizado los instintos del guerrero; ha dado á los pueblos un derecho de gentes de que se tenían muy imperfectas nociones; ha descargado sus anatemas sobre aquel que no alarga una mano generosa al vencido que se rinde, sacando á las guerras de aquella espantosa condición que inspiró estas palabras á un poeta: «En la guerra no existe la clemencia, y allí la diestra impetuosa sacrifica sin piedad» (1). La Iglesia, en fin, aparece más henchida de júbilo cuando entona un TE DEUM por la paz, que cuando lo canta para celebrar una victoria.

Todo esto, Señores, es de la más pura caridad: el amor de Dios reflejando siempre el amor al pró-

(1) Nulla est ardentis miserans clementia bello;
Impetuosa pium dextera nescit opus.

Faust. Andrélinus, in Distichis.

jimo. Y esta suavísima doctrina que se va manifestando de la manera más completa en todo el camino de la restauración de España, resalta con muy vivos colores en la conquista de Granada, porque impulsados sus héroes por la gloria de Dios y por el amor á Jesucristo, sus nobles corazones no podían dar cabida ni á los rencores ni á las venganzas.

La primera de las hazañas que se ejecutaron en aquella larga serie de diez años, es un bellissimo rasgo de caridad que interesa á todas las almas delicadas y sensibles, y la acción magnánima del Duque de Medina-Sidonia llevando sus tropas sobre Alhama para socorrer á su enemigo y rival, el célebre Marqués de Cádiz, es un ejemplo fecundo que debe recomendarse mucho á los hombres de nuestras sociedades.

Pero observad, Señores, la conducta de los reyes. Fernando, avaro siempre de la sangre de sus guerreros, á los que ama como á hijos: Fernando, vertiendo lágrimas de dolor por la temprana muerte del valiente D. Juan de Lara en los jardines de Baza: Fernando recomendando siempre el uso moderado de la victoria, y asociándose, además, en todas ocasiones á los prudentes consejos y á las piadosas obras de su virtuosa consorte, Isabel..... ¡oh! la caridad de Isabel es un arroyo purísimo que baña mansamente las márgenes de toda su preciosa existencia; pero con especialidad esa rica epopeya de sus glorias. Isabel borda por su mano los

ornamentos de muchos templos, arrojando la semilla de la caridad en los corazones que la admiran. Isabel se desprende gustosa de todas sus alhajas para sostener sus ejércitos. Isabel defiende contra injustas censuras y da dulces consuelos al famoso Conde de Cabra por una expedición desgraciada. Isabel se conmueve hondamente en Moclin á vista de los cautivos y de los prisioneros, á quienes cuida cariñosamente. Isabel propone ventajosas capitulaciones á Málaga por compasión á sus habitantes. Isabel da aquellas pruebas de generosidad que hacen cristiano al noble Príncipe Cidi Yahía, y que, impresionando fuertemente á Abdallá, el temible Zagal, pone en sus manos la posesión de un Reino.

Pero no es esto todo, Señores: cuando esa mujer extraordinaria revela toda la caridad de su alma, es después que los moradores de Granada se cuentan en el número de sus súbditos. La ciudad mora, sumida en los errores del Profeta es un campo cubierto con las nieves y con los hielos del invierno: Isabel será el sol de un claro día que derretirá suavemente esa nieve para fecundizar la tierra. Ella comprende perfectamente el verdadero espíritu del Catolicismo, tan intolerante para con el error, como tolerante y benigno con los individuos. Por eso escoge para el gobierno de Granada dos hombres eminentes, cuyos sentimientos le son bien conocidos; el ilustre Conde de Tendilla, tan bravo en las lides como discreto y humano

en los consejos, y el Obispo Fr. Hernando de Talavera, Prelado ejemplar, tan humilde y virtuoso, que parece como que va por todas partes repartiendo pedazos de su propio corazón, realizando numerosas conversiones con la persuasión de su palabra y con el ejemplo de su santidad. ¿Qué no podía esperarse, Señores, de aquella mujer privilegiada que había de morir encargando la caridad y la dulzura para con los indios?

Ved ahora por qué la memoria de esos Reyes ha sido bendita por todas las generaciones; por qué la empresa á que dan cumplida cima no ha inspirado sinó elogios á todos los hombres verdaderamente sabios. La Iglesia, á cuyo reino místico añaden tantas nuevas conquistas, les llama con un dictado altamente glorioso, y coloca, reconocida, sus nombres en sus antífonas sagradas. La historia, cuyas páginas enriquecen con sus grandes figuras, les presenta los más honrosos homenajes, y los enseña como el más bello modelo á esos otros conquistadores guiados únicamente por el orgullo, por la ambición y el egoísmo. La España, á la que han llevado hasta el apogeo de sus grandezas y colocadó al frente de las más poderosas naciones, ama dulcísimo su recuerdo. Granada, la ciudad de los ensueños de su vida, favorecida de su amor y sus liberalidades, no puede pronunciar sin indecible entusiasmo y sin emoción profunda sus nombres venerandos; y hasta estas majestuosas bóvedas por donde vagan, acaso, en

este instante los espíritus de aquellos esclarecidos Monarcas, acompañados con el del Gran Cardenal González de Mendoza, diríase que repiten el eco de nuestras alegrías y nuestras bendiciones. Era justo, católicos. Ellos habían comenzado un camino largo y peligroso en alas de su fe, siguiéndolo animosos entre consoladoras esperanzas, y llevándolo á feliz término con los encantos de la caridad. *Fides, spes, charitas, tria hæc.*

Exemos. Señores: ¡cuánto bien hace á un corazón cristiano meditar sobre el cuadro arrebatador que ofrecen estos solemnes cultos! Esa estrecha alianza de las dos sublimes potestades de la tierra; esa santa concordia del Sacerdocio y del Imperio, son hoy, con más razón que nunca, el ejemplo que edifica, la ofrenda que consuela, el porvenir que sonríe, el rocío benéfico que puede salvar algunas plantas enfermizas de las sociedades contemporáneas. El auxilio de la Religión es indispensable para salvar el trono y las instituciones: el auxilio del brazo secular es útil para conservar la pureza del dogma y para moralizar las costumbres. Sentimos silbar con furia horrible sobre nuestras cabezas el viento de las revoluciones; mas, por fortuna, nuestra patria cuenta con un medio poderoso para su salvación y su dicha. Este medio, Señores, es la unidad religiosa que nos legaron con la unidad política Isabel y Fernando.

Esa unidad de culto es en todo tiempo un elemento inapreciable de seguridad y de vida, pero

muy principalmente en las épocas de los grandes trastornos políticos y de las usurpaciones detestables. Ella ha tenido á la España alejada del flujo y reflujo de las terribles pasiones que, desde hace tres siglos, vienen agitando á la Europa. Ella sola, quizá, es la que ha conservado el solio de San Fernando á otra Isabel, como la Primera, católica, y como ella vencedora, y como ella caritativa; reinado venturoso que, como entonces y mejor que entonces, yo considero para los españoles como un muro salvador que les está libertando de las frecuentes avenidas de un río desbordado. Y á ese medio, Excmos. Señores, (si, me complazco en confesarlo), vosotros unís vuestros nobles esfuerzos y vuestra loable perseverancia, y yo me encuentro autorizado en este instante para daros las gracias en nombre de la Religión y de la Patria.

Católicos, no há mucho tiempo oyóse entre nosotros una noticia que aterraba. Decíase que en Granada había gentes que abjuraban la religión de sus padres, y amenazaban la sociedad con sus teorías funestas y perturbadoras. ¡Ojalá que el error haya pasado sobre esos alucinados espíritus como pasan las tempestades del mar cuando invaden las pintorescas playas, que, al retirarse las olas, han dejado más lavadas y limpias las arenas! Pero si aún restase algún desdichado que quisiera poner esa mancha sobre el libro de nuestras tradiciones gloriosas, huya pronto á otro suelo, porque en el suelo de Granada se levantarían por todas

partes sombras augustas que le lanzarían desde sus tumbas gritos de indignación y de anatema.

Y si nó, Señores, vosotros que habéis asistido á esta solemnidad con el más piadoso recogimiento, murmurando religiosamente vuestras oraciones; vosotros que habéis oído con ardoroso entusiasmo la narración de nuestras glorias y las hazañas de nuestros héroes, demostrando con esa doble manifestación que, á través de las expresivas ceremonias de este día, solamente distinguís dos reinos, el reino de Jesucristo y el reino de vuestros legítimos Soberanos; vosotros, repito, decid á esos hombres si los encontraréis á vuestro paso: ¡Insensatos! Sacudid vuestros delirios. Nada hay tan hermoso como la fe cristiana que guía la inteligencia, como la esperanza que consuela el corazón, como la caridad que reparte sus dulzuras á manera de flores. Nada tan embelesador como la Acción de Gracias que se eleva al Eterno por los inmensos beneficios que derrama sobre el hombre, y que sube hasta su trono como las espirales de humo del incienso que se quema en el templo. Nada, en fin, tan honroso y tan bello como la fidelidad á nuestros Reyes, que tanto confían en la lealtad y en la hidalguía de sus amados súbditos. Esa es, terminaréis diciéndoles, ésa es la única senda que conduce en este mundo á la paz de la conciencia, y por donde se llega después hasta las mansiones de la eternidad. AMÉN.

SERMON

PREDICADO EL 2 DE ENERO DE 1865

EN LA

SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE GRANADA,

CON MOTIVO DE LA MISMA SOLEMNIDAD Á QUE SE REFIERE EL

DISCURSO ANTERIOR.

*Erexit titulum lapideum in loco quo
locutus fuerat ei Deus.*

Alzó un título de piedra en el lugar
en que Dios le había hablado.

Génesis , XXXV. 14.

EXCMOS. SRES.:

EL mayor bien del hombre es la verdad de la Religión que adora, y su gloria mayor la gloria de la patria donde nace. Tener un altar donde ore el corazón con fe sincera, recibiendo en cambio mil tesoros de esperanza y amor; tener una historia nacional llena de empresas nobles, de héroes ilustres y de grandiosos monumentos, es tener la mayor suma de dicha que las almas elevadas pueden disfrutar sobre la tierra.

En la historia de todos los pueblos encontramos ciertamente notables manifestaciones de su vida religiosa y política, porque la Religión verdadera es un río caudaloso que á todas las gentes

va dejando una parte de sus aguas, y el amor á la patria un bello libro donde todos los siglos desearon escribir algunas elocuentísimas páginas. Pero entre todos esos pueblos hay uno que descuella majestuoso por su piedad y su heroísmo, y cuyo nombre no me es dado pronunciar sin sentir una emoción profunda que me gozaría en comunicaros. Todos nosotros llamamos Madre á nuestra amada España.

La España, Señores, es sin duda el pueblo más liberalmente colmado de los favores de la Providencia. Ella vió resplandecer la divinidad de la Cruz de Jesucristo á poco de su triunfo en el Calvario, y la abrazó tiernamente para no dejarla jamás. Ella estimó siempre en mucho su libertad y la independencia de su suelo, y luchó hasta vencer, con valor extraordinario, por sostenerlas ó por reconquistarlas. Asombrosos debieron ser los prodigios de su fe, para que los protestantes se creyeran obligados á ensalzar sus timbres religiosos. Sublimes debieron ser sus hazañas, para que los historiadores extranjeros se dedicasen frecuentemente á narrar las glorias españolas.

Cuando nosotros recorremos la larga serie de altos hechos en que más brillaron la fe y el patriotismo de nuestros mayores, hallamos uno que nos convida dulcemente á detenernos para contemplar sus innumerables bellezas, y que podríamos considerar como el punto culminante de nuestra hermosa historia; la conquista de Granada por los es-

clarecidos Reyes Fernando V de Aragón é Isabel I de Castilla. Lejos estamos ya de ese suceso venturoso, y, parecido á los astros del cielo, su luz nos va guiando, á pesar de su inmensa distancia: casi pudiéramos decir que fué para nuestra Patria á manera de una encarnación religiosa y social, esperada con afán por treinta generaciones, y de la que partieron luego los rayos de una civilización poderosa. Ocho siglos de lucha encarnizada y mucha sangre de valientes guerreros costó obtener tan señalado triunfo: ¿qué importa? La Cruz cristiana plantada sobre los alminares agarenos se pierde en las regiones de la eternidad, adonde encamina nuestro espíritu; y la gloria alcanzada contra los hijos del Yemen y del Atlas será tan duradera como la vida de las naciones.

La España, Señores, contó, á más de su fe y de su altiva dignidad, con un gran elemento para llevar á feliz cima tan gigantesca obra; el elemento monárquico, sobre el cual fué cimentando su futura grandeza. Salvada por un caudillo insigne que ganó para ella maravillosas victorias, confió su restauración y su porvenir á la hidalguía y á la intrepidez de sus Reyes; y los vió siempre pródigos de su sangre y de su vida por ceñirle laureles; y reconquistó con ellos sus ciudades, y por ellos adquirió privilegios; y sintió bajo su cetro que el corazón daba ya aquellos generosos latidos que llegarían á encumbrarla sobre las naciones de la Europa. Y cuando Isabel y Fernando aparecieron

como enviados por Dios en el horizonte de nuestra Patria para rematar la cúpula del suntuoso edificio; cuando hicieron al mundo la gran revelación de la fuerza y los recursos de su pueblo, é inundaron á éste de gloria y de ventura, conquistando otro mundo ganado para Jesucristo y para el progreso de la humanidad, España se identificó más y más con el trono de sus monarcas, como estaba ya identificada con el altar de su Dios; y admirando aquellos esplendores de la tierra, y adorando este resplandor misterioso de los cielos, hizo lo que Jacob; levantó un título de piedra en el lugar en que el Señor le había hablado. *Erexit titulum lapideum, etc.*

¡Oh tú, templo augusto de majestad indecible, que contiene hoy bajo tus bóvedas tantas almas reconocidas y profundamente piadosas! Tus columnas corintias declaran la grandeza del pueblo que te erige: tu atrevido arco publica su valor heroico: tus bellisimas pinturas sus virtudes; y de tu coro se eleva sin cesar su cántico Eucarístico! ¡Oh tú, magnífico sepulcro, donde reposan las gloriosas cenizas de nuestros inmortales libertadores, creación admirable que el genio ha consagrado al genio! Tus delicadas esculturas revelan al mundo el secreto de nuestro engrandecimiento, y tú vienes atravesando los siglos como testigo fiel del amoroso lazo que une al pueblo español con sus legítimos soberanos!

En suma, Excmos. Señores: estos dos monu-

mentos son hoy para mí el símbolo de la Religión y del Trono, bajo cuya influencia floreció á tanta altura la sociedad española; pensamiento del cual haré surgir las siguientes proposiciones:

PRIMERA. *La conquista de Granada es el fausto acontecimiento que debe perpetuar la adoración de los españoles ante el altar cristiano.*

SEGUNDA. *La conquista de Granada es el dulce vínculo que hace inseparable la gloria del pueblo español de la gloria del Trono de sus Reyes.*

¡Señor! Tú que alumbras la inteligencia del hombre con los destellos de tu luz eterna: Tú que pones en su corazón la chispa misteriosa que le enciende en un fuego sagrado: yo imploro en este día las suaves inspiraciones de tu gracia! Si mi ruego no es bastante digno para llegar hasta tu solio, yo te lo presento por medio de esa Virgen de amor que acoge todas las oraciones del alma, y á la cual saludaremos con el Angel: AVE MARÍA, ETC.

PRIMERA PARTE.

LA historia religiosa de España está sembrada de personajes extraordinarios y de escenas maravillosas. El alma cristiana no se cansa de estudiarla jamás, así como el viajero no se cansa de admirar las grandiosas perspectivas de la naturaleza; ni puede pasarse sin pena con tanta rapidez por esos sitios deleitosos donde quisiéramos hacer más larga nuestra morada.

Apénas nacimos al Evangelio, tres tradiciones benditas, que cautivan la imaginación, fueron consignadas en las primeras páginas de nuestro libro cristiano : la aparición de la Santísima Virgen, la predicación de San Pablo en nuestra patria y la venida del Apóstol Santiago. La crítica podrá no apreciar de la misma manera todos los fundamentos de esas tradiciones; pero el impulso estaba dado, y la España pagó cumplidamente su deuda de fe y de gratitud á la Iglesia de Jesucristo por

los tesoros con que la había enriquecido. ¡Cuán dulce es contemplar el extenso catálogo de nuestros mártires, durante la dominación de la Roma pagana, entre los cuales cruzan más gloriosos por delante de nuestra vista el Obispo Fructuoso, Lorenzo, asombro de la ciudad de los Césares, el Diácono Vicente, Justa, Rufina, Engracia, Emeterio, Celedonio, y Eulalia! Sólo la gran figura del venerable Osio hubiera después bastado para honrar á un pueblo; pero la España había, además, de dar al mundo un Pontífice santo en Dámaso, un ilustre Emperador en Teodosio, un sabio escritor en Paciano, y en Prudencio el poeta sublime que cantó los mártires de Jesucristo en inspirados versos.

Sopló el viento del Norte sobre el Mediodía de la Europa, y de la Germania y la Escandinavia brotaron ejércitos de formidables guerreros, duros como su clima y numerosos como las hojas de los árboles de sus bosques, y la España fué un reino visigodo en vez de una provincia romana. Pero en vano los nuevos invasores vienen imbuidos en las doctrinas del Arrianismo que les enseña Ulfilas: en vano son rudos, terribles y feroces. Florecerán aún en la nación ibera, Idacio, Orencio, Paulo Orosio y otros héroes de ciencia y de virtud que irán preparando el triunfo pacífico de la raza vencida sobre la raza vencedora, hasta llegar á aquellos días felices en que encontremos á Hermenegildo en el martirio, á Recaredo y San Leandro unidos en el Concilio III de Toledo; á Sisenan-

do y á San Isidoro en el IV, y á otros muchos monarcas que realizaron por espacio de un siglo la concordia venturosa del sacerdocio y del imperio.

Rugió, á su vez, el vendaval de Oriente. No eran ya las hojas de los árboles de los bosques germánicos, sinó las arenas del desierto las que parecieron transformarse en guerreros. Un hombre de hermoso rostro, fanático hasta el delirio, que subía sobre el Borac al paraíso, mansión de todos los placeres de la sensualidad, cuya llave era la cimitarra y cuyo camino más seguro la muerte en el campo de batalla, no podía menos de formar un pueblo conquistador y temerario; y el inquieto árabe, invadiendo sucesivamente la Siria, la Persia, el Egipto y la Libia, descubrió en lontananza las costas de un nuevo continente. Miró en su ardor al turbulento mar como un angosto río, y lo atravesó impávido. La estirpe goda, aislada tenazmente de la estirpe ibera, había degenerado, y la catástrofe del Guadalete vistió de luto á la España cristiana en el trascurso de ocho siglos.

La cadena de nuestros blasones religiosos no se interrumpe, sin embargo. En medio de aquellos tiempos de agitación profunda nos salen al encuentro figuras venerandas. No os citaré, Señores, sinó los nombres más célebres: en los siglos VIII y IX á Isaac, Eulogio, Sabiniano, Habencio y Wis-tremundo, mártires de Córdoba: en el X y el XI á San Ansurio, San Rosendo y Santo Domingo de Silos: en el XII y el XIII á San Lesmes, San Ro-

drigo y San Martín de León: en el XIV y el XV á San Pedro Pascual, San Pedro de Armengol, San Juan de Sahagún y San Vicente Ferrer, aquel hombre singular que predicaba con voz irresistible á los grandes de la tierra la necesidad de una verdadera reforma en las costumbres y la disciplina eclesiástica.

Algunos historiadores han prodigado apasionados elogios á la civilización árabe, y en verdad que nosotros no podríamos negarla sin ser notoriamente injustos. Pero si podemos observar que fué aquella una cultura extraña que pareció vincularse en dos solas dinastías, la de los Beni-Omeyas y los Abasidas; civilización pasajera é infecunda, como lo es toda aquella que no procede de las instituciones. Examinad hoy aquel pueblo, y veréis que há muchos siglos cerró sus puertas á la civilización, y todavía no las ha abierto. La sensualidad y el despotismo no pueden producir adelantos permanentes para la humanidad.

Fuera de esto, Señores, si es cierto que la civilización es muy bella, nada hay tan bello como la fe que se extiende, la verdad que triunfa y el corazón que adora á Jesucristo. El verdadero progreso enaltece seguramente el espíritu. Dadme siglos de fe, y yo os daré, más ó menos pronto, una civilización real y duradera. Tened, por el contrario, un progreso más material y mecánico que espiritual y religioso: no pongáis al lado de todo vuestro saber, de todas vuestras grandes exposi-

ciones de la industria y de las artes un templo donde el alma pueda alabar á Dios; y vuestros adelantos pasarán como las corrientes de esos ríos que sólo llevan agua con las lluvias del invierno.

Únicamente la fe cristiana y el entusiasmo religioso pudieron dar al cabo á los hijos de España sus ruidosas victorias, y con ellas una civilización más sólida y estable. Porque no debemos olvidar que el árabe peleaba también á favor de una idea religiosa; que tenía su *alghied*, como nosotros tuvimos nuestra cruzada, y que aguardaba como premio del combate todas las voluptuosas delicias de su Edén. Era aquélla la lucha de la religión contra la secta, del justo sentimiento cristiano contra el fanatismo; y sin la superioridad invencible de la verdad sobre el error, fácil hubiera sido al hijo del Profeta asegurar su dominación en nuestra codiciada Península.

Y nuestros guerreros, Señores, lo comprendían así. Ellos tenían constantemente la Cruz delante de su vista en el templo, en el hogar, en la montaña, en el bosque, en la campiña, y hasta creían verla milagrosamente en el espacio; y el vehemente deseo de ganar para ella triunfos contra la media luna, infundía un ánimo constante en su espíritu, y daba irresistible poder á su brazo. Este es casi siempre el verdadero secreto de muchas glorias que merecían escribirse con letras de oro en los anales de la patria: Alange, Clavijo, Mérida, Talavera, Simancas y Caltañazor, contra

el Omniada: Toledo, Calatrava, Sepúlveda y las márgenes del Tajo, contra el Almoravide: las Navas, Córdoba, Sevilla, Tarifa y el Salado contra los Almohades ó los Benimerines. De este modo también se formaron aquellos valerosos caudillos que se llamaban Alfonso *el Católico*, Fernán González, Alfonso *el Batallador*, el Cid, Alfonso VII, Alfonso VIII, Fernando III, Guzmán *el Bueno* y Alfonso XI.

Por eso, Señores, después de la victoria se pasaba siempre á tributar la acción de gracias al Eterno. Si no existían los antiguos templos, se edificaban otros más grandiosos: aquellos templos romanos de la restauración cantábrica, los bizantinos desde el siglo X al siglo XII, los góticos desde el XII hasta el Renacimiento; pero casi todos ellos con la cruz latina, que era como la primera palabra de la fe de sus egregios fundadores. Así vemos erigirse por Pelayo aquel altar de Covadonga consagrado á la Virgen María: por Ordoño II la catedral de León, reedificada en siglos posteriores, y cuyas delicadas paredes parecen, dice un escritor (1), cristales para resguardarla del aire: por San Olaguer la catedral de Tarragona, ciudad que conquista uno de los Berengueres, y en cuya construcción se amalgaman todos los gustos de la arquitectura: por Pedro I *el Católico* la

(1) Madoz, *Diccion. Geog. de España*, tomo X, página 178, y Cuadrado, *Recuerdos y bellezas de España*.

catedral de Lérida, á la que llama Piferrer (1) el último suspiro del arte bizantino: por Jaime *el Conquistador* la catedral de Palma, y por Fernando *el Santo*, en fin, los suntuosos templos de Toledo y de Burgos.

A los resplandores de aquella llama de sagrado entusiasmo se vieron también nacer las Ordenes militares, que armonizaban, con rara maravilla, la espada y el valor con el hábito y el voto religioso: instituciones caballerescas que dieron muchos días de gloria á nuestra patria. Aquel fuego misterioso atrajo asimismo á nuestro suelo millares de guerreros que venian en fervorosas cruzadas, semejantes á las de Palestina, pero que no merecieron, como éstas, las censuras é invectivas de algunos escritores. Y esta fe, siempre creciente y liberalmente recompensada, hizo que, á fines del siglo XV, Granada fuera el último baluarte del islamismo en España. Un esfuerzo más, y el hijo del Africa irá á vivir con las panteras de sus selvas.

Granada, Señores, había sido dada en señorío á Abu-Mozni el Zanhegui al comenzar el siglo XI; y á pesar de las terribles rivalidades de Hamdaim y Saif Dola, de Aben-Hud y el afortunado Alhamar que funda el Reino Granadino, y de las posteriores de Nazar y Mohamed III, de Ismaél y Abu-Said, y de los dos Mohamades, el *Zaguer* y

(1) *Recuerdos y bellezas de España*, tomo I, pág. 323.

el *Izquierdo*, la monarquía había alcanzado un grado de esplendor envidiable. Ciudad predilecta de la naturaleza, Granada había parecido una nueva Damasco á los amigos de Baleg. Tenía dos ríos que acariciaban su falda, plantas medicinales en sus sierras, abundantes y sabrosos frutos en sus campos, y flores deliciosas en sus cármenes; y el moro dió á su sultana ricos monumentos para el arte, palacios para el amor, plazas para sus torneos y canales para su vega. Pero no consiguió la unión de sus diversas tribus, y las discordias civiles entregarían bien pronto á Granada en manos de los monarcas de Castilla.

Ya algunos de nuestros reyes y de sus más renombrados caudillos intentaron repetidas veces apoderarse de la hermosa ciudad; y desde el Cid hasta D. Juan II se derramó en sus llanuras mucha sangre de héroes, y se ejecutaron portentosas hazañas. Alternaron las victorias y los reveses, el temor y la esperanza, y hasta la abnegación y la envidia; pero el día tan ardientemente suspirado esperaba, para difundir su luz, á que apareciesen en el cielo de nuestra patria Isabel y Fernando.

Isabel, Señores, se representa con frecuencia á la mente como objeto de los especiales designios de la Providencia. El genio iluminaba su frente, la fe llenaba su alma, sus manos prodigaban por todas partes los dones de la caridad; pero era de tal modo inteligente, que comunicaba sus elevadas ideas con sencillez y modestia; de tal modo reli-

giosa, que nunca la encontramos fanática; de tal modo caritativa, que sabía hermanar dulcemente la clemencia con la justicia.

Las distinguidas cualidades de Fernando V no resaltan con todo su valor ante los resplandores deslumbrantes de la grande Isabel; pero es también una noble figura de la historia. Esposo digno, guerrero intrépido, monarca piadoso, y padre amante de su pueblo, fué un modelo de príncipes, y mereció justamente el amor de sus vasallos. El genio que inspiró á Berenguela de Castilla se había posado sobre la frente de Isabel I; y Fernando *el Santo*, conquistador de Sevilla, de Córdoba y de Jaén, parecía alzarse de su tumba para saludar al sucesor afortunado que terminaba su interrumpida obra con idénticos fines: el triunfo de la Cruz y la gloria de Jesucristo.

Era el año de 1481, y la España escuchó el gemido de dolor intenso que exhalaban sus hijos de Zahara; pero el rugido del tigre de Africa despertó al león generoso de Castilla, y Granada lanzó el ¡ay! profético de su muerte, exclamando pocos días después en plañidero tono *¡Ay de mi Alhama!* lúgubre tema sobre el cual se escribió uno de los más populares y sentidos romances. Un Girón ha sucumbido en Loja, y el rey Fernando arriesga allí muchas veces su vida, perdiendo gran número de sus guerreros; pero en los bosques de Castellar se cantan el arrojo y el triunfo de un alcaide cristiano. Luto viste y llanto amargo vierte nuestra

patria por la derrota de los montes de Málaga; pero ella se adorna con sus más vistosas galas por el insigne triunfo de Lucena, jornada feliz en que por vez primera se cautivó á un rey moro de Granada. Después, Señores, ¡cuántas glorias! ¡Lopera, Ronda, Gambil, Loja, Íllora, Moclin, Vélez, Málaga, Baza, Guadix, Almería, Santa Fe, frescas brisas que vienen empujadas por el ardiente sol de un claro día!

¡Y cuántos nombres célebres de varones esforzados! Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz, guerrero especialmente querido de los historiadores, y que parecía estar destinado á salvar la vida de su rey: el Duque de Medina-Sidonia, corazón magnánimo que en el día del peligro no vacila en socorrer á su poderoso rival, el vencedor de Alhama; cuyo noble proceder unió á los dos guerreros en tan fiel amistad, que hasta la muerte respetó su afecto, hiriéndolos en el mismo día: el Conde de Cabra y el Alcaide de los Donceles, los vencedores de Boabdil: Alonso de Aguilar, que venga en el fiero Aliatar, á las orillas del Genil caudaloso, su reciente desastre de la Axarquía: Luis Portocarrero, Señor de Palma, el héroe del Lopera; Téllez Girón, Conde de Ureña, cubierto de laureles en Ronda: Gonzalo de Córdoba, simple Capitán de Guardias que deja adivinar en Moclin al vencedor de Italia: Hernán Pérez del Pulgar, el de las altas hazañas, y el joven Garcilaso, vencedor del orgulloso Tarfe. ¡Cárdenas, Zúñiga, Manrique, Pache-

co, Pimentel, Toledo, Silva, Velasco, López de Mendoza, venid también vosotros! Las generaciones reconocidas os admiran, y la Religión y la Patria inmortalizarán en sus páginas vuestra memoria, así como vosotros las ensalzasteis con vuestros grandes hechos!

¡Granada! Tú, la ciudad que rubrica la fe del Evangelio con la sangre de Cecilio, y la extiende con la ciencia de Gregorio Bético: tú, la del Concilio celeberrimo y la de los mártires sacrificados por Mohamed: tú, la cautiva con cadenas de oro, entre afliggranados muros, de Alhamar, Ismaél y Jusef: tú, la tierra privilegiada donde, según la dulcísima imagen de un poeta (1), tiene el alba su cuna, y el sol su reclinatorio: despierta y goza de tu inefable dicha! El rey moro se despide de tí con el corazón conmovido, porque sus abuelos le enseñaron á cobrarte cariño; el estandarte de la Cruz ondea sobre tus encumbradas almenas; el himno religioso resuena en tus espacios; el agua bendita trasforma tu mezquita en iglesia; los devotos Monarcas y sus piadosos capitanes se postran sobre el pavimento del templo para elevar á Dios una oración ferviente; y el cántico del cautivo que renace á la vida, forma armonioso concierto con la música sagrada. ¡Granada, Granada!

(1) Zorrilla, *Granada*, Poema oriental, libro I, Invocación.

Tú das en el 2 de Enero de 1492 una fecha memorable á toda la humanidad cristiana. Roma, henchida de júbilo, te envía la bendición de sus Pontífices, y los Soberanos de Europa sus íntimas felicitaciones. Es todavía el tiempo feliz en que Inglaterra celebra las victorias de las armas españolas sobre los hijos del Profeta.

Señores, la fe de nuestro pueblo ha sido recompensada con una auréola inmarcesible. Al mártir cristiano bastaban los merecimientos de un día para recibir la invisible corona que le ceñía el Angel de los Cielos: la nación mártir de ocho siglos tenía derecho á ser coronada solemnemente por la Religión y por la Historia. Nuestra unidad nacional queda hermanada con la más completa unidad religiosa; admirable consorcio donde no se descubre ningún pensamiento mezquino, ni ningún sentimiento bastardo, sinó la sola idea de ensanchar los reinos de Jesucristo, y devolver sus hogares á los hijos de la patria.

No hay un solo acto público en aquella guerra de dos lustros, dice un escritor contemporáneo (1), que no nos confirme en esta idea consoladora. Las ceremonias que se practicaban en las plazas reconquistadas seducen el espíritu. «Se ondeaba el estandarte del simbolo de nuestra redención, rico

(1) Prescott, *Historia del reinado de los Reyes Católicos*, cap. X.

dón de un Pontífice; y los espectadores se arrodillaban, entonando el sublime cántico *Te Deum laudamus*. Se desplegabá la enseña de Santiago, el Patrón caballeresco de España, y se daba al viento la bandera de los reyes, y el ejército aclamaba con una voz unánime: ¡*Castilla, Castilla!* Y el Obispo entónce precedía la piadosa comitiva para purificar el lugar donde debía elevar sus oraciones al Altísimo» (1).

Isabel y Fernando hacen, además, levantar templos magníficos, para cuya erección autorizó Inocencio VIII al gran Cardenal González de Mendoza, enriqueciéndolos aquélla frecuentemente con preciosos ornamentos, que borda por su propia mano. Isabel y Fernando recomiendan siempre la caridad para con el vencido, á quien llevan los consuelos de los corazones generosos. Isabel y Fernando tratan luego á Granada como á una hija querida, dándole para su gobierno dos hombres superiores, el virtuoso Hernando de Talavera, que comprendía la misión de tolerancia y mansedumbre del sacerdote católico, llevada por él hasta la abnegación más profunda; y el buen Conde de Tendilla, que después de ser un guerrero esforzado y un galante caballero, fué un padre bendecido aún por los mismos enemigos de su fe.

Pero no se ha dicho todo, Señores. Si la con-

(1) Lucio Marineo Sículo, *Cosas memorables*.

quista de Granada fué para el presente un acontecimiento venturoso , fué también para el porvenir prodigiosamente fecundo. Yo os hablaré después de las glorias nacionales ; pero concretándonos todavía á los triunfos de la fe, os diré que sin Granada, sometida al poder de los Monarcas castellanos, no concibo la audaz empresa de conquistar un Nuevo Mundo , que se gana para la verdad del Evangelio: sin Granada no concibo las religiosas expediciones de Cisneros y de Carlos V contra los berberiscos: sin Granada no concibo á Juan de Dios, el héroe de la caridad , que inspiró á Vicente de Paul, y reveló á los corazones los más tiernos secretos del amor al prójimo: sin Granada no concibo á Lepanto: sin Granada no concibo esa bellísima historia , bien poco conocida , de los lauros alcanzados por nuestros guerreros de los últimos siglos en las costas africanas, entre los cuales descubrimos la memoria veneranda de Mora y de Correa , mártires de su fe , y los nombres de los Vasconcelos, Mendozas, Taboadas, Aguados, Fernández y Paviás: sin Granada, en fin, no concibo los postreros triunfos de nuestros valientes hermanos sobre las feroces hordas del Atlas, triunfos que han ofrecido al Catolicismo un testimonio más de nuestras creencias, y han probado á las naciones de Europa que no degeneraron los hijos de Pelayo y del Cid.

Si examinando, Señores , las páginas de nuestra historia religiosa , y describiendo á grandes

rasgos las bellezas de la conquista de Granada, hemos visto á nuestros Católicos Reyes presentando al pié de los altares sus adoraciones , piadoso tributo que el pueblo español debe perpetuar, vamos ahora á contemplarlos sobre el trono, á cuya gloria identificaron nuestra gloria.

SEGUNDA PARTE.

EL celtibero, hijo de la fusión de dos pueblos rivales é igualmente poderosos, revelaba desde luego en el fondo de su carácter al guerrero de la reconquista y al héroe de la independencia. Valiente, sobrio, confiado, enemigo de la unidad que contrariaba su inclinación al aislamiento, era, en los momentos del peligro, siempre leal, siempre noble y magnánimo. Indortes é Istolacio fueron los primeros caudillos de nuestra nacionalidad contra la perfidia del cartaginés. Indibil y Mandonio, y más tarde el gran Viriato, miden sus fuerzas con las de la orgullosa Roma. Era instintivo el odio á la dominación extranjera en el corazón ibero; y á la distancia de veinte siglos, Sagunto y Numancia se vieron revivir en Zaragoza y Gerona. Dad, Señores, buenos reyes á ese pueblo tan grande, y España será la admiración del mundo. Cuando ella dió emperadores á Roma,

fueron Trajano *el Magnífico*, Adriano *el Ilustre*, Teodosio *el Grande*, y Marco Aurelio *el Filósofo*.

Invadida España por las primeras tribus del Norte, protesta contra su asoladora dominación en las montañas de Galicia; y ocupada después por la raza ménos bárbara de los visigodos, todavía sostendrán la lucha de la independencia los vascos, los cántabros y los astures. Ataulfo es, sin embargo, el fundador del reino de la España goda; Wallia prosigue su empresa; Eurico la termina; Leovigildo la engrandece. Pero el pueblo conquistador y el pueblo conquistado tienen distinta religión, distintas leyes, y no pueden considerarse solidarios de sus respectivos hechos.

La sangre del hijo de Leovigildo hace nacer el trono de Recaredo; y con la unidad de la fe tiéndese á realizar la unidad política. La publicación del Fuero Juzgo es la desaparición del derecho personal ante el derecho territorial que ha de regir á todos los habitantes de la Península Ibérica. Celébranse aquellos Concilios toledanos que ejercen una influencia bienhechora en el Estado, como faro de la fe, como fuente de moral purísima, y como dique contra las injusticias y las ambiciones. Mas á pesar de esto, no sabemos reconocer á la nación española hasta que queda completamente unida por la legislación, por la familia y por la desgracia. Pudiera, pues, decirse que el primer jefe de nuestra gloriosa monarquía es el inmortal Pelayo.

¡Siglos de fe, que encendisteis el fuego de vuestro entusiasmo religioso en la luz que se conservó sobre los riscos de Asturias; generaciones de nuestra patria, enaltecidas con laureles sin cuento por aquel ejemplo fecundo de valor y patriotismo! Haced alto un instante para enviar vuestros saludos á aquel hombre prodigioso: enseñad á vuestros hijos á que respeten y bendigan su nombre hasta el último día de su existencia; y apenas podréis pagarle de ese modo una pequeña parte del bien que le debisteis.

El dominio de una reducida montaña crece y se extiende hasta abarcar dos mundos. Por delante de nuestra imaginación atónita van cruzando, en el rápido examen de la historia, aquellos grandes reyes que amaban tiernamente á su pueblo, como adoraban humildemente á su Dios, y que por El arriesgaban sin vacilar, su vida; por El derramaban su sangre; por El llevaban á sus hijos al combate, y con El se identificaban más y más por el vínculo del peligro, de la esperanza y la victoria. Alfonso I, Alfonso *el Casto*, Alfonso *el Magno*, Ordoño I, Ramiro II, Alfonso *el Noble*, Sancho *Abarca* y Sancho II de Navarra, Ramiro I y Alfonso I de Aragón, Alfonso VI, Alfonso VII, Alfonso VIII, Fernando *el Santo* y Alfonso XI, son nombres que están escritos con terror en las crónicas musulmanas, y con amor indecible en el libro de nuestra patria.

Doloroso es, por cierto, contemplar en medio

de este cuadro las discordias y luchas continuadas que dividían á nuestros príncipes; reminiscencias del individualismo ibero, y producto, á la vez, de un imperfecto sistema de sucesión á la corona. Por fortuna, Señores, los Sectarios del Profeta ardiéron también en terribles y eternas rivalidades; y á los enconos de Muza y de Tarik, sucedieron los más trascendentales de Abdelmelic y Baleb, Husam é Ismaél, Yusuf y Amru antes de Abderramán I; y después las guerras implacables de Abdallá y Hafsum, y de Mohamed y Suleimán. Los estados cristianos de España crecían, no obstante, considerablemente, y era que en los momentos supremos la Religión y el patriotismo conseguían dominar la excitación de las pasiones. Para Calatañazor y las Navas, todos se unían como un solo corazón y un solo brazo.

Y no solamente daban nuestros monarcas á su pueblo la gloria de las batallas, sinó que les iban dando asimismo los derechos de su libertad civil, y los progresos de la civilización. La concesión de los Fueros municipales otorgados antes que en los demás países de Europa, y que tanto influyeron en nuestra historia jurídica; el establecimiento de las Cortes Españolas desde el siglo XII; el Fuero Viejo de Castilla, de incierto origen; el Fuero Real y el Código de las Partidas de Alonso X, rey que mereció por su saber ser electo emperador de Alemania, y el Ordenamiento de Alcalá, de Alfonso XI, eran ya como la flor del árbol que había de

dar su regalado fruto á fines del siglo XV. El alma, Señores, siente inmensa alegría al encontrarse de nuevo con dos seres que ama, y con un suceso que bendice; Isabel y Fernando, y la conquista de Granada.

Isabel había tomado sus primeras lecciones, que no olvidó jamás, en la escuela de la desgracia. Después, cuando fué Reina, el camino de su vida pública estuvo constantemente alfombrado de flores; pero flores que siempre conducían al templo, ó á la felicidad de su pueblo. Los males profundos que sufría la España se desvanecieron á su subida al trono, como esas nieblas que se disipan á la salida del sol. Ella puede decirse que fué el alma de todos los faustos sucesos de su largo reinado, y muy especialmente de la guerra contra los infieles. Isabel daba sus luminosos consejos, se desprendía de sus joyas, hacia venir los mejores operarios de Europa, acudía á todas las necesidades, calmaba todos los dolores, recompensaba todas las acciones heroicas.

Fernando tenía un gran talento, que se sobrepuso á su educación descuidada, é hizo un estudio profundo de la historia, en la que había de desempeñar un papel tan importante. La bondad de su corazón se había manifestado desde la batalla de Toro contra los portugueses; y si después de haber perdido la amable compañera de sus mayores glorias, nótanse algunas ligeras sombras en el cuadro de su vida, puede decirse que conservó su dulzura

y su moderación, aún en los días del desengaño. Los mismos escritores protestantes han hecho justicia á su piedad y á sus talentos políticos.

Pues bien: la conquista de Granada abrió ante esos esclarecidos reyes un horizonte inmenso. Ella acrecentó sobremanera su poder, dándoles un fertilísimo y extenso territorio. Ella aunó los intereses de nuestras diversas provincias, fomentando así el espíritu de nacionalidad. Ella produjo el reposo necesario para la organización interior del reino. Había, pues, llegado el tiempo de que aquel vínculo de gloria que venía estrechándose entre los hijos de España y el trono de sus monarcas, se afanzara de una manera indisoluble.

Y se afanzó, en efecto, Señores. Se necesitaba, ante todo, revestir de dignidad y esplendor la monarquía, humillada desde los tiempos feudales, y vacilante por las recientes revueltas de los grandes; é Isabel y Fernando supieron rodearse de una majestad imponente y sublime. Encontraron una nobleza turbulenta, y lograron dominarla; una nobleza degradada, y consiguieron su regeneración, justificando más y más la lisonjera frase de un escritor moderno (1) que ha llamado á la España el país de los caballeros. Hallaron un pueblo lleno de elementos de vida, y le enaltecieron extraordinariamente, abriéndole nuevas sendas de prosperidad y de gloria; elevándole á la más alta consi-

(1) Prescott, Historia citada, sección 1.^a

deración política que disfrutó jamás, y que dió tan excelentes resultados en las Cortes de Madrigal y de Toledo; buscando en él con exquisita diligencia á los hombres de gran mérito para encumbrarlos á los mas altos puestos; conducta imitadora de la conducta constante de la Iglesia, y que dió tanto lustre á aquel reinado con el nombre de Jiménez de Cisneros.

La legislación, entretanto, seguía perfeccionándose, y aparecieron las Ordenanzas Reales de Montalvo, la colección de Pragmáticas de Alcalá de Henares y las leyes de Toro. Desarrollase la cultura intelectual, y florecen las letras enriquecidas con los nombres de Alonso de Palencia, Antonio de Nebrija, Rodrigo de Santaella y Gonzalo de Ayora. La poesía entra en aquel período de transición que prepara el esplendor de nuestra literatura nacional en el siglo XVI, y se publican los *Cancioneros*, y escriben sus obras Rodrigo de Cota, Fernando de Rojas, Juan de la Encina, Torres Naharro y Pérez de Oliva. Hasta las bellas artes se cultivaban con esmero, vislumbrándose ya la gloria de nuestros grandes maestros, desde Berruguete y Juan de Juanes, los protegidos de Cisneros y de Santo Tomás de Villanueva, hasta Alonso Cano y Murillo. No hubo, finalmente, dice un historiador de nuestros días (1), asunto religioso, moral, político, jurídico, económico, literario,

(1) Lafuente, *Historia de España*, tomo 9.º, pág. 491.

industrial, mecánico ó mercantil que se escapase á las atenciones y á la provechosa reforma de aquellos reyes admirables.

De la conquista de Granada, Señores, habían de brotar aún mayores glorias. El éxito feliz de aquella empresa decidió quizá el ánimo de Isabel para confiar á Colón el descubrimiento de un Nuevo Mundo: en aquella guerra se desarrolló el genio militar del gran Gonzalo, que pasmó al Orbe en sus campañas de Italia: de allí fueron formándose los ejércitos que hicieron vencedores á Hernán Cortés en Méjico, á Carlos V en Pavía, á Felipe II en San Quintín, y á nuestros tercios en Flandes. Y aún me atrevo á avanzar muchos siglos. En los mismos tiempos de la decadencia de nuestra monarquía, y cambiada la dinastía de nuestros reyes, todavía subsisten los poderosos elementos de vida con que Isabel y Fernando dotaron tan abundantemente á nuestra patria, después de sus triunfos sobre los agarenos; y de ellos sacamos nuevas glorias en el Milanesado, en Alemania y en los Alpes, con Felipe III y Felipe IV; las victorias de Felipe V; el engrandecimiento de nuestra marina con Fernando VI; la importancia de nuestra nación con Carlos III; la Novísima Recopilación de nuestras leyes con Carlos IV; el heroísmo de nuestros padres en la lucha contra Napoleón; mil resortes, en fin, de civilización y de fuerza, que pueden levantarnos algún día al nivel de las más adelantadas naciones de Europa.

Fácilmente, Señores, habréis podido comprender por este rápido bosquejo, que he querido hacer os amar la buena memoria de vuestros reyes, amor á todas luces merecido y justísimo. Porque hay un hecho decisivo en nuestra historia, en el que acaso no se ha fijado bastante la atención. Buscad por todas sus páginas la figura de un rey que os sea enteramente repulsiva y odiosa, y yo os digo que no acertaréis á encontrarla. Aun cuando nos remontemos hasta los reyes godos cristianos, sólo hallaréis de Rodrigo una desdicha; después, de Mauregato, una fábula; de Pedro *el Justiciero*, un enigma; de Enrique IV la debilidad, y de Carlos II la ineptitud. Esos príncipes que rigieron las naciones como el azote de Dios, y para deshonra de la humanidad, no se han sentado jamás sobre el solio de España.

Condensad, por tanto, vuestras ideas: examinad en su conjunto el cuadro, y podréis admirar toda su belleza y armonía: en nuestra historia cristiana, la fe siempre en el alma, el heroísmo siempre en el corazón, el sentimiento religioso sellando nuestros más memorables períodos: en la historia de nuestro desenvolvimiento político y social, nuestros reyes unidos con su pueblo para combatir contra los enemigos de la patria, y siempre celosos de las garantías individuales, y de la prosperidad nacional. La conquista de Granada es la gran coronación del majestuoso edificio. *Es el fausto acontecimiento que debe perpetuar la adora-*

ción de los españoles ante el altar cristiano, porque terminó la bella obra de nuestra unidad religiosa; hizo brillar á la llama de un entusiasmo sagrado el ejemplo de relevantes virtudes, y preparó para el porvenir grandes triunfos á la Cruz de Jesucristo. Es el vínculo que hace inseparable la gloria del pueblo español, de la gloria del trono de sus Reyes, porque los preclaros monarcas que la realizan, identificaron sus intereses con los intereses de sus súbditos; elevaron la nación á toda la altura de su grandeza, y arrojaron sobre ella los gérmenes de una civilización imperecedera. ¡Ojalá que la piedra viva y elocuente de este grandioso templo, donde se adora al verdadero Dios de nuestros padres, y de ese túmulo magnífico, donde se guardan los restos de los ilustres reyes, dulces amigos de las generaciones que nos antecedieron, sea el simbolo de vuestros perpetuos sentimientos, y de los sentimientos de vuestros hijos. Erexit titulum lapideum, etc.

Excemos. Señores: estamos en medio del siglo XIX, y nuestro pueblo vive aún bajo la sombra salvadora de su antigua monarquía. Pero cuando hemos escuchado cerca de nosotros la voz de las revoluciones, y presentimos un porvenir cargado de graves acontecimientos, conveniente será recordar algunos principios de verdad y de orden, que vosotros ayudaréis á sostener en las esferas respectivas de vuestra autoridad. Así haremos como el ave que presagia la tormenta, y

busca un asilo contra ella; como el pastor de la montaña que recoge su ganado cuando divisa á lo lejos las nubes de la tempestad.

Es de todo punto indudable que la potestad civil dimana del mismo Dios, como fuente que éste es de todo sér y de todo derecho; y ora tenga en la familia su origen, ó solamente su tipo; ora se comunique mediata ó inmediatamente, diferencia más metafísica que práctica, el hombre tiene una obligación indeclinable de obedecer á las potestades legítimas. En la Escritura no hallaremos nunca definición alguna que determine la forma de ese poder. La Iglesia fué después demasiado sabia para resolver acerca de las formas políticas, y todas las aceptó igualmente, porque su único destino era enseñar á los hombres el camino del Cielo. Pero, al examinar la historia antigua, vemos á los pueblos primitivos vivir bajo el imperio de sus reyes, forma de gobierno que conservaron generalmente las naciones, porque debieron reconocerla como la más natural, la más sencilla, la más estable, la más fuerte, la más pacífica y la más paternal. Cuando se inició el movimiento civilizador de las edades modernas, la ciencia social buscaba en la monarquía el centro regulador de todos los intereses; los más notables publicistas dieron la preferencia á la monarquía hereditaria, con extrañeza y con pena de Sismondi (1), y hoy las escuelas

(1) Sismonde de Sismondi, en sus estudios sobre las constituciones de los pueblos libres, se declara partidario de la monarquía electiva.

conservadoras encuentran en el trono el áncora de salvación para las sociedades.

Ahora bien: si la ciencia reconoce las ventajas del gobierno monárquico para regir los pueblos, cuando un trono se afirma con la tradición, con los hechos y con la opinión misma, debe consolidarse más y más la estrecha y amorosa lazada que une al soberano con sus súbditos. Señores, una Reina ilustre se sienta hoy sobre el solio de San Fernando. La gloria de Isabel Primera brilla sobre su frente, y un derecho legítimo sostiene en su mano el cetro de sus antecesores. Pero hay en ella algo más todavía que la gloria y el derecho, herencia de sus antepasados. La Segunda Isabel ha cubierto de laureles las armas españolas en otra lucha gloriosísima contra los hijos del Profeta: ha llevado ante el altar cristiano la ofrenda de su fe, restaurando el santuario de Covadonga, erigido por el inmortal Pelayo: ha enriquecido nuestra legislación, y prepara su deseada unidad: ha protegido con liberalidad suma las ciencias y las artes: ha sido, en fin, el faro salvador en nuestras borrascas políticas. Hasta su nombre es una garantía, y junto á su trono brota una tierna rama, que alimenta nuestras dulces esperanzas, y es la prenda de nuestra futura felicidad.

Un momento no más, y termino mi discurso. Tenía Jesús un discípulo con un hermoso nombre: se llamaba Tomás, ó Didymo, *quasi geminus*, como gemelo, como hermano de Jesucristo por el amor; y una vez que creyó que había para su

Maestro algún peligro, se reveló toda la energía de su alma, todo el amor de su corazón, y dijo á sus compañeros: «Vamos también nosotros y muramos con él» (1). Nosotros tenemos igualmente un bello nombre: nos llamamos católicos y somos españoles. De consiguiente, hermanos míos, si la Iglesia de Jesucristo y su Pastor Supremo, si nuestra patria y nuestra Reina necesitasen de sus hijos, acordaos de las palabras de aquel discípulo fiel y desinteresado: Vamos también nosotros y muramos con ellos. No es perfecto cristiano el que carece de valor para ser inmolado en las aras de su fe. No es buen español tampoco el que no se siente capaz de sacrificar su vida por su patria y por sus reyes.

No lo olvidéis, Señores. En esa alianza dulcísima de la verdadera Religión y el bien entendido patriotismo, está el seguro camino que conduce al engrandecimiento de los pueblos, y á la gloria de la Jerusalén celestial. Amén.

(1) Joann., XI, 16.



PANEGÍRICO
DE
DE SANTA BÁRBARA,

PREDICADO
EN LA SOLEMNE FUNCIÓN QUE EL REAL CUERPO DE ARTILLERIA
CONSAGRÓ Á SU PATRONA

EN LA IGLESIA DE S. FRANCISCO EL GRANDE DE ESTA CORTE,

EL 4 DE DICIEMBRE DE 1866,

CON ASISTENCIA

DE SS. MM. Y S. A. R. EL SERMO. SR. PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Spes illorum immortalitate plena est.
Su esperanza está llena de la inmortalidad.
SAP. III, 4.

SEÑORA :

Dos hombres superiores de la antigua Ley habían delineado admirablemente el tipo interesante de la mujer virtuosa. Salomón describía su fortaleza y su solicitud; el hijo de Sirach, su hermosura y su pudor. Pero la luz que recibían esos suavísimos bosquejos, no era luz á propósito para apreciar debidamente su corrección y la delicadeza de sus contornos, porque era la luz que venía de abajo, pálida y sin resplandores: la luz de Eva, la luz del Paraíso. Por eso los nombres de Sara, Rebecca, Raquel, Abigail, Ester, Débora y Ruth cruzan sólo por delante de nuestra mente, mereciéndonos un grato recuerdo y una justa alabanza; pero no los miramos como el modelo más fecundo, en cuyo estudio pueda recrearse nuestra imaginación entusiasmada. Mas cuando aquellos bosquejos recibieron una luz de claridad radiante y de ricas

combinaciones, la luz de las alturas, la luz de María, la luz del Calvario, el cuadro toma mucha más animación y mayor vida: á la gracia de la composición y á la perfección del dibujo, se unen la belleza y el encanto del colorido; y así, cuando recorremos las generaciones evangélicas, nos salen al encuentro millares de heroínas, cuyas grandes acciones llevan al espíritu cristiano hasta la admiración, y de la admiración al recogimiento, y del recogimiento al éxtasis.

Entre esas creaciones prodigiosas de la gracia de Jesucristo, nosotros encontramos la variedad más rica y más amena. Ora es la luz vivísima pero fugaz del metéoro; ora el brillo permanente de los astros: aquí la modesta violeta que se esconde entre las flores de los valles; allí el cedro que se eleva en la eminencia de las colinas: ya es el arroyuelo formado por la fuente que nace en la hendidura de la roca; ya el río de caudalosas corrientes, ó el mismo mar con su inmensidad y su grandeza. Y de vez en cuando, y según que el estado de las sociedades parece reclamarlo, se suele contemplar también una maravilla mayor que muchas maravillas: vemos surgir uno de aquellos seres privilegiados, cuyo estudio parece superior á la inteligencia humana, y á cuyo número pertenece la mujer extraordinaria que hoy se venera en los altares del Catolicismo; la dulce virgen de Nicomedia, la santa hija de Dióscoro, la esclarecida Bárbara.

¡Bárbara! ¡Nombre bendito que, al pronunciarse, parece como que purifica los labios y santifica el corazón! ¡Criatura singular, que se invoca con entusiasmo santo en todo el universo cristiano, y cuyas glorias sólo podrían describirse dignamente por la pluma de un Angel! ¡Colosal figura que se destaca en el purísimo cielo de la Iglesia, adornada con las dos joyas de más precio que hay entre todos sus tesoros: la corona de la virgen y la palma del mártir!

Vosotros, individuos de un arma distinguida del ejército de nuestra patria, conocéis perfectamente la vida de esa mujer ilustre, porque todos los años os reunís bajo estas bóvedas para admirar sus hechos y para ensalzar sus virtudes. Pero ¡ah! id á la risueña playa á ver nacer el sol derramando sus rayos sobre las ondas de una mar tranquila; id á la cumbre de esas altísimas montañas que presentan las más seductoras perspectivas; id á contemplar las grandiosas creaciones del arte, y esas ricas bellezas serán siempre gratas para vuestro corazón. Si el culto de las vírgenes mártires del Cristianismo es para el mundo la fuerza de las almas heroicas, la dulzura de los espíritus tímidos, la sonrisa de las almas felices y el consuelo de los corazones lastimados, la devoción de Bárbara es especialmente para vosotros la fuente deliciosa en cuyas puras aguas bebieron vuestros mayores, y de donde mana el raudal abundantísimo que baña mansamente las ricas márgenes de vuestra histo-

ría: es el astro que irradia su fulgurante luz sobre vuestro camino, y que cubrió de honor veces innumerables vuestras armas y vuestras banderas.

Hace pocos años que tuve la honra de pronunciar desde esta cátedra el panegírico de Bárbara, y el recuerdo de vuestra religiosidad y vuestra benevolencia está grabado de una manera indeleble en mi memoria. Casi podía decirse que quedábamos citados para este mismo sitio; y al presentarme de nuevo en medio de vosotros, mi corazón se esfuerza en vano para dominar sus vivas y dulces emociones. Me parezco al viajero que, al volver después de muchos años al país amado donde se meció su cuna, goza con sus adelantos y bellezas, y siente una alegría inefable al reconocer rostros amigos que le saludan cariñosamente.

Condensando, pues, Señora, en un solo pensamiento las ideas que me propongo desarrollar en el presente discurso, voy á establecer la proposición siguiente: «La vida de Bárbara, inspirada en »la santa alianza de la fe, la esperanza y el amor »divino, ha merecido la gloria inmortal prometida »á los justos en el libro de la Sabiduría, y enseña »al hombre el camino de la verdadera felicidad.»
Spes illorum immortalitate plena est.

¡Oh tú, Verbo eterno del Padre, rodeado invisiblemente en el Sacramento Eucarístico, de millares de Serafines, Querubines y Tronos! haz descendér sobre mí un rayo de esa luz inextinguible que de ti sólo dimana; una chispa de esa gracia

cuya plenitud reside sólo en ti, porque Tú soñ
eres el Autor de la gracia y de la luz. Y si mi rue-
go no es bastante digno para que Tú lo escuches,
yo te lo presento por la mediación de aquella Vir-
gen Madre que acoge todos los suspiros del alma,
y á la cual saludó un día el Nuncio de los Cielos,
diciéndole: *Ave, gratia plena, etc.*

SEÑORA:

EL estado en que se encontraban las sociedades á la aparición de Bárbara, es demasiado importante para que nos permitamos echar sobre él una rápida ojeada ; ojeada que nos servirá también para apreciar en su verdadero valor toda la gloria y la abnegación de nuestra heroína.

Hacia ya cerca de dos siglos que había espirado la Sinagoga, recibiendo una honrosa sepultura, según la elegante expresión de Santo Tomás de Aquino (1). La lucha más reñida venía ya sosteniéndose entre dos elementos que se excluían enteramente el uno al otro; el elemento gentil y el elemento cristiano: el primero , que luchaba con el despotismo de la fuerza; y el segundo, que combatía con la caridad de la palabra y con el prestigio irresistible del ejemplo. Algunos Césares, guiados por el buen sentido ó por un corazón generoso, como Vespasiano, Tito, Nerva y Alejandro Seve-

(1) Cit. á Joann. *Devoti. Inst. Canonic.*, t. I, cap. III.

ro, comprendieron que los cristianos, buenos ciudadanos y valientes guerreros, podían tener una parte no pequeña en conservar el engrandecimiento de la Eterna Ciudad. Otros emperadores, libertinos ó sanguinarios, como Nerón, Domiciano, Septimio Severo y Maximino el Tracio, odiaron ó temieron aquella secta naciente, y tiñeron sin piedad su púrpura en sangre inocente de millares de víctimas.

Estas crueldades parecían acabar con el imperio de la Roma idólatra. Ya el fratricidio había escalado el solio de los Augustos y los Antoninos; los Pretorianos disponían á su voluntad del Imperio, y los Bárbaros habían aprendido el tránsito del Rhin y del Danubio. La sangre de los mártires fué aquella semilla fecunda que tanto cautivaba la imaginación de Tertuliano; y aunque el Cristianismo, al mediar el tercer siglo, vivía todavía la vida de las Catacumbas, no era difícil prever que estaba muy cercano el triunfo completo de la doctrina del Evangelio.

La Iglesia tuvo además que luchar desde su fundación, en el terreno de la inteligencia, con otra clase de hombres que, ya querían hacer una rara amalgama de judaismo y Cristianismo, como los Ebionitas, ya intentaban armonizar la creencia pagana con el dogma cristiano, como los Gnósticos, más temibles aún, y á los que venció la Iglesia valiéndose de los grandes talentos de San Justino y San Ireneo. Y llegando al período á que

quiero referirme, ya comenzaba á descollar el Neo-Platonismo, especie de eclecticismo que, escogiendo lo que le convenía de la filosofía griega y del culto cristiano, á los que mezclaba la cábala y la teurgia, se enseñoreó por mucho tiempo de gran parte del mundo. En Alejandría tuvo su origen y su principal escuela; pero en Alejandría también nació la gran escuela cristiana que debía derrotarle, asociando, sin confundirlos, el elemento divino y el elemento humano, y que contó sucesivamente por sus primeros jefes á Pantenes, Clemente y Orígenes. La Iglesia de Jesucristo sabía, por tanto, vencer del mismo modo en la cátedra que en las costumbres; y contra todos los vicios y todos los errores, enseñaba todas las verdades y practicaba todas las virtudes.

Tal es la época célebre en que Bárbara se ha presentado en escena. A Alejandro Severo, el hijo de Mamea y el amigo de Ulpiano; el gran Emperador amante de la gloria, la poesía, la ciencia y la virtud, y tal vez secreto adorador de Cristo, sucedía Maximino, de sangre alana y goda, monstruo de ferocidad, de gula y de codicia. Los circos, cerrados hacía ya siete lustros, abriéronse de nuevo, y realizóse la sexta persecución contra el nombre cristiano.

Nació Bárbara en la ciudad de Nicomedia, que había de ser después tan célebre con la morada y la abdicación de Diocleciano. Los graciosos jardines de Bitinia le enviaron los más delicados per-

fumes de sus plantas; los dos mares, entre los cuales se ostentaba su cuna, la arrullaban con el suave murmurar de sus rizadas olas; los puros aires de las cumbres del Ida bajaron á acariciar su rostro; y el Vivola y el Araki, ríos de transparentes linfas y de perenne curso, iban por las riberas repitiendo aquel nombre como prenda de amor y de ventura.

— Pasó el sueño de la niñez, y llegaron las delicias de la infancia y los encantos de la adolescencia. Los historiadores y los panegiristas han retratado tan hermosa á Bárbara, que al leerlos, vienen naturalmente á la imaginación las descripciones de la amada en el *Cantar de los Cantares*: y desde que su alma pudo tener como la primera conciencia de sus acciones; desde que entró en ese camino del adolescente que ignoraba el Sabio en los Proverbios (1), la vida de la virtud se desarrolla en Bárbara como la vida de la naturaleza; la imaginación y la razón se relacionan en ella con perfecta armonía, y los caminos de su existencia están siempre á la vista del Cielo, que sonríe con sus pasos.

La luz de la fe alumbró desde luego aquel entendimiento formado entre los errores y las prácticas del Politeísmo. Se ha dicho por algunos que Orígenes, la inteligencia más elevada de su tiempo, tuvo la dicha de iluminar el espíritu de Bár-

(1) Proverb., XXX, 19.

bara con su palabra poderosa. Si esto es cierto, tendríamos la explicación literal y sencilla de aquellas tan admirables como repetidas frases del Apóstol: «La fe es por el oído, y el oído por la palabra de Cristo.» *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi.* Pero si no llegó hasta ella la voz del Obispo ó del sacerdote cristianos, ni el arrebatador ejemplo de los defensores de la Cruz, fuerza será creer que el Cielo se encargó de confirmar las palabras de San Pablo con sus inspiraciones, ó por ministerio de los Angeles.

Bárbara ha dirigido una mirada prudentemente investigadora en derredor de la naturaleza: ha observado los contrastes armónicos de los astros, de las estaciones, de la vegetación, de los sucesos y de los sentimientos, y ha adivinado á un Dios Creador, Omnipotente, oculto tras el velo de tantas magnificencias. Pero hasta aquí podía, en verdad, llegar el estudio de la filosofía pagana; hasta ese conocimiento podía alcanzar la razón del hombre, naturalmente enemiga del Ateísmo, y Bárbara ha pasado muy más allá de esos estrechos límites. La noticia que ella adquiere de Dios, es la noticia sobrenatural infundida por la gracia, y que guía por el camino de la vida eterna. Ella comprende que la razón humana es insuficiente para apoderarse de los secretos que la cercan; sabe que la esencia de las cosas está guardada en la mente divina, y que la luz para esclarecer esos misterios sólo puede encenderse en el faro de la

revelación; fe prodigiosa que parece poner el infinito ante el alcance de su vista, y como remontarla hasta el solio de la Trinidad Augusta para profundizar sus arcanos. Tal vez había ya podido comparar la literatura gentil, sin verdad, sin moralidad y sin fuego, con la literatura cristiana, tan sublime é inspirada, y llegó á adivinar aquellas dos ciudades que más adelante describiría San Agustín; la ciudad de los hombres, fundada en el amor y la gloria de sí misma, y la ciudad divina, que dice á Dios con acento humilde y religioso: «¡Tú, Señor, eres mi ciencia y mi gloria!»

La luz de esa fe produjo en el espíritu de Bárbara la llama de la esperanza cristiana. Dióscoro, creyendo hacer la felicidad de su hija, quiere darle un esposo que la ofrezca los goces de los amores terrenos, y apártase de ella para volver en breve á recibir la respuesta. Pero Bárbara se había anticipado la pregunta de San Agustín y San Ambrosio: ¿Qué es la virginidad? Y se había contestado como ellos: «La virginidad es la fuerte lazada que estrecha la fe, la esperanza y el amor divino» (1). «La virginidad acerca la naturaleza humana á la naturaleza angélica, y aún es mayor la victoria de la virgen que la victoria de los ángeles» (2). Bárbara elige entonces el místico Esposo que antes habían tenido Tecla, Justina y Margarita, y

(1) S. Augustin. in Psalm. XVII.

(2) S. Ambros., *de viduit.*

sus labios recogen del alma una oración ferviente, que eleva al Cielo para que la fortalezca y la ilumine.

Y como la oración que se levanta hacia el Cielo es ya una gracia que se recibe de él, inundan el espíritu de Bárbara raudales de esa gracia, fuerza y suavidad misteriosas que descienden al corazón de los justos desde el corazón de Jesucristo. Al contacto de su dedo sobre el duro mármol aparece impresa milagrosamente la cruz de Jesucristo: era la prenda sensible que daba el Cielo á Bárbara de su amparo y sus consolaciones.

Puedes volver en buen hora, Dióscoro, al lado de tu hija, porque su espíritu está enteramente formado. Si la preguntas sobre el estado de su corazón, ella te responderá sin vacilar: «Mi esposo es Jesucristo.» Si la preguntas acerca de sus dioses, ella te contestará del mismo modo: «Mi Dios es Jesucristo.» Si, desnaturalizado y cruel, la persigues y maltratas, ella responderá todavía: «Mi Salvador es Jesucristo.» Si la entregas, finalmente, al fanatismo y á los caprichos de un tirano que, ora la halaga y lisonjea, ora la desnuda y la azota, ella contestará siempre: «Mi esperanza es Jesucristo.» Y tanto ha confiado en Jesús la incomparable virgen, tantas veces ha pronunciado su dulcísimo nombre, que el Celestial Esposo se dignará descender con frecuencia á su lado, resplandeciente con la infinita claridad de los cielos.

¡Mujer extraordinaria! No abrumes mi imagi-

nación con el peso de toda tu grandeza. Déjame, ¡oh virgen! que contemple de cerca la llama que se eleva de tu amoroso pecho; y aún cuando ella sea un incendio abrasador, déjame todavía; y si no salta hacia mí una chispa que me comunique algo de su virtud, tome siquiera luz de ella para proseguir tus alabanzas.

Sí, Señora: los coloquios con su amado Jesús han tornado en el corazón de Bárbara la llama de la esperanza en los incendios del amor divino, y parece entablarse la lucha de místicas ternuras, que tan bien había de describir muchos siglos después Santa Teresa de Jesús; aquella lucha «que hace padecer con el exceso mismo de la felicidad, pero de cuyo mal el alma querría estar muriendo siempre» (1). Diríase que el corazón de Bárbara arde ya en aquel fuego sagrado que hizo á San Pablo enfermar de amor al tercer día que trataba con su Dios; que abrasó á Magdalena desde el primer momento, y que puso más tarde en los labios de San Bernardo estas suavísimas palabras: «Del amor de Dios, cuanto más bebo más sed tengo, y yo no puedo conseguir apagarla» (2).

¡Oh amor de Nuestro Señor Jesucristo! deberé aquí exclamar. Tú lo eres todo, y tú lo puedes. Tú eres el soplo que vivifica, la savia que regenera, y la virtud que salva, y la verdad que triunfa. ¡Oh

(1) Concept. del amor de Dios.

(2) Serm. XXII, In Cœn. Dom.

amor! Tú eres ciertamente un arcano; pero sabes comunicarte á las almas, y cuando te ves correspondido, tú te complaces en manifestarles todo tu secreto.

La santa violencia de ese amor dulcifica los prolongados martirios de aquella mujer privilegiada. Hiérese con mil dolorosos suplicios el cuerpo de la virgen, y cúranse instantáneamente sus llagas. Quémanse sus costados con hachas encendidas, é invoca sonriendo el nombre de Jesús. Se mutila horriblemente su castísimo seno, y el Esposo descende de nuevo para inundarla de inagotables dulzuras. ¡Corta ya, tirano, esa cabeza en el vértigo de tu humillación y de tu rabia! Tu víctima será como la vid que, podándose, hermosea con sus verdores y enriquece con su delicado fruto. La última palabra de ese martirio santo apenas puede pronunciarse: falta la elocuencia á los labios y el valor al corazón. Nosotres sabemos de muchos desgraciados que se prestaron á ser verdugos de sus bienhechores; pero sobre el espectáculo de un padre friamente teñido con la sangre de su propia hija, debe correrse un velo. Adoremos y bendigamos aquí, no obstante, la Providencia de Dios, que, vengadora de la inocencia de la virgen y heraldo de su santidad y de su gloria, envía súbitamente, en pleno azul del cielo, la tempestad y el rayo para castigar al parricida, maravilloso prodigio que había de atraer sobre Bárbara la atención de las generaciones cristianas,

y el entusiasta culto de los guerreros católicos.

Señora: una existencia tan pura como la que acabamos de recorrer, no debe ser para el mundo un árbol sin fruto ó una flor sin aroma. Las tres virtudes más elevadas del Cristianismo brillan en la vida de Bárbara con vivísimos fulgores, y las sociedades contemporáneas, faltas de fe, de esperanza y de caridad, pueden encontrar en ella los medios eficaces de alcanzar su regeneración y su perfeccionamiento.

De la verdad absoluta que reside en la esencia divina, nacen dos órdenes de verdades; la verdad natural y la verdad sobrenatural, y ámbas se comunican al hombre por distintos canales, la razón y la fe, que son, como si dijéramos, ríos de un mismo nacimiento, rayos de un mismo sol, flores de un mismo tallo. Cuando el hombre sabe armonizar esos dones, que tan bien se relacionan y completan, la inteligencia eleva prodigiosamente su vuelo, y descubre nuevos horizontes de verdad y de vida; pero cuando, tomando únicamente á su razón por guía, quiere penetrar en las regiones del dogma, el águila ha perdido la fuerza de sus alas, y no puede sostenerse en las nubes; el buque ha perdido sus velas, y fluctúa á merced de los vientos en un Océano sin orillas.

Pues bien; la vida de Bárbara nos ha trazado el camino de la sabiduría, que principia con el temor de Dios (1), y se consuma con su amor: por-

(1) Eccli., I, 16.

que el temor de Dios produce una fe viva; la fe esclarece el entendimiento del hombre; el entendimiento, alumbrado por la fe, parece como que alcanza el conocimiento intuitivo del bien; el corazón, enamorado del bien que el entendimiento conoce, tiende á buscar el bien en su principio, dejando la inteligencia en el atrio, de donde sólo debe pasar el alma para saciarse en un amor infinito.

Yo no diré seguramente, yo no puedo decir que la fe y la virtud basten para adquirir la ciencia: la ciencia se adquiere con el estudio y la meditación, que son la vida de los talentos; pero la fe y el temor de Dios encaminan la ciencia á su legítimo fin, la hacen prudente y sobria, y esparcen sobre ella la fecundidad de la gracia.

¿De qué, sinó, podrá servir á la humanidad una metafísica que, debiendo hacer detenidamente el estudio del eterno principio de la idea y el sér, del alma y sus facultades, se pierda en lucubraciones insensatas? ¿De qué una lógica que no guíe á la investigación de la verdad? ¿De qué una literatura que no sepa expresar, en los rasgos felices de la imaginación, todos los encantos de lo bello y toda la ternura de los sentimientos humanos? ¿De qué una política que invoque en favor de la injusticia el tiempo y los hechos consumados, esos grandes santificadores de las grandes maldades, haciendo entrar rara vez la moralidad en su extraña farmacopea? ¿De qué, en fin, una moral que no lleve á los hombres por la senda del bien y de la virtud?

Si el mundo, pues, necesita de fe para comba-

tir el racionalismo que le extravía, necesita igualmente de esperanza para combatir el indiferentismo que le paraliza, y que parece la herencia de aquellos antiguos paganos, que sólo tenían para la eternidad unos Campos Elíseos, sin latitud, sin profundidad, sin luz. El indiferentismo fija principalmente su residencia en la voluntad humana, la adormece, y la constituye en ese estado de apatía, de languidez y de muerte, que es su más claro distintivo. El, oscureciendo hasta el instinto moral que lleva al hombre hacia un bien futuro, quita á los corazones que se juzgan felices la firme lazada que sujeta el ramo de flores de su dicha, y arroja á los desgraciados prematuramente á una tumba que ellos mismos suelen abrirse con frecuencia.

La vida de Bárbara ofrece al hombre, contra ese cáncer de las sociedades modernas, los tesoros de la esperanza cristiana. Su santa confianza en la Providencia de Dios, es esa virtud bienhechora que tranquiliza sobre su porvenir á los corazones dichosos; que consuela á los espíritus lacerados y anima á los caracteres melancólicos; supremo auxilio que el hombre recibe de la misericordia de Dios cuando le faltan los socorros humanos, como dice San Ambrosio (1); viático de la vida, según la expresión de un gran político (2); dulce secreto que convierte toda pena en alegría, toda sombra

(1) In Hexam.

(2) Antonio Pérez, *Máximas*.

en luz y todo invierno en primavera; es el resorte misterioso que mueve al hombre á procurar su bien y el bien general de su especie en la doctrina de Jesucristo, condenando así el indiferentismo del ateo que desecha todas las religiones, y el indiferentismo del deísta, que todas las acepta sin abrazar ninguna; es, por último, la constancia que recoge el espíritu en la asiduidad de la oración, que elevando el alma por grados hasta la unión y el arrobamiento, la hace como adivinar los bienes inefables que le están preparados en las mansiones celestiales.

El mundo, finalmente, está necesitado de la virtud de la caridad. Señora, la sociedad actual debe recordar el último período del paganismo, que en el apogeo de su cultura sucumbió porque le faltaba el amor, sin el cual no pueden vivir largo tiempo las sociedades. Nosotros recorreremos las distancias con una velocidad increíble; nos alumbramos con luz más diáfana y radiante; hallaremos, probablemente, caminos seguros en medio del espacio; y aún se nos promete fotografiar la palabra humana. Es esta una gran civilización material y mecánica; pero las naciones se empobrecen, las revoluciones amenazan, el pobre espía el momento de cambiar su condición por medio de la fuerza, y las sociedades peligran, porque las acciones del hombre se resuelven en una triste palabra: el egoísmo.

La caridad, pues, es hoy la única solución sal-

vadora de muchos problemas difíciles para los estudios políticos, sociales y económicos. Pero es necesario no entender por caridad esa filantropía, pretendida hija del Catolicismo, que hizo soñar á los Sansimonianos su comunión universal, á Fourier su Falansterio, á Owen sus grandes Comunidades; que llama á los hombres hermanos, sin decirles nada de un Padre común que está en los Cielos; que llama á los hombres iguales, sin decirles nada de la ley divina, ante la cual únicamente se realiza una igualdad que no consiente la vida; que llama, en fin, á los hombres libres, sin decirles nada de la virtud, en cuya práctica consiste el perfeccionamiento de la libertad del hombre. La caridad verdadera es el amor purísimo de que nos ha dado Bárbara un ejemplo fecundo; amor que pone su corazón en Dios, y después de Dios y por Dios mismo, en todos los hombres sus hermanos; amor que todo lo sufre, todo lo perdona, todo lo reparte por el triunfo de la verdad y el bien, hasta la sangre y la vida. Hé aquí la caridad según la fe; hé aquí también la huella de bendición que esa virgen admirable ha estampado en el camino de la humanidad, como la faja luminosa de los cielos que han formado las estrellas en medio de otras estrellas.

Tal es, Señora, el hermoso lazo de las virtudes salvadoras que resplandecen en la vida de Bárbara con refulgentes destellos: la fe, que alumbró la razón con luces sobrenaturales, y sirve de funda-

mento y apoyo á la esperanza en Dios; la esperanza cristiana, que deja entrever las halagüeñas perspectivas de mil espirituales delicias, y vivifica y fortalece el alma con auxilios sobrehumanos; la caridad, producto y complemento á la vez de esa santa confianza, que une el corazón del hombre con el corazón de Jesucristo, é inflama el espíritu en el místico fuego de los amores divinos: virtudes todas que irradian sobre esa dulce virgen la gloria de la inmortalidad, y en cuya práctica puede realizar el hombre los secretos de una felicidad que dure tanto como la eternidad de los siglos: *Spes illorum immortalitate plena est.*

¡Guerreros piadosos de mi amada patria, que hoy asistís á estos solemnes cultos! Si la fe, la esperanza y la caridad conducen á las sociedades hacia la civilización verdadera, que consiste en la marcha paralela del progreso intelectual y el progreso moral de los pueblos, esas virtudes son asimismo las que forman las almas verdaderamente heroicas en vuestra gloriosa carrera.

El Cristianismo amó singularmente al guerrero desde que contó tantos hijos ilustres en las legiones de la poderosa Roma; y cuando alcanzó el triunfo decisivo sobre la religión pagana, derribó los signos gentílicos que coronaban el asta de las banderas, colocando en su lugar la cruz; y en vez de perfumarlas con sangre, las bendijo con el agua sagrada, purísimo rocío del cielo. Con esta ceremonia tan solemne como conmovedora, la Iglesia

decía al guerrero, que «del Señor es el dar ó el quitar la victoria» (1), y le enriquecía con la fe; enseñábale á confiar en «Aquél que no necesita de lanza ni de espada para otorgar el triunfo» (2), y le fortalecía con la esperanza; le mandaba tender una mano generosa á los vencidos, y completaba su gloria con la auréola de la caridad cristiana. Así, de aquellos terribles conquistadores del Norte, pudieron salir Clodoveo, Recaredo y Carlo-Magno: así brillaron en nuestra patria Alfonso *el Católico*, Alfonso VII, Fernando III, Guzmán *el Bueno*, Fernando V é Isabel I: así escribimos en los anales de la reconquista tantas fechas insignes, desde Covadonga hasta Granada: los *Lulus* de Asturias contra Yussuf, Clavijo contra Muza, Gormaz y Osma contra Abderramán III y Almu-dahaffar, Caltañazor contra Almanzor *el Invencible*, durante el califato de Córdoba; Valencia contra Aben-Aixa, Alcoraz contra Almostain, Toledo y Cuenca contra Ali Ben Iussuf, Zaragoza y Cúntanda contra Temin, en la dominación de los Almoravides; las Navas, las inmortales Navas de Tolosa contra Mohammed, Cáceres y Mérida contra Aben-Hud, y Sevilla contra Abu Abdallah, en la irrupción de los Almohades; Tarifa, el Salado y Algeciras contra Abul Assan y Abul Hagiaz, en la época de los Beni-Merines: así nuestros padres

(1) II. Paralipom. XXV, 8.

(2) Reg. XVII, 47.

humillaron en Bailén , Zaragoza y Gerona el orgullo desmedido de Napoleón I: así nuestros soldados han adquirido en el reinado de la segunda Isabel tan inmarcesibles laureles contra las hordas feroces del Atlas: así , en fin , nuestros marinos acaban de renovar en el Pacífico aquellas inauditas hazañas que aniquilaron el poder de Atahualpa; ofreciendo todos respectivamente al Catolicismo y á las naciones de la Europa un nuevo testimonio de nuestras creencias , y de que no degeneraron los hijos de Pelayo y del Cid.

¡Oh vosotros, ilustres oficiales de la Artillería española! ¡qué parte tan envidiable cupo al arma á que pertenecéis, en los últimos acontecimientos de esos siglos memorables! Formados ya con toda la influencia que debía daros un famoso descubrimiento, elevasteis vuestras miradas al cielo, y elegisteis por vuestra Patrona á esa graciosa virgen, porque Bárbara era la abogada contra el trueno, al que imitaban los estampidos de vuestras lombardas; era la protectora contra el rayo que solía incendiar vuestros parques ; era la intercesora de los que morían sin sacramentos en el campo de batalla. Y Bárbara correspondió á esos llamamientos del corazón. Ella os cubrió constantemente de glorias, y vosotros cantasteis sin cesar sus alabanzas. Hablen, sinó, por mí, desde Gutiérrez de Vega hasta Daoiz y Velarde, los nombres de Francisco de Alava, de Juan de Acuña, de Manrique de Lara, de Luis Velasco y de Sánchez de Noya; digan-

lo asimismo las páginas inolvidables de Alora y Setenil, de Castel de Ovo y Buda, de Alcañiz y Talavera, de Samsa y de Vad-Ras.

¡Bizarros jefes y oficiales que habéis heredado tan preclaros blasones! Levantad radiantes vuestras miradas; alzad serenas vuestras frentes, porque esas glorias no han sufrido mançilla. Yo sé apreciar la intensidad de vuestros recientes pesares; yo comprendo vuestra pena profunda; yo en este instante cuento los latidos de vuestro corazón por las palpitaciones aceleradas del mio, y os digo que vuestro renombre está puro, y que todos vuestros compatriotas ensalzan vuestra lealtad é hidalguía. Yo, Sacerdote católico, no debo traer á este sitio sinó palabras de paz y de perdón, y únicamente deploraré los funestos extravíos de las pasiones políticas, pasiones extrañas que tan hondamente perturban la inteligencia y agitan los sentimientos del hombre: pero además de que vosotros no pudísteis prever el vértigo que, há poco (1), arrastró á algunos de vuestros subordinados, la sangre de vuestros compañeros tan infortunados como pundonorosos, casi diré su heroísmo y su martirio, y al mismo tiempo vuestra abnegación y vuestro denuedo, os han merecido el interés y la admiración de la posteridad. ¡Oh! Si puede servirnos de consuelo para sobrellevar la pérdida irre-

(1) Refiérese el autor á los tristísimos sucesos del 22 de Junio de aquel año.

parable de vuestros hermanos de armas, tanto más dolorosa cuanto que son proverbiales la unión y la fraternidad que recíprocamente os ligan, sabed que los hemos llorado en todas partes; en las plazas, en los templos y en el hogar doméstico; y permitidme añadir que yo, que les guardaba en mi corazón afecto y gratitud, y conmigo otros muchos ministros del Santuario, hemos rogado á Dios en el Augusto Sacrificio por el eterno descanso de sus almas.

Y vosotros, ¡oh soldados! á quienes yo amo de todo corazón: sabed, para no olvidarlo, que un gran publicista español de nuestros días (1) os ha muy oportunamente comparado con el Sacerdote cristiano, porque como él, ni vivís para vosotros, ni para vuestras familias, sinó para ejercer la noble misión de velar y combatir por la seguridad é independencia de legítimas instituciones. Practicad incesantemente la virtud, y observad vuestra severa pero sabia disciplina, que de este modo seréis la honra de vuestro país, la gloria de vuestras familias, el legítimo orgullo de vuestros jefes, y el más firme baluarte de vuestra patria; siendo después, cuando volváis á vuestros hogares, modelos de fieles ciudadanos, de buenos esposos y de honrados padres. En suma: amad constantemente vuestra Religión, que es la verdad; defended el trono de vuestros Reyes, que es la gloria; conser-

(1) Donoso Cortés, tom. III, pág. 323.

vad el verdadero patriotismo, que es el honor: que comprendiendo todo el valor de estos tres venerandos objetos, la España será siempre, desde el Pirineo hasta las orillas que lamen las olas de dos mares, aquella nación preclarísima que asombró tantas veces á las generaciones por su grandeza y su heroísmo.

Señora, el Cielo no permite que el orador cristiano, tan flaco y miserable como los demás hombres, manifieste desde este lugar sagrado sus flaquezas y sus miserias, y yo no puedo querer adular á V. M. Si la ciencia social ha reconocido las ventajas del gobierno monárquico para regir los pueblos, el trono de vuestros mayores, afianzado poderosamente por el amor, por las tradiciones y por la gloria de vuestro reinado en la legislación, en las letras, en las artes, en las armas y en la política, ha de contar muchos siglos de venturosa existencia. Pero si el genio revolucionario, que despierta inquietudes sobre la tranquilidad de los monarcas, intentara llegar hasta vuestro solio, nosotros formaríamos en vuestro derredor un muro impenetrable para salvaros á vos y á vuestro hijo, esa tierna prenda de nuestra futura dicha; y entre vuestros defensores, Señora, los jefes, los oficiales, los individuos todos de la Artillería española procurarían ser los más cercanos á V. M., los más valerosos y leales.

¡Y tú, Bárbara, sér privilegiado y bendito, virgen querida de tu Dios! ¿No es verdad que desde

el Cielo donde moras, tú velas por estos guerreros escogidos que te han aclamado por Abogada y por Patrona? ¿No es verdad que estos cultos suben hasta el trono de Dios como la oración de la tarde, y que tú los presentas para hacer descender sobre nosotros las misericordias del Señor? ¡Mujer amada del Cantar de los Cantares! Tú, que has vivido en las hendiduras de la peña y en los huecos de las ruinas solitarias; tú, la de voz dulcísima y la de rostro hermoso (1), ven; nosotros vamos también buscando el nido en donde se formó nuestra alma, como el ave que anhela volver á la primera cuna de sus amores. Enséñanos, pues, todos los secretos de tu felicidad; que nosotros colocaremos sobre tu sien purísima mil coronas de amor, colmándote de alabanzas, hasta el suspirado día en que cantemos juntos los himnos de los bienaventurados en las moradas eternas, que á todos os deseo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

(1) Cant. Cantic. II, 14.

~~~~~

# SERMON

PREDICADO

## EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE BADAJOZ

EL 31 DE DICIEMBRE DE 1870,

EN LOS SOLEMNES CULTOS

CELEBRADOS POR UNA ASOCIACIÓN DE PERSONAS PIADOSAS PARA  
ENSALZAR LAS GLORIAS DEL PONTIFICADO,  
PROTESTAR CONTRA LA USURPACIÓN Y EL DESPOJO DE QUE ERA VÍCTIMA  
LA SANTA SEDE .

Y MANIFESTAR ADHESIÓN PROFUNDÍSIMA Y TIERNÍSIMO CARIÑO  
Á LA PERSONA DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE PIO IX.



---

*Levavi oculos meos in montes, unde veniet  
auxilium mihi.*

Levanté mis ojos á los montes, de donde  
vendrá para mí el socorro.

SALM. CXX, 1.

ILMO. SR. : (1)

SRES. :

EN vano esperaría yo hoy, para comenzar este discurso, á que se calmasen las palpitations aceleradas de mi pecho. Jamás se sintió tan hondamente conmovido mi corazón de Sacerdote católico, y mi voz habrá de ser, por no pocos instantes, trémula y apagada; pero vuestra fe y vuestra piedad me han llamado, y héme aquí. Habéis querido que sea yo hoy el apologista de la verdad y la justicia, y el intérprete de vuestros afectos más íntimos; y de un lado el deber que me impone la santidad de mi ministerio, de otro el sentimiento de

---

(1) El Sr. Obispo de Badajoz.

una gratitud profunda, debían pesar más en mi ánimo que el temor de la pequeñez personal, el cual no es con frecuencia otra cosa sino la instigación perversa y corruptora de las vanidades mundanas. Aquí, en esta Santa Cátedra, debe desaparecer el hombre con todas sus miserias, y quedar sólo el apóstol con todas sus abnegaciones; y el apóstol va á presentar en este día ante las miradas del mundo el hermoso espectáculo de vuestra religiosidad y vuestra ternura. ¡Oh! ¿Por qué yo, que creo con vuestras creencias, que gimo con vuestros gemidos, que ruego con vuestras súplicas, que aliento con vuestras esperanzas; por qué yo, identificado con vosotros, como lo estaba el Crisóstomo con aquel pueblo que le escuchaba entusiasmado junto á las orillas del Bósforo, no poseo ni la inteligencia ni las virtudes de aquel hombre extraordinario, á fin de poderos comunicar los encantos de la verdad como en manojos de luz, y los secretos del bien como en centellas encendidas en la gracia del Cielo?

Nunca causa más justa pudo atraer á los fieles bajo las bóvedas del templo; jamás el sentimiento religioso se levantó á impulsos de emociones más puras y legítimas. El Catolicismo, hermanos míos, tiene un corazón y un alma que han sido alevemente heridos, y nosotros venimos á restañar la noble sangre que de esa herida brota. El eco que hoy nos congrega en este santuario es un eco bendito: el eco de la majestuosa voz de la Iglesia, que

clama de este modo: «Señor, levanta la mano contra la soberbia de tus enemigos, que se han gloriado en medio de tu solemnidad» (1): el eco de la voz dulcísima y conmovedora de un anciano venerable que, sin cadenas, pero sin libertad, allá en el Vaticano, en el sitio mismo donde Nerón hizo verter tanta sangre de mártires, y á la vista acaso del lugar donde selló su fe el primero de los Vicarios de Cristo, repite estas palabras de David con el sereno acento de la virtud y la justicia: «Levanté mis ojos á los montes, de donde vendrá para mí el socorro.» *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.*

Los siglos y las generaciones están mudos de dolor y de asombro, ó sobrecogidos de terror y de espanto. La imaginación excitada, colocándose sobre las colinas memorables de Roma, cree descubrir un cuadro, ya sombrío, ya patético, que á su pesar la sojuzga y la fascina. Allí por el Oriente, las feraces campiñas de la gentil Parthénope han visto marchitarse sus plantas y sus flores, y el hirviente Vesubio mira tornarse rojizas las negruzcas líneas de su lava. Allí por Occidente, los Apeninos sienten chocarse entre sí las rocas graníticas de donde salen sus mármoles; y aún se divisa á los lejanos Alpes, cuyas eternas nieves, perdida ya su nítida blancura, se deshacen en líquidas corrientes, que bajan despeñándose á manera de un

---

(1) Salm. LXXIII, 3 y 4.

torrente de lágrimas. Allí, por el Norte, el Adriático, que, á la voz de los Pontífices, vió ir á hermanarse las galeras venecianas con las naves españolas, para darnos en el Mar Jónico la insigne fecha de Lepanto, hace encrespar sus irritadas olas, y salpica con sus espumas las costas de la Iliria y del antiguo Epiro. Allí, por el Mediodía, los dos brazos del impetuoso Tiber bajan lanzando gritos de indignación y de anatema, y las graciosas islas del Tirreno han ocultado, al oírles, bajo el velo de un riguroso luto, las ricas galas de su incomparable belleza.

Con la Italia católica parece estremecerse la naturaleza entera; y aunque descendamos de lo ideal á lo real, veremos lo bastante para que se impresione poderosamente el ánimo. Las almas privilegiadas se sienten capaces de las más heroicas empresas: lloran por todas partes, con abundantísimo lloro, los corazones sensibles: los espíritus indiferentes ó tímidos, en cuyo hogar ardía ya moribunda la lámpara de la fe, colocan una esplendorosa lucerna sobre el candelabro santo: los hombres de todas opiniones políticas, pero que son creyentes y han estudiado de buena fe la historia, se encuentran en el templo como en un campo neutral, y reconociendo la tremenda injusticia con que se ha despojado al Pontífice-Rey, no ven en él sino un Padre ultrajado, en cuyo derredor quisieran prosternarse, como las ramas de esos sauces que caen humildemente en torno de su tronco.

Por eso, yo, Señores, que no debo inspirarme sinó en las ideas de la Verdad Eterna y de la Caridad Infinita, estoy cierto de que he de hablar para todos los entendimientos y para todos los corazones. Por todos los sitios elevados y peligrosos yo me esforzaré en pasar como las águilas, de pico en pico y de cresta en cresta, á fin de no herir la susceptibilidad de ningún hombre político sensato. Alguna vez, al penetrar en la razón católica, y al preguntar á la Filosofía de la Historia, podrá salirme al paso la razón meramente política; y no siendo yo dueño de cortar esa rama frondosa del árbol del Derecho, debo, al ménos, prometeros que la tocaré sólo..... para apartarla con suavidad de en medio del camino.

Principiaremos, pues, por reseñar ligeramente las inefables excelencias de la doctrina católica; estudiaremos luego los títulos magníficos que el Pontificado presenta á la admiración y gratitud de los hombres; señalaremos, por último, los fundamentos de nuestra confianza en el triunfo definitivo de la Iglesia, y en la libertad é independencia de su Pastor Supremo: y en ese detenido examen hallaremos confirmada esta proposición que brota espontánea y viva de los gemidos que está exhalando el alma, y que contiene en sí todas las pruebas y toda la sustancia del presente discurso.

*Los verdaderos hijos del Catolicismo, apoyados en las enseñanzas de su fe y en la santidad del De-*

*recho, esperan de la Providencia y la Justicia Divinas la reparación de la iniquidad cometida contra el Jefe Supremo de la Iglesia.*

*Lévavi, etc.*

Imploremos con fervor, hermanos míos, los auxilios sobrenaturales de la gracia, valiéndonos de la mediación de la Madre del Verbo, á la cual enviaremos reverentes la hermosa salutación del Arcángel Gabriel: AVE MARÍA.

---

---

ILMO. SR.:

SRES.:

EL Evangelio que daba Jesucristo á su Iglesia, para que la Iglesia lo enseñase al mundo , era un raudal puro y abundantísimo, que á todas las gentes había de ir dejando alguna parte de sus aguas: religión bendita dada para el rico y para el pobre, para el sencillo y para el sabio , para el fuerte y para el débil, para el venturoso y el infortunado, supuesto que brotaba de una sangre divina, derramada por el amor de todos los hombres : germen de una civilización universal, que en armonía con todas las nobles aspiraciones de la naturaleza humana á un hermoso destino, penetró maravillosamente en todas las zonas de la tierra, no por la fuerza de la espada, sinó por la caridad de la palabra.

¡Qué cuadro , Señores , tan consolador y tan magnífico! Aquella extraviada inteligencia del hombre, que apenas poseyó en los mayores genios del Gentilismo algunos rayos de la luz de la ver-

dad, mezclada con los más grandes errores y los más incalificables absurdos, de súbito se eleva y se ilumina; y van apareciendo Ireneo, Hegesippo, Atenágoras, Teófilo Antioqueno, y aquella famosa escuela de Alejandria que produjo á Justino, y que fué sucesivamente dirigida por Pantenes, Clemente y Orígenes. Aquel pobre corazón humano, degradado por todas las pasiones y todas las miserias, se purifica y ennoblece con la práctica de todas las virtudes, gozándose en ser humilde, y sobrio, y caritativo, y casto. Aquella antigua legislación de Roma, dura, injusta, tirana, va dejando lugar á la equidad y la justicia, á la suavidad y al amor; y por el influjo del Cristianismo, la mujer se encuentra rehabilitada y engrandecida, el hijo recobra su dignidad y sus derechos, y el esclavo ha sentido romperse inesperadamente sus cadenas. En suma, el mundo no creía, y ha adivinado que la fe es la verdad: no esperaba, y ha comprendido que la esperanza es la vida: no sabía lo que era amar, y ha vislumbrado que la caridad es el Cielo.

Y diríase, hermanos míos, que la montaña se allana, que el mar se serena, que los astros avivan sus fulgores, que los campos florecen, que las flores exhalan toda su fragancia, para extender y para ensalzar la doctrina de Jesucristo. El apóstol va repartiendo aquella caridad, la más dulce, la más interesante, la más llena de dones; la caridad de la palabra: el mártir sella esta caridad con

otra caridad más perfecta , más elocuente , más arrebatadora ; la caridad del sacrificio. Y las generaciones apostólicas se multiplican para enseñar la verdad ; y las generaciones de los mártires se multiplican también para confirmarla con su heroísmo ; llevando infatigables ámbas por todos los términos del Orbe esa tierna bendición que , hace pocos momentos , escuchábamos de la boca de un sucesor de los Apóstoles: «La paz sea con vosotros.» *Pax vobis.*

Ahora bien: esta Religión , cuyo objeto es la bienaventuranza de la vida y el reinado de la inmortalidad; esta Iglesia , para la cual no habrá más que una raza, ni más que un símbolo, ni más que un corazón, ni más que un Cielo; esta doctrina, para cuya propagación no hay distancias , ni obstáculos, ni peligros, había de tener necesariamente un foco de donde recibir su luz, un núcleo de donde tomar su vida y su fuerza ; y este foco y este núcleo es el centro de unidad, la Cátedra de Pedro, aquella Roma que, después de hecha cristiana, había de representar mejor que la Roma de los Césares la aspiración universal, la idea cosmopolita; pues que, siendo una patria común para los fieles de todo el Universo, miraba á la vez á todos los pueblos y todas las naciones como á su propia patria.

El primado de honor y de jurisdicción de Pedro sobre todos los Apóstoles, que sumisos y unánimes le reconocieron por Príncipe, se halla tan clara y

manifiestamente establecido, que sólo la ceguera del odio ó de la envidia ha podido negarlo ó discutirlo. Son varios los pasajes del Evangelio que lo determinan y evidencian, y uno solo de ellos será siempre bastante para todo hombre que no esté funestamente acariciado por el soplo de la incredulidad, ó influido por el espíritu de secta. Un día en que Simón Pedro, lleno de ardiente fe, confiesa en Cesarea de Philipo la Divinidad de Jesucristo, el Salvador le dice (1): «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Todo lo que ligares en la tierra, ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos.» Hé aquí la solemne y terminante promesa del poder y de la autoridad.

En otra hora memorable de tribulación y de angustia, en la noche de la Eucaristía y de la Oración, dice Jesús á Pedro (2): «Yo he rogado por ti, para que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos.» Hé aquí el ofrecimiento de una asistencia continua y la garantía de una enseñanza infalible.

En otro instante dichosísimo, en fin, cuando Jesús, próximo á remontarse al Cielo, ve como desbordarse la ternura que Pedro atesoraba para Él en el fondo de su alma, le reitera su dignidad y

---

(1) Matth. XVI.

(2) Luc. XXII.

su misión con estas tan decisivas frases (1): «Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas.» Hé aquí, Señores, la universalidad de la autoridad y del poder, y la perpetuidad de la supremacía.

Y ese discípulo de Cristo que, por su intensa fe y por su especial amor á su Maestro, había recibido de Él, con la dirección suprema de su Iglesia, las llaves de los Cielos, quiere enseñar la doctrina del Salvador y morir por su gloria en un suelo fecundo. Jerusalem será siempre el recuerdo de una victoria y una redención divinas; pero su suelo está como esterilizado y muerto por una maldad inaudita. Roma se mira entonces en el apogeo de su grandeza; y aunque es un pueblo sin religión y sin virtudes, que debe sucumbir pronto, la cruz que levanta Nerón para San Pedro hará de él el centro de la verdad, sucediendo al centro del saber; monumento que se salva de un Imperio que se desploma; enseña de vida y de ventura para los siglos y las generaciones; edificio cuyo remate parece ya confundirse en los espacios con los umbrales de la eternidad.

El primero de los Pontífices ha sellado ya su fe profunda y su indecible amor con el martirio; pero Pedro vivirá y reinará en sus Sucesores, hasta la consumación de los tiempos. Porque Jesucristo había designado en la persona de Pedro un Vicario cuyo poder se trasmitiese, una autoridad

---

(1) Joann. XXI.

perpetua, una piedra indestructible, solidísima base de su institución maravillosa. A Pedro le sucede Lino, Lino es seguido de Cleto, Cleto de Clemente I; y aquellos Papas del primer siglo se verán continuados con la misma misión, con la misma soberanía espiritual y sobrehumana en la serie de todos los siglos.

Los destellos purísimos de esta Religión revelada penetraron en los Palacios mismos de los Césares; y aquel pueblo romano, tiranizado, envilecido, desgarrado, se iba ya encontrando á cada instante con el anciano de blancos cabellos, ó de mirada dulce y expresiva, ó de palabra afable y cariñosa, que derramaba sobre el pobre, sobre el huérfano, sobre el enfermo, sobre el débil, los pedazos de un corazón que sacaba abrasado de caridad del seno de las catacumbas. Para aquellos seres sedientos de justicia y dulzura, la cabeza de tan tierno y celoso Pastor estaba circundada de una auréola celeste; y se acostumbraron á amarle, á obedecerle, á venerarle y bendecirle. El Pontífice no podía aún llamarse Rey allí donde un decreto de los Emperadores solía conducirle al martirio; pero cuando murió el último César pagano, Constantino comprendió que estaba marcado en la frente de los Vicarios de Jesucristo el sello de la Soberanía; y trasladando su morada al Oriente, quiso dejar ver al mundo que el Pontífice es naturalmente Rey, y que siempre que no gima en el cautiverio ó espire en el cadalso, debe ocupar un trono.

Sonaba por entónces para las sociedades una hora terriblemente solemne. De las selvas de la Germania y de la Escandinavia, y de las nieves del Polo, salieron hombres de valor y de fiereza inauditos, ávidos de llanura, de sol y de abundancia. El Imperio Romano principió á desmoronarse bajo su planta ruda: por donde quiera que pasaban, dejaron una huella de sangre: si en su camino se levantaba algún monumento civilizador en política, en jurisprudencia, en artes ó en literatura romanas, apénas se conservaron sus vestigios. El Sajón se enseñorea de las provincias meridionales de Inglaterra; el Franco se apodera de las Galias; el Hunno de la Panonia; el Ostrogodo y después el Lombardo de la Italia; y áun vendrían sin cesar invasiones que pasaron sobre el Occidente todo como las aguas de las tormentas. Pues bien: la Iglesia, que encuentra á aquellos conquistadores vírgenes casi de emociones religiosas, principia á iluminarlos con la luz de una verdad divina, y á seducirlos con la magnificencia y la poesía de un culto bienhechor. Y el Jefe de aquel maravilloso Sacerdocio, que contaba ya entre sus Obispos á Osio, Atanasio, Agustín, Ambrosio, Crisóstomo y Basilio; el sucesor de la Cátedra de Pedro, será la gran figura que se levante para salvar la Europa y civilizar la barbarie.

Por la influencia de los Pontífices será suave en la Italia la dominación de Odoacro, y Alarico no consumará su obra de destrucción en Roma.

Ante la mirada imponente de San León baja sus fieros ojos Atila, y se vuelve humillado á los pantanos de donde habia salido. San Gregorio Magno, deteniendo al longobardo Agilulfo, defendiendo la libertad de la Iglesia contra los sofismas y las violencias de aquel Bajo Imperio que corrompía cuanto tocaba, fundando escuelas y hospitales, y enviando su sabiduría al soplo de todos los vientos, hace de Roma, *buque viejo y combatido por el huracán* (1), como él la llamaba, un nuevo faro del Orbe. Los Papas, calmando y consolando las ciudades contra las injusticias de los Exarcas, protegiéndolas contra las amenazas de los Longobardos, y dándoles el amparo que les negaba la inercia de los Emperadores bizantinos, fueron mirados como regeneradores y padres, y aquellos pueblos vejados y oprimidos, se arrodillaron ante ellos, y los bendijeron y aclamaron, colocándolos sobre un solio de amor. Comprendieron que ser siempre sus súbditos era ser siempre sus hijos, y que allí no se corría el peligro de ver forjar cadenas. Fué, pues, aquello la conquista pacífica del genio del bien, una donación que ni se pedía ni se deseaba, un suceso providencial, una señal del Cielo. Cuando lleguen Pipino y Carlo-Magno, más bien que á ceder un territorio y un *título*, vendrán á consignar un *testimonio* (2), y á afirmar ellos mismos su

---

(1) César Cantú, *Hist. Univ.*, época VIII, cap. 17.

(2) Pastor Diaz, *Roma sin el Papa*, XIII.

poder con las garantías del Derecho cristiano. El guerrero que ayer se presentaba en auxilio de la Iglesia, no se atreverá á llamarse Emperador sin recibir la consagración de un Pontífice.

La manifestación, por tanto, completa é independiente del poder temporal de los Papas, tendrá, si se quiere, una fecha humana; pero su origen se esconde á las investigaciones de la historia: es como el nacimiento del Nilo. No pongáis pleito, Señores, vosotros los que améis la monarquía, á la antigüedad y legitimidad de su poder; no traigáis esa cuestión al foro; temblarian entónces todas las dinastías que reinan en la Europa: contentaos únicamente con examinar sus beneficios. Y vosotros, admiradores entusiastas de las democracias y de las repúblicas, venid á contemplar lo que han hecho los Pontífices por la libertad de los pueblos; y hasta les veréis vivir fraternalmente con aquellas repúblicas de Italia, tan llenas de grandeza, pareciéndose á los antiguos Patriarcas, que visitaban indistintamente las tiendas de sus hijos.

El hecho más culminante de toda la Edad Media es la lucha gigantesca de los hijos de la Cruz contra los sectarios del Islam. Había surgido del Oriente el árabe, seducido por la hermosura de Mahoma, por sus revelaciones, su persecución, su valor y sus triunfos. Abu-Bekre extiende sus conquistas; Kaled las dilata, creyéndose invencible porque posee los cabellos del Profeta. Rindense en

la Siria Bosra, Tadmor y Damasco: es vencida la Persia: sucumben en Egipto Alejandría y Menfis: después Berénice, Cirene, Utica é Hipona, y cerca de las ruinas de Cartago se levanta Cairwan. El vencedor fanático divisa en lontananza tierras que excitan su sed de proselitismo y de gloria; pasa un mar turbulento sobre frágiles naves; derriba de un solo golpe el trono vacilante de Rodrigo, que empujó la traición; y desde el temible Estrecho, que formaron acaso las furias del Océano, hasta la bella Sicilia y hasta el último baluarte del Imperio Griego, los Sarracenos conquistaron deliciosas regiones y amenazaron á todos los pueblos de Occidente.

Para oponer un dique poderoso á esta inundación asoladora, la Iglesia levanta en alto la Cruz de Jesucristo, y hace amanecer el hermoso día de las Cruzadas; y el alma de esa colosal empresa es el Pontífice de Roma. La Europa casi pierde entonces su nombre para llamarse la Cristiandad; y la Cristiandad vuelve los ojos á su Jefe para que la salve, y la salva en efecto. Tres nombres gloriosos pueden resumir esa epopeya inmensa. Urbano II, que ha exclamado en el Concilio de Clermont «¡Dios lo quiere!»: Inocencio III, que casi hacía terminar la reconquista de España, ayudando con la predicación de una cruzada á darnos la victoria de las Navas de Tolosa: San Pío V, que aún después de pasadas las épocas de mayor fervor y sentimiento, alentaba á los reyes contra los tur-

cos, y tanta parte tuvo en aquel triunfo prodigioso alcanzado en el golfo de Lepanto.

Entretanto, los Papas todos venían esclareciendo el Derecho de gentes, tan imperfecto en las antiguas sociedades: fulminaban sus anatemas contra los vencedores sin piedad, y consignaban la *paz* y la *tregua* en un título de sus Decretales. Los Papas mitigaban los rigores de aquellas pruebas *ordalias* del fuego y del agua, del combate judicial y del pan conjurado. Los Papas consolidaban el poder de las monarquías en aquellas continuas luchas de los señores feudales contra sus soberanos. Los Papas reivindicaban siempre los derechos de los pueblos contra las injusticias de los reyes, frecuentemente concubinarios, simoniacos, opresores y tiranos. De los senos de esa Edad brotaron los elementos constitutivos de nuevas sociedades, y el Pontífice de Roma será quien dé el agua del bautismo (1) á aquella civilización naciente. ¡Genios de Dante, del Petrarca, de Ariosto y del Tasso, decid quién os ciñó el más hermoso laurel de vuestras glorias! ¡Sombras de Giotto, Bramante, Buonarotti, Rafaél y Bernin, decid cuánto renombre os dieron la protección y la munificencia de los Soberanos de Roma! Y vosotros todos, hombres de las ciencias y las letras, que habéis asombrado al mundo con vuestra justa fama, venid á

---

(1) Pastor Díaz, lib. cit.

declarar en el juicio que han abierto contra el Catolicismo las modernas sociedades, si es cierto que la fe de la Iglesia haya detenido jamás el vuelo de vuestras inteligencias!

Hé aquí, Señores, los orígenes y los títulos de la Soberanía temporal de los Pontífices romanos. ¡Cuán bellos son sus pasos y cuánto interesan sus suaves gradaciones! ¿Y habrá podido ser una sana política la que combata esa Soberanía, basada en el amor y el derecho? ¡Oh! nó, por cierto. El verdadero enemigo del Pontificado es el error religioso, llevado á sus consecuencias finales: es la herejía protestante, que, combatiendo al Pontífice Supremo, intenta herir de muerte al Catolicismo; y cuyo espíritu, aplicado á su pesar, pero fatal y necesariamente, á la esfera política, ha producido esos caudillos de las revoluciones que, intentando destronar al Soberano de Roma, saben que pueden hacerse bambolear y sucumbir los tronos mejor afianzados de la tierra.

El Protestantismo estaba destinado á ser, desgraciadamente, no ya sólo la herejía dogmática, sino más bien la negación de todo principio religioso, el apoyo de toda rebelión, y hasta la desleal arma de partido. Así, en su mismo nacimiento, servía ya á muchos príncipes germánicos para minar el imperio de Carlos V. Así, fué engendro del Protestantismo el Filosofismo del siglo XVIII, aquel frenesí de incredulidad que sació su furor homicida y sacrilego en los reyes, en los sacerdotes

y en las mismas naciones. Así, engendro del Protestantismo ha sido el Ateísmo racionalista de nuestros días, que, osando atacar directamente á Jesucristo Nuestro Redentor, nos ha presentado, después de Gibbon el inglés, á Straus el alemán, á Salvador el israelita y á Renan el francés. Así, engendro del Protestantismo es esa indiferencia religiosa que, ora aceptando con el deísta como buenos todos los cultos, ora desechándolos todos con el ateo, deja morir al hombre de languidez, como el que respira la atmósfera que impregna con su hálito la serpiente silbadora de la América. Del Protestantismo, finalmente—dejando aparte la enumeración de otros muchos males—se vió surgir aquel espíritu de independencia que, haciendo al hombre rechazar toda sumisión como cristiano á la autoridad de la Iglesia, le hacía odiar como ciudadano toda obediencia á la autoridad del Estado. Storck y Munzer lo dijeron bien claro al mundo; y si el Anabaptismo fué entónces vencido, la idea, léjos de morir, se extendió por todas partes, y la hemos visto renacer con mayor fuerza en nuestros tiempos.

En este instante, Señores, me encuentro colocado en los lindes que separan la Religión del Derecho político; pero no me he olvidado de aquel símil del águila, y huiré como ella de las nieves y los volcanes; que en este sitio, tan digno de respeto, ni debe haber pasiones que abrasen el corazón, ni pasiones que le hielen. Creo, sí, conveniente de-

tenermè aquí brevisimos instantes, para hacer que se conozca á fondo la doctrina de la Iglesia acerca de la potestad civil; y repito que no ofenderé susceptibilidades, porque no he de salir de ese nexo íntimo que une al Derecho humano con el Derecho divino en el principio de eterna justicia de donde ámbos proceden.

Todo poder viene indudablemente del Cielo, y sin pacto ni contrato alguno ha de existir en toda asociación humana, como crece el romero en el monte y el césped en el prado. Discútase por los sabios si la autoridad civil nació de la autoridad patriarcal, ó si sólo encontró allí su modelo: decídase en buen hora si el poder ha de ser ejercido por uno ó por muchos individuos; háblese cuanto se quiera de la comunicación mediata ó inmediata, lo que está para el cristiano fuera de toda controversia, porque pertenece á la fe, es que Dios es la fuente de todo sér y de todo Derecho, y que á Él están sujetas todas las potestades de la tierra.

La Iglesia Católica nunca ha decidido cosa alguna sobre formas políticas, porque su fin es de un orden más elevado y sublime; el de encaminar las almas hacia una patria común, á las moradas eternas. Dadme fe, siempre fe; dadme justicia y amor, que yo no he de preguntaros por vuestra monarquía ó vuestra república. ¿Sois verdaderos católicos, obedecéis á vuestros legítimos superiores, amáis á vuestro prójimo, respetáis sus derechos?

Lo demás me importa poco, desaparece á mis ojos ante la inconmensurable grandeza de la Religión y de la eternidad. Pero si ofreciendo á la humanidad el ideal de un progreso indefinido, su bienestar y su ventura, se atacan al par los dogmas, se olvida la caridad, se conculca la justicia, se falta á la obediencia, yo no encuentro ya aquí ni la monarquía, ni la aristocracia, ni la democracia, formas todas respetables de gobierno, sinó la negación de toda autoridad, el espíritu de rebeldía encarnado en el corazón del hombre, la última expresión, en fin, inexorablemente lógica, de la idea protestante. Y ahora es cuando debo añadir que esta idea, este espíritu, esta negación, son los que han puesto su mano audaz sobre la triple y sagrada corona del Pontífice de Roma, porque el Pontífice Romano los condena, los ha vencido y los vencerá siempre en todas sus maquinaciones.

Es esto, Señores, de una evidencia tal, que puede decirse notoria. Pero lo que deja el ánimo embargado, lo que no acierta á explicarse la mente, es cómo la espada de un rey ha podido servir de instrumento á esas pasiones desencadenadas; cómo la Italia ha podido ser la nación agresora de Roma; cómo no se ha vacilado en hacer una víctima de un anciano Pontífice que se llama Pío IX.

No vengo aquí para acusar al soberano, ni para juzgar al hombre: al hombre y al soberano lo juzgará la conciencia pública cristiana, lo juzgará la historia, Dios lo juzgará. Lo que si me es dado de-

cir del Monarca que lleva á cabo esa obra y de los reyes que la contemplan, es que todas las potestades legítimas parecen colocadas en el cauce de un río, cuando amenaza la tempestad. Hace ya tiempo que los soberanos de Europa, desdeñando el ejemplo nobilísimo de los grandes monarcas del noveno siglo, presencian impasibles la iniquidad, sin condenarla, y la usurpación, sin impedirla. ¡Ay de ellos! Hoy sucumben los débiles; mañana caerán los fuertes. Desde que la razón de Estado, alegada frecuentemente por las sociedades modernas, no ha querido respetar un poder de origen misterioso y casi sobrehumano, y que en el siglo VIII presentaba ya una ejecutoria indiscutible y magnífica, no habrá, no puede haber corona bien asentada sobre las sienes de ningún rey, ni seguridades de estabilidad, obediencia y respeto para ninguna autoridad de la tierra.

En cuanto á Italia, apoderándose de Roma por la fuerza de las armas, es la imagen desconsoladora del hijo que, en el delirio de la fiebre, se revuelve para herir á su madre. No fué, por cierto, la Italia quien dió su sér á Roma; sinó que ha sido Roma la que ha creado la Italia y la hizo soberana del mundo, hasta en los mismos días de su decadencia. En la época de los mayores desastres para el Imperio de Occidente, Italia se conservó siempre grande, porque vivía bajo el abrigo y el amparo de Roma. Los antiguos conquistadores sólo dejaban en el Asia, en Atenas y en Egipto perpe-

tuas ruinas: en Italia la desolación apenas reina un día, porque la mano reparadora y benéfica de los Pontífices Romanos logra guardar intacto el tesoro de la Religión, de las leyes, de las ciencias y el arte. Italia supo realizar el admirable consorcio de la autoridad con la libertad; grandiosos elementos que Lutero y Calvino y Voltaire y Rousseau y los socialistas modernos han querido en vano presentar como notas discordantes, ó más bien, como puntos antitéticos en las armonías de la civilización, siendo así que ellos se atraen, se enlazan, se completan; y este consorcio feliz fué inspirado en la gran idea moral de la Ciudad Eterna. Italia, pues, llevando á Roma una dominación usurpadora, se ha olvidado de su origen, de sus glorias y de sus tradiciones; y si lo ha hecho con menosprecio de toda razón y de toda justicia, ha sido igualmente en perjuicio de los derechos é intereses de todas las naciones católicas.

Porque es forzoso reconocerlo, Señores: Roma no estuvo nunca destinada á ser capital de un territorio, sinó la capital del mundo. Si siendo todavía pagana, y ántes de que la Italia se formase, tenía colonias en apartados países, cuando allí more libre el Sumo Sacerdote cristiano, alcanzará en ella derecho de propiedad el Cristianismo entero, sin dejar de reconocerla por Señora. Roma ha conservado sus monumentos antiguos y ha levantado sus monumentos nuevos, con el oro, las lágrimas y los suspiros de todos los fieles. Roma encie-

rra los sepulcros de muchos Mártires y Confesores de todas las partes de la tierra, y los que acuden á venerarlos y á visitar las reliquias de las Catacumbas no deben ser extranjeros en aquel suelo sagrado. En Roma reside la Cabeza visible de la Iglesia, que da su enseñanza y su bendición á los Reyes, á los Obispos y á los Pueblos; y Obispos, Pueblos y Reyes quieren tener la certeza de que el Pontífice es independiente y libre como Pastor y Maestro. Un Papa que pareciera súbdito de un Rey no podría recibir, ni de los soberanos ni de los pueblos, toda la reverencia y toda la confianza que se debe tributar á los Vicarios de Jesucristo.

¿Pero será, tal vez, Señores, que la Italia haya podido temer un rival ó un enemigo en Roma? ¡Oh! sería irrisorio decirlo. Hace ya muchos siglos que desaparecieron del Palatino y el Quirinal las razas pelásgica y sabélica, y ni inundan ya el Colosseo muchedumbres frenéticas, ni habita allí una tribu belicosa, ni una familia de conquistadores: hasta pasaron aquellos tiempos en que la Providencia hizo de los Pontífices, para bien de la humanidad, los jueces ó los árbitros de los destinos de la Europa, y desde mucho antes del siglo XVI los sucesores de San Pedro no vienen ejerciendo otro poderio ni otra influencia que interponer su mediación y sus súplicas en las querellas de los Príncipes, cuidar del bien espiritual del mundo, enviar los resplandores de la fe á todos los ángulos

de la tierra, difundir la verdadera sabiduría, y combatir sin descanso el error en todas sus fases y sus incesantes evoluciones.

¿Podrá, al ménos, decirse que los Pontífices de Roma detienen las corrientes del progreso de nuestra época, condenan la libertad y el saber, son rémora al desenvolvimiento de la civilización moderna? Nó: semejante afirmación sería el colmo de la insensatez ó del absurdo. Porque, si la civilización es el triunfo del Derecho y la sabiduría de las legislaciones, los Pontífices fueron siempre los primeros en favorecer las leyes sabias y justas, en clamar contra la tiranía y en llorar las expoliaciones inicuas. Si la civilización son las buenas creencias, nadie hizo tanto como los Papas por adelantar las conquistas de la fe, por extender la enseñanza religiosa del mundo, por llevar á todas partes el esplendor y las magnificencias del culto cristiano. Si la civilización son la ciencia y el arte, ningún Príncipe honró más cumplidamente á los grandes genios y á los talentos elevados que los Pontífices de Roma. Si la civilización es la libertad, la Iglesia Católica y su Pastor Supremo respetaron como nadie los fueros de la conciencia humana; y bajo su protección y su sombra fué como las naciones adquirieron, lo mismo en el orden civil que en el orden político, las verdaderas libertades; aquellas que conducen á la paz, á la concordia, al orden y al bienestar de los ciudadanos. Si la civilización, por último, son las cos-

tumbres y las virtudes de un pueblo, nadie como los Jefes Supremos del Catolicismo se desveló tan generosa y desinteresadamente por dirigir y perfeccionar, con los resplandores y las máximas del Evangelio, los nobles instintos del corazón humano; pues que ellos trabajaron sin cesar por unir á los individuos, á las familias, á las sociedades con los vínculos de todos los intereses legítimos, y por recrearles y satisfacerles con los atractivos de todos los amores castos y de todos los placeres honestos.

Hay, sí, una civilización, ó, más bien, una cultura que la Iglesia católica y los Pontífices Romanos rechazan y anatematizan con todo su vigor y su santa energía: la cultura donde la última razón de la ley y del derecho es la fuerza: la cultura donde la ciencia no admite un mundo sobrenatural y divino, y donde el realismo del arte mata el bello ideal, única fuente de donde se derivan las inspiraciones fecundas: la cultura en que la libertad es sinónima de la licencia para propagar el mal; el mal, que carece de títulos y de derechos para morar entre los hombres: la cultura, en fin, donde las costumbres recuerdan los postreros días del paganismo, y donde lejos de premiarse la honradez y la virtud, hemos ¡qué horror! asistido frecuentemente á la apoteosis de la violencia y del crimen.

¡Italia, Italia! Tú, hermana nuestra por tu constante fe: tú, teatro de inmarcesibles laureles

para nuestros sabios y nuestros ejércitos: tú, centro del mundo y asombro de las generaciones pasadas, escucha la voz de la contristada España, que clama por atraerte á la senda del honor y de la justicia. ¿Por qué has querido renunciar á tus gloriosas y antiguas tradiciones? ¿Cómo pudiste desatar los lazos de nuestro mutuo amor, para correr en pos de una grandeza mentida, y para gozarte con criminales y pasajeros triunfos? Roma es de la Iglesia Universal, Roma es de los Vicarios de Cristo. Coloca de nuevo esa preciada joya en la tiara del Pontífice-Rey; que el mundo considerará tu acción más grande y más heroica, devolviéndola, que vió grande tu error arrebatándola!

Mas ¿qué digo, ay de mí! ¿Cómo ¡oh nación sin ventura! tomé en nombre de España tu respetado nombre, para reconvenirte y censurarte? La España Oficial que ha reconocido la obra de la usurpación y la violencia, no puede alegar derecho alguno para increpar al pueblo usurpador: la España verdaderamente católica tiene para sus antiguos hermanos su compasión y sus consuelos, y sólo debe llevarles aliento y esperanzas. Nó, no eres tú, noble Italia, quien ha hollado con tan audaz cinismo la justicia, quien ha perpetrado tan inaudito crimen, quien ha desoido los amorosos consejos y ha menospreciado las saludables amenazas de un Padre. No eres tú la que hoy causa el horror y hace verter el llanto de todos los corazo-

nes fieles. Es, sí, el espíritu de la revolución que se ha infiltrado en el espíritu de muchos de tus hijos, que mina tus más venerandas instituciones, que viene á oscurecer las más esclarecidas páginas de tu historia, que se jacta de haberse enseñoreado de tu suelo, como ha logrado invadir la patria de San Hermenegildo, de Fernando *el Santo* y de Isabel primera, y como pugna desesperadamente por dominar el mundo.

Y si después de estas consideraciones que con- turban el ánimo, ponemos, hermanos míos, nuestra mirada en aquel varón justo, investido hoy con la altísima dignidad de Pastor Supremo de la Iglesia, nuestro corazón católico se sentirá más hondamente apenado. Diríase que el dedo de Dios se había aparecido de una manera visible en la elección del grande y bondadoso Pío IX. Apenas sentado sobre el Solio Pontifical, tuvo uno de esos ensueños, que sólo conciben las almas generosas; pero le despertaron bien pronto de sus ilusiones el grito de la impiedad y la ingratitud de los hombres. La contradicción y la injusticia principiaron á amargar su existencia: mas así como había pisado sin envanecimiento las flores con que fué alfombrada la entrada de su camino, sabría también sufrir con resignación y fortaleza las persecuciones con que se proponían terminarlo. Nunca quizás laceraron tantos dolores reunidos el corazón de un Pontífice, y, sin embargo, jamás dejó de estar serena su frente, ni de ser tierna su palabra. Todo

el encono de sus enemigos no conseguiría formar ni una gota de hiel en aquel seno amoroso; y cada nuevo pesar era para él como una nueva estrella que enriquecía la brillante diadema de sus virtudes. El incrédulo que iba á visitarle salía hecho creyente: el insensible volvía á hallar la fuente de las lágrimas: el pecador seguía el llamamiento de la gracia: el triste salía consolado: el hombre de rectitud no se contentaba ya con ser virtuoso, sinó que aspiraba á ser perfecto. Inflamado por el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, el pensamiento fijo de aquel buen Pastor es el de salvar unas sociedades que amenazan precipitarse en insondables abismos. La razón del hombre quiere una autonomía delirante: la ambición devora á los poderosos; la anarquía divide á los pueblos; la fuerza sustituye al derecho; el sensualismo enerva los ánimos; el egoísmo seca el espíritu; y á fin de regenerar y devolver toda su vida á la inteligencia y al corazón, al individuo y á la sociedad, el augusto Pío IX convoca una de esas asambleas Ecuménicas, faros benditos de las generaciones, que, presididas por el Espíritu Divino, hacen irradiar sobre el mundo las claridades emanadas de la Verdad Eterna y del Bien Infinito.

Este es, amados míos, el Pontífice á quien la iniquidad persigue; este es el Soberano á quien los fuertes desposeen; este el Padre á quien sus hijos desconocen y ultrajan. ¿Y no hemos de llorar nosotros? ¿No hemos de congregarnos bajo las bóve-

das del templo, casa de la oración y de las consolariones, para clamar á ese Cielo que nunca abandonó al justo? ¿No es, por ventura, ese Pastor que sufre, el que apacienta nuestras almas, como fué nuestra madre quien nos amamantó á su pecho? ¡Oh, sí, Padre mío, sí, Pontífice Venerable y amado! Nosotros tenemos para ti toda la ternura que recogimos en el maternal regazo; toda la veneración con que vimos que se te nombraba siempre en el hogar de nuestra familia. Para ensalzar tus grandezas y tus virtudes, tuyo es todo el aliento de nuestro pecho y todo el amor de nuestro corazón. Nosotros nos afligimos profundamente en tus dolores; y para llorar tus infortunios nos parecen pocas las lágrimas de nuestros ojos: querríamos llorar también con el rocío de la mañana, y con las gotas suaves de una lluvia fecunda, y con el cristal de los arroyos que lamen en la tarde las mustias flores de la pradera; llorar, en fin, sin tregua ni consuelo, hasta que obtengas la corona inmarcesible del triunfo, que no puede ménos de estar preparada.

Y al gemir y al llorar con la más intensa amargura, nosotros protestamos al par en nombre de nuestra Religión ultrajada, de la justicia escarnecida, de la historia falseada, de la cristiandad desposeída, de la virtud menospreciada; protestamos solemnemente contra esa invasión usurpadora que ha excitado la indignación del mundo, y que ha puesto el luto y la tristeza en todos los buenos

corazones. Podrá ser bien que nuestra tristeza y nuestro luto tarden todavía algún tiempo en convertirse *en óleo de gozo y en manto de alabanza* (1). ¡Dios lo sabe! Nosotros no ignoramos que los enemigos de la Iglesia Católica alardean de tener asegurado el éxito de sus desesperados esfuerzos; pero ¡ah! no saben que su victoria, ó mejor dicho, sus ventajas de un día pueden entrar en los planes de la Providencia, para aniquilarlos después, haciéndoles expiar todos sus atentados y sacrilegios. Esos son los más grandes secretos del poder y de la sabiduría de Dios; sacar del mal tesoros de un bien fecundo, y humillar el error y la iniquidad cuando saborean alguno de sus más horribles triunfos. Al ménos, podemos estar ciertos, en virtud de las promesas divinas, que no faltarán jamás, de que esa barquilla santa, desde la cual predicó Jesús tantas veces, esa barquilla en la que subía contra las corrientes del Tiber aquel pescador tan experimentado del mar de Galilea, esa barquilla que ha atravesado tantos mares, salvado tantos escollos, y sufrido tan borrascosos vientos, no puede perecer, no perecerá nunca. Nó: nosotros, católicos de todo nuestro corazón, que hemos recibido suficiente testimonio de la luz del Cielo, de la divinidad de Cristo, nosotros no nos haremos acreedores á aquellas severas palabras

---

(1) Isaías, LX, 13.

del Salvador del mundo (1): *¿Qué es lo que teméis, hombres de poca fe?*

Hermanos míos: no queráis arrebatarme la convicción consoladora de que no ha de dibujarse la sonrisa del desdén en los labios de ninguno de los que me escuchan. Si hubiese, desgraciadamente, entre vosotros alguno que vacilara entre la verdad y el error, yo no quiero figurármelo como perdido para la fe y el amor de Jesucristo. ¡Ojalá que abra su alma al toque misterioso de la gracia, como la flor abre su cáliz á los rayos de un sol de primavera; que sería para él un triste título el de formar la primera generación impía de su familia, y el de abrir una sima de incredulidad ó de duda ante el primer destello de la razón de sus hijos! Redimidos todos con la Cruz del Salvador, los brazos de esa Cruz se extienden amorosamente hacia nosotros para darnos la verdad y la dicha como la dieron á las sociedades paganas. Hijos de la Religión dulcísima que envía la paz al mundo, y de la Europa de los Cruzados, salvada por el Pontificado Romano de todas las grandes catástrofes, jamás debe entibiarse nuestro respeto y nuestra sumisión para con la Iglesia y sus Supremos Pastores. Hijos, además, nosotros de la España de la reconquista, nuestro amor y nuestra gratitud para con el Catolicismo y sus Pontífices,

---

(1) Matth., VIII, 26.

deben ser como parte de nuestro propio aliento y nuestra propia sangre, porque son la sangre y el aliento de nuestros padres, que recuerdan la piedad de los suyos, cadena misteriosa que de eslabón en eslabón se remonta y sube hasta el primer anillo de nuestras generaciones cristianas. Católicos, en suma, sin vacilaciones ni tibiezas, nosotros no aceptamos, no aceptaremos nunca, ni en religión ni en política, otra doctrina que la que se contiene en las sentidas Alocuciones, en las inspiradas Encíclicas, en todas las Letras Apostólicas de Nuestro Santísimo Padre Pío IX; doctrina encaminada á iluminar las almas y á regenerar los pueblos, escudándolos al par contra el error puramente religioso y contra todos los errores relativos á la sociedad civil, á la libertad de la Iglesia y á la Soberanía temporal de los Papas. Pero si nosotros deploramos, como se deplora en aquellos inmortales escritos, el extravío de tantas inteligencias; si abominamos, como allí se abomina, la maldad de muchos corazones, seguros, en cambio, de nuestra fe y de la autoridad infalible que la tiene en depósito, apoyados en la santidad del Derecho, elevaremos al Cielo nuestras miradas y nuestras súplicas, y á la vez que le imploramos sus luces y sus misericordias para los enemigos de la Iglesia, esperaremos de la Providencia y la Justicia Divinas la reparación de la iniquidad cometida contra el Padre común de los fieles. *Levavi... etc.*

Suba ya, pues, católicos, hasta el trono del Al-

tísimo el perfume de vuestra fe, y recibid las gracias en nombre de la Iglesia y en nombre de todas las almas fervorosas por esta manifestación tiernísima de vuestros religiosos sentimientos; santa y bendita semilla que hará seguramente nacer preciosas flores en los campos del espíritu. Orad y confiad; que la oración es el más hermoso consuelo del alma, la rica ofrenda que presentada por los Angeles, como las plegarias de Tobías, no es desechada nunca en las mansiones del Eterno. Pero acompañad vuestras súplicas con todas las prácticas saludables de la mortificación, el ayuno y la limosna, que nacidas de la caridad y la moral cristianas, son llaves que franquean las puertas de los cielos. Orad por las necesidades de la Iglesia Católica; que aún cuando la Iglesia tiene asegurada la victoria sobre sus enemigos por la palabra indeficiente del Señor, vuestras constantes oraciones podrán hacer más fácil y más pronto su triunfo. Orad por la paz de los príncipes y de las naciones; que la tea de la discordia y de la guerra parece querer hoy convertir de nuevo las ciudades y las campiñas en selvas y pantanos, como en la antigua Europa, y forma de cada campo de batalla un cementerio inmenso donde millares de víctimas piden justicia contra las ambiciones de los hombres. Orad por la conservación, por la libertad, por la independencia del justo é inmortal Pontífice Pío IX, creyendo como él, esperando como él, amando y perdonando como él; que cuan-

do se cree, se espera y se ama, mirando siempre al cielo y á la eternidad, el Dios de la misericordia y la justicia hace descender sobre el hombre y sobre el mundo aquellos auxilios eficaces, prenda de salvación y de ventura, que imploraba el Real Profeta con estas consoladoras palabras: «Levanté mis ojos á los montes, de donde vendrá para mí el socorro.» *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.* Así SEA.

---



PANEGÍRICO  
DE  
SANTA BÁRBARA,  
PREDICADO  
EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE BADAJOZ,  
EN LOS SOLEMNES CULTOS  
QUE EL CUERPO DE ARTILLERÍA DE DICHA PLAZA CONSAGRÓ Á SU  
PATRONA  
EL 4 DE DICIEMBRE DE 1874,  
CON ASISTENCIA  
DEL ILUSTRÍSIMO SR. OBISPO DE LA DIÓCESIS  
Y DEL EXCMO. SR. CAPITÁN GENERAL DE EXTREMADURA.



---

*Hæc est victoria quæ vincit mundum,  
fides nostra.*

La victoria que vence al mundo es  
nuestra fe.

EPÍST. 1.ª DE S. JUAN V, 4.

EXCMOS. É ILMOS. SRES.:

ILUSTRE CUERPO DE ARTILLERÍA:

ANSIABA yo el momento de ocupar hoy esta Sagrada Cátedra, y, sin embargo, no me es dado ¡ay de mí! dominar mi emoción, y hago esfuerzos supremos para no dejar correr las lágrimas que se están agolpando á mis ojos. ¡Qué mundo de recuerdos, de dolorosísimos recuerdos, despierta en mi memoria la solemnidad presente! ¡Qué diferencias tan inexorables de lugar, de personas y de circunstancias entre la última vez que yo cantaba las alabanzas de esa Mártir insigne, y ahora que vengo entre vosotros á pronunciarlas de nuevo! (1) ¡Qué abismos separan aquel día de este día,

---

(1) Refiérese el autor al Sermón predicado el 4 de Diciembre de 1886, en la Iglesia de San Francisco el Grande de esta Corte, y que forma el tercer Discurso de esta

y cómo quisiera yo cegarlos á costa de mi sangre y de mi vida!

No me refiero, Señores, no puedo referirme á ideas ni á acontecimientos políticos: que si yo tuviese, por acaso, una opinión política, sabría, en este recinto augusto, sepultarla en el fondo de mi alma. Hablo sólo como Sacerdote católico y como hijo amante del país en que he nacido. Como Sacerdote católico, miro á la Iglesia atribulada, á su Pastor Supremo desposeído, á mis hermanos en el Sacerdocio implorando la caridad de la limosna. Como hijo amante de mi país, contemplo á la madre patria por todas partes empobrecida y desgarrada. Y para colmo de mi pena y amargura, hasta la fantasía descubre la fosa recientemente abierta de un amigo querido, que era vuestro fiel compañero de armas en ese preclaro Instituto (1), y cuyo espíritu necesita quizás por especial manera de nuestros sufragios, porque esa muerte oculta su secreto entre los pliegues de la conciencia y en los misterios de la eternidad. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Todo cambia, todo pasa, todo se desvanece en este suelo de peregrinación y de prueba. ¿Cómo

---

Colección. Fué impreso aquel Panegírico á expensas del Real Cuerpo de Artillería y por indicación de SS. MM., en casa de D. Eusebio Aguado. Véase la pág. 71 de este libro.

(1) El Excmo. Sr. D. Vicente Mágenis y Cardigondi, Brigadier de Artillería, que acababa de fallecer en Madrid.

no ha de pasar todo, si á su vez ha de pasar la tierra y ha de pasar el cielo? (1) Pero hay una cosa, hermanos míos, que no veréis pasar, que no puede pasar nunca, y es la Verdad Eterna, el resplandor del Verbo, la fe de Jesucristo. Siempre que la ciencia ha intentado oscurecer esa radiante luz, la ciencia quedó eclipsada y confundida. Siempre que la espada de los conquistadores pretendió menoscabar su imperio, ella se rompió, al fin, contra la piedra angular del edificio cristiano. Y si alguna vez, como sucede en la sociedad contemporánea, las seducciones del sofisma, los artificios de la iniquidad ó los alardes de la fuerza parecen poner en duda la suerte del combate que libran la verdad y el error, el bien y el mal, nosotros confiaremos en Dios, porque es Él mismo quien ha inspirado estas consoladoras palabras: «La victoria que vence al mundo es nuestra fe.» *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

Estas santas verdades, Señores, de las que vosotros dais magnífico testimonio con vuestra presencia en este Santuario, tienen poder bastante para ir trocando mi duelo en esperanza, y en cantos mis gemidos. ¡Oh! Es muy bello, sin duda, ver cómo los guerreros españoles, á semejanza de los grandes caudillos que les antecedieron, se acercan todavía al ara sacrosanta para avivar la llama de

---

(1) Matth. XXIV, 35.

su fe. Es grato y consolador contemplar al hombre fuerte y temido, al hombre de la sangre y de la guerra, presentando sus homenajes á una dulce Virgen, cuyos títulos á la admiración de las generaciones consisten en su invencible fe, llevada hasta lo más sublime del sacrificio. Vamos, pues, á recrear nuestra inteligencia y nuestro corazón con este interesante espectáculo, saliéndonos, en cuanto nos sea posible, de esos círculos humanos que nos rodean y oprimen: círculos de dudas y temores, de agitación y de lucha, de engaños y desencantos, que afligen y conturban el alma. Seamos dichosos por algunos instantes en un mundo donde se ha hecho necesario soñar para no padecer, y olvidar para no sentir inquietudes.

¿Por qué Bárbara, mártir gloriosa del Evangelio, recibe en todo el orbe la veneración y los cultos de los hijos de la Iglesia Católica? ¿Por qué Bárbara es objeto de las especiales adoraciones del guerrero cristiano?

Bárbara es venerada de todos los hijos de la Iglesia, porque con su fe les muestra el solo camino que conduce á la verdad y á la dicha. Bárbara es especialmente adorada del guerrero cristiano, porque con su fe le enseña el secreto de la más pura gloria y el resorte de los verdaderos triunfos. Recorramos brevemente la existencia de esa mujer bendita, y en ella encontraremos la confirmación de tan hermosos pensamientos, condensados en las palabras de mi tema: «La victoria que ven-

ce al mundo es nuestra fe.» *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

Na esperéis hoy de mí una demostración extensa y vigorosa de esta proposición católica: para poderos hablar en este día, sólo he contado con el deseo de mi corazón y con la prontitud de mi espíritu. Júzgame, no obstante, feliz al dirigiros por algunos momentos esta voz ya cansada y casi extenuada, que anhela siempre guiaros por los senderos del bien y la virtud; y os pido que imploréis conmigo los auxilios del Cielo, por la mediación de la Santísima Virgen: AVE MARÍA, ETC.

---

---

EXCMOS. É ILMOS. SRES.:

ILUSTRE CUERPO DE ARTILLERIA:

La imaginación, colocándose sobre las cumbres del Ida, aquel monte tan amado de la fábula, á la hora del nacimiento de Bárbara, complácese en forjar un cuadro que la cautiva y embelesa. De los jardines de la afortunada Nicomedia, de las risueñas colinas que dominan la ciudad, de las márgenes accidentadas del Araki, de las fértiles llanuras de la Frigia, de los bosques de la Paflagonia, de cuanto crece y vive entre las playas del Euxino y el mar de la Propóntide, van llegando hasta la cuna de la graciosa niña las auras y los perfumes, los saludos y los vaticinios. Eran éstas las suaves armonías de la naturaleza que presentaban sus tributos de amor y de respeto ante las armonías de la gracia.

Fué la niñez de Bárbara como el capullo de la

azucena; y cuando abrió la encantadora flor su cáliz, diríase que la escogió para sí el Rey de la gloria. La naturaleza la quiso formar hermosa; la fortuna la quiso hacer noble y rica; plugo al Cielo concederle una inteligencia elevada y dotarla de un corazón sensible; y toda la hermosura, todos los honores, todo el talento, y las calidades todas que en aquel sér privilegiado se juntaban para gozar del mundo y para merecer sus halagos, todo iba á emplearlo Bárbara en amar la virtud, en responder á los misteriosos llamamientos de la gracia divina, para unirse perpetuamente á Dios en la vida mística de Cristo.

Los destellos de la luz revelada no habian descendido aún sobre el espíritu de la tierna virgen, y ya su clara razón, observando el mundo físico y estudiando el mundo moral en el solitario recinto donde la ocultaba su padre en los años de la adolescencia, parecía colocarse en los vestibulos de lo sobrenatural y lo infinito, y esperar allí respetuosa la iniciación de sus misterios. ¡Discreto empleo, Señores, de la razón humana, que, grande todavía en medio de sus debilidades cuando no la turban las pasiones, puede remontarse en el examen de las cosas creadas hasta vislumbrar una vida creadora; pero que si ha de adquirir la noción exacta de Dios, y entrever algo de los arcanos de la inmortalidad, necesita de más poderosa ayuda! La fe del Evangelio vino á prestársela un día á la hija de Dióscoro; y ya aquel entendimiento que vivía

entre crepúsculos, supo alzarse en majestuosas espirales hacia el Sol de la verdad.

Más todavía. La vida y el complemento de la fe está en las prácticas de la virtud, así como la perfección de la virtud está en los secretos de la caridad. Bárbara había reconocido al verdadero Dios por la Cruz de Jesucristo; y al meditar en las grandezas del Hombre-Dios y en su adorable sacrificio, su único pensamiento fué imitarle, su más vehemente deseo vivir siempre con Él, unirse á Él, identificarse con Él en los recogimientos del alma. Acaso en los primeros coloquios con la casta doncella, le dirigió ya Jesús estas suavísimas palabras que consignaría más tarde la pluma de oro de San Agustín: «¿Quieres andar sin perderte? Yo soy el camino. ¿Quieres no engañarte? Yo soy la verdad. ¿Quieres no morir nunca? Yo soy la vida.» *¿Ambulare vis? Ego sum via. ¿Falli non vis? Ego sum veritas. ¿Mori non vis? Ego sum vita* (1).

Hay, Señores, sobre la tierra varios afectos puros y legítimos que no ponen jamás en el corazón del hombre la más leve mancha; el amor del hijo que se duerme sobre el paternal regazo, el amor de los esposos que viven en el seno de la castidad, y el santo amor de una madre. Pero en el corazón de Bárbara todo era cándido, todo pudoroso, todo virginal: aquel sér escogido en el que

---

(1) August., *sup. Joann.*

parecía haberse realizado la fusión recíproca de la materia y el espíritu, había ya gustado del amor de Jesús; y cuando se ha saboreado suficientemente ese inefable amor, sólo se sabe ya exclamar de este modo con San Pablo: «Para mí la vida es Cristo, y el morir es ganancia» (1).

Un padre tan cruel como Dióscoro, un hombre tan idólatra de las creencias y de las costumbres gentilicas, no debía comprender el valor de las afecciones honestas, ni de los amores desinteresados. Ambicionó para su hija la felicidad que él soñaba; todos los encumbramientos de la grandeza terrena, todas las satisfacciones de los goces humanos. Por eso, cuando escucha de los labios de Bárbara el nombre del Esposo que la virgen ha elegido; cuando se ha asegurado de que ese Esposo es Aquél que va haciendo bambolearse y caer una tras otra las divinidades y las supersticiones del paganismo; el Dios que consuela al pobre, el que liberta al esclavo y el que miran como á enemigo los Césares, mudo al principio de estupor y de asombro, ruge bien pronto de desesperación y de ira, hasta que acabe al fin por arrancarse sus entrañas de padre, para convertirse en perseguidor y verdugo.

¿En dónde se encontrarán, católicos, una voz bastante fuerte y sonora, y un arpa de tan melancólicos acentos que canten dignamente los marti-

---

(1) Philip., I, 21.

rios de los confesores de Cristo? ¿En dónde habrá una pluma que con cumplida elocuencia los describa? ¿Dónde un pincel que fielmente los copie y un buril que los esculpa? Todos los sacrificios del fanatismo antiguo, toda la impassibilidad del estóico, toda la fortaleza de Régulo, y hasta esos bárbaros tormentos que suelen dar todavía los salvajes de algunas tribus de América á sus enemigos vencidos, todo eso es una sombra del martirio cristiano; pero una sombra y no más. «Al mártir lo hace la causa, no la pena,» ha dicho un Santo Padre (1); y únicamente la causa de la Eterna Verdad y del Eterno Amor podía infundir resignación y constancia en el anciano débil, en el tímido adolescente, en la tierna doncella, para soportar los variados suplicios que inventaba un tirano implacable, y dirigirle por toda reconvencción, en el colmo de los sufrimientos, una mirada de perdón y de lástima, y aquella blanda sonrisa de la fe, precursora del triunfo de la inmortalidad. ¡Oh! ¿qué importa que el cuerpo sufra, si el alma se está meciendo tranquila en el piélago inmenso de la gracia?

Asistamos ahora con la mente al holocausto de esa virgen heroica: que si su recuerdo afecta dolorosamente á los corazones sensibles, ofrece á cada paso un prodigio que arrebató muchos adoradores á Júpiter, para llevarlos al altar del solo Dios verdadero. El cuerpo de Bárbara es sin piedad gol-

---

(1) August., Epist. 61.

peado y herido de mil diversos modos; y las llagas, por un momento impresas, desaparecen de súbito sanadas por la virtud del Cielo. Aplícanse á sus costados las hachas encendidas, y toda la expresión de angustia y de queja que sale del fondo de aquel alma, es invocar sonriendo el nombre de Jesús. Mutilan torpemente los verdugos aquel seno purísimo que sólo habían rozado las auras de la castidad, y el Divino Esposo descende de la altura para colmar á Bárbara de todos los dones de su amor y de todos los carismas de su gracia. Ven ya, tirano, á cortar el hilo de esa preciosa existencia, que ansía gozar de su Dios en adoraciones eternas. Pero ¡ay de mí! ¿Por qué no has cuidado de cubrir tu rostro, para ocultar á la historia tu nombre? Un padre que siega friamente la cabeza de su propia hija, hace estremecerse á la naturaleza de horror, y llena el corazón de espanto.

Exemos. é Ilmos. Señores: Tales son los mártires de Jesucristo y las singularísimas bellezas de la fe cristiana: tal es la virtud sobrenatural que cambió los Imperios, y mejoró las civilizaciones, y libertó la humanidad, y dominó los poderes del mundo. Detengámonos un poco para aprender, bajo su bienhechora influencia, á elevar nuestro espíritu y á resguardarlo contra los vientos de la mentira y de la desgracia.

Hoy en la culta Europa no se exige á la fe el heroísmo de la muerte: ella no logra, por tanto,

adornarse con su más rica corona, si bien se le conceden, con muy consoladora frecuencia, los honores de la persecución y del destierro. Pero la fe que la Iglesia docente prescribe, esto es, la fe que aspira á moderar la razón y á guiar la inteligencia; la fe que iluminó los siglos de Inocencio III, de los Reyes Católicos, de León X y de Luis XIV; la fe que produjo á San Agustín, y al Crisóstomo, y al Damasceno, y á Tomás de Aquino, y á Dante, y á Rafael, y á Colón, y á Hernán Cortés, y á Cervantes, y á Bossuet, y á Wisseman y á Balmes, á esa fe sí se le exigen sus últimas pruebas; esa fe sí recibe de todos lados ataques y asechanzas, porque señala á las sociedades extraviadas los peligros de sus teorías y sus utopías; porque clama incesantemente al mundo, que sólo con su doctrina y con sus soluciones puede la verdad contra el error, y el bien contra el mal, alcanzar completas y definitivas victorias.

Intentaré acumular rápidamente ideas y testimonios, porque no me puedo extender demasiado. ¿Qué ha conseguido levantar el entendimiento humano, después del Evangelio, sin el concurso de la fe? ¡Ah, señores! Vagando entre el ateísmo, monstruo de la vida, y el escepticismo, cáncer de los pueblos; ora aceptando el panteísmo, que mata la moral al confundir las cosas; ora el racionalismo, que hace de Dios una entidad estéril para la conciencia humana, lejos de haber producido algo saludable y fecundo para la dicha de las naciones,

las viene precipitando en velocísima carrera hacia la decadencia y la barbarie. ¡Dios mío! ¿Hasta cuándo hemos de ser tan ciegos que no veamos las señales de la Providencia, ni aprendamos en las páginas de la historia? Siempre que la ciencia ha caminado sin el auxilio de la fe; siempre que ha edificado fuera de la idea divina, las sociedades se estremecieron sobre su base, y temblaron por su porvenir y su suerte; y nosotros mismos tenemos tan cercana la dolorosa experiencia de las catástrofes que traen consigo las doctrinas falsas y perniciosas, que todavía los espíritus no han recobrado la calma, ni se ha afirmado la esperanza en nuestro pecho.

Se nos ponderan, en cambio, las ventajas y las conquistas de la civilización moderna. ¿Qué diremos á esto? Diremos con la Iglesia Católica que bendito sea el verdadero progreso, el progreso por Jesucristo, el progreso que sabe armonizar la razón con la fe, la materia con el espíritu, la idea con el sentimiento, la riqueza con la limosna, la libertad con la autoridad. El Catolicismo produjo, antes que apareciese el espíritu moderno, civilizaciones informadas en aquellas grandes ideas, y sin él hubiera conseguido afianzarlas y completarlas. Pero yo no encuentro un progreso real en la sociedad contemporánea, donde parece que se han dado tenebrosa cita todas las miserias y todas las deformidades: el placer, ruina de la pureza; el lujo, ruina de las familias; el egoísmo, ruina del próji-

mo ; la discordia , ruina de la patria: todas las pasiones que encienden el corazón y todas las que le tornan de mármol ó de hielo. Ni puede nunca esperarse la civilización verdadera de unas sociedades donde los Estados y los legisladores suelen prescindir de la creencia de Dios y de la fe de Jesucristo en el organismo social de los pueblos, viendo indiferentes, como si nada sucediera en torno suyo, que se hace de la ciencia un caos , de la caridad una mera filantropía, de la enseñanza un peligro, del trabajo un estigma, de los talleres de la industria un volcán, de la política una explotación, del hogar de la familia una morada de tristeza y luto, donde el respeto y la ternura son palabras vacías que encuentran los ecos sordos.

Nó, mil veces nó: la civilización verdadera no puede realizarse sinó bajo el amparo de la fe , que enalteciendo á los hombres por la verdad, los purifica y los une por el amor. ¡Oh! ¿Por qué los insensatos dijeron que la fe cristiana ataja el vuelo del entendimiento? ¿Por qué lo han dicho, si todos los gigantes del saber humano fueron hombres de fe? Nó: la fe no detiene el vuelo de las inteligencias, lo que hace es dirigirlo; su autoridad regula, pero nunca oprime. Pretender alcanzar la sabiduría sin el auxilio de la fe, sería como intentar subir á la cima de la montaña por la roca que se ha cortado á pico. «No se conoce la verdadera luz, decía Dante Alighieri, «si no procede de la serena región que »jamás se anubla; todo lo demás son tinieblas, os-

»curidad producida por la carne, ó veneno con que  
»se corrompe la razón» (1).

Ahora bien, Excmos. Señores, Señores Jefes y Oficiales; si ese resplandor de lo alto, si esa virtud divina de la fe es necesaria al hombre y á las sociedades para elevarse hasta la sabiduría y alcanzar la ventura, ella es también, por muy singular modo, la que forma los más esclarecidos héroes y obtiene las más señaladas victorias en vuestra honrosa carrera de las armas. Voy á probároslo.

El cristianismo, que deplora las guerras, no las puede reprobar en absoluto, porque la guerra es á veces el solo defensor con que cuenta el derecho, el conductor de las civilizaciones y el vengador de la justicia. Pero la Iglesia, bendiciendo con tiernas y conmovedoras ceremonias las banderas del guerrero cristiano, hace á éste postrarse y orar ante el Dios de los ejércitos, y le dice con su cariñoso acento de madre:—«Tu mayor victoria es tu fe; tu religión es tu esperanza; tu enemigo vencido es tu hermano:»—y dándole su espíritu de mansedumbre en cambio de sus homenajes, sus consuelos en premio de su piedad, todo su amor en cambio de sus oraciones, ha logrado sublimar el

---

(1) Lume non é, se non vien dal sereno  
Che non si turba mai, anzi é tenebra,  
Od ombra della carne, ó suo veneno.

valor y los hechos de armas hasta la idealidad de la gloria, hasta el encanto de la leyenda. ¡Qué escenas y qué figuras pudiera evocar aquí la mente, en cuyo fondo se ven aliados con rara maravilla la fe y el heroísmo, la devoción y el entusiasmo, la caridad y el triunfo! Constantino, sirviendo de modelo á Carlomagno; Clodoveo, trasmitiendo su ejemplo á Recaredo; San Luis, enviando sus saludos á Fernando III; Alonso XI, legando su ardor y sus propósitos á Fernando V é Isabel I; D. Juan de Austria, haciendo en el Mar Jónico lo que haría después Sobieski ante los muros de Viena. Y fijándonos sólo en la grande epopeya de nuestra reconquista, ¿sabéis cómo tuvieron principio esas glorias? Elevando Pelayo ante el abatido godo aquella cruz de roble que nos dió á Covadonga; cruz que no dejaron ya nunca de invocar los reyes y los caudillos, desde Alfonso *el Católico* hasta Alfonso VIII, desde Rodrigo de Vivar hasta Guzmán *el Bueno*. ¿Queréis saber ahora qué linaje de guerreros alcanzó la fortuna de coronar tan gigantesca empresa? Sólo os recordaré cuatro nombres, entre mil que se disputan la palma: aquel Ponce de León, Marqués de Cádiz, que al partir para la toma de Alhama, besa á su pequeño hijo, y le dice dirigiendo la mirada hacia una efigie de la Santísima Virgen: «Adiós; no quedas huérfano bajo tan buen amparo;» aquel Alcaide de los Donceles, que escribía así á su tío el noble Conde de Cabra: «los moros me cercan y yo no me rindo; venid si

podéis, á salvarme, ó á darme sepultura;» aquel Hernán Pérez del Pulgar, que clava con su puñal en la puerta de la mezquita granadina la tabla del *Ave Maria*; aquel Garcilaso, en fin, que en los campos de Santafé llevó á cabo una inmortal hazaña, cuyos ecos resuenan todavía en los cantos de nuestros antiguos bardos (1), y la Musa dramática se la recuerda con amoroso afán á las nuevas generaciones.

Esto, Señores, lo sabemos por la historia; pero lo que vosotros mismos habéis conocido todavía es al guerrero de nuestra independencia, que, combatiendo por su fe tanto como por su nacionalidad, fué bastante fuerte y dichoso para cortar las alas de aquella águila altanera que vivió solamente de la rapacidad y la injusticia; lo que he visto yo mismo es al soldado de nuestra última guerra de Africa, que, cayendo como la espiga bajo la hoz, más por el hálito de la epidemia que por el alfanje del islamita, se veía morir lejos, muy lejos de sus familias, murmurando el dulce nombre de madre, y moría, sin embargo, contento, porque tenía á su Dios en sus labios, á Cristo en el corazón. Señores, ¿qué podrá ofrecer la incredulidad al soldado, si no le ofrece el cielo? Sólo el Dios de la verdadera fe puede premiar esos heroísmos ignorados, esos sacrificios ocultos de tantos seres cuyos

---

(1) Véase la *Historia de Granada*, por D. Miguel de la Fuente Alcántara.

nombres ni aún puede detenerse á recogerlos la historia, ni acierta el mundo á glorificarlos. Así se explica tan bien que nadie ame bastantemente á su patria cuando no ama á su Dios; que nadie sonría con tanta serenidad á la muerte como el que está seguro de que la muerte es el comienzo de otra vida, y de que *los huesos humanos han de reverdecer un día de las tumbas en donde fueron sepultados* (1).

Ilustres Jefes y Oficiales de la Artillería española: vuestro edificante ejemplo prueba asimismo á nuestras sociedades que no hay valor cumplido, ni abnegación perfecta, ni victoria fecunda, sin los auxilios y las consolaciones de la fe cristiana. Si es notorio en todas partes que sois modelo de honor y de hidalguía, es porque se ha hecho también notorio que sois hombres de inquebrantable fe y de religiosidad profunda. ¡Gloriaos de ello! La fe del Centurión es la que ha perpetuado su memoria. Esa fe es la que vigorizó más y más vuestro espíritu, la que estrecha en dulce fraternidad vuestras almas, la que ha resucitado al Ilustre Cuerpo de Artillería de sus cenizas, sepultadas en los escombros de la revolución. Gozaos en los cultos de esa virgen bendita; que Bárbara, pasando su juventud en el estudio y la oración, entre los muros de una torre, mandando al trueno y dominando al rayo, es la mejor abogada para aquellos que, con-

---

(1) Eccli., XLVI, 14.

sagrados primeramente á la ciencia, ostentan luego su intrepidez ó reciben la muerte al lado de sus cañones. Entre la religión y vuestro renombrado Instituto, entre esa ínclita virgen y vosotros existe una relación íntima, se ha firmado como un pacto solemne de fidelidad y de gloria. Ellas os cubrieron sin cesar de laureles, y vosotros les llevasteis amores. Díganlo, si nó, por mí los Gutiérrez de Vega, los Alavas, los Acuña, los Manriques de Lara, los Velascos y los Sánchez de Noya; díganlo tantas fechas insignes desde Álora hasta Wad-Rás; dígalo, sobre todo, el imperecedero monumento de los mártires del Dos de Mayo, en torno á cuyo pedestal se han unido tantas veces en interesante concierto las oraciones de la Iglesia y los himnos de la patria.

Escuchad ahora bien mis últimas palabras, vosotros todos los que ciñendo una espada os propongáis no empañar nunca su brillo y merecer el aprecio de la posteridad; escuchadme bien: la religión y la patria confían mucho en vuestras laudables intenciones; sabed que nuestras sociedades os miran como instrumento que la Providencia elige para defenderlas y regenerarlas. La impiedad ha arrojado la máscara, porque se ha sentido fuerte, y todo lo invade, como epidemia que el viento lleva en sus alas; ha profanado los templos, ha penetrado en el hogar de la familia, ha atacado la propiedad, ha agostado los sentimientos nobles, no ha retrocedido ante el asesinato y el incendio;

sois la única esperanza de las gentes honradas. Que cese toda discordia; que enmudezcan las pasiones de los partidos políticos; que el espíritu del verdadero patriotismo sea el campo neutral donde se unan todos los esfuerzos generosos para sacar á salvo la fe de nuestros padres, la unidad nacional y la honra de nuestra amada España. Nosotros, Sacerdotes católicos, esperamos también mucho de vosotros; somos los que damos la bendición á vuestros estandartes, los que auxiliamos á los guerreros moribundos en el campo de batalla, los que elevamos fervorosos sufragios sobre vuestros sepulcros. No olvidéis nunca que la Iglesia fué en todo tiempo vuestra Madre y vuestra amiga, y estad ciertos de que el guerrero cristiano no será verdaderamente grande, mientras no se mantenga fiel para con esa amiga y piadoso para con esa Madre.

¡Y tú, mártir del Cristianismo, Virgen privilegiada y heroica, criatura amada de Dios y de los hombrés! permíteme reunir aquí tus virtudes como en un ramo de flores, tus glorias como en un haz de luz, para depositarlos delante de tu altar con la ofrenda de nuestra devoción y nuestras oraciones. Tu belleza nunca puso ni una nube fugaz en el cielo de tu alma: tu razón buscó la fe, y la verdad alumbró tu inteligencia con claridades celestiales: tu fortaleza creció con tu esperanza, ese sol de nuestra religión que nunca llega á esconderse del todo en los horizontes de la vida: el fuego de

tu caridad y el mérito de tu sacrificio hicieron que los milagros te sirviesen de aureola al despedirte del mundo, y dieran irrecusable testimonio de que hay un Dios que vela por los que le sirven y aman. Pues bien, mujer bendita: que el pudor de tu hermosura refleje siempre su luz sobre el rostro de la doncella cristiana: que el consorcio de tu razón y de tu fe sea enseñanza provechosa para las presentes generaciones, que buscan con avidez la ciencia: que tu esperanza en Dios llene siempre el espíritu de estos piadosos guerreros, hombres del combate y del peligro, colocados de continuo entre los linderos de la vida y la muerte: que los merecimientos de tu triunfo y el poder de tu intercesión puedan devolver su paz y sus esplendores á la Iglesia entristecida, á su Pontífice despojado, á sus Pastores perseguidos: que el ejemplo, en suma, de esa maravillosa santidad que recogiste en los inagotables tesoros de la fe de Jesucristo, ponga constantemente delante de nuestros ojos, grabe con caracteres indelebles en nuestros labios y en nuestros corazones estas palabras del discípulo que más amó el Salvador: «La victoria que vence al mundo es nuestra fe.» *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.* Amén.

---



SERMON DE EUCARISTIA ,  
PREDICADO  
EN LA REAL CAPILLA DE MADRID  
EL DOMINGO INFRAOCTAVO  
DEL SANTÍSIMO CORPUS CHRISTI,  
30 DE MAYO DE 1875 ,  
CON ASISTENCIA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XII.



---

*Ego sum panis vivus qui de  
caelo descendi.*

Yo soy el pan vivo que descendí  
del cielo

EVANG. DE SAN JUAN, VI, 51.

SEÑOR :

LA adorable majestad y la ternura inmensa del dogma que venimos á confesar al pié de los altares; la esplendorosa gloria de aquella gran figura de nuestra historia nacional, que hoy venera la Iglesia, y cuya festividad traslada ésta á otro día por cantar en el presente una gloria más alta; el júbilo de un pueblo que reanudando los hilos de sus interrumpidas tradiciones, logra verse de nuevo entre las magnificencias de su culto y en presencia de su legítimo Soberano; todo esto viene á constituir el grupo de ideas que en este instante abruma mi inteligencia, el tesoro de sentimiento que conmueve mi corazón, el secreto de una alegría que embarga el ánimo, poniendo en él las más

risueñas perspectivas y las más fundadas esperanzas.

En un siglo, Señor, en que la razón humana se ha propuesto investigar con sus propias fuerzas la esencia de la Divinidad; en un siglo en que tanto han desconocido á Jesucristo las potestades de la tierra, y tanto le han olvidado los pueblos, es bello y consolador acudir bajo estas bóvedas, y ver cómo la Iglesia con su autoridad, el Monarca con su poder, el pueblo con la sencillez del alma, vienen á recordar al mundo que el Dios personal y verdadero, Aquél que Es, Aquél que tiene por nombre *El Señor Omnipotente*, no es otro que el Dios de la Eucaristía, el Verbo del Padre que se oculta en la Hostia de nuestros tabernáculos, esa Hostia Inmaculada, que es Jesucristo mismo, Pan vivo que desciende del Cielo para alimentar al hombre, elevándole por el amor y la virtud hasta las fuentes de la vida eterna. *Ego sum panis vivus qui de cælo descendi.*

Al ocupar yo hoy, después de muchos años, esta sagrada Cátedra, origen para mí de dulces beneficios, cuyo recuerdo quedó grabado al par en mi corazón y en mi memoria, permitidme que no consagre mi discurso todo á probaros la verdad del Misterio Eucarístico: sois vos, Señor, sucesor de Fernando III, nosotros somos hijos de unos padres creyentes, y el mundo sabe bien que el dogma de la Eucaristía es como el resumen de nuestras creencias, la ardiente llama de nuestro

espíritu, el talismán revelador de nuestro antiguo engrandecimiento. Mi mente, guiada por la fe, intentará penetrar en el fondo de ese arcano; en el vuelo de la imaginación me atreveré hasta á colocar mi oído en las notas de sus más suaves armonías: pero me dejaréis también estudiar las variadas relaciones de su poder y su grandeza, y presentarle como el faro bendito y salvador de las actuales sociedades.

Sí; yo vengo á meditar sobre el misterio del gran Rey de la gloria; pero he de considerarlo después influyendo poderosamente en la vida de las generaciones. Yo he de ensayar explicaros cómo el Sacramento de la Eucaristía ilumina al hombre con su luz, y lo eleva y santifica con su gracia; pero he de demostrar asimismo cómo los pueblos que se privaron del alimento Eucarístico, única fuente del amor cristiano, van necesariamente caminando hacia su decadencia, á través de un progreso ficticio.

«Contemplemos, en suma, en ese pan de vida el secreto de amor que forma la perfección de las almas y que regenera los pueblos.»

¡Oh, á quién fuera dado tomar de ahí un rayo de luz para lanzarlo en las oscuridades de la ciencia humana, y una corriente de amor para refrigerar los agostados campos de las modernas sociedades! ¡Quién pudiera hoy raciocinar con los resplandores de ese augusto Misterio, conmover las almas con todos los resortes de su ternura, y

emplear giros tan elevados y poéticos como esa naturaleza espléndida que en estos días nos brinda con la serenidad de su cielo, con la suavidad de sus auras, con la espiga de sus campiñas, con el aroma de sus flores y con el gorjeo de sus aves! ¡Señor, Dios mío! En ese silencio misterioso los querubines te alaban, aunque no les oímos; te adoran, aún cuando no les vemos: concédenos un destello de sus privilegiados espíritus para ensalzar tus grandezas y bendecir tus misericordias! Acoge, oh dulce Jesús, nuestra ferviente súplica; que nosotros te la presentamos por la mediación de tu amorosa Madre, á la cual saludaremos con el Angel. AVE MARÍA, etc.

---

---

SEÑOR:

LA Eucaristía es á la vez un milagro y un misterio: pero el milagro presenta magníficos títulos de credibilidad á la fe de los hombres, y el misterio, tan superior á la razón, nada exige de ésta que contraríe las aspiraciones de la inteligencia, ni que detenga su vuelo. Diríase que los dogmas son para nosotros semejantes á la luna nueva. De la luna no vemos sinó lo que alumbra el sol, así como de los misterios no entrevemos sinó lo que se ha dignado alumbrar el Altísimo: pero los dogmas son una verdad como la luna llena, y nosotros habremos de gozar un día la plenitud de sus fulgores.

Por espacio de cuarenta centurias, el Espíritu de Dios, Dios mismo, el Dios Increado y Eterno, quiso descender constantemente á la tierra, comunicar con el hombre, ennoblecer su vida, alentar su esperanza, dirigir su destino. Después de haberse manifestado tan solemnemente en el Paraíso, habla á Noé para instruirle y salvarle, y aparece en

las llanuras de Senaar para confundir otras generaciones soberbias. Vió allí todavía á un hombre justo que siguió adorándole, y en este hombre llama á un pueblo que conservó su fe; y aquel Dios Omnipotente y misericordioso se complace en visitar las tiendas de sus escogidos, en santificar sus oráculos, en bendecir sus Patriarcas, en iluminar sus Profetas, en darles Jueces y Soberanos, en inundar de gloria y majestad su templo y su sacerdocio.

Abraham oye á Dios y le bendice en los valles del Cananeo. Isaac escucha sus promesas en Bersabee y Jacob en la Mesopotamia. Moisés vislumbra su figura entre las llamas de una zarza que ni se consume ni se quema. El pueblo de Israel, al caminar por el desierto, le percibe en la columna de nube y de fuego, en la división de las ondas del mar, en el maná que llueve como el rocío, en el agua que brota instantáneamente de la roca herida, y, sobre todo, entre los relámpagos y las humaredas del Sinái.

El Dios tres veces Santo, que llenaba los cielos y la tierra con el esplendor de su gloria, quiso ya en la antigua Alianza morar en un Tabernáculo humano; velar su esencia y su palabra en el fondo de un Arca misteriosa, tener allí un propiciatorio de oro, figura magnífica de Jesucristo, y á cada uno de sus lados un querubín hermoso, que parecía adorar ya en dulcísimo éxtasis la Encarnación del Verbo; formar, en fin, un sacerdocio, de cora-

zón tan puro como la candidez de sus vestiduras y como el brillo de las piedras preciosas que las adornaban. Él se revela á Samuel para regenerar su Pueblo: Él inspira á David para que le cante en sus Salmos: Él hace sabio y poderoso á Salomón para que extienda su Nombre y ensalce su grandeza. Y cuando de tanto poderío y de tan prodigiosos sucesos sólo ha quedado un Pueblo que gime cautivo por sus transgresiones, y un Templo sin rival en ruinas, ese Dios todavía continuará clamando á su Nación predilecta con la sublime elocuencia del noble hijo de Amós, llorando sobre ella con las lágrimas de Jeremías, consolando su espíritu con las palabras de Daniel, confirmándole su venida á la tierra con los proféticos acentos de Aggeo y de Malaquías, mostrándosela de nuevo en otro Templo, ménos rico pero más glorioso, haciendo, por último, reverdecer sus antiguos laureles con la triunfadora espada de los heroicos Macabeos.

Y bien, Señor; el mundo redimido por la caridad no había de ser menos afortunado que las generaciones conservadas por la esperanza. En el Antiguo Testamento, Dios se comunicó al hombre cuanto podía comunicarse; se infundió en él cuanto podía infundirse; pero aquel Dios era puramente espiritual é invisible, y no podía entrar en el corazón y en el alma sino por la virtud de la fe. Pero cuando el Eterno se dignó enviar su Verbo, con-substancial á Él; cuando la plenitud de la Divini-

dad se ostentó sustancial y esencialmente en la humanidad de Cristo (1), entonces la presencia de Dios sobre la tierra, y su frecuente unión con el hombre, habían de realizarse con toda su extensión y su ternura en todos los momentos de la vida humana; y se realizaron, en efecto, en aquella forma graciosa y adecuada, y con aquellos arrebatadores encantos que se contienen en estas frases de la Escritura: «La Sabiduría edificó casa para sí, dispuso su mesa, y dijo: Venid, comed mi pan y bebed el vino que os he mezclado» (2).

Entremos, pues, Señor, á meditar y á saborear de lleno las dulzuras del Misterio Eucarístico, que es el que imprime, por decirlo así, á la Ley de Gracia su más principal sello de superioridad y de excelencia sobre la Ley escrita.

Jesús hizo un día en la Sinagoga de Cafarnaum esta solemne promesa: *Yo soy el pan vivo que descendí del Cielo: este pan que yo os daré es mi carne: el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida* (3). Y como en Dios las promesas de ayer son la realidad de hoy, como sus palabras de misericordia se cambian siempre en actos, cuando el Salvador celebra la

---

(1) *Quia in ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter.* Ep. ad Coloss., II, 9.

(2) Proverb. IX.

(3) S. Juan, VI.

última Cena legal del místico Cordero, Cena que Él deseaba con vehemente deseo, *desiderio desideravi*, toma un pan en sus divinas manos, da gracias al Señor, lo bendice, lo parte y distribuye, diciendo: *Tomad y comed; este es mi Cuerpo, inmolado por vuestro amor* (1). Toma después el cáliz, y dando asimismo gracias al Omnipotente, lo pasa á sus discipulos diciendo: *Bebed todos de este cáliz, porque esta es mi Sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por la remisión de los pecados* (2). Faltaba aquí la continuación del Sacrificio, la comunicación del Sacerdocio, la consumación del amor, y Jesucristo añade: *Haced esto en mi memoria* (3).

Los Evangelistas sellan después el testimonio: el Apóstol de las gentes confirma la perpetuidad del milagro: los Concilios explican sin cesar el misterio: eslabónase la tradición en los escritos de los Santos Padres, cuya síntesis es así formulada por la elegante palabra de Ricardo de San Victor: «Incomprensible, pero cierto: *mirum sed verum.*» Y en la larga serie de los tiempos, los hijos de la verdadera Iglesia confesarán, ante la faz del mundo, que en esa Hostia que apenas percibe la pupila, está el Dios que la creación adora: que ese Pan vivo de nuestros Tabernáculos es Jesucristo mismo

---

(1) Matth., XXVI, 26.—Luc., XXII, 19.

(2) Luc., XXII, 20.

(3) Idem.

que descende del Cielo para purificar el alma y hacerla digna de las delicias de la eternidad. *Ego sum panis vivus qui de caelo descendi.*

Los amores humanos, Señor, llegan hasta los imposibles: los amores divinos los realizan. Bossuet dijo que Jesús murió «por la fuerza de su propio poder:» Corneille escribió en magníficos versos (1) «que Cristo quiso vivir perpetuamente entre nosotros por un esfuerzo de amor.» El entendimiento del hombre siempre se encontrará inferior á ese altísimo misterio; pero si una razón serena y una sana filosofía no le dan, para investigarle, luces que alumbren como el sol, le pueden sí, suministrar, como para entreverle, las claridades de la aurora. Mi mente descubre en la Eucaristía una prueba clarísima de la Encarnación del Verbo, porque no viendo corporalmente en ella la persona de Jesucristo con el influjo de su Divinidad, ni con el prestigio de su poder, ni siquiera con el encanto y las seducciones que le ha concedido la ciencia crítica moderna, sino mirando sólo los accidentes en que se envuelve, esos accidentes son bastantes para que mi espíritu quede suspenso, y mi corazón se enamore, y mi fantasía se arrebate. Mi mente alcanza asimismo la conveniencia de que la Encarnación sea un hecho permanente y extendido en la humanidad, y el Sacramento Eucarístico es la difusión completa y perdurable del amor y de la

---

(1) Polyeucte.

inteligencia del Verbo , es el pensamiento divino que nos penetra , es el principio mismo de la vida que baja á nuestro corazón y nos anima , es la libertad perfectísima con que el espíritu sólo tiende á desenvolverse en el bien, es el Bien Sumo ejercitando toda su actividad para llenar su fin, que es glorificar el alma.

¿Qué podrá oponer la ciencia humana á la realización de ese sublime misterio? ¿Será la noción de sustancia? Nó; porque la sustancia es cosa muy distinta de los accidentes. La sustancia es una fuerza activa, una energía latente que, según dice Santo Tomás, «ni el ojo ve, ni cae bajo ningún sentido, y que no se relaciona esencialmente con las propiedades sensibles de la materia» (1). Así la naturaleza nos ofrecerá á cada paso sustancias cambiadas sin que los accidentes cambien, prodigios de una transubstanciación natural y constante, desde el reino vegetal hasta el hombre.

¿Será la noción de cuerpo? Nó. Si la cantidad y la extensión son el estado ordinario y natural de los cuerpos, su esencia consiste principalmente en la fuerza íntima que les dirige y gobierna. Jesucristo sólo vive con un modo sobrenatural en el Sacramento Eucarístico; es el cuerpo enaltecido y glorioso que nació de una Virgen, que sale de un sepulcro sellado, que pasa á través de una puerta cerrada. Real y sustancial como cuerpo, se mani-

---

(1) Pars. q. 76, art. 7.

fiesta á manera de espíritu, y su presencia es comparable á la presencia del alma y á la presencia del Angel.

¿Será, por último, la noción del espacio? Nó. Las leyes del espacio no son hechas para el cuerpo de Jesucristo, tan simple como real. Las especies del Sacramento Augusto están ahí, delante de vuestra vista, y ocupan evidentemente un lugar, porque tienen dimensiones; pero otras especies sacramentales se elevan á millares de leguas de distancia, y Jesucristo está en todas ellas, porque el Verbo de Dios, siempre *Verbo*, siempre *Palabra* viva y fecunda, se halla por todas partes, no se limita ni se divide, y quiere infundir en la humanidad entera el sople de su amor y los portentos de su gracia (1).

¡Oh dulce Jesús mío! Yo sé que están en esa Hostia tu corazón y tu vida, y anhelo poseerlos, porque, siendo semejantes á mi corazón y mi vida, tienes un amor puro que comunicarme, una gracia infinita con que enriquecerme y una bienaventuranza eterna con que recompensarme. Meditando sobre el Misterio de tu presencia en ese Tabernáculo, no es ya sólo la transubstanciación de la Hostia

---

(1) Estas ideas, tan ligeramente apuntadas, sobre las nociones de cuerpo, de espacio y de sustancia, con relación á la Eucaristía, se hallan magistralmente expuestas en la preciosa obra de Monseñor Landriot, Arzobispo de Reims, titulada *L'Eucharistie*. (1)

lo que adoro, sino que siento á la vez transformarse el alma y el Templo! El alma se identifica contigo: el Templo con sus luces y con sus cánticos es la luz y la armonía del Empíreo; y los silencios que en su recinto alternan son como los éxtasis del espíritu en la consumación de la gloria!

¡Ah, quién pudiera explicar los goces con que Jesucristo inunda el alma que le recibe dignamente! Parece allí escucharse la voz del Esposo en el Cantar de los Cantares (1): «Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, porque mi cabeza llena está de rocío y mis guedejas de las gotas de las noches.» Jesucristo, dándose al hombre en el Sacramento Eucarístico, hace con él como Eliseo con el niño á quien resucita (2): pone la boca sobre su boca, los ojos sobre sus ojos, las manos sobre sus manos, el pecho sobre su pecho. No se ve allí sino fuego del alma, ardiente, sublime, divino; ese amor, fuerte como la muerte, con el que se despoja el hombre de todo lo terreno, remontándose su espíritu hasta las regiones de la inmortalidad. El alma que anduvo siempre por la senda de la virtud, que amó desde sus albores las hermosuras del bien, se eleva con la Comunión Eucarística hasta el más dulce arrobamiento, pudiendo decir con San Pablo: «Ya no soy yo el

---

(1) Cant. V, 2.

(2) IV Reg., IV, 34.

que vivo, es Cristo que vive en mí (1): *Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus.*» Así se nos presentan San Bernardo, y Francisco de Asís, y Antonio de Padua, y Juan de la Cruz y Francisco Javier. El alma que corrió largo tiempo extraviada por los senderos del mal, rebosa de inefable júbilo al verse de nuevo, por medio de la Penitencia, en el camino que conduce hacia el Cielo; y absorbiéndola después la Eucaristía en la contemplación de su propio sér, que se ha vuelto á *vestir de Jesucristo* (2), exclama con David: «Ahora comienzo,» *Nunc cœpi*; «de la diestra del Altísimo proviene esta mudanza:» *Hæc mutatio dexteræ Excelsi* (3). Así fué como se ennoblecieron y se alzaron hasta la cumbre de la santidad Bonifacio, Agustín, Norberto, Juan de Dios y Camilo de Lelis.

Sí: esa carne virginal é inmaculada es el secreto de todo lo perfecto, de todo lo heróico, de todo lo más tierno y candoroso de la vida. Ella sabe transfigurar al hombre, acercándole al Ángel, Ella fué en todo tiempo semilla fecundísima de todos los sacrificios y abnegaciones; semilla de mártires y misioneros; semilla de confesores y sabios; semilla de Anacoretas y Virgenes. ¿Qué importa, pues, que tanto amor sea un arcano, si

---

(1) Galat., II, 20.

(2) Rom., XIII, 14.

(3) Psalm. LXXVI, 11.

en la meditación profunda de ese arcano el hombre puede aprender en cierto modo á asemejarse á Cristo? *¿Christianus alter Christus?*

¿Qué es, sinó, lo que hicieron los Mártires? ¡Ah! Sostenidos por el Dios que recibían en el altar de las Catacumbas, al llegar el momento de la prueba, y cuando los tiranos les preguntan su nombre, ellos confiesan gozosamente á Cristo, y mueren sin vacilar por Cristo. Y esas ofrendas generosas de la sangre y de la vida habian de sucederse en el espacio y en el tiempo, desde el anfiteatro romano hasta las soledades del Asia y de la Océania, desde el Imperio de los Césares hasta la *Convención* y la *Commune*.

¿Qué han hecho los Misioneros católicos? Fortalecidos con el Pan Eucarístico, corren por todas partes á predicar á Jesucristo Crucificado y á propagar su Evangelio. Para ellos la montaña es siempre llana, el mar siempre tranquilo, los huracanes céfiros, las estaciones rigurosas una primavera suave. Ávidos de sembrar la verdad de su fe, llevan la Eucaristía á través de los mares y de los desiertos, suspirando como Jesús, fatigándose como el Salvador, pero sin temer y sin desmayar nunca; porque su solo temor y su único desmayo es el no encontrar almas que abracen la doctrina que enseñan y que merezcan la eternidad que prometen.

¿Y qué diremos de los Doctores de la Iglesia? Un gran sabio de la más famosa escuela cristiana

de los primeros siglos, Cirilo Alejandrino, llamaba á la Eucaristía «comida que produce la inmortalidad», *Cibum nutrientem immortalitatem*; y por cierto que á nadie se puede aplicar mejor esta bellísima frase que á aquellos hombres admirables, en cuyos escritos parecen reflejarse las luces de lo Alto. ¡Nombres venerandos de Gregorio de Nazianzo, Jerónimo, Ambrosio, Crisóstomo, Basilio, Damasceno, Anselmo, Alberto el Grande, Buenaventura y Tomás de Villanueva; nombre más ilustre aún de Tomás de Aquino, cuya pluma y cuya lengua y cuyo corazón parecían ser inspirados y movidos á un tiempo por el Dios de la Eucaristía, decid cuánto influyó en vuestro saber y vuestros triunfos ese Misterio adorable, en el cual vuestra alma y todo vuestro sér se unían íntimamente con el alma y con el sér del mismo Jesucristo!

¿Y qué diremos de las Vírgenes cristianas, de esas angelicales criaturas que reparten y difunden como pedazos de su propio corazón la caridad de Cristo, encarnado en su seno por la Comunión Eucarística? ¿Cómo podrá olvidarse la historia de aquellas religiosas hospitalarias, que en la horrible epidemia que diezmó á la Europa en el décimocuarto siglo, después de visitar y de recibir á su Dios ante el Ara sagrada, olvidábanse de su belleza, de su juventud y de su nacimiento, para ir junto á los enfermos y los moribundos, ya arrebatando víctimas á la muerte á costa de su propia

vida, ya cerrando piadosamente los ojos de los que exhalaban el último suspiro?

En ese Pan de vida aprendieron , por último, los secretos de sus raras virtudes aquellos primeros moradores de las soledades , que llevaron la alegría á las aves , la feracidad á los campos , el cauce á las fuentes, la salvación al caminante; que conservaron la ciencia en el naufragio de los siglos medios, y que impulsados por la fuerza de la caridad, osaron predicar su fe hasta en las naciones infieles, viéndose brotar de nuevo la palma de los mártires. ¡Oh! Aun cuando sólo registrasen los institutos religiosos los hechos sublimes de los hijos de Pedro Nolasco, que devuelven la libertad al cautivo , con la limosna , quedándose á veces ellos mismos por precio de rescate; de los hijos de Domingo de Guzmán, que salvan á las sociedades de las violencias de los Albigenses; de los hijos de Francisco de Asís, que viven hasta con el leproso: aun cuando sólo recordásemos á Genoveva, la salvadora de París; á Hildegarda , que evangeliza la Francia y la Alemania; á Catalina de Sena , que siembra la paz en la despedazada Italia; á Teresa de Jesús, el ángel tutelar de nuestra patria, almas todas que alimentaban y robustecían su espíritu, su incansable actividad, su dulce abnegación con el Manjar Eucarístico; esas santas moradas serán siempre dignas de las bendiciones de todas las almas sensibles!

En este examen , Señor , de la caridad y del

heroísmo cristianos, por la influencia de la Eucaristía, el último nombre que hemos pronunciado nos coloca naturalísimamente en el siglo XVI. Y hé aquí que en este siglo se ha encapotado densamente el cielo de la Europa. Lo que fué para el dogma de la presencia real un nublado pasajero en los siglos IX y XI, con los errores de Juan Herigena y de Berengario; lo que más tarde fueron ráfagas de impetuoso viento con Pedro de Bruis, Lolardo, Vicleff y Juan Hus, llegó á ser en el siglo XVI el huracán desencadenado, una atmósfera llena de negras nubes, preñadas de desgracias y lágrimas. Era que el Protestantismo había aparecido en medio de los pueblos.

La herejía protestante principió por privarse del más dulce secreto del amor de los Cielos; del Misterio Eucarístico. Aquellos desdichados apóstatas, cuyo sayal ó cuyo sagrado carácter no fueron bastantes para hacerles mortificar sus sentidos, y que dejaron penetrar en su alma el hálito de la impureza; aquellos Príncipes abrasados á la vez con el fuego de la ambición y el fuego de la sensualidad; aquellos espíritus turbulentos que no querían freno alguno ni para la razón ni para la conciencia, parecieron temblar ante la idea de tener á Dios tan cerca de ellos, é intentaron alejar á Cristo del Ara de sus altares. Y como donde Cristo no impera, no alumbra la verdad, ni alienta la virtud, ni florece la paz, desde aquel infausto día la mente fué perdiendo la verdadera noción de lo sobrena-

tural, y el corazón no supo amar lo verdaderamente grande. Examinemos, sobre todo, siquiera sea brevemente, cómo dentro del Protestantismo, y en todo cuanto procede de él, la suerte de la caridad, virtud que tiene en la Eucaristía su manantial inagotable y purísimo, sufre extraordinarios eclipses en los nuevos periodos de la historia.

Con las frecuentes y acaloradas disputas sobre la Eucaristía se inauguraba entre los jefes de la Reforma el reinado del odio. Lutero y Carlostadio rompiendo su aparente y forzada amistad; Zuínglio mofándose de Bucer; Calvino, Osiandro y Beza discutiendo con Servet, Stancaro y Westfallo; una Confesión sucediéndose á otra; las sectas fraccionándose hasta el absurdo y el ridiculo, tal es el cuadro que el Protestantismo ofrece ya en su mismo nacimiento. ¿Qué había de suceder? Que el Protestantismo no podía tener amor ni en sus jefes, ni en sus ministros, ni en sus instituciones.

Un siglo de cotejo, un solo siglo de comparación entre la doctrina protestante y la doctrina de la Iglesia bastará para establecer en el orden de la caridad cristiana la inconmensurable distancia que separa á la Religión que vive y que se nutre del Pan Eucarístico, de la que ha querido rechazar ese alimento divino. ¿Sabéis lo que puede poner el error protestante enfrente de tantos Soberanos católicos que sembraron las ofrendas de la caridad en medio de sus súbditos? Un Enrique VIII, una Isabel, un Guillermo IV, un Eduar-

do VI, un Jorge II, dictando contra el pobre leyes de bárbara crueldad. ¿Sabéis qué ministros presenta al lado de esos Apóstoles del Catolicismo, que á costa de su reposo y de su vida van repartiendo la caridad de la palabra por el Paraguay, el Japón, el Tonquin y la China? Hombres que, desechando la sabia ley del celibato eclesiástico, descuidaban, por el amor de la propia familia, el amor de la gran familia humana, y que en la conquista de las almas para la fe y la gloria de Jesucristo rara vez tenían valor para pasar más allá de donde alcanzaba la protección de su bandera. ¿Sabéis qué muestra el Protestantismo junto á esas mujeres superiores que embellecen nuestros hospitales, ya tocando con mano delicada la herida del guerrero y la frente del moribundo, ya atrayendo con la oración ó la palabra los auxilios de la gracia divina sobre el cristiano que vacila en su fé? Veréis, acaso, algunas otras mujeres, dignas de respeto sin duda; pero ni tan llamadas, ni tan queridas, ni tan admiradas, porque no se inspiran, no se fortalecen, no se embriagan de caridad, como aquéllas, en el convite sagrado del celestial Esposo. ¿Sabéis, por último, si el Protestantismo ofrece algo que compararse pueda á esas Asociaciones católicas que, con el socorro material de la limosna, infunden en el pobre y en el infortunado el amor á sus enemigos, el consuelo en las tribulaciones, la purificación por el sacrificio? Nó; eso no lo contemplaréis ja-

más. Podréis ver al Estado distribuyendo crecidas sumas entre los pobres, sin conseguir que disminuya su número, y guiado exclusivamente de consideraciones políticas y de fundados temores, como sucedía en Roma: veréis también Asociaciones numerosas que reparten millares de libras esterlinas entre los indigentes; pero sin llorar jamás con ellos, sin curar jamás sus llagas, sin regenerar jamás su corazón, porque no han aprendido á mirarlos como hermanos en Jesucristo, á amarlos en Dios y por Dios, como lo harían si participaran juntos de la misma Mesa en las gradas del Santo de los Santos. Nó: en vano ciertos hombres se esforzarán en falsear los hechos históricos para seducir las inteligencias sencillas. El Protestantismo no presentará nunca ni una Isabel de Portugal para el pobre, ni un Francisco de Paula para el poderoso, ni un Francisco Javier para el idólatra, ni un Juan de Dios para el enfermo, ni un Vicente de Paul para el expósito, ni un José de Calasanz para el niño, ni una Angela de Brescia para hacer brillar el pudor sobre la frente de la virgen, ni un Felipe de Neri, en fin, para esclarecer más y más el talento de los sabios.

¿Temeremos, pues, nosotros que el error protestante, que vive, aunque con muy pobre vida, en nuestras más populosas ciudades, pueda vencer á la verdad católica en el terreno de la discusión y de la ciencia? ¡Oh! Nó por cierto. Lo que debemos temer es á ese pobre corazón del hombre que

se doblega ante las pasiones, que es deslumbrado por la ambición, y que suele venderse al oro. En la lucha de la verdad contra el error, la verdad alcanzará siempre la victoria definitiva: mas ¡ay de mí! ¿quién puede prever las defecciones, las flaquezas y las desventuras que habrán de sucederse en el curso del combate? Nó; no tememos al Protestantismo como doctrina: él, sin prestigio y abandonado en nuestros mismos días de muchos de sus hombres más célebres, está representando en Europa el papel de un rey usurpador, muchas veces vencido, que mendiga alianzas adulando bajamente, y apenas recibe algunas buenas palabras en atención á su desgracia. El Protestantismo — permitidme lo vulgar de la comparación — viene haciendo, há largo tiempo, como la liquidación de sus principios; es la almoneda de un establecimiento que va á realizar sus géneros, y, por estar averiados, se les añade otra mercancía que excite la codicia del comprador. Así la propaganda protestante ha inundado de libros nuestras ciudades, y muchos han aceptado esos libros, porque de las premisas que en ellos se sientan se sacan necesariamente, en la esfera especulativa el Naturalismo y el Racionalismo, y en la práctica el Socialismo y el Comunismo, tan funestamente fascinadores para todos los que sueñan con los goces de la vida y no aman el trabajo.

Porque no es posible dudarlo. El Protestantismo está fielmente retratado en aquel mal espíritu

de que habla la Escritura (1), «que, andando por lugares secos y no hallando reposo, toma consigo otros espíritus peores que él, para volver con ellos á vivir en su morada.» De esa audaz herejía, que había negado el más consolador secreto de la vida de Cristo, surgieron á poco aquellos hombres soberbios que negaron la divinidad del Salvador, y á los que Fausto Socino dió su funesto nombre en la historia. De los que habían negado la divinidad de Jesucristo salieron después los que le odiaron; aquellos filósofos del siglo XVIII, mitad deístas mitad ateos, que tanto calumniaron á la Iglesia Católica. Y de los que odiaron á Jesucristo y á su Iglesia provinieron seguidamente aquellas turbas que aborrecían también la humanidad, y que, barriendo como tromba asoladora los fundamentos en que descansan las sociedades, vertieron tanta sangre inocente, y causaron al mundo tan indecible espanto; tremendo cuadro, Señor, que ha vuelto á contemplar, horrorizada, la Europa, que nuestra misma patria ha presenciado, y que—triste es decirlo—habrá de repetirse de una manera periódica en tanto que la fe, la Religión y la caridad de Cristo no ocupen el primer sitio en la vida social de los pueblos.

Acaso el Protestantismo no imaginó jamás ocasionar tanto daño: pero todo esto se originó de aquella herejía soberbia, que quiso dejar tan libre

---

(1) Matth. XII, 45.

el pensamiento humano como agostado y seco el corazón. Y si de este orden de ideas, por desgracia más conocido de todos, quisiéramos entrar en el terreno puramente especulativo, veríamos cómo el error protestante, negando la transustanciación eucarística, vino luego á informar la razón filosófica de los siguientes siglos, hasta el punto de que las escuelas racionalistas se pierdan y se agiten en el vacío y el delirio. Cierto que la filosofía moderna, cuando no ha llegado á la abyección postrera, á las degradaciones materialistas, os dirá que admite un Dios, y que le ensalza y adora. Pero ¡ah! ¿qué Dios es ése, que, según el Naturalismo, es el instinto, la necesidad ininteligente que mata la libertad humana: que, según el Idealismo, no es la causa primera y única de cuanto existe. anterior al mundo y á la naturaleza, sinó que sólo principia á existir cuando el hombre lo piensa y lo crea: que según el escéptico, ni se revela, ni se concibe, ni se define, ni se afirma? ¿Qué Dios es ése, que, en las relaciones del entendimiento, nunca detiene los ímpetus de una razón orgullosa; que en las borrascas del corazón jamás acierta á calmar las olas de las pasiones; que cuando el espíritu desmaya nunca le fortalece, y cuando sobreviene el infortunio jamás le infunde resignación ni esperanza?

Pero hay más todavía. De todo este conjunto de aberraciones y monstruosidades ha salido lo que gráficamente se llama el espíritu moderno; es-

piritu de independencia contra Dios y contra su Iglesia, encarnado en el seno de la sociedad contemporánea. El Protestantismo puede, por tanto, gloriarse con razón de ser el punto de partida de ese espíritu fatal, de ese mentido progreso: nosotros le cedemos todo entero este honor, porque el espíritu moderno, y, de consiguiente, el progreso moderno sólo viene á consistir en una mera cultura peligrosa y estéril, cuando no es la rebelión abierta y declarada contra la autoridad y el orden. Y aquí es la ocasión de afirmar y sostener que la civilización verdadera es la hija más querida de la Iglesia Católica, «circulo — dice Chateaubriand — que se agranda á medida que aquélla se dilata, y que no ahoga ciencia alguna ni libertad alguna.» Porque ¡qué de cosas grandes, de descubrimientos magníficos, de gigantescas creaciones, no produjo la Iglesia ántes del siglo XVII! ¡Y qué de grandezas y maravillas no hubiese ella realizado, á no haberla detenido el error protestante en su majestuosa marcha! Que no nos dé, pues, en rostro la incredulidad con los adelantos de nuestra época; porque el Catolicismo tendría, sin la emancipación del pensamiento humano, todos esos adelantos, y tendría además, algo más útil y fecundo. Tendría la razón, más la fe; la ciencia, más la humildad; la libertad, más la obediencia; la riqueza, más el desinterés: tendría, en una palabra, la actividad del entendimiento, más los sentimientos morales y religiosos.

Pero el Catolicismo, Señor, no puede entender por civilización ni traducir por un progreso legítimo esos extravíos de la inteligencia, esa fiebre del corazón, esas excitaciones de los sentidos en que se revuelve y se enerva la sociedad contemporánea. Al resplandor de esas luces fantásticas que alumbran nuestras ciudades, apenas distinguimos un cuadro que consuele el espíritu; una mirada al cielo, una oración del alma, un rasgo de caridad y abnegación. En cambio, veremos por todas partes mil apariciones siniestras: naciones que se empobrecen, razas que se destruyen, poderosos que se alimentan de la sustancia del pueblo, ricos que no buscan en derredor necesidades que socorrer, pobres que no aman la resignación y el trabajo; un indiferentismo que asemeja el corazón humano á esos árboles estériles y casi secos, que ni vegetan ni dejan vegetar á las plantas que les están cercanas; un egoísmo que todo lo quiere siempre y nada concede nunca, y que hace parecerse al hombre que lo abriga, al reptil, animal también de sangre roja pero fría. Y para remediar tamaños males—ya os lo he dicho—sólo nos encontramos con una ciencia racionalista y atea, que con sus más recientes y peregrinos ensayos, ha pretendido descubrir, en no sé qué evoluciones sucesivas de las especies, todos los secretos de la creación y de la vida, si bien ignora hasta las más sencillas nociones de la religión y la virtud, y no sabe deciros cuanto valor tiene un alma por su

origen y por su destino. «¡Oh, raza humana—diré con unas palabras inimitables de Dante—raza nacida para volar tan alto! ¿Cómo caes de este modo al menor viento?» (1)

Nó; el Catolicismo no puede regocijarse de semejante progreso ; y precisamente por lamentarse de esa civilización tan decantada , por condenar ese espíritu moderno , que no es creyente ni humilde, la Iglesia católica y su Pastor Supremo sufren, há largo tiempo, las acusaciones y asechanzas de numerosos enemigos. Pero ¡ah! ellos dicen como el Apóstol: «Si Dios está por nosotros , ¿qué podrá nadie contra nosotros?» (2). Si Jesucristo vive en nuestros tabernáculos y está siempre pronto para bajar á nuestro corazón, ¿qué importan los peligros, ni las persecuciones, ni la espada? «Nada será bastante á separarnos del amor de Dios , que está en Cristo Señor nuestro» (3).

Porque la Eucaristía , que es un misterio de intensísimo amor para los hombres , y que tanto engrandece á los pueblos , es asimismo ¿ cómo no había de serlo? un secreto de poder para la Iglesia, un escudo invencible donde todas las armas se embotan y todas las soberbias se confunden. «Por el Sacramento del Cuerpo de Jesucristo fué subyugado el mundo» (4); y por El «permanecerán

---

(1) Purgat.

(2) Rom. VIII.

(3) Ibid.

(4) S. Agust.

firmes las columnas que sostienen el edificio Católico» (1). Mientras Jesucristo viva en el templo, la Iglesia no puede sucumbir ; y nunca han de faltar Sacerdotes que tomen la Hostia en sus manos , y hagan con su palabra que Jesucristo descienda sobre aquella Hostia. Por eso se instituyó muy principalmente la fiesta de la Eucaristía, para destruir el error y para arrebatarle toda sombra de esperanza de conseguir jamás victorias decisivas. Por eso se ha establecido la adoración perpetua del Sacramento Eucarístico, para hacer ver al incrédulo y al impío que Jesucristo reinará de un modo real, positivo é incesante en la humanidad, hasta que la humanidad , salvada por el amor de Jesucristo, suba á reinar con El en más venturosa patria. A los resplandores del Trono Eucarístico, y entre las espirales de incienso que suben á los cielos, el entendimiento del hombre se elevará en busca de la verdad , guiado siempre por la fe , y veremos cómo nunca se interrumpe esa cadena de verdaderos sabios que en los últimos siglos nos enseña tantos nombres inmortales, desde Belarmino y Bossuet hasta Wisseman y Balmes. Al eco de esos cánticos de infinita ternura que en todos los ámbitos de la tierra se entonan á Jesús Sacramentado, se alzarán hasta Dios tantas lágrimas de dolores que se resignan, tantas acciones de gracias de deseos purísimos cumplidos , que ellas digan al

---

(1) S. Buenav. de præparat. ad Miss.

mundo con sobrehumana elocuencia: «Sólo allí mora el Bien; sólo en Cristo debemos poner nuestra esperanza; sólo del Cielo vienen esos avisos saludables, esas corrientes eficaces que de continuo traen á la Iglesia católica millares de hijos que vivían á la sombra de falsas religiones.» En la santa embriaguez de la Cena Eucarística es donde únicamente seguirán formándose esos corazones que enferman verdaderamente de amor; de amor á Jesucristo, para colmarle de adoraciones eternas; de amor á los hombres, hasta el punto de vivir para ellos, de implorar la caridad para ellos, de morir, si es preciso, por ellos. ¡Oh! ¿dónde, sino en la Religión que distribuye la Eucaristía, podría encontrarse algo que se igualara, digo mal, algo que se pareciera á las Conferencias de San Vicente de Paul, á las Hermanitas de los Pobres y á los Colegios de las Misiones para el Nuevo Mundo?

Resumiendo, Señor, las ideas enunciadas, diremos que sólo las virtudes cristianas, y muy especialmente la virtud de la caridad, son hoy la única solución de todos los problemas insolubles para la ciencia humana sobre el mejoramiento moral de nuestras sociedades; y estas virtudes salvadoras no existen, ni se comunican sino en el seno del Catolicismo, en esa Hostia Inmaculada, donde vive realmente el Hombre-Dios. Vengan, pues, todos los hombres, henchidos de confianza y amor, ante el Altar Eucarístico, para recoger los

fundamentos y los resortes de su dicha. Aquellos que dirigen los destinos de los pueblos aprenderán ahí á darse á todos, como se da Jesucristo, no distinguiendo para la elevación de los hombres, sino sus méritos y sus aptitudes, ni atendiendo en todas ocasiones sino á la gloria de la Religión y al engrandecimiento de la patria. Los súbditos, reconociendo en el Dios de la Eucaristia la fuente eterna de todo derecho, comprenderán que solamente la virtud de la obediencia, la sumisión á toda autoridad legítima, puede procurarles la hermosura de la paz y un bienestar seguro; sin que los malvados logren ya convencerles de que la libertad consiste en otra cosa que en el desenvolvimiento de las facultades humanas dentro de la justicia, dentro de la equidad, dentro de la prudencia, dentro de la honradez. Los ricos, recibiendo á Aquél que decia á los pobres y los desgraciados: «Venid á mí los que trabajáis y estáis fatigados, que yo os consolaré» (1), experimentarán bien pronto que sólo se encuentra la tranquilidad en la opulencia, cuando se difunde como óleo santo la limosna entre los infortunados del mundo. El pobre, acercándose á la Mesa Eucarística, poseerá á aquel dulce Jesús que le recuerda la cuna de Belén, el sosiego y la felicidad de Nazareth, y sentirá allí que su frente está circundada de una doble auréola, como el doble anillo del planeta Saturno. Hasta el filósofo

---

(1) Matth., XI, 28.

que en el orgullo de su razón buscó al Sér Universal, al Sér Absoluto, al Sér Ideal, sin conseguir hallarle, percibirá en la Comunión Eucarística al Dios real y verdadero, que sólo baja hacia el hombre por la humildad y el amor; Dios de tal modo Absoluto, que es la Sustancia en Sí; de tal modo Universal, que conserva la personalidad del Sér; de tal modo Ideal, que no es una mera noción, sino una entidad concreta.

Tal es, Señor, el Verbo de Dios, que no contento con haberse encarnado en un momento histórico y providencial en la naturaleza humana, anhela encarnarse de continuo en cada una de las criaturas inteligentes y libres. Tal es el Sacramento de nuestros altares, que mostrándose como el supremo esfuerzo del poder y del amor, como la más alta expresión de la vida divina en la conciencia religiosa, realiza los inenarrables secretos de la perfección de las almas, y extiende por toda la superficie del mundo los pasos hermosos y benditos de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan el bien. Las religiones y los pueblos que no admiten ese Misterio adorable, se han apartado de la verdadera Iglesia de Cristo, fuera de la cual todo es soberbia en el individuo, soberbia *teosófica* ó *racional*, esto es, la pretendida *iluminación interior* ó el *libre examen*; y, como consecuencia de esto, esas tendencias materialistas ó esos cristianismos ideales, sobre cuyos mezquinos fundamentos toda gloria que se edifique es efímera, toda pros-

peridad aparente, todo poder ambicioso y todo progreso estéril; porque el mundo no puede progresar realmente sino bajo el amparo de la Iglesia católica, única que consagra en sus Aras, que guarda en sus Tabernáculos, que reparte entre sus hijos á Jesucristo mismo, Pan vivo que desciende del Cielo para engrandecer y para purificar nuestra alma. *Ego sum panis vivus qui de cælo descendi.*

Algunos momentos más, y termino, Señor, este discurso. He mencionado al principio la gloria de Fernando el Santo, y es muy justo consagrar rápidamente un elogio á aquella existencia preciosísima que parece colocada entre dos luces inmarcesibles: la luz de su primera Comunión y el resplandor de su Comunión postrera. Desde que aquel Monarca inolvidable recibió en su seno el Pan de la Eucaristía, su frente apareció sellada con dos sellos misteriosos: el sello de la humildad y el sello de la pureza; y si algo se les podía comparar en hermosura y en brillo, eran otros dos sellos indelebles esculpidos en su corazón y en su semblante; la justicia, que denotaba al representante de la autoridad divina, y la caridad, que hacía recordar constantemente á sus súbditos á aquel Padre común que está en los cielos. Y como la verdadera humildad no apaga la centella del genio, antes la hace más viva, la gloria de aquel Rey fué una gloria imperecedera y bendita. Como la castidad es el heroísmo incomparable con que el hombre sabe vencerse á sí mismo, el ejemplo de aquel

Rey fué un ejemplo bienhechor y fecundo. Como «la justicia consolida los reinos y eleva las naciones» (1), Fernando logró hacer de la España un pueblo fuerte, y asentarle sobre bases de sabiduría. Como la caridad es la esencia de la vida cristiana, aquel corazón tan grande sólo guardaba en su fondo el secreto del gran Rey de la gloria para difundirlo después entre sus compañeros de armas y entre el desventurado y el pobre como rayos de luz.

¡Y qué celo el de Fernando el Santo por la Religión de Jesucristo! ¡Qué consideración y qué respeto hacia los sucesores de los Apóstoles! ¡Qué veneración y qué amor para con el Pastor Supremo de la Iglesia! Fernando busca siempre en la Religión su sombra y su apoyo, y las primeras palabras que pronuncia al acometer sus empresas son ya un grito de triunfo: «¡El Señor es mi ayuda!» *Dominus mihi adjutor* (2). Fernando se rodea de virtuosísimos Prelados que le guían con sus oraciones; que le den con sus propias manos, y ante su ejército y su pueblo, la Hostia consagrada; que con él coloquen la primera piedra de suntuosas Basílicas; y en esa alianza del báculo y el cetro se robustece la fe y va constituyéndose la nacionalidad. Fernando es hijo sumiso y reverente del Vicario de Cristo, porque está cierto de que amar-

---

(1) Prov., XIV, 34.

(2) Ps. CXVII, 7.

le á él es amar á Jesucristo mismo: sabe bien que la memoria de la Eucaristía es inseparable de la fe y de la piedad de Pedro, que así exclamaba cuando la promesa Eucarística alejaba del Señor á algunos de sus discípulos: «Señor, ¿ á quién sinó á Ti iremos? Tú solo tienes palabras de vida eterna» (1).

Y de tal carrera, tal fin; de tan ricas virtudes, tan hermosa corona. ¡Qué muerte, Señor, la de Fernando III! ¡Aquello no fué muerte, fué un tránsito! El Rey que había vivido con la vida de Cristo, se arroja del lecho para recibir el último Viático: toma un Crucifijo con una de sus manos, como para contemplar mejor la figura del Hombre-Dios que viene á visitarle; sostiene con la otra una candela, como para alumbrar el camino de la eternidad; queda por algunos instantes en éxtasis; entona después un himno, con acentos que no son ya de la tierra, y exhala aquel postrer suspiro que eleva su alma á Dios, y que bastó á su pueblo para contarle, áun antes de la declaración de la Iglesia, en el número de los Santos.

Señor: entre el comienzo de vuestra vida de Rey y el de la vida del hijo de Berenguela, nosotros descubrimos algunas analogías y algunas diferencias notables. ¡Plegue á Dios que unas y otras puedan servir de estímulo á vuestras virtudes y de pedestal á vuestra gloria! Habéis venido

---

(1) Joann., VI, 69.

al trono de vuestros mayores á la edad en que subió á él Fernando de Castilla. Habéis encontrado un pueblo donde todas las inteligencias serenas reconocen vuestro derecho, y todos los hombres desapasionados apoyarán vuestro poder, y todos los corazones os aman; pero un pueblo trabajado todavía por la división y la discordia. Tenéis, como San Fernando, una madre cariñosa y solícita, que puede daros mil provechosos consejos, envueltos en el perfume de ese amor maternal, tan puro y tan intenso, que casi alcanza intuiciones sobrehumanas. Pues bien. ¡Que ese Pan celestial haga tan recto el espíritu del adolescente y del hombre, como lo fué el de Fernando III; y que la Hostia Eucarística que ha de ser hoy llevada en triunfo por esas galerías, trayendo á la memoria las antiguas procesiones de Oriente, envíe sobre la estancia en que habitáis tal aliento de gracia y de virtud, que guarde siempre la pureza de vuestro corazón, tan necesaria para la salud del cuerpo y para la alegría del ánimo! ¡Que el Dios de la Eucaristía ilumine vuestro entendimiento para elegir los hombres de vuestro consejo, á fin de que éstos, atrayéndose voluntades con las manifestaciones de una religiosidad sincera, de una justicia inquebrantable y una probidad sin tacha, puedan hacer de este pueblo dividido, aquel gran pueblo que llenó los mundos con su historia! ¡Que el Dios de nuestra fe conserve la vida de vuestra católica Madre, á la que amamos tantos corazones agradece-

dos, para que pueda prodigaros las ternuras de su corazón y las lecciones de su experiencia, hasta que logre bendecir á los hijos de vuestros hijos!

Entre las diferencias, Señor, sólo he de fijarme en una que impresiona fuertemente mi alma, porque dice relación al Sacramento Eucarístico y á la persona, por tantos títulos sagrada y augustísima, de cuyas manos por primera vez le recibisteis. Los Reyes del siglo XIII asistieron al apogeo de las glorias del Pontificado; Vos presenciáis el colmo de sus desgracias y sus abatimientos; pero Vos seréis tan fiel al Vicario de Cristo en su infortunio, como lo fueron en la cúspide de su grandeza Alfonso VIII, Fernando el Santo, Jaime I y Alfonso X. Acaso os estáis representando en este instante la tierna y conmovedora escena de vuestra primera Comunión, que estará grabada en vuestra memoria como un arco iris perpetuo. Conculcado estaba entonces vuestro derecho, y tal vez presentisteis en aquel acto solemne la hora de la reparación. Conculcado está hoy el derecho del Pontífice-Rey; pero sois tan joven, Señor, que habéis de ver lucir para él el día de la justicia. ¿Qué digo Vos? Quizás le veamos lucir nosotros mismos. Paréceme que oigo de los labios del Venerable Anciano aquellas hermosas frases: «¡Señor! ¿á quién sinó á Ti iremos?» Y podrá ser muy bien que Jesucristo, antes de visitar á Pio IX en su lecho de muerte, se digne devolverle sus esplendores de Rey en la ciudad donde reside. ¿Quién sabe?

Hay sobre nuestra cabeza como una atmósfera de misterio que suspende nuestro espíritu, un cielo de esperanzas que consuela nuestro corazón; y en el conjunto de cosas extraordinarias que viene contemplando el mundo y que conmueve á Europa, se nota algo de secreto y escondido donde todo espíritu creyente confía en que ha de aparecer muy pronto el dedo de la Providencia.

En fin , Señor , que vuestra vida sea como la vida de Fernando III, tan llena de candor, tan rica en glorias, tan santa y tan fecunda ; sólo que sea más larga que la de aquel gran Rey, que tuvo un fin temprano. Pero que vuestra muerte sea exactamente como la de aquel excelso Monarca; muerte cristiana y edificante , en la que fortalecida el alma con la Hostia de la Eucaristía , confundida con el Cuerpo y el Espíritu de Cristo , al dejar la Majestad de la tierra ganéis una Majestad más alta en los reinos de la inmortalidad.

Acudamos ahora todos para buscar la felicidad verdadera, allí donde ésta nace y donde se consume; en la fuente del Sér y de la Vida, en la esencia del Bien, en la Verdad Eterna, en el Amor Infinito. Lleguemos con frecuencia ante el altar cristiano para recibir á ese Dios hecho Hombre, y dejemos para cuando subamos al cielo el entenderle. Hagamos como aquel Rey, que no pudiendo sondear un abismo que absorbía el agua de caudalosos ríos, se arrojó en él exclamando: «¡Oh abismo! No pudiendo sondearte, recibeme en tu seno.

*¡O abyse! Cum te capere non valeam, tu me recipe!»*

Y á Ti, ¡oh Rey inmortal de los siglos! Increado, Ingénito, Inmenso, Omnipotente: á Ti, ¡oh Verbo Divino! generación eterna, necesaria é inmanente de la Sabiduría del Padre, que bajo las más augustas especies ahí te ostentas rodeado invisiblemente de millares de Serafines, Querubines y Tronos: y á Ti, en fin, Espiritu Paráclito, eterna, necesaria é inmanente expiración del mutuo amor del Padre y el Verbo, sean dados honor, bendición y gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

---

# ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA

EN LAS SOLEMNÍSIMAS EXEQUIAS QUE POR EL ETERNO DESCANSO  
DE S. M. LA REINA DOÑA MARIA DE LAS MERCEDES  
DE ORLEANS Y DE BORBON,

SE CELEBRARON

**EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE JAEN,**

EL 6 DE JULIO DE 1878,

CON ASISTENCIA DE TODAS LAS AUTORIDADES  
DE DICHA CIUDAD.



---

*Mulier timens Dominum ipsa laudabitur.*

La mujer que teme al Señor, ésta será alabada.

(PROVERB., XXXI, 30.)

EXCMOS. SRES. :

HACE apenas cinco meses que el digno y muy amado Pastor que miro entre vosotros , ocupaba esta sagrada Cátedra, para pronunciar el elogio fúnebre de un hombre inolvidable (1). Aun cuando se trataba de un anciano de ochenta y seis años, no sé por qué secretos de la veneración y del amor, sin duda porque su frente estaba circundada de las claridades de la sabiduría, de las glorias de la virtud, de la diadema de la justicia, casi diré, de las auréolas del martirio , el Universo católico espe-

---

(1) El 11 de Febrero el Ilmo. Sr. Obispo de Jaén , oficiando de Pontifical en las solemnes honras celebradas en sufragio del Papa Pío IX, predicó á la vez la Oración fúnebre del inmortal Pontífice.

raba todavía que se prolongase el milagro de esa longevidad misteriosa; y cuando se rompió, al fin, el frágil hilo de aquella existencia querida, todos los espíritus religiosos enmudecieron de dolor, porque habían perdido al apóstol; todos los corazones sensibles se deshacían en lágrimas, porque lloraban al padre; y hasta los tibios ¿qué digo? hasta los mismos incrédulos contemplaban con respeto aquella tumba, porque admiraban allí la grandeza sobrehumana del héroe.

Cinco meses, repito, han transcurrido desde tan desconsoladora escena. Mis palabras casi alcanzan el eco de aquellos acentos sentidísimos, y una desgracia parecida á aquella inmensa desgracia, otra pérdida inesperada y casi súbita, otra corona real rota por el poder de la muerte, me hacen subir en este día, trémulo todo, y conturbado el ánimo, á esta cátedra augusta. Pero ¿qué muerte es esa, Exemos. Señores, que ha golpeado nuestros corazones tan ruda y despiadadamente como los golpeó la muerte de un Pontífice Santo? ¿Qué muerte es esa que, acontecida en esta nación sin ventura, es llorada de la Europa y del mundo, y hasta ha impresionado dolorosísimamente á los países regidos por instituciones no monárquicas, porque ha tenido asimismo el singular privilegio de hacer de los amigos un mar de amargura, de los adversarios amigos, y de los indiferentes admiradores?

¡Ah! Vedlo aquí: hay un proverbio árabe que

dice: « El joven puede morir, el viejo debe. » La víctima que en este instante lloramos no debía necesariamente morir, porque acababa de abrirse en toda su belleza y su gracia el capullo de su preciosa existencia; pero como ella podía morir, porque era un sér humano, el Señor ha permitido que la REINA DE ESPAÑA DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y DE BORBÓN haya sido arrebatada del mundo de los vivos á la temprana edad de diez y ocho años.

¡Diez y ocho años, Señores! Y en esa juventud tan rica y tan dichosa, ¡cuántos tesoros de acrisolada piedad, de inteligencia clarísima, de rara discreción, de candorosa inocencia, y ¡por qué no he de decirlo? de una hermosura y gentileza que cautivaban los corazones, haciéndoles bendecir á Dios en sus obras! ¡Diez y ocho años! Figuraos, Señores Excmos., prolongándose hasta la vejez, hasta la edad madura, al ménos, esa interesante existencia, que contaba con instrucción bastante para asombrar á los sabios, con la nobleza y con la paz del alma para calmar las pasiones revolucionarias, con todos los dones de la caridad para repartirlos entre los afligidos y los necesitados, y decidme cuánto bien no hubiera podido derramar esa ilustre Soberana en los caminos de la vida! ¡Oh Providencia de Dios, cuán altos son tus juicios y cuán insondables tus arcanos!

¡Almas fieles y creyentes, y aún vosotros también, entendimientos extraviados, si me escucháis

alguno, dejad paso ahora á la Religión católica, que sabe mitigar estos amargos pesares con la esperanza dulcísima de una vida inmortal, recompensa de la virtud, y con el dogma consolador de la Comunión de los Santos! ¡Hombres que acari-ciéis de buena fe otros ideales políticos distintos de la monarquía, dejad paso á la hidalguía castellana, que en los lugares sagrados no debe haber sino un solo corazón y un alma sola, y el que no se sienta conmovido ante esa tumba recién abierta, ni es caballero ni cristiano!

El ligero bosquejo que intentaré trazar de esa vida tan breve, no tiene, Señores, sombra alguna, como no sea la sombra de los dolores; y yo no temo comprometer la dignidad de esta cátedra, que no consiente la adulación ni la lisonja, si os afirmo desde luego que mi Oración habrá de pareceros el panegirico de un justo; porque «la di-  
 »funta REINA DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE  
 »ORLEANS fué siempre aquella mujer temerosa del  
 »Señor, retratada en los Proverbios, merecedora  
 »de santas alabanzas.» *Mulier timens Dominum  
 ipsa laudabitur.*

Tal es la idea de este discurso.

Estadme atentos.

---

---

EXCMOS. SRES.:

LA Religión y la ciencia están enteramente de acuerdo para afirmar que el hombre apareció sobre la tierra como creación privilegiada de un Hacedor Supremo; y meditar sobre ese elevado y nobilísimo origen, donde resplandecen al par la Omnipotencia, la Sabiduría y el Amor de un Dios personal é infinito, es uno de los más íntimos y más fecundos goces de las almas verdaderamente cristianas.

Pero si es tan grande la alteza, tan sublime la dignidad de todo hombre que viene á este mundo, hay todavía seres especialmente predilectos, que por la claridad de su razón, por la ternura de sus sentimientos, por la rectitud de su voluntad, parecen ser imagen más acabada y fiel, semejanza más admirable de aquel Sér perfectísimo, Creador y conservador del universo. El Espiritu divino, que sopla donde quiere, según la magnífica expresión de la Escritura (1), se complace en formar de vez

---

(1) Spiritus ubi vult, spirat. Joann., III, 8.

en cuando almas purísimas, almas que nunca habitarán sino en las moradas del bien, almas sedientas del Señor, como cantaba el Real Profeta (1), cuya misión y cuyo destino es difundir por donde quiera enseñanzas y beneficios, recibiendo en cambio las bendiciones de sus semejantes y la admiración de la posteridad. Y una de estas almas singularmente enriquecidas y afortunadas, fué la que cupo en suerte á la REINA DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y DE BORBÓN, objeto hoy de nuestras lágrimas y nuestras oraciones.

Si es lícito en este sitio establecer paralelos entre los mundos de la naturaleza y los mundos de la gracia, yo diría, Excmos. Señores, que el espíritu de esa ilustre Princesa era tan escogido y suave como los risueños lugares que la enviaron los primeros arrullos. Ella nació en Madrid el 24 de Junio de 1860; pero muy en breve vino á mecerse su cuna en la deleitosa Sevilla; en aquella gentil ciudad cuyo pintoresco río fué ya en la edad antigua el embeleso de tantos famosos historiadores; cuya grandiosa Basílica es sin igual en las magnificencias del culto cristiano; cuyas flores son las primeras presentadas ante las plantas de la Virgen María en las risueñas mañanas de la primavera, y las últimas que adornan sus altares en las melancólicas tardes del otoño.

---

(1) Psalm. XLI, 3.

Para justificar ahora estos arranques de la fantasía excitada, nos bastará fijarnos ligeramente en los primeros años de esa favorecida criatura, porque su niñez es la sonrisa de un ángel, su infancia es el ensueño de un niño, su adolescencia toda el anuncio de una vida ejemplar y edificante. ¡Oh! Es dulce y arrebatador estudiar aquel rostro tan bello y tan gracioso, que descubría desde luego las hermosuras del corazón, como la granada entreabierta nos deja ver su fruto; cautiva poderosamente el ánimo examinar aquella alcurnia de tan excelsos Príncipes, alcurnia que la profunda fe de unos padres católicos y la inspirada palabra de piadosos Sacerdotes, enseñaron á colocar como rico trofeo en aras de la humildad: encanta y enamora ver á esa niña, que desde sus más tiernos años, y bajo la dirección de sabios profesores, se iba iniciando en la ciencia de la Religión, fundamento de la santidad; en la Historia Sagrada, triunfo de la justicia; en el dibujo y la música, primeras revelaciones del arte. Es decir, que la bondad de la Providencia había puesto en ese sér precioso los gérmenes de las más altas prendas: el concurso de la voluntad humana iba abriendo el botón de las flores; y los talentos, la obediencia, la caridad, la pureza, descollaban ya seductores y viviendo con plenitud de vida en aquel corazón elegido, al que faltaba mucho todavía para contar dos lustros. Era esta la realización de aquel hermoso ideal que tanto cautivaba la imaginación de

San Bernardo (1): «poseer en esos tan difíciles momentos de nuestra existencia el elogio de la naturaleza, la belleza de la vida, las primicias de las virtudes y la soberanía de lo honesto.»

Hasta este instante feliz diríase con razón que era aquella la violeta de los campos, vendida por su fragancia: ahora contemplaremos por algún tiempo con pena al lirio de los valles, creciendo entre las espinas. ¡Ah, Excmos. Señores! Al llegar á este periodo de esa vida tan interesante, yo desearía pasar sobre él como las águilas, que miran el fondo del abismo sin descender hasta él: yo quisiera medir mis ideas y mis palabras, para hacerlas dignas de este acto tan religioso y solemne, dignas de vuestra respetabilidad, y más dignas todavía de esta Cátedra. Los huracanes revolucionarios alejaron de esta noble tierra de España á toda la Real familia; y la educación comenzada junto á las mansas aguas del Guadalquivir en tiempos de ventura, iba á continuarse entre los apagados volcanes de la antigua Auvernia en los días de la desgracia. Muy larga y dolorosa habia de ser aquella expatriación, porque largos y amarguísimos fueron también aquellos años de prueba y de desdicha.

No temáis por estas palabras, Señores, que yo intente salir del círculo en que debe girar un ora-

---

(1) Naturæ laus, vitæ decus, virtutum primitiæ et insigne totius honesti. Sup. Cant. Serm. 86.

dor sagrado. No tema ninguno de los que me escuchan, que yo venga á este sitio para delatar hechos que juzgará la historia, y hombres que juzgará Dios. Nadie tema, sobre todo, que yo ose discutir sobre formas políticas, cuando mi Santa Madre la Iglesia—entendedlo bien—todas las reconoce y acepta, y ella sabe vivir fraternalmente con las democracias y las repúblicas, cuando las repúblicas y las democracias son legítimas y creyentes y justas. Lo que puedo, sí, decir, porque está en los deberes de mi ministerio, hablando de política, sea política de monarca, de dictador ó de tribunos, es que toda política que no sea verdaderamente cristiana, nunca podrá realizar el bienestar y el engrandecimiento de un pueblo. Lo que debo, sí, hacer, en mi calidad de Sacerdote católico, es condenar y compadecer á la vez á esos políticos de nuestros días, que por combatir no sé qué pretendidos fantasmas de tiranía teocrática, más que para la verdad y el bien, han hecho libres á los pueblos para el error y el mal; puesto que la suma de libertades que les han concedido, ha resultado ser de todo punto incompatible con la moralidad y el orden. ¡Oh, vosotros, políticos y legisladores de Europa! si no todos merecéis este apóstrofe, todos sabéis cuánta razón encierra. En muchos de vuestros actos no entraron para nada los fines rectos y generosos, y los juicios que emitisteis se elaboraron en el recinto donde imperan las pasiones bastardas. Cuando yo contemplo los males que vues-

tros odios y vuestra ambición ocasionan, me parece descubrir aquel fondo del infierno que describía Dante, donde se veían, devorándose, Lucifer y Judas (1).

Dispensadme, Excmos. Señores, si he llegado tan lejos en la expansión de mi espíritu contristado. Era esto un desahogo que mi corazón necesitaba, y que me sirve, además, para condensar todas esas ideas en un solo pensamiento; y es el de que las almas superiores se templan, se purifican y elevan más y más en los crisoles del infortunio. Sí: aquel sencillo corazón, abierto apenas á las llamadas del sentimiento y á las emociones de la vida, fué en el dolor, diré más bien, en un dolor sin límites, donde hizo los primeros ensayos de sus fuerzas. Porque no fué ya únicamente el dolor del destierro, fueron también los dolores de separaciones sin fin los que por entonces tocaron aquel sér delicado y tiernísimo. La muerte de aquella hermana mayor (2), que parecía un ángel por su belleza, que lo era por sus singulares virtudes, que inundaba á sus hermanos menores de casi maternales caricias, y cuya pérdida lloran aún, como si fuese de ayer, la España y la Europa, llenó de in-

---

(1) . . . . . Al fondo, che divora  
Lucifero con Giuda. . . . .  
Cant. XXXI.

(2) S. A. R. la Infanta Doña María Amalia, nacida en 1851, y que murió en 1870.

decible amargura el corazón de la sensible MERCEDES: linaje de desgracia que vería repetirse dos veces, con no largos intervalos (1), en aquel hogar tan visitado por el Señor, en sus inescrutables designios.

Pero si todas las almas grandes lograron ennoblecerse hasta el más alto grado con los embates del infortunio, nada hay como la Religión que los haga purificantes para el que los padece y fecundos para quien los contempla; y en los secretos de la fe y en las ternuras de los misterios católicos fué donde DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES aprendió á santificar sus pesares, difundiendo en torno suyo las luces esplendorosas de los sufrimientos resignados. El cielo de aquella alma, entreabierto ya por el influjo misterioso del Sacramento de la Penitencia, se reveló con todas sus hermosuras el día feliz é inolvidable de la primera Comunión; y sus magnificencias y encantos se aumentaron luego con los eficaces auxilios de la Confirmación cristiana, recibidos de manos de un Prelado insigne de la Iglesia de Francia, al día siguiente de las delicias Eucarísticas (2).

---

(1) S. A. R. el Infante D. Fernando, nacido en 1859, falleció en Diciembre del 73; y S. A. R. el Infante D. Luis, nacido en 1867, murió en Mayo de 1874.

(2) LA REINA DOÑA MERCEDES hizo su primera Confesión en la iglesia de la Merced de Sanlúcar de Barrameda, con el Sr. D. Miguel Arenas, Canónigo que fué de la Metropolitana de Sevilla, el día 15 de Agosto de 1867, y su

Apoyada en estos solidísimos é indestructibles fundamentos, mas suspirando sin cesar por las auras embalsamadas de nuestro claro Mediodía, DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES crecía en gracias y perfecciones en su residencia de Randan, pareciendo esforzarse por reunir en su corazón y en su inteligencia algo de las extraordinarias cualidades de tantos hombres ilustres como se formaron á la vista del Puy-de-Dome y en las cercanías de Clermont-Ferrand, la ciudad de los grandes Concilios, en la que se predicaron las primeras Cruzadas; pareciendo juntar, digo, prendas de entendimiento y de ánimo que no desdijeran de las virtudes de Gregorio de Tours, de la rectitud de L'Hopital, de la laboriosidad de Sirmond, del genio de Blas Pascal, de las armonías de Delille. Allí fué, á no dudarlo, donde inspirada en el ejemplo que muchos años antes había dado Adelaída de Orleans, ángel tutelar de su familia, fundando numerosas escuelas, aquella dulce niña concibió los deseos vehementísimos de fomentar la enseñanza y repartir beneficios entre los pequeñuelos, propósitos benditos de los que daría más adelante tan claros testimonios.

Para completar después aquella educación tan meditada, DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES era lleva-

---

primera Comunión el día 31 de Julio de 1872, en la iglesia del *Chateau de Randan* (Francia); siendo confirmada al día siguiente por Monseñor Dupanloup, Obispo de Orleans.

da al Colegio del Sagrado Corazón , de París, donde en muy breve plazo logró atraer sobre sí la atención de sus superiores y de sus maestros , así como el amor de todas sus compañeras. Allí realizaría los más notables adelantos en conocimientos religiosos, en historia , en geografía , en nociones de matemáticas, en todas aquellas labores y bordados que dieron tanta celebridad á Isabel la Católica; llegando á poseer, casi como el idioma patrio, el francés , el inglés , el alemán , pero resaltando siempre sobre esta vasta instrucción, su dulzura y su encantadora inocencia, que la asemejaba á blanda y purísima paloma, y distinguiéndose más aún por una piedad tan profunda, que imponía y edificaba á las gentes. ¡Oh! cuando en tiempos más bonancibles ella volvió, al fin, á la Corte que la había visto nacer, y á la ciudad donde recibió sus más gratas impresiones, la España pudo cerciorarse de que no había Princesa más distinguida en todo el suelo de Europa. Los que por aquellos días gozábamos la fortuna de vivir en la hermosa Sevilla, pudimos con frecuencia recrearnos ante el espectáculo de un pueblo entusiasmado, cuyo júbilo era sólo comparable con la alegría del que ha encontrado un tesoro perdido. La opulenta ciudad del Betis tenía, en tan esbelta y encantadora joven, á su hija, su amiga , su protectora, su ornamento, su porvenir, su gloria ; y siempre que ella se mostraba á sus ojos y recorría sus calles , era para darle motivos y ocasiones de alabarla y bendecirla.

¿Quién no la admiró mil veces brillando junto á los necesitados por su desprendimiento , en las escuelas de niñas por su afabilidad (1), en el templo por su devoción, en los espectáculos públicos y en las recepciones oficiales por aquella dignidad y por aquella modestia , tan natural y espontáneamente unidas? Yo , Señores , no olvidaré jamás ni el primero ni el último día que la vieron mis ojos. La ví la vez primera postrada ante el trono de la

---

(1) El autor de este discurso, siendo Canónigo de Sevilla, fué nombrado en 14 de Mayo de 1877 por la Autoridad diocesana, y á propuesta de SS. AA. RR. los Sermons. Señores Duques de Montpensier, Inspector eclesiástico de las Escuelas Dominicales de aquella capital, de la que es protectora S. A. R. Doña María Luisa Fernanda, y que están desempeñadas por una Asociación de Señoras, bajo la dirección de su activa y celosísima Presidenta la Excelentísima Sra. D.<sup>a</sup> Candelaria Rodríguez, viuda de Vázquez. Daban encanto y consuelo al ánimo la solicitud y el interés con que SS. AA. RR. y sus augustas hijas hablaban , en toda ocasión oportuna, de aquellos Establecimientos , que ellos mismos visitaban , con muy cortos intervalos, enterándose minuciosamente, y con una amabilidad sin ejemplo, de los adelantos de las niñas, á las que siempre favorecían con sus dones. Pero es digno de particular mención el formal y generoso empeño que DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES puso entonces en que se reinstalara la escuela del barrio de San Bernardo, cerrada en el periodo revolucionario , y que por varias circunstancias no había sido posible establecer de nuevo en los dos años anteriores. La bondadosa Infanta logró ver realizado su laudable deseo antes de partir para la corte en Enero de 1878.

Santísima Virgen, adorándola en el misterio de su Concepción Inmaculada (1), y la vi la última vez, descolorida y llorosa, ante el altar de la Virgen María, compadeciéndola en el Misterio de sus Dolores (2).

Y aquí, Señores Excelentísimos, antes de que pasemos adelante, porque es ya ésta la última ocasión oportuna, justo es que hagamos alto para dedicar una alabanza y para ceñir una corona á los padres de esa virtuosa y santa niña. Yo no puedo decir hoy lo que la historia, en sus severos é inapelables fallos, juzgará un día acerca de esos egregios personajes, como Infantes de la nación española y como figuras políticas, cuya opinión y cuyo

---

(1) En la Catedral de Sevilla durante la Octava de la Inmaculada Concepción del año 1876.

(2) En la Real Capilla de Madrid, el 12 de Abril de 1878. El autor predicó en este día, Viernes de Dolores, en dicha Real Capilla, con asistencia de S. M. la Reina, á la que vió otra vez al día siguiente, en que fué recibido por Sus Majestades; lo cual puede conciliarse bien con el sentido del texto. Convaleciente por aquellos días de ligeras dolencias, la malograda compañera del Monarca parecía más hermosa y más dulce que nunca. El que escribe estas líneas, promovido en Febrero de aquel mismo año al Deanato de Jaén, oyó de los labios de S. M. la Reina palabras, más que benévolas, cariñosas, que durarán perpetuamente en su memoria; y todavía la inolvidable Doña MERCEDES le preguntaba si tenía noticia de aquellas queridas escuelas de Sevilla, y si continuaba abierta la del barrio de San Bernardo.

influjo hayan podido pesar en los destinos de nuestra patria durante los últimos seis lustros ; que no es tiempo todavía de pedir en este punto un juicio recto y sereno, que no se inspire é informe en simpatías apasionadas ó en odios implacables. Pero lo que sí sé ciertamente , porque es notorio á la Europa y al mundo, y ni los rencores ni la malevolencia han podido desconocerlo, es que Don Antonio María de Orleans y Doña María Luisa Fernanda de Borbón consiguieron hacer de su hogar un santuario, donde todo infundía veneración y asombro; porque todo era hermoso , y discreto , y dulce y casto en la generación que les concedía el Cielo. Allí, ya os lo he dicho, brillaba la sabiduría de los maestros, que ensanchaban los horizontes de la verdad en la inteligencia de los nuevos Príncipes: allí se oían los consejos de sacerdotes virtuosísimos, que saturaban aquellas almas delicadas con los aromas de todas las virtudes: allí se admiraba la incansable solicitud de unos padres que unían al amor más ardiente un ejemplo sin mancha: allí encantaban y conmovían, por último, los sazonados frutos que de tan rica semilla y de tan fértil tierra se recogieron, centuplicados , en los corazones de aquellos niños , descendientes de cien reyes. ¡Oh! si aquellos padres necesitaran realmente de la indulgencia de los hombres y de la tolerancia de los siglos, sería más que suficiente para otorgárselas de buen grado, haberlos visto formar aquellas almas tan nobles, para que luego viniera

á arrebatárlas en flor el soplo despiadado de la muerte.

Y bien, Excmos. Señores: volviendo ahora de nuevo á la contemplación de las relevantes cualidades que concurrían en la REINA DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES, diremos que tantas grandezas y virtudes bien merecían cumplida recompensa ; y en verdad que el Cielo parecía haberla acordado en la sabiduría de sus eternos consejos. Había venido á sentarse en el solio de sus mayores un rey joven , casi niño , como Fernando III , educado como él en la desgracia , y que como él parecía destinado á serenar borrascas , á apaciguar odios , á conciliar voluntades , á procurar el engrandecimiento de su nación , á hacer la felicidad de sus súbditos. Y este Rey , que había tenido ocasiones de estudiar muy detenidamente el alma virginal de su excelsa prima , la amó con todo el amor de su corazón , y quiso compartir con ella las glorias y los cuidados de su trono. ¡Dicha rarísima en los Príncipes, no tener que oír de sus Consejeros esa palabra tan repetida, *la razón de Estado* , frase vaga y temerosa que pocas veces tiene un sentido justo; ni tener que doblegarse ante las combinaciones ó las intrigas de la diplomacia , poder despótico y sin entrañas , que no sé si alguna vez se cuida de los derechos que vulnera, ni de las víctimas que sacrifica. Nó; en ese enlace feliz no hubo móviles interesados y mezquinos ; no existía en él más que el amor, amor verdadero, amor generoso,

amor casto. España lo ha declarado así al mundo con sus regocijos y sus dádivas, y las naciones todas lo han aprendido, con la más completa evidencia, en esa rápida historia de una unión de cinco meses. De la esposa ha podido decirse con el Eclesiástico (1): *La mujer buena es la parte buena, la parte de los que temen á Dios, que se dará al varón por sus buenas obras.* Del esposo ha podido afirmarse con San Pablo (2): *Amó á su esposa como Cristo amó á su Iglesia: así deben amar los esposos; que el que ama á su mujer, á sí mismo ama.*

Y de esa unión tan breve de dos seres que parecían no componer sino una voluntad y un alma, de ese plazo tan corto para la felicidad propia y para las esperanzas de un pueblo, ¡cuántas páginas de amor y de concordia han quedado escritas, y como estereotipadas, en medio de nosotros! Ora son extranjeros ilustres que admiran el peregrino ingenio de aquella dama preclarísima; ora políticos eminentes, cuyas prevenciones ó cuyas impacencias son depuestas al punto ante la dulzura de aquella voz que sólo habla la verdad, y esta verdad vaciada siempre en los moldes de la caridad. Allí son el artesano y el obrero, que oyen de los labios de su Soberana frases de afecto y agradecimiento, que les alientan y conmueven: aquí las Asociaciones y los Hospitales, que reciben inago-

---

(1) Eccli. XXVI, 3.

(2) Ephes. V, 25 y 28.

tables auxilios de aquellas manos generosas , empleada la una de continuo en repartir sus dones, buscando la otra sin cesar más dones que repartir. A toda hora y en todo lugar , en suma , de esta Reina tan dignamente estimada , no se verá otra cosa que el ademán candoroso que lleva á la virtud, la natural sonrisa que hace nacer la simpatía, la palabra insinuante y sencilla que gana los corazones y se adquiere servidores y amigos perpetuamente leales , la acción eficaz y pronta para ejecutar el bien ; señales todas ciertas de la gloria interior con que David vió adornada á aquella hija del Rey, á cuyas bodas consagró, como epitalamio suavísimo, uno de sus inspirados Salmos (1).

Decidme ahora , Señores : ¿y será cierto que todo esto ha concluido? ¿Será cierto que esa mujer angelical, tan bella, tan buena, tan dichosa , ya no existe? Sí , hermanos míos , es inexorablemente cierto. Para explicaros cómo ha llegado á realizarse tan inmensa desventura, yo no necesito pedir sentimiento á mi corazón, porque mi corazón sabe sentir; pero yo quisiera que brotaran de mis labios acentos tan patéticos y lastimeros, que bastasen á grabar el recuerdo de esa escena en vuestra memoria y vuestro espíritu, como si se esculpiera en el bronce ó en el mármol.

«Cuanto más rica es la vida, ha dicho el fisiólogo alemán Burdach , tanto mayores son los pe-

---

(1) Psalm. XLIV.

ligros que la amenazan.» Y aquella existencia preciosísima que vivía con tanta exuberancia de vida, fué atacada de una de esas enfermedades insidiosas, que después de jugar cruelmente con el corazón de los deudos y de los amigos, haciéndolos oscilar, como oscila la llama, entre el temor y la esperanza, acaban por hacer su presa y por devorar á la víctima. ¡Ah! ¿Quién de nosotros no ha seguido paso á paso, con ansiedad indecible, esos cuadros de desolación y de angustia que presentaban las cercanías del Palacio de nuestros monarcas en aquellas horas supremas? ¿Quién no se ha fijado en aquellas muchedumbres compactas, que á grito herido imploraban del Cielo la vida de su Reina, y en aquellos desgarradores ayes del pobre, el cual parecía adivinar que, ya en los primeros días de su dolencia, se ocupaba su constante bienhechora en procurarles vestidos y socorros? ¿Quién no se ha imaginado con más vivo colorido aún que lo han descrito el telégrafo y la prensa, el espectáculo de aquellos insignes médicos que, en actitud meditabunda, recorrían con la mente todos los reinos de la naturaleza, buscando medios de conservar la vida que se les escapaba; de aquellos fieles servidores que se hubieran conceptuado dichosísimos con ofrecer su vida por la vida de su Soberana; de aquellos padres, mudos de dolor y de espanto, que sólo levantaban sus miradas desde la enferma al Cielo, como demandándole gracia; de aquel Rey que, en el paroxismo de su pena, se

inclinaba á cada instante sobre su Esposa amada, y la estrechaba ardientemente en su seno , como para disputarla á la muerte?

¡Y nada fué bastante! Y en breves días, Señores, fué amortiguándose la clara lumbre de aquellos ojos serenos ; fué extinguiéndose aquella voz dulcísima, que ya sólo pronunciaba alguna frase de resignación y consuelo para el esposo , para los padres , para los seres queridos que rodeaban su lecho: se fué desfigurando de una manera increíble aquella forma tan acabada de la belleza humana; hasta que el cuadro final , después de una agonía lenta, cruel , desgarradora , es contemplar aquel cuerpo inanimado, vistiendo por mortaja un hábito de la Merced , acaso como recuerdo de la primera Confesión , y como prueba consoladora de que aquella alma tan amante de la Virgen María, había exhalado el postrer aliento bajo el amparo de su dulce Madre. ¡Oh, hermanos míos! Los que ya hemos tenido la desdicha de sostener en nuestras manos la pesada cabeza de un padre moribundo, imprimiendo en su frente el ósculo postrero de nuestro santo amor; los que hayáis sumergido, entre abundante lloro, la luz de vuestra mirada en los entornados ojos del esposo ó del hijo que perdíais para siempre, sabréis conocer á fondo la intensidad de esos pesares, y apreciaréis con más exacta medida el profundo y doloroso surco que ellos dejan trazado en el alma de los que sobreviven.

Excmos. Señores, hé aquí lo que es la vida; un

misterio impenetrable en el examen de los seres organizados: que la ciencia de nuestra época no se ha puesto aún de acuerdo para dar una definición precisa de ella, ni sabrá decirnos nada que nos satisfaga, sobre su naturaleza, su origen, sus grados, sus modificaciones y su fin. De la vida del hombre sólo se nos dirá con Aristóteles que es «la mansión del alma en el cuerpo» (1). De la muerte tampoco se nos dirá otra cosa sino que es *la cesación de la vida*; y aun de esta cesación sólo se nos podrá dar, como signo averiguado y seguro, la descomposición química del cuerpo, porque todos los demás parecen no ser decisivos, ó no están, por lo ménos, fuera de la polémica científica. Pero hay una cosa de todo punto cierta, que nadie ha osado nunca discutir, y es que el hombre muere forzosamente. Nosotros podemos concebir todas las rebeliones: rebelión de la razón contra la fe, del súbdito contra el soberano, del hijo contra el padre, y hasta del hombre contra Dios: nosotros concebimos pactos criminales y transacciones innobles entre las pasiones y la conciencia; pero no hay, no puede haber rebelión ni pacto contra la muerte.

Pues bien, hermanos míos: para escudar y fortalecer nuestro ánimo contra esa idea avasalladora y terrible; para hallar resignación y consuelo

---

(1) *Mansio animæ in corpore*. l. de vita et morte. *Vita est mansio animæ nutritivæ in calido*. Secundum eumd. ibid.

contra esos dolores agudísimos, que suelen sobrevenir de improviso, como el vendaval que troncha la encina ó sumerge la nave, es para lo que llegamos en estas ocasiones ante los altares de la Religión católica. Esta Religión nos enseña, en primer término, que hay un Cielo y hay una eternidad; porque Dios no ha acumulado tanta inteligencia, tanta sensibilidad y tanto poder en el hombre, para que todo perezca en un día. Será en vano que la falsa filosofía forje sofismas y el ingenio los haga seductores, para romper al borde del sepulcro todo vínculo y toda relación del sér humano con la fuente del sér y de la vida. Nó: morirá lo que sólo conste de materia, y áun lo que esté dotado de sensación y de instinto; pero el sér que posee la razón, el sentimiento y la libertad no debe morir, no puede morir, y ningún entendimiento recto ni ningún corazón generoso podrán nunca comprender ni conceder que muera. Nó: es preciso que haya una Providencia, para hacer justicia, en un reinado eterno, á un mundo que, á pesar de todas las ternuras de la caridad de un Dios, y de todos los secretos de la gracia de Jesucristo, ve á tanto justo que sufre, á tanto pobre que llora, á tanto sabio que engaña, á tanto opresor que triunfa, á *la impiedad y la iniquidad, en suma, en lugar de un santo juicio* (1), según la magnífica expresión de la Escritura.

---

(1) Eccles. III, 16.

¡Oh, vosotros, ciegos adoradores de la razón humana! ¿no comprendéis que repugna y ultraja á esa razón conceder un mismo fin al que pasó haciendo bien y al que fué haciendo víctimas por el camino de la existencia? Y vosotros, constantes defensores de las democracias y de las repúblicas, ó más bien,—porque las democracias y las repúblicas justas y religiosas son formas respetables de gobierno, y no son ni un mal ni un error,—más bien diré, vosotros, soñadores de la igualdad de condiciones y fortunas en nuestras sociedades, ¿es posible que agitéis al mundo por sostener lo que es una utopia, una quimera en la vida, y cuando esa quimera y esa utopia pasan á ser una verdad en la muerte y en el infinito, donde no se distinguen ni la cuna, ni la riqueza, ni los honores, ni la ciencia, sino únicamente la virtud, reneguéis de vuestra propia doctrina, y queráis privar al desventurado y al pobre de la sola esperanza que les resta?

La Religión católica nos enseña, además, el dogma del Purgatorio, aquel segundo Reino que describió tan bien Dante Alighieri, «adonde los ángeles llevaban en barquichuelos, cuyas velas eran sus alas, las almas que necesitaban purificarse» (1), y en el cual el gran poeta cristiano oía

---

(1) Vedi, che sdegna gli argomenti umani  
 Si, che remo non vuol, né altro velo  
 Che l'ali sue, tra liti si lontani.

resonar las palabras del *Agnus Dei*, cantadas en tono dulce y armonioso, para deshacer el nudo de la cólera (1); palabras reemplazadas por el «¡Gloria á Dios!» cada vez que quedaba purificada un alma (2).

El Protestantismo, Señores, aquella herejía funestísima en la que, á no dudarlo, se han informado todos los errores científicos y sociales de estos últimos siglos, no se atrevió desde luego á ir tan allá como el ateísmo racionalista de los modernos tiempos, y él admitió en todas sus *Confesiones* el Cielo y el Infierno; el Cielo, recompensa de las virtudes; el Infierno, castigo de las maldades; obstinándose, sin embargo, en rechazar el dogma consolador del Purgatorio. Pero admitir el Cielo y el Infierno, y combatir la creencia de ese otro lugar misterioso, es no saber lo que hay en este artículo de nuestra fe de tierno y delicado, ni lo que él encierra de providencial y justo. Las culpas tienen seguramente sus gradaciones; y el alma que, al salir de este mundo, esté tocada tan sólo de ligeras mancillas, ni merece sufrir una eternidad de tormentos, ni ha de subir sin toda su blancura á la mansión venturosa donde la Santidad habita; y ese lugar intermedio donde el alma alcanza su completa pureza, lugar tan mencionado en las obras de Platón, y en Virgilio, y en los

(1) Dante Alighieri, PURGAT., Cant. XVI.

(2) Idem, Cant. XXI.

Galos , y en todas las liturgias de Oriente ; y , en cierto modo también, en algunas sectas protestantes es, ¿cómo no había de serlo? para todo verdadero cristiano , el más dulce y más suave secreto de la alianza entre la Justicia y la Misericordia de Dios.

Y después de esto, Señores, la Iglesia ofrece su hermosísima doctrina de la *Comunión de los Santos*, ese dogma bienhechor de la reversibilidad de los méritos, tan natural y razonable allí donde se consigna el misterio de la solidaridad, de la falta, y que puede, en verdad, considerarse como el fruto más rico y saludable de las enseñanzas católicas. Si todo hombre participa de la culpa de Adán, todo hombre debe participar de los méritos del Salvador y de las virtudes de los justos. El cristiano vive de la vida de Cristo , y como Jesucristo vive en todos los que le aman, todos los que amamos á Cristo vivimos en alguna manera en cada uno de nuestros hermanos. Aun en la esfera puramente humana, puede decir así todo corazón bueno y generoso: «Mi ciencia tiene un destello para el discípulo que me escucha, y aún refleja en la frente de mi maestro; mi virtud irradia sobre mis padres, mis deudos, mis amigos; mi gloria alumbra mi hogar y cubre cuanto amo.» En el mundo de lo sobrenatural , hermanos míos, esa comunión de gracias y de méritos es más maravillosamente fecunda. Al considerar á la Iglesia de Jesucristo en su triple estado: de triunfante, donde el alma goza;

de paciente, donde el alma sufre; de militante, donde el alma peregrina, es para mi muy dulce pensar que mi oración, y mi limosna, y mis penitencias, son para mis padres, mis hermanos, mis amigos, mi prójimo, un manantial de consolación y de dicha. ¡Hombres que habláis á cada instante de amor y de fraternidad, sin amaros y sin asociaros para el bien! sabed que no hay ni caridad ni fraternidad verdadera sino en el seno del Catolicismo, que no contentándose con formar un pueblo de hermanos en la vida, tiende todavía sus brazos hacia la eternidad, para salvar y amar.

La Religión católica, por último, mostrando al hombre la acción purificante del dolor libremente aceptado, le enseña á desasirse de todo lo material y terreno, que cambia ó que perece, para no poner el pensamiento sino en Dios, y no cifrar la gloria y la ventura sino en los bienes eternos. Sí, hermanos míos; el dolor que se resigna, que acepta con humildad todas las pruebas de la vida, y muy señaladamente la prueba de las separaciones perpetuas, mira de continuo al Cielo, que le alienta con esperanzas infinitas, y que le dice elocuentemente que entre los seres que mueren y los que sobreviven no median abismos ni se interponen mares, sino que una oración fervorosa les une en comunicación instantánea é íntima, realizándose allí aquellas memorables palabras del Profeta Isaías (1):

---

(1) LXI. 3.

*Yo vengo para dar á los que lloran corona por ceniza, óleo de gozo por llanto, manto de alabanza por espíritu de tristeza. ¡Bien venido seas, dolor, si eres como la tormenta, que purifica la atmósfera viciada y hace desaparecer el aire de las epidemias: si con tu fuego ardiente y misterioso se ha de fundir y acrisolar mi alma para hacerse digna de la bienaventuranza, donde he de hallar de nuevo á todos los seres que haya amado santamente en la vida, y sobre todo, donde he de unirme con mi Criador y mi Redentor por toda la eternidad de los siglos!*

Sí, ¡oh Cielo de la Religión cristiana, cuán hermoso debes ser, cuando, sin ofrecerme los goces materiales del cielo de las falsas religiones, cautivas tan poderosamente mi espíritu! ¡Cuán adorable es tu secreto, cuando *sin haber podido verte el ojo del hombre, ni escucharte su oído, ni adivinarte su corazón* (1), tú consuelas mi alma y alientas mi esperanza! ¡Yo te bendigo, Cielo del Cristianismo! Si no alcanzo á comprender los bienes que me tienes preparados, comprendo muy bien los males de que me puedes libertar. Tú, tierra, lugar de mi peregrinación y mi destierro, tú no me diste más que lágrimas, y dudas, y temores, y yo quiero una patria donde no haya llanto, ni inquietudes, ni dolor. ¡Tú no puedes ofrecerme sino una ciencia

---

(1) Corinth. II, 9.

incompleta y unas bellezas fugaces, y yo anhelo lo Ideal, lo Inmenso, lo Infinito , la Sustancia de la Verdad y la Belleza!

He concluído, Excmos. Señores, y yo os invito ahora á dirigir una última mirada á ese Cielo de los bienaventurados , á donde ya ha subido quizás la mujer extraordinaria á la que hemos consagrado estos vivos testimonios de la caridad y de la fe: que nuestra muy amada Reina DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y DE BORBÓN, cándida y obediente en su infancia, pudorosa y religiosísima en su adolescencia, modesta y ejemplar en los breves días de su juventud , diligente y fidelísima en los más breves aún de su unión conyugal , sufrida en las tribulaciones, prudente en la felicidad, siempre discreta , y dulce , y caritativa, es aquella mujer temerosa del Señor , tan acabadamente retratada en la Escritura, digna por todo extremo de bendición y de alabanza. *Mulier timens Dominum ipsa laudabitur.*

Y aquí , Señores , recibid todos las gracias en nombre de la patria que llora y de la Religión que consuela, por esta obra santa y saludable de encomendar á la Bondad y la Clemencia de Dios el alma de tan ilustre finada; y no olvidéis que el Sacrificio de la Misa, que es en cuanto á la sustancia el Sacrificio mismo del Calvario; la oración, llave segura del Cielo; la limosna, árbol de multiplicados frutos ; las indulgencias , rico tesoro que la

Iglesia guarda; el ayuno, la Confesión y la Comunión, las obras todas de misericordia y de piedad, á la vez que son los medios poderosos y sobrenaturales para obtener el eterno reposo de las almas, son prácticas bienhechoras que ennoblecen nuestros corazones, y que atraerán sobre nosotros y nuestras familias la protección del Altísimo.

Pero á la vez que consagréis estas obras meritorias en favor de nuestra inolvidable difunta, elevad al Cielo una oración fervorosa por el entristecido Rey á quien la muerte amarga separó tan prematuramente de su amable y tierna compañera; pidiendo que ese Monarca, probado en sus cortos años por hondos infortunios, acierte á recoger en los secretos de la desgracia aquellas virtudes sólidas que labran el engrandecimiento de un pueblo, y vea al par reverdecer para él los agostados campos de su dicha. Rogad también, hermanos míos, con un interés igual, pero con mayor compasión, por unos padres desolados, que de sus constantes desvelos por el bien de aquella hija querida, sólo han sacado aflicción, y luto, y llanto, aunque ellos saben dignificar sus dolores por la resignación más humilde y la conformidad más perfecta con la voluntad divina. Rogad finalmente, Señores, por los triunfos de la Santa Iglesia Católica, de la que DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y DE BORBÓN era hija tan creyente y sumisa: por la vida de nuestro Pastor Supremo, el

Romano Pontífice , á quien tanto veneraba esa Reina , acendradamente católica: por los futuros destinos de la nación de Recaredo, de Fernando el Santo y de Isabel I , á cuya prosperidad y reposo se había propuesto la joven Soberana dedicar todas sus fuerzas y todos sus recursos.

¡Y tú , buena y amada Reina mía , que has exhalado el último suspiro en el regazo de tu Santa Madre la Iglesia Católica, y que acaso has partido de entre nosotros , porque no éramos dignos de poseerte, perdóname que no haya sabido dar interpretación fiel y cumplida al afecto y al dolor de los que há poco eran tus súbditos y ahora son tus bienhechores, que harto siento si mi voz no es bastante sonora y penetrante para llamar hacia ti la atención de todas las generaciones! Aunque un mundo entero nos separa, yo sé bien que por la fe y por la caridad mi espíritu se toca con tu espíritu, y de mi pecho de católico y de Ministro del Señor, saldrá con frecuencia para ti una oración ferviente , lo mismo en el Augusto Sacrificio de nuestros altares, que en el silencio y el recogimiento de la noche. Si hoy te restaba algo que satisfacer para purificarte, ¡ojalá que te haya hecho volar á las regiones de la bienaventuranza el mérito infinito de esa Hostia de propiciación que el Sacerdote de la Nueva Ley ha ofrecido por tu eterno descanso! Y si después de esto , aún te faltasen más sufragios , te los consagrará la Iglesia, Madre siempre cariñosa y solícita de la eterna fe-

licidad de las almas; te los dedicarán todos los fieles que ocupan hoy este sagrado recinto; te los enviará, en fin, todo cristiano que conozca tus laudables acciones, y que al terminar una oración por tu alma, exclamará conmovido, como exclamamos en este día nosotros: *Descansa en paz. Así sea.*—R. I. P.

---

SERMON

PREDICADO EL 2 DE ENERO DE 1881

EN LA

**SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE GRANADA,**

CON MOTIVO DE LA MISMA SOLEMNIDAD

Á QUE SE REFIEREN LOS DOS PRIMEROS DISCURSOS  
DE ESTE LIBRO.



---

*Qui sequitur justitiam et misericordiam  
inveniet vitam... et gloriam.*

El que sigue la justicia y la misericordia  
hallará vida .... y gloria.

(PROVERB., XXI, 21.)

SANTA Religión católica, religión divina, religión de esperanza y amor, bendita seas! Yo he venido aquí hoy para ensalzar tus glorias, y es justo que comience por saludar tu nombre, y por decirte con este pueblo escogido, que nuestra fe te adora, que nuestro corazón te ama, que nuestro pensamiento y nuestra voz son especialmente tuyos en este hermoso día. Te adora nuestra fe, porque eres hija del Cielo, concepción de la Sabiduría Increada, Verbo del Verbo de Dios, dádiva generosa de la Caridad de Cristo. Te ama nuestro corazón, porque eres como el aliento y la vida de esta hidalga tierra de España, tierra donde nuestros padres nacieron, y cuyo suelo está fecundizado con sus sudores, regado con sus lágrimas y ennoblecido

con sus cenizas. Nuestro pensamiento y nuestra voz quisieran hoy para ti sus armonías más puras, porque tú fuiste la verdadera libertadora de esta ciudad querida, en cuya privilegiada zona, las montañas que la dominan, los ríos que la atraviesan, los valles que la embalsaman, las auras que la acarician, los monumentos que la embellecen, y esas columnas, este arco, esas creaciones del genio, todo nos habla de ti como de nuestra protectora y nuestra madre. ¡Santa Religión católica, religión sublime, religión celestial, única religión verdadera, bendita seas mil veces!

Excmos. é Ilmos. Señores: La gloria imperecedera de este venturoso día, es una gloria exclusiva del amoroso consorcio de la Religión y de la Patria, y el hombre en cuyo pecho no latan al unísono estos dos santos amores, no puede tener cabida en estas sagradas naves. Nó; aquí no hay puesto para el filósofo que sostenga la negación de un Dios real y viviente, ó que, admitiendo un Dios personal, rechace su intervención constante en la marcha de los siglos: esta es la obra de la Providencia, es decir, la obra de un Dios que vive, de un Dios que vela, de un Dios que ama. Aquí no hay puesto para el Comunista impío, que ha llamado á la patria *nombre vano*, porque dice pertenecerse á la humanidad, palabra que es en él una noción abstracta, un ídolo temeroso que encubre todo linaje de aborrecimientos y maldades: esta es la obra del patriotismo, que se nutre de la fe y que

sabe sentir y amar hasta la abnegación, y los impíos no creen, ni sienten, ni se sacrifican. Ni tampoco hay puesto en este Aniversario, para aquel que no sea hijo sumiso y fiel de la Iglesia Católica, porque á la empresa memorable de la conquista de Granada por los egregios Reyes Fernando V de Aragón é Isabel I de Castilla, han contribuido los Pontífices de Roma con sus liberalidades, las naciones de la católica Europa con sus fervorosos cruzados, la Comunión de los fieles con sus plegarias, el sacramento de la Penitencia con sus misericordias, y la Eucaristía con sus inefables ternuras.

Nosotros vamos á registrar hoy la historia desde las alturas de la fe: que este día, Señores, tan ardientemente amado, debe ser asimismo perfectamente comprendido. En esa complejidad de ideas y de acontecimientos que nos presenta la historia; en esa serie de evoluciones y tendencias que á veces parecen contradecirse, la ciencia incrédula nunca alcanzará á ver sino anillos aislados y premisas sin concierto, cuando no sean soluciones fatalistas, de las cuales no es posible sacar para el hombre y para las sociedades enseñanzas elevadas ni consecuencias provechosas. Pero el criterio verdaderamente católico, esclarecido por luces sobrenaturales, llega hasta apoderarse de la plenitud de la verdad histórica; porque la ciencia de la historia, y lo mismo todas las ciencias humanas, vienen á ser á manera de astros secundarios

que gravitan en torno de la fe divina , dejándola descubrir sus hermosuras y penetrar en sus secretos. Así se explica bien , Señores Excelentísimos, que aquel gran genio católico que señaló tan luminosamente la acción providencial de Dios en los destinos del mundo , el inmortal Bossuet , haya sido reconocido, áun por los mismos enemigos de la Iglesia, como el creador indiscutible de la filosofía de la historia (1).

Yo no he encontrado hoy palabras más adecuadas para aplicarlas al hecho inolvidable que nos congrega en este lugar santo, que esta lección bellísima del Libro de los Proverbios: «El que sigue la justicia y la misericordia hallará vida... y gloria.» *Qui sequitur justitiam et misericordiam inveniet vitam... et gloriam.* Intentaré, por tanto, demostrar estas dos conclusiones.

---

(1) Llamamos de este modo al Aguila de Meaux, siguiendo á sus panegiristas y á sus admiradores, y refiriéndonos al desenvolvimiento y generalización de esa clase de estudios en los modernos tiempos. Pero no ignoramos que el honor de haber creado la filosofía de la historia—*ciencia nueva*, traída al mundo por el Cristianismo, y que los racionalistas intentan hoy convertir contra él , como dice el sabio Obispo de Córdoba , Fr. Zeferino González , en su *Historia de la Filosofía*—pertenece de rigurosa justicia á San Agustín, que , trece siglos antes de escribirse el *Discurso sobre la historia universal*, la enseñó y la expuso en los doce últimos libros de la *Ciudad de Dios*, con perfecta unidad de pensamiento y solidez incomparable de doctrina.

I. *La conquista de Granada nos manifiesta unidas en muy estrecho lazo la justicia y la misericordia.*

II. *Esta alianza de la misericordia con la justicia hizo de la conquista de Granada un resorte eficaz de vida y de grandeza para España y para el mundo.*

Al ocupar yo de nuevo, después de tantos años, esta Cátedra augusta ; al contemplar esos sitios tan amados, en los que pasé mi juventud; al fijarme en esos bancos de honor, donde ya sólo distingo á dos de mis maestros ; al mirar á ese Pastor sabio y dignísimo, que pone en mi memoria el recuerdo de aquel padre bondadoso, de aquel apóstol de caridad que le precedió en su Silla , y de quien todos, cuál más, cuál ménos, recibimos mercedes, las lágrimas se asoman á mis ojos, y yo quisiera derramar sobre vosotros mi corazón y mi alma, poseídos en este instante solemne de todos los sentimientos que regeneran y purifican. Ayudadme, pues , á implorar las gracias del Altísimo , por la mediación de la Santísima Virgen María, á la cual saludaremos con el Angel: AVE GRATIA PLENA, etc.

---

# I

## EXCMOS. É ILMOS. SRES.:

LA Iglesia de Jesucristo, que ciñe con una auréola divina la sien de los pacíficos, no podía menos de deplorar profundamente las guerras, copia fatal, consecuencia necesaria y tristísima de las luchas interiores de nuestro corazón, herido del pecado y combatido por las encrespadas olas de todas las pasiones. Pero como al mismo tiempo la Iglesia proclamaba, á la faz de un mundo que sólo se componía de opresores y de esclavos, las ideas de la verdadera libertad, de la justicia y del derecho, ella no debía reprobar en absoluto la guerra, que puede ser más de una vez el medio eficaz y único de defender y salvar aquellos objetos venerandos. El Cristianismo, en cambio, esforzóse desde luego en hacer que el guerrero adorase al Dios de los Ejércitos; desplegaba la solicitud más tierna en perfeccionar el Derecho de gentes; hacía de sus

Pastores los padres de los pueblos; definía con San Agustín las guerras justas; recomendaba incesantemente la moderación en la victoria; fulminaba sus anatemas contra los vencedores sin piedad; hacía guardar la *Paz de Dios*, la *Tregua de Dios*, en ciertos días, en determinadas estaciones, en todas las grandes solemnidades, y vino confirmando sus decisiones y sus máximas, hasta que con ellas formó después Gregorio IX un Título de sus Decretales (1).

---

(1) El autor de este discurso se hubiera complacido en explanar con más detenimiento las hermosas doctrinas de la Iglesia católica acerca de la guerra; pero temió dar á su trabajo mayores proporciones de las que consentían la conveniencia y la costumbre. A aquellos que deseen profundizar en tan interesante materia, bebiendo en puras y saludables fuentes, los remitiremos al Conde José de Maistre (*Les soirées de Saint-Petersbourg*) que, lamentando los horrores de las batallas y los mil sangrientos episodios de esa eterna tragedia, considera la guerra bajo sus diversos aspectos; pero haciéndola entrar siempre en los designios del Señor, que sabe sacar el bien del mal, el orden del desorden, la vida de la muerte; llegando aquel grande hombre hasta llamar á la guerra *fenómeno divino*, por ser frecuentemente extraño al odio y á la cólera, y hacer que el hombre realice con inexplicable entusiasmo lo que causa pesadumbre y horror á los sentimientos de su naturaleza. Son también por todo extremo luminosos los pensamientos de San Agustín en sus *Epístolas á Dario y Optato*, y en el lib. III *De Civitate Dei*, donde llamaba á las guerras *optima epula inferorum*; las graves reflexiones de Vicente de Beauvais (*Speculum Morale*) que llama á la

Y el guerrero, Señores, devolvió prontamente á la Iglesia en respeto y amor lo que de ella había recibido en enseñanzas y oraciones. Así podemos ya admirar en los primeros siglos á aquellos guerreros sacrificados en la Italia por Claudio el Gótico, y á aquellos héroes de la legión tebánea que ayudaron á vencer á los terribles Francos. Así el primer César, que recomienda la alianza de la justicia con la misericordia, sobre los campos de batalla, es el primer Emperador cristiano. Así, de los terribles conquistadores del Norte, que ejecutaron tantos actos de bárbara crueldad, el Cristianismo hará salir á Clodoveo, Recaredo y Carlomagno; y el guerrero, en vez de laureles empapados en sangre inocente y lágrimas conmovedoras, podrá ceñir mil coronas de gloria que sean un justo título á la admiración de la posteridad. Ahora bien, Exemos. Señores, las más envidiables de esas glorias fueron alcanzadas por nuestros antepasados, defendiendo el más santo de los derechos.

Érase el siglo VII, siglo que puede llamarse de oro entre siglos de hierro; siglo colocado entre dos grandes barbaries, la barbarie del Norte, que arrojaba sus cien pueblos germanos al otro lado del

---

guerra *la hija de la cólera*; los Cánones del Concilio de Arlés, que tanto se ocupó de la profesión del soldado; y los notables razonamientos teológicos del Cardenal Roberto Belarmino para refutar el error de los cuákeros, que odiaban la carrera de las armas.

Rhin, por el puente de Basilea ó sobre las fronteras de la Austrasia, y la barbarie, que ya asomaba por el Mediodía y el Oriente. Domina en ese siglo la noble figura de San Gregorio el Magno, que habla á la Iglesia griega y la subyuga; que mira hacia la España y acelera la conversión del Visigodo; que vuelve sobre la Italia, y gana al Lombardo para la fe de Cristo; que se dirige á la Inglaterra, y hace que el Sajón se incline ante la belleza de la eterna luz (1). Y como elevándose bajo su protección y su memoria, vemos al Papa Adeodato, que al besar conmovido á un leproso, le sana de repente; á Mauricio y Constantino IV, que luchan valerosos contra los enemigos de la fe; á los longobardos Ariberto y Bertarido, que brillan entre los más fieles hijos de la Iglesia; y en la España goda, Señores, al piadoso Sisebuto, que edifica templos; á Sisenando, que convoca Concilios; á Recesvinto, que reina en los corazones; á Ildefonso, cantor sublime de las glorias de la Madre de Dios; á Isidoro de Sevilla, en fin, el dulce amigo de Gregorio el Grande, grande también como él, y que habia de iluminar los siglos con los destellos de su santidad y su sabiduría.

Pero entretanto que esto acontecía en Occidente, allá en el suelo de la Arabia, en la tribu de los Coreiscitas y de la familia de Haschem, surgía

---

(1) Le Cardinal Pitra, *Histoire de Saint Léger et de l'Eglise des Francs au septième siècle.*

un hombre funesto, cuyos ejércitos habían de recorrer las dos terceras partes del mundo conocido. La naturaleza le quiso hacer hermoso, la educación le hizo intrépido, la ambición le hizo astuto, la soledad pensador, la riqueza soberbio; y sintiendo que corría por sus venas la sangre de Abraham, y que se anidaba en su corazón la osadía de Ismaél, y encontrando cerca de sí, ya pueblos que suspiraban por una esperanza querida como el pueblo hebreo, ya pueblos divididos como el pueblo persa, ya pueblos donde la rivalidad de las tribus rayaba en el delirio como el pueblo árabe, ya imperios enervados por el sofisma como el imperio griego, Mahoma, Señores, soñó con una religión nueva; creyó ó fingió creer que le hablaban los ángeles, y se declaraba apóstol y profeta. Los sarcasmos inflamaron su cólera; los ultrajes le infundieron arrogancia; las *Suras* de su Corán le suministraron prosélitos; la persecución le rodeó de prestigio; la emulación de dos ciudades le dió combatientes; y llamando mártires á los que morían á su lado, y prometiendo á sus sectarios todos un paraíso de placeres, cuando ese hombre terminó su existencia, había avanzado ya con sus armas hasta las fronteras de la Siria y hasta los primeros baluartes de la dominación bizantina.

Muerto Mahoma, Kaled conquista la Siria, y sobre el templo de Salomón es construída la mezquita de Omar. Las tropas de Otmán llegan en Persia hasta la antigua Bactriana, donde sucumbe

el último de los Sasánidas. Amrú invade el Egipto, penetrando hasta la ciudad de los Faraones. Abdallah consigue vencer en Trípoli al Exarca Gregorio, muerto á manos del audaz Zobeir. Hasán concluye á la vez en las cercanías de Útica con los defensores del Bajo Imperio y con los altares cristianos. Muza seduce á los Bereberes, vence á las tribus errantes del Zahara, y más afortunado que Akbar, que, poco antes de él, azotaba las olas del Atlántico, y decía: «Si no me detuviera este mar, yo conquistaría el Occidente» (1), logra que los guerreros de Tarik posen su planta sobre las playas españolas; y batallando con fanática furia en las márgenes del Guadalete, derriba de un solo golpe, con la cabeza del infeliz Rodrigo, aquella monarquía goda que, hacia precisamente tres siglos, había fundado Ataulfo. Pero ¡ah, Señores! la Providencia es como el sol: cuando parece ocultarse á nuestra vista, es porque va á alumbrar otras regiones, y ella volverá pronto. ¡Héroes del mundo, naciones de la Europa, generaciones elegidas, venid á contemplar la idealidad de la justicia y de la gloria en la santa defensa de mi patria!

Los hijos de Iberia se replegaron hacia los riscos de Asturias, jamás pisados por plantas extranjeras. Su afán mayor era el de conservar sus altares, y al pié de la cruz renació su energía y su

---

(1) César Cantú, *Hist. Univ.*, libro IX, época IX, capítulo V.

primitivo entusiasmo. Yo, Señores, quisiera aquí enseñaros, destello por destello, las irradiaciones de aquel foco de luz que lanzó Pelayo con su fe á treinta generaciones de reyes. Yo no renunciaré sin honda pena á seguir día por día, jornada por jornada, victoria por victoria, aquellos célebres períodos que, viendo ensancharse otra vez nuestro dominio desde el Deva hasta el mar, desde el mar Cantábrico hasta el Duero, desde el Duero hasta el Tajo, desde el Tajo al Guadiana, desde el Guadiana al Betis, del Betis al Guadiaro, se cierran siempre con el exterminio de una raza agarena: en Caltañazor con el Omniada, en Toledo y Calatrava con el Almoravide, en las Navas de Tolosa con el Almohade, con el Benimerín en las orillas del Salado.

¿Y cuál, decidme, cuál era el secreto de nuestros ruidosos triunfos, cuando parecía que las arenas del desierto y las hojas de las datileras del Atlas se convertían contra nosotros en terribles guerreros? ¡Ah! Era que aquella fe que había inculcado en nuestra inteligencia y nuestro corazón el Apóstol Santiago brillaba en todos sus fulgores. Era que el Apóstol mismo, el hijo del rayo de la diestra de Dios (1), descendía para combatir al

---

(1) *Boanerges* (hijo del trueno) le apellidó Jesús: *Marc.*, III, 17. Nosotros no hemos aquí de discutir con la incredulidad y con la ciencia crítica moderna si se realizaron todas las apariciones del Apóstol en que creyó la fe

lado de Alfonso el Casto en Bureba, de Ordoño I en Soria, de Alfonso el Magno en Coimbra, de Ramiro II en Simancas. Era que bajo el amparo y la influencia de la Iglesia surgió el Orden de la Caballería, el cual imponía á sus miembros, como á manera de Decálogo, diez deberes sagrados, que encerraban lo más sublime de la religión, lo más delicado del sentimiento, lo más severo de la virtud, lo más increíble del heroísmo (1). Era, en fin,

---

de nuestros padres; mas si consignaremos que aquella denominación peregrina basta á la fantasía para adivinar al protector decidido que se invoca en la víspera de los combates y se divisa entre el fragor de las batallas.

(1) Hé aquí los diez deberes impuestos al que era armado Caballero, según que se consignan por varios escritores: I. Observar cumplidamente toda la ley de Cristo. II. Proteger la autoridad de la Iglesia. III. Respetar y defender á los débiles, con especialidad á la doncella, la viuda y el huérfano. IV. Declarar á los enemigos de la verdad una guerra sin tregua. V. No manchar jamás los labios con palabras de mentira. VI. Guardar castidad. VII. Obedecer al superior, siempre que sus mandatos no se opongan á los preceptos divinos. VIII. Ser humilde. IX. No retroceder nunca en los combates. X. Ser caritativo y afable para con los pobres.

Un hombre de muy distinguido mérito de la Francia Católica, Luis Veuillot, se dolía, no há muchos años, con demasiada vehemencia, de la sátira implacable de Cervantes contra la profesión de la Caballería. No tienen, sin embargo, bastante fundamento sus acerbas censuras. Cervantes se propuso únicamente ridiculizar á los héroes de tantas aventuras fabulosas y tantas hazañas inverosímiles

que esta institución sorprendente y conmovedora alcanzaba su expresión más perfecta en la creación de las Órdenes Militares, compuestas de hombres admirables que eran al par monjes austeros y soldados heroicos, y—para usar de las inimitables frases de San Bernardo—«que presentaban un cuerpo rodeado de una coraza de hierro, al que infundía vigor y aliento un alma revestida de celestial armadura» (1). ¡Oh, cuántas veces la Cruz encarnada ó la Cruz verde sobre el manto blanco decidieron en nuestra patria el éxito de las batallas contra los agarenos!

La causa de España, Señores, se había hecho la causa de la Cristiandad, casi pudiéramos decir la causa del Cielo, y la Providencia Divina dejaba vislumbrar, cada vez más claramente, los arcanos de su Justicia y de su Amor, adorables atributos que mantienen siempre viva en los corazones religiosos la llama de la esperanza. Para patentizar mejor este aserto, vosotros habéis de permitirme que yo quiera fijar por muy cortos instantes vues-

---

como se consignaban en las mil leyendas y romances de su tiempo; pero aquel hombre extraordinario, tan amante de la religión y tan apasionado de lo tierno y de lo bello, no pudo querer mofarse de la institución de la Caballería, considerada en sí misma, y que, llena del espíritu y de los sentimientos de la Iglesia, contó dentro de su seno á aquellos piadosos y bravos paladines de la primera Cruzada, de los tiempos de San Luis y de todo el décimotercio siglo.

(1) *Exhortatio ad milites Templi.*

tra benévola atención en el grandioso cuadro que ofrecía nuestra patria al comenzar el siglo XIII.

Aquellos valerosísimos monarcas que, durante largos años, habían venido consumiendo su fuerza y sus tesoros en intestinas luchas, dieron por fin entrada en su alma á esta dulcísima frase de la Iglesia, repetida sin cesar por la boca de sus Pastores: «La paz sea con vosotros,» y para hacer más duradera y fecunda esa concordia feliz, levantábase la respetada voz del Papa Inocencio III, que proclamaba en toda Europa una Cruzada eficaz contra los moros de nuestra Península. A contar desde esos días de fervor y de celo, los hijos de la España cristiana pudieron divisar ya en lontananza la aurora del día de su libertad y el término de sus desdichas. ¡Oh! Dejad que yo recuerde á la admiración de los siglos los nombres de los excelsos reyes que llenan con su fama aquel hermoso período de más de medio siglo: ¡Alfonso VIII, Jaime I, Fernando el Santo! Alfonso VIII, que, aniquilando las inmensas huestes de Muhamad Alnasir, dejó como resuelta la causa del Cristianismo contra el Islam, de la civilización del mundo contra la sensualidad y el fatalismo de la religión musulmana: Fernando III, conquistador de aquella renombrada Córdoba, que había alcanzado tan exuberante cultura con los Alhakem y los Abderrhmanes; de la risueña *Hispalis*, llanura feraz y deliciosa, amada siempre de Emperadores y Reyes; de la antigua *Aurigi*, protegida por sus

empinados cerros y sus macizas fortalezas: Jaime I de Aragón, por último, que llevaba sus armas triunfadoras á las Islas Baleares, á Murcia, cuyo reino cedía generosamente á Alfonso X, y á la gentil y pintoresca Valencia.

Y bien, Excmos. Sres.: si queréis conocer á fondo el gran secreto de esos genios privilegiados de la batalla y de la guerra, de esos colosos de la verdadera gloria, yo os diré que ese secreto es creer, orar, confiarse á la Providencia de Dios en los días de la desgracia y de la prueba, perseverar sin desmayo hasta obtener el triunfo, y, después de la victoria, tender la mano al vencido y elevar al Cielo sacrificios eucarísticos. Por eso, según su vida es su fin; y nosotros les veremos, cuando exhalan el último suspiro, ya como Alfonso VIII, cerrar piadosamente los ojos entre las paces y las bendiciones de un Prelado insigne; ya como Jaime I, repetir las palabras de Cristo Nuestro Salvador en la Cruz; ya como Fernando el Santo, arrojarse del lecho para recibir el último Viático, á fin de dar humilde testimonio de que su grandeza era humo ante la majestad del *Rey de Reyes y Señor de los que dominan* (1).

Y además de los nombres que he citado, ¡cuántos otros, interesantes y famosos, han cruzado por mi imaginación en este rapidísimo examen de la historia! Alfonso el Católico, Fernando el Grande,

---

(1) I. Tim., VI, 15.

Sancho Ramírez, Alfonso VI, Alfonso VII, Sancho el Fuerte, Alfonso XI, entre los Príncipes; y entre los caudillos de más arrojo y esfuerzo, Bernardo del Carpio, Fernán González, Armengol de Urgel, Rodrigo de Vivar, Alvar Fáñez, Alvar Núñez, Garci-Pérez de Lara y Guzmán el Bueno, no enumerando sino los más populares. ¿Dónde, os preguntaré ahora, podremos encontrar los sucesores de esos héroes? ¿Dónde hallaremos el elevado temple de sus almas, la pujanza de su brazo, la rectitud de sus corazones? ¡Oh! No es difícil, Señores. Vamos á admirarlos al punto en los campamentos de Isabel I y de Fernando V.

Isabel I de Castilla es, sin duda, la más noble figura de nuestra historia nacional. En los días de la adversidad, joven y hermosa, supo resistir el ejemplo de una Corte corrompida; sola, sin experiencia ni consejo, no vaciló en rechazar el esplendor de una corona. Cuando legítimamente llegó á sentarse sobre el trono, Isabel es la inteligencia que concibe todo lo grande, el corazón que ama todo lo bueno, la voluntad que ejecuta todo lo justo, la constancia que todo lo vence, la prudencia que todo lo previene, la caridad que todo lo santifica. Si la consideramos como mujer, encanta; si como amiga, instruye; si como Reina, arrebatada y merece todas las bendiciones. La muerte de aquella mujer incomparable dijo, Señores, cuánto valía su vida, y su testamento está aún declarando al mundo todo lo que valía su alma.

Al lado de una mujer como Isabel I, Fernando no pudo menos de ser un Príncipe digno: él no se hubiera hecho acreedor á las censuras de la historia, á no faltarle la lumbre de aquel astro. Impetuoso en el campo de batalla, imparcial en la aplicación de las leyes, económico en la dirección de la guerra, sobrio, activo, prudente y religioso, no pocos escritores nacionales y extranjeros le han hecho la justicia de colocarle al frente de los soberanos de su siglo. Y la Europa, Señores, que había oído hablar del enlace de Isabel y Fernando como de una aventura caballeresca, levantóse, llena de asombro y de júbilo, para admirar dos grandes reyes que caminaban á la Conquista de Granada.

Granada había heredado las glorias y la fama de la opulenta Córdoba. Se ha dicho poéticamente por algunos historiadores que en ella nacían las fuentes de la vida y el regalo del alma: porque la rodeaban dos ríos que se abrazaban como hermanos, en sus rocas había huertos de flores, con sus aires se prolongaba la existencia del hombre, y la nieve de sus montañas era la blanca corona que sin cesar se ofrecía á la frente de la sultana. Amóla el Árabe con loco desvarío; engrandecióla Alhamar el Nazerita; sembraron en ella la discordia Abul-Walid, Ismaél y los Mohamades, y, cuando ya corría el último tercio del décimoquinto siglo, el presuntuoso Hacem intentó devolverla sus antiguos esplendores. ¡Esfuerzos vanos! La ambición

y la perfidia de Muley harán que acabe en España el último asilo de la gente mora.

Hacem, derramando sangre inocente en Zahara, en una noche de horror y de tormenta, insultó á la vez á la humanidad y al Cielo, y le hiere la espada de los sobrenaturales castigos. Y en breve plazo, Señores, el estandarte de la Cruz ondea sucesivamente en las torres de Alhama, *la llave de Granada*, de aire purísimo y de pintorescos valles; en Lucena, llano fecundo entre sierras altivas; en Ronda, nido de águilas, nacimiento de ríos fecundadores de ignorados oasis; en Loja, *flor entre espinas*, de cristalinos manantiales; en Vélez, recostada entre arroyos, y aspirando las brisas de la cercana playa; en Málaga, arrullada por mansísimas olas, de auras templadas y americano suelo; en la antigua Basti, cuyos fragosos montes dirigen sus corrientes á dos distintos mares; en Almería la bella, de extensos horizontes y tradicional grandeza; en Guadix la modesta, que parece ocultarse como flor humilde, no obstante denominarse *río de vida* por la salubridad de su clima y por la feracidad de sus vegas.

Y en todos estos lugares, Señores, ¡qué acciones tan edificantes y qué escenas tan conmovedoras! La suntuosa mezquita árabe, purificada por las ceremonias católicas, y el Crucifijo, el Altar y el Tabernáculo colocados bajo orientales techos de caprichosas estalactitas, hasta tanto que se levantan templos majestuosos para el culto cristia-

no. Aquellos Reyes Católicos, llorando con aflicción amarga en el primer sitio de Loja á uno de los dos Girones, uno de *los dos ángeles*, como llamaron desde niños á aquellos gemelos de la naturaleza y del valor. Fernando, noble y magnánimo con el prisionero Boabdil, adorando fervoroso la Cruz bendita en Caravaca, ejecutando en Bentomiz y en Loja hazañas dignas de ser cantadas por los antiguos bardos. Isabel, que vierte lágrimas de alegría con la libertad de los cautivos cristianos, que consuela á los vencidos con cariñosas palabras, que enriquece los templos con ornamentos que ella borda por su propia mano, que adora frecuentemente en solemnes procesiones, y seguida de sus victoriosos ejércitos, al Dios de amor, al Verbo Encarnado, en sus magnificencias eucarísticas.

Y según el corazón de esos Príncipes, es, Señores, el corazón de sus capitanes. Mirad cómo se forman: en un hogar creyente, en el amor de unos padres piadosos, orando de rodillas ante la cruz de sus bosques. Ved cómo se preparan para la batalla: postrándose al pié de los altares, acercándose á los celestiales convites, dedicando una salutación ó una antífona á la Madre de Dios. Así vemos á aquel Marqués de Cádiz, que, llevando el denuedo hasta la temeridad, llora al dar á su pequeño hijo un beso de despedida, y lo encomienda á la protección de la Virgen María: á aquel Duque de Medina-Sidonia, que dirige á Ponce de León pala-

bras de mansedumbre y de humildad, palabras todavía menos bellas que la hermosura interior del corazón que las dicta: á aquel Maestre de Santiago, que, con la vista puesta en el cielo, de esta suerte exclamaba en la fatal derrota de la Axarquía: «No huyo del enemigo; huyo la tu ira, Señor, que se ha mostrado contra nosotros por nuestros pecados:» á aquel Alonso de Aguilar, que tuvo vida de héroe y fin casi de mártir: á aquel Conde de Tendilla, tan bravo en la pelea, y que había de ser tan dulce y tan humano en el gobierno de Granada: á aquel Gonzalo de Córdoba, que fatigó con tantas glorias á la fortuna misma, sin hacerse soberbio, y que quiso tener su tumba donde comenzó su nombradía: á aquel D. Juan de Vera, que parecía destinado á defender los misterios de nuestra fe en los palacios de la Alhambra mora: á aquel Hernán Pérez del Pulgar, que lleva la aventura hasta la leyenda, y que, aclamado en la batalla del Zenete como salvador de sus compañeros de armas, señala al Cielo con el dedo, indicando que sólo á Dios es debido aquel triunfo: á aquel Garcilaso de la Vega, en fin, cuyo recuerdo se ha hecho inseparable de las glorias de la Madre de Dios, y cuya hazaña fué precursora de decisivos triunfos. Excmos. Señores, hé aquí hasta dónde llegan, al unirse con amoroso vínculo en el corazón humano, la justicia y la misericordia; y cuando esas dos virtudes rayan á tal altura en los caudillos de un pueblo, no sólo alcanza éste la cúspide

de su grandeza, sino que inunda de luz y de enseñanza el camino de las generaciones.

La mente, trasladándose hoy al 2 de Enero de 1492, divisa un imponente y arrebatador espectáculo. Los estandartes de Castilla enarbolados en las pardas torres de la Alhambra, y la Cruz sustituyendo á la Media Luna sobre la aguja de los minaretes; un Rey de treinta años, que se despide lloroso de la ciudad amada donde tuvo su fastuosa cuna, para ir á morir en tierra extraña como un simple guerrero; unos Monarcas abrumados con el peso de sus laureles, y que sólo atribuyen sus victorias al Dios de los Ejércitos, pudiendo decir con el Libro de la Sabiduría (1): *Conocer, oh Dios, tu justicia y tu poder, es raíz de la inmortalidad.* Pero la imaginación, tendiendo libre su vuelo, descubre más aún: ve las obras monumentales de la civilización árabe inclinarse humilladas ante la enseña del Evangelio y ante las maravillas del arte cristiano; ve esas gigantes cordilleras y esas graciosas colinas saltar de gozo; ve esos risueños cármenes revestirse de olorosas flores; y allá, bajo el azul del cielo, entre nubes de rosa y de plata, y brillando sobre sus cabezas, como un nimbo de oro, radiantes auréolas, distingue la apostólica figura de Cecilio y los severos rostros de los Padres del Concilio de Iliberi, y al sabio Gregorio Bético y al virtuoso Regismundo, que saludan de

---

(1) Sap. XV, 3.

este modo al venerable Fray Hernando de Talavera: «Vé, Pastor dichoso, á regir tu nuevo pueblo con tu sabiduría y tu virtud; vé á ganar corazones para Cristo con la paz y con la caridad, con la misericordia y la justicia.»

Pero ya, Exemos. Señores, que en esa historia sin rival de dos lustros hemos visto hermanadas las dos santas virtudes de la justicia y la misericordia, veamos también cómo la Conquista de Granada es, por lo mismo, fuente de vida y de grandeza para España y para el mundo. *Qui sequitur justitiam et misericordiam inveniet vitam et gloriam.*

## II

La verdadera gloria de un pueblo consiste, á no dudarlo, en elevarse por la verdad y el bien, y en que se extienda la fama de su merecimiento y su grandeza, para edificación y para alabanza del mundo. *Gloria est clara notitia cum laude*, escribía San Ambrosio (1). Y bajo este concepto, Excelentísimos Señores, España tocó á la cima de su engrandecimiento con la terminación de su reconquista, llegando á ser como el oráculo de las nacio-

---

(1) Sup. epist. ad Romanos.

nes de la Europa, que reconocieron voluntariamente su prestigio y su soberanía, y que la llevaron unánimes los sentimientos de su gratitud y las aclamaciones de su entusiasmo.

En primer lugar, la conquista de Granada permitió á nuestra patria el reposo indispensable para afianzar mejor en su seno el bienestar y la ventura. Con la conquista de Granada se realizaba, ante todo, el ideal bellissimo de la unidad religiosa, que es ciertamente el más preciado tesoro de un Estado cristiano, y nuestra Península alcanzaba asimismo la unidad nacional, que había costado tantos siglos de lucha y tanta sangre de héroes. Con la conquista de Granada, aquellos lazos dulcísimos que hacia ya algunas centurias se estrechaban de día en día entre la Corona y el pueblo, se hicieron aún más íntimos; y aquella alta nobleza, muy pocos años antes turbulenta y desleal, obligada ahora por las singulares prendas de sus reyes y ennoblecida en los campos de batalla, fué á cultivar también su entendimiento en el recinto de las Academias. Con la conquista de Granada, Isabel pudo dar á sus súbditos la mayor suma posible de libertad política; pudo buscar con diligencia el talento y la virtud, para enaltecerlos y recompensarlos; pudo disminuir los tributos, fomentar la industria y el comercio, y hacer de nuestras grandes ciudades el emporio de fabulosas riquezas. Con la conquista de Granada, por último, aquella Reina excelsa pudo favorecer cumpli-

damente la empresa de Colón , ese coloso que se destaca en medio de los siglos , con un pié en la Edad Media y otro en la Edad Moderna , ganando nuevos mundos para la fe del Evangelio , y cuyas raras virtudes , inseparables siempre de sus convicciones científicas , y encomiadas hoy más que nunca por muchos Pastores de la Iglesia católica , no tardarán acaso en merecerle la veneración de los fieles en los altares de los Santos.

Después de esto, Señores, la conquista de Granada tranquilizó á las naciones europeas contra los fundados temores que debía inspirarles el creciente poderío de los Emperadores turcos. Para apreciar esta reflexión en todo su valor, preciso es recordar que Mahomet II se apoderó de Constantinopla en 1453, sorprendiéndole la muerte cuando soñaba con la conquista de la Italia ; que Solimán arrebató la ciudad de Rodas á los Caballeros de San Juan y subyugó la mitad de la Hungría ; que el pirata Barbarroja pretendía hacerse rey del Mediterráneo , señoreándose de sus islas ; y que Selim II tomaba por asalto las ciudades de Nicosia y Famagusta , renovando el impio y célebre juramento de Mahomed, de hacer piafar su caballo bajo las bóvedas del Vaticano. Pero con la total expulsión de los moros en nuestra Península , los Berberiscos, protegidos de los Sultanes, se encontraron privados del apoyo de las costas granadinas; al paso que la España, llegada al apogeo de su gloria, pudo tomar la ofensiva contra el Islamismo

en el Africa. Suprimid por un momento la conquista de Granada, y no tendréis la página gloriosa de Mazarquivir, ni veréis al Cardenal Cisneros plantando el estandarte de la Cruz en Orán, ni á Carlos V vencedor en Túnez; ni allá, muy cerca de las costas de la Morea, entre las rocas de Leúcades y el cabo de *Actium*, en las irritadas olas del Mar Jónico, las galeras venecianas y las naves españolas al mando de aquel Príncipe invicto, que al valor del Cid Ruy-Díaz juntaba la piedad de Godofredo de Bouillon, hubieran podido dar á la cristiandad entera la gloriosísima fecha de Lepanto.

¡Sombras augustas de Isabel y Fernando, monarcas sin segundo; de Miguel Ghisleri, Papa inmortal; de D. Juan de Austria, dechado de Príncipes católicos; de Marco Antonio Colonna y de Andrés Doria, modelos de aquellos caballeros italianos tan amantes de los Vicarios de Cristo; de Miguel de Cervantes, manco sublime, que al perder tu brazo por la causa de la fe, pareciste recibir como en indemnización la gloria de eternizar tu nombre! ¿Qué se ha hecho de vuestros nobles sacrificios? ¿En qué han venido á parar vuestros costosos triunfos? ¿Por qué no ha sido mayor y más fecundo el fruto de vuestros inauditos esfuerzos? ¿Cómo los conquistadores de Constantinopla, los profanadores de Santa Sofía, vencidos en Lepanto, casi aniquilados luego bajo los muros de Viena y en los campos de Petervaradin, pueden habitar todavía en las orillas del Bósforo, que vie-

ron desplegarse al viento el *Lábaro* de Constantino, y que oyeron tantas veces las elocuentísimas predicaciones del Crisóstomo? ¡Ah, Señores! Hace ya algunos siglos que las intrigas de la diplomacia, y más aún los intereses y riquezas del Protestantismo, sirviendo á la fuerza contra el derecho, y al cálculo contra la justicia, se empeñan en mantener ese Imperio afrentoso en la Europa de los Cruzados; pero lo más extraño del fenómeno es, que numerosos católicos anhelaban, no há mucho, los triunfos de los sucesores de Solimán y de Mahmoud. Y es que los espíritus generosos no pueden decidirse á preferir la victoria del dogma mutilado contra la falsa creencia, del cisma contra el Corán, del apóstata contra el infiel. Nó; si sobre los alminares de la antigua Stambul no ha de sonar la graciosa oración del *Angelus* con todo el fervor de los Cruzados de la Palestina; si dentro de las mezquitas turcas no se ha de elevar culto á la Madre de Dios con toda la significación y la sencilla majestad de las festividades católicas; si en las Basílicas griegas de la Rusia no ha de desaparecer la siniestra figura de Miguel Cerulario, para ser reemplazada con el Sucesor de San Pedro, centro de la unidad y Cabeza Suprema de la Iglesia de Cristo, yo no acertaría hoy á formular mi pensamiento, porque no sabría escoger entre Focio y Mahoma, y me contentaré con poner mi confianza y mi juicio en la Sabiduría infinita del Señor y en los arcanos de su Providencia.

Si, Excmos. Señores: así como recrea y dilata el espíritu ver á un pueblo poderoso emplear su fuerza por la causa del bien y de la justicia , *ut bonum promoveatur vel ut malum vitetur* , que es la hermosa divisa de la Iglesia Católica , así es triste y desconsolador ver Príncipes y políticos que hacen correr á torrentes la sangre de sus guerreros y las lágrimas de sus madres , tan sólo por el placer mezquino de humillar á una nación rival, ó por la ambición desenfrenada de agrandar su mapa. Y cuando la ambición se ha saciado, ó la vanidad se ha satisfecho, la paz que se sucede no es nunca la paz cristiana , como la que hoy celebramos , y con la que toman al par vida la ciencia, la ley y la abundancia: es el equilibrio europeo, frase engañosa, situación insegura y violenta como su nombre , y que sólo se sostiene mientras no se despierta otra vez en el fuertè la sed de una provincia ó de un reino, ó no se medita alguna otra maquinación tenebrosa en los consejos de los Gabinetes.

¡Oh vosotros, días felices en que los Soberanos y los pueblos hacían á la Iglesia y á sus Pontífices árbitros de sus querellas, ¿por qué pasasteis? Todos los buenos lloran desde que los implacables enemigos del Derecho cristiano han demolido los altares de la caridad y la paz verdaderas. ¡Ah , y si para combatir esa forma internacional (si es lícita la frase) de la ambición y la soberbia, ó para aplastar la hidra de la envidia y el odio , los Reyes y las

naciones aceptasen , como Código internacional también, un *Tratado de la paz* (1), compuesto con las máximas del Evangelio y con las sentencias de los Pontífices, de los Concilios y de los Santos Padres, cuánto ganaría la causa de la humanidad, y cuán dichoso se consideraría el Catolicismo!

Hoy el cetro de Europa puede decirse que está en manos de cismáticos , de herejes , de usurpadores y revolucionarios; y si muchos Príncipes que se dicen católicos han dejado de llevar á la Iglesia y su Pastor Supremo los decididos homenajes de respeto, de amor y gratitud de otros tiempos, mucho menos podremos esperar que los Soberanos que no profesan la doctrina católica reconozcan en el Vicario de Cristo al Maestro de la verdad y al Pacificador de los pueblos. Pero yo afirmo, Señores, que las naciones que se encumbren desoyendo sus ruegos, menospreciando su enseñanza , viniendo en guerras injustas , asolando sin piedad, imponiendo condiciones sin misericordia , esas naciones, digo, no serán nunca verdaderamente grandes, ni su poderío será jamás la gloria. Dirigid, sinó, por un instante vuestra mirada, en estos últimos siglos, á las violencias mil de la Reforma,

---

(1) Este magnífico pensamiento que conservamos indeleble en la memoria, está aprendido en alguno de los preciosos *Estudios*, (no recordamos cuál), que, con no largo intervalo, han publicado en Francia Luis Veuillot y León Gautier, nombres que serán eternamente caros á la religión y á la literatura.

á la desgraciada Polonia , al nuevo Imperio germánico y á la moderna Italia , y decidme si no es odiosa y execrable la fuerza que oprime y que despoja , y si no interesan y conmueven á todas las almas rectas la resignación del oprimido y la dignidad del despojado!

Volviendo ya, Excmos. Señores, al argumento de mi discurso, del cual me ha llevado harto lejos la excitación de mi ánimo , yo debo manifestar ahora, que si la conquista de Granada cubrió á la España y á la cristiandad de gloria inmarcesible por la suerte de las armas, ella elevó igualmente nuestro progreso intelectual hasta un grado que asombra. La Italia pretendía entonces hallarse á la cabeza del movimiento científico de Europa; pero la ciencia de los hombres del reinado de los Reyes Católicos era mucho más pura que la de los sabios de la culta Italia , porque no estuvo nunca inficionada con la perniciosa literatura del Renacimiento.

En el reinado de Isabel I brillaron en las ciencias eclesiásticas aquel Victoria que admiró á la Francia y que nos legó á Melchor Cano; aquel Fray Juan Pérez de Marchena, que sostuvo el ánimo desfalleciente de Colón hasta que le alcanzó el día de su gloria; aquel Jiménez de Cisneros, que tanto honró á la Universidad de Alcalá, y que protegió la edición de la *Políglota Complutense*. En la legislación descollaban Montalvo, Ramírez y el célebre Galindez de Carvajal. En las lenguas

sabias sobresalian Lebrija y Arias Barbosa; en las letras Vergara, Zamora, Coronel y López de Zúñiga. En la poesía admiramos la sencillez y la dulzura de los bellísimos romances moriscos, las ligeras y graciosas composiciones de Lope de Haro, los dramas de Rodrigo de Cotta y Fernando de Rojas. En las bellas artes se distinguían Antonio del Rincón, Juan de Juanes, Berruguete, Borgoña y Siloe, y había ya nacido el inmortal Herrera. Isabel hacía escribir á Palencia su *Diccionario*, á Valera su *Geografía*, á Pulgar sus *Crónicas*, á Pedro Mártir sus *Décadas*. Florecían las famosas Academias de Sevilla, Toledo y Salamanca; y la deuda que teníamos contraída con la Italia, por habernos dado á Mártir, Marineo Sículo y los Geraldinos, se la habíamos de pagar liberalísimamente enviándola tantos privilegiados talentos, desde Encina y Soto hasta el Abate Juan Andrés. De estas instructivas escuelas debían salir, para pasar al orbe, aquellos sabios celebérrimos de Trento, que abarcaron todos los conocimientos teológicos y filosóficos de su época: Lainez, Salmerón, Carranza, los Sotos, Cano, Covarrubias, Azpilcueta, Agustín, Arias Montano y Pacheco. Allí bebieron también sus inspiraciones Maldonado, Mendoza, Morales y Zurita; Luis Vives, rival de Erasmo y de Budeo; Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, Malón de Chaide y Sigüenza; Boscán, Garcilaso y Cetina, y hasta Lope de Vega y Cervantes.

¡Ah, Señores Excmos., y cuánto difiere esta ciencia tan sobria y tan fecunda de esa ciencia orgullosa que hemos visto salir de los más oscuros abismos del espíritu moderno, informado á su vez en la herejía del libre examen! Esa ciencia funesta, que ha presumido forzar hasta los impenetrables secretos que Dios guarda como Rey Creador é Increado; que, invirtiendo el orden psicológico, ha hecho del pensamiento el esclavo de la imaginación, declarándose luego ámbos enemigos de la verdad; que, á semejanza de la religión árabe, la cual hacía prosélitos por la sensualidad, gana la mayoría de sus adeptos por el sensualismo, si es que no se declara también fatalista como aquélla, señalando á cada una de nuestras acciones mil motivos que encadenan la libertad humana; esa ciencia, repito, ha venido á condensarse de este modo: errores sobre la religión, sobre la filosofía, sobre la historia; impiedades sobre la Iglesia, sobre el matrimonio cristiano, sobre el hogar doméstico; delirios sobre el poder, sobre la propiedad, sobre el derecho: errores, delirios é impiedades que forman como la *trilogía* abominable y sombría con que el espíritu del mal ha venido á fascinar en nuestro tiempo á los pueblos y á los individuos, y que se representa á mi mente como el volcán del monte Hecla, terrible cono terminado en tres puntas, por las que arroja su lava, y cuyas grietas, sin embargo, están llenas de nieve.

Bien sé, Señores,—y ¿quién podrá ignorarlo?—

que los enemigos de la Iglesia ponderan locamente las preciadas conquistas y los adelantos materiales de ese espíritu moderno, que no es creyente ni humilde. ¡Ah! Yo no puedo ya detenerme á establecer una distinción luminosa entre las verdaderas civilizaciones que la Iglesia ama, porque la Iglesia ha amado siempre la ciencia y el verdadero progreso, y esas culturas refinadas y estériles, indicio cierto de la decadencia de las razas y de los imperios; pero puedo, sí, dirigir á todos los hombres sensatos esta pregunta sencilla: ¿Qué civilización es la nuestra, que, alumbrando tanto, no deja ver los caminos de la sabiduría; que, corriendo tanto, no alcanza las realidades del bien; que, produciendo tanto, empobrece más y más á los pueblos; que, poseyendo tanto, todo lo deposita en las arcas sin fondo del vicio y de la iniquidad? Señores, el ave necesita para volar de sus dos alas: la razón y el sentimiento, regulados por lo sobrenatural, son como las dos alas de la vida del hombre; y cuando una de ellas está herida, en vez de remontarse á regiones serenas, sólo consigue arrastrarse por un suelo fatal, en el que las pasiones desencadenadas parecen apagar hasta el instinto de la conservación, hasta el deseo de ese bien desconocido que el alma va buscando sin cesar en su peregrinación sobre la tierra, y que no se puede realizar sino en las moradas eternas.

Resumamos, ya, Señores, este largo discurso, cuyo pensamiento culminante ha sido explicar una

hermosa sentencia del Libro de los Proverbios; á saber, que la idea de la verdadera gloria es de todo punto inseparable de los justos títulos con que llega á adquirirse. La conquista de Granada, emprendida por el celo de la religión y por el amor á la patria, y consumada por Reyes y por caudillos que, en medio de un valor heróico, tenían siempre fijo su pensamiento en Dios y perdonaban al vencido por el amor de Jesucristo, enseñó al mundo unidas las excelencias de la justicia con las ternuras de la misericordia. Por eso, con la realización de tan grandiosa empresa, España logró vivir en todas las esferas la plenitud de la vida, y el claro sol de su fortuna y de su gloria tuvo rayos bastantes para regenerar la Europa y para llenar el mundo. *Qui sequitur justitiam et misericordiam, inveniet vitam et gloriam.*

Excemos. é Ilmos. Señores: es destino de nuestra patria salvar á las naciones europeas de las grandes catástrofes: que en menos de cuatro siglos, ella las ha librado de las irrupciones del Islam, de la completa invasión de la Reforma protestante, y acaso de la dominación universal de Napoleón I. Hoy los más poderosos reinos de la Europa están también colocados al borde de un abismo, porque se ven agitados por ideas funestísimas, y los propagandistas del mal diríase que buscan su apoteosis en la perpetración de grandes crímenes. Pues bien: en este naufragio inminente del orden y de las instituciones, nosotros, Sacer-

dotes del Catolicismo, combatiremos con todos los recursos de la ciencia teológica y de la filosofía cristiana esa conjuración sin ejemplo, donde el incrédulo lucha contra el dogma, el impío lucha contra la virtud, el hereje lucha contra la Iglesia, el revolucionario lucha contra la autoridad, y el comunista, vándalo de su propia grandeza y de su propia dicha, se revuelve á la vez contra la religión, la patria y la familia. Vosotros, representantes de la potestad civil, honrad á la Iglesia Católica, que es el mejor escudo y el más firme sostén de la autoridad de los Príncipes: desplegad una imparcialidad y una rectitud á toda prueba en el puesto que debéis á la confianza de vuestros conciudadanos: haced siempre una política levantada y digna, donde las pasiones y las miserias se sacrifiquen ante las aras del bien común, cual cumple á la altivez castellana y á la hidalguía española; y ¿quién sabe? acaso una vez más sea timbre de gloria altísima para la católica España ver estrellarse contra los muros de nuestro patriotismo y nuestra fe los desesperados esfuerzos del espíritu del mal y del error, renovándose aquel suceso providencial y magnífico de debernos su salvación el Occidente.

Y vosotros todos, Señores, oidme bien, que yo he de repetir aquellos pensamientos con que he dado principio á mi discurso. Los héroes que llevaron á cabo la obra de la restauración de España y que reconquistaron este privilegiado suelo, eran

hijos amantísimos de la Iglesia Católica; y aspirar á hacerse partícipes de laureles alcanzados por ellos bajo las banderas de la Cruz, bendecidas con las ceremonias de nuestra liturgia, sólo se puede concebir en cristianos y católicos. Sin duda que en el seno del Catolicismo pueden morar tranquilamente hombres que profesen distintas opiniones y que acaricien distintos ideales políticos; porque él es como un campo neutral, el recinto seguro y civilizador, donde caben todos los sanos productos de la inteligencia y del genio; pero esos hombres han de admitir, como condición imprescindible, todo cuanto cree y enseña la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana; esto es, para lavar su mancha primitiva, la fuente cristalina que en todas partes brota, las aguas del Bautismo: para purificar su alma, un asilo de regeneración, el Sacramento de la Penitencia; para saciar el hambre de su espíritu, una mesa abundante, la Mesa Eucarística; para inundar su sér de los más fecundos amores, una maternidad tiernísima, la maternidad de María; para conservar la unidad de la fe y no extraviarse nunca en las investigaciones de la razón, una Iglesia docente, y un Vicario de Cristo, Pontífice al par que Rey; como Pontífice, infalible, y como Rey, el más grande de los Reyes.

¡Y Tú, oh Dios y Señor mío! Nosotros caemos de rodillas delante de Ti, adorando los secretos de tu Providencia, que cuida desde la flor y el ave hasta el hombre y el cielo. ¡Señor! Nosotros reco-

nocemos los especiales beneficios de que has colmado á esta ciudad predilecta, y todos sus católicos hijos elevamos hasta tu Trono, con las espirales de humo del incienso sagrado, nuestras oraciones eucarísticas. ¡Señor! Nosotros te llevaremos desde este día, como testimonio de gratitud ferviente, los homenajes de nuestra fe y la ofrenda de nuestras virtudes; y nuestras postreras palabras serán las de aquel Himno inspirado que, para conmemorar este día inolvidable de la justicia y la misericordia, habrá de resonar perpetuamente en este hermoso templo: «A Ti, Señor, te alabamos, y nuestra lengua y nuestro corazón confesarán eternamente tu Nombre.» TE DEUM LAUDAMUS, TE DOMINUM CONFITEMUR. AMÉN.

---



PANEGÍRICO  
DE  
SANTA TERESA DE JESÚS,  
PREDICADO  
EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE VALLADOLID,  
EL DÍA 15 DE OCTUBRE DE 1882  
EN LOS SOLEMNES CULTOS QUE, PARA CONMEMORAR  
EL TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE DE LA MÍSTICA DOCTORA,  
CELEBRARON  
DE COMUN ACUERDO EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE DICHA CIUDAD  
Y EL ILUSTRÍSIMO CABILDO METROPOLITANO.



---

*Ubi non est scientia animæ non est bonum.*  
En donde no hay ciencia del alma no hay bien.  
Prov., XIX, 2.

EXCMOS. É ILMOS. SRES.:

CREYERON los insensatos que el Catolicismo había muerto; pero les engañó el deseo de su corazón, y hé aquí que vive lleno de esplendor y de gloria. Cierta es que numerosos enemigos se conjuraron para combatirle en todos los tiempos y con todas las armas, agotando en su daño toda la inventiva del odio; mas ese turbio oleaje de la soberbia y de la envidia se rompía siempre impotente ante un muro indestructible, el muro santo de las promesas divinas. El poder entero de la Roma pagana, el orgullo satánico de las herejías de todos los siglos, el sofisma ó el paralogismo de todos los incrédulos, la perversidad y la audacia de todos los usurpadores, la alevosía y la perfidia de los enemigos encubiertos, revestidos de una re-

ligiosidad aparente que me recuerda aquella capa amarillenta con que retrataba Dante en su *Infierno* á los hipócritas (1), no han conseguido otra cosa sinó poner más y más de manifiesto al mundo que el Catolicismo ha venido del Cielo, que se nutre de una sustancia divina, que es la sola religión capaz de hacer la felicidad de los pueblos, y que él no tendrá otro fin, en la perpetuidad de la historia, sinó el tránsito para lo eterno y los vestibulos de lo infinito.

Y si el genio del mal y del error no se ha convencido aún de la certeza de su derrota y de la seguridad de nuestro triunfo, venga hoy á contemplar este conmovedor espectáculo. ¿Qué es lo que vemos, Señores, y qué es lo que escuchamos en torno de nosotros? Os lo han dicho repetidamente en estos días elocuentísimos labios. La voz augusta del Vicario de Jesucristo ha invitado á todos los países católicos del orbe para honrar la memoria de una humilde monja que murió hace hoy tres siglos, y todas las grandes almas y todos los buenos corazones han respondido con inefable júbilo á tan amoroso llamamiento. De los bosques sagrados donde moró un día el sacerdote druida, de las colinas y vergeles de la antigua *Olisippo*, de los lagos y montañas de la pintoresca Suiza, de las llanuras de la Bélgica y de los canales de Holanda,

---

(1) Cant. XXIII.

de entre las playas del Adriático y el Tirreno, de la Isla que se llamó de los *Santos*, del Oriente como del Occidente, del Nuevo como del Viejo Mundo, acuden piadosos representantes de la fe y de la gratitud de los pueblos para orar sobre la cuna y sobre el sepulcro de aquella mujer extraordinaria que supo difundir por todos los ámbitos de la tierra las inspiraciones de su mente, los dones de su ternura, la llama de su pecho encendido y abrasado en el amor divino.

Las flores del Otoño son ávidamente buscadas para adornar los altares de la mística esposa de Jesús; los campanarios de las iglesias católicas publican las alabanzas de la virgen con sus lenguas de bronce; los Ministros del santuario ocupan por todas partes la cátedra sagrada, tejiendo su panegírico; vense cruzar millares de peregrinos que, con la alegría en el rostro y la piedad en el alma, van evangelizando la paz y la ventura, obra bendita en la que el sabio pone su ciencia, el rico ofrece sus dones, el pobre eleva al Cielo sus sencillas pero eficaces plegarias. Hasta la imaginación cree distinguir en los espacios una luz celestial que alumbrá á aquella colosal figura, y nos parece como que resuena en la atmósfera un cántico sublime, donde el acento de los hombres se asocia y se funde con las melodías de los Angeles.

Señores Excmos.: Nosotros nos gozaremos siempre en ser los hijos de la antigua Hesperia por las hermosuras de su fe, por los heroísmos de su

historia, por la hidalguía de sus caballeros, por el fervor de sus generaciones; mas pudiera bastarnos, para estar orgullosos de nuestra patria, el solo timbre de haber nacido en ella esa Reformadora ilustre, ensalzada en todas las lenguas y con todo el entusiasmo de que es capaz el alma; la santa, la sabia, la inspirada, la inmortal Teresa de Jesús.

¡Teresa de Jesús! Nombre suavísimo que acude siempre á los labios como resplandor que ilumina, como bendición que consuela, como virtud que inflama. ¡Teresa de Jesús! Criatura privilegiada que ha sabido realizar el muy difícil secreto de unir á una inteligencia de Angel una fortaleza heróica y una abnegación sin medida. ¡Teresa de Jesús! Mujer incomparable que no habría encontrado una compañera capaz de seguir su vuelo sinó en Magdalena convertida, ni un cantor digno sinó en el Rey Sabio, ni un digno esposo sinó en el mismo Jesucristo.

Dejadme, pues, Señores, recrear hoy el espíritu con las dulzuras inefables de estos solemnes cultos. Dejadme, si al veros separados por estos breves instantes de un mundo donde las pasiones luchan y la inquietud habita, yo saludo esta casa de Dios, donde la paz renace, y la esperanza alienta, y el bien se comunica. Dejadme, si ante esos locos alardes de impiedad y de indiferentismo de los hombres de nuestras sociedades, yo quiero despertar algunas emociones bienhechoras en los corazones sensibles. Dejadme que os describa á la faz

de un mundo ensoberbecido con su ciencia, marchito por el interés y el egoísmo, lo que valen los destellos de la sabiduría verdadera y los encantos de la caridad cristiana. Dejadme, por último, mostraros el tesoro de luces celestiales y de amores divinos que se encierra en la vida de la inclita Doctora Teresa de Jesús, cuyos inolvidables hechos y cuyo saber profundo son testimonio feliz de esta sentencia de los Proverbios que va á formar el argumento de mi discurso: «En donde no hay ciencia del alma, no hay bien.» *Ubi non est scientia animæ non est bonum.*

Desenvolveremos este pensamiento magnífico, demostrando las verdades siguientes:

I. La sabiduría de Teresa de Jesús contribuyó á dar gloria á la Iglesia y á salvar su patria en el siglo XVI.

II. El ejemplo de esta sabiduría condena la ciencia de los falsos sabios de nuestro tiempo, que empuja á las actuales sociedades hacia su decadencia y su ruina.

Yo he pedido, hermanos míos, á esa afortunada virgen que alcance para mí una chispa de aquel fuego divino en que se la ve arder; pero no sé si seré tan feliz que se me otorgue esta merced sobrehumana. Implorad á este efecto conmigo los auxilios del Cielo, valiéndonos del patrocinio de la Virgen María, Madre de Dios, á la cual saludaremos con el Angel.—AVE GRATIA PLENA, etc.

---

## I.

EXCMOS. É ILMOS. SRES.:

EL siglo XVI se presenta en la historia con justos títulos á la admiración de los hombres. Florecieron en aquel siglo memorables Pontífices: León X, que protegió liberalmente las ciencias y las artes; Julio III, que hacía volver los pueblos de la Siria, inficionados del nestorianismo, al seno de la Iglesia Católica; Pío V, que, con sus altas iniciativas, ayudó á dar al mundo, y más principalmente á España, las glorias de Lepanto; Gregorio XIII, el de la corrección famosa, y Sixto V, restaurador de Roma y capaz del gobierno del orbe. Fué aquel el siglo en que se reunió el Concilio Tridentino, celeberrimo por su doctrina y por la nombradía de sus Doctores; en que escribieron Tomás de Vio—más conocido como el Cardinal Cayetano,—Azpilcueta, Fr. Luis de Granada,

Fr. Luis de León, Luis Vives, Belarmino y Baronio; en que la Europa llevaba la civilización á continentes remotos, ganados poco antes para la fe de Jesucristo y para el progreso de la humanidad. Siglo especialmente memorable para nuestra patria, que pudo todavía contemplar sobre el trono á Fernando V de Aragón y á Isabel I de Castilla; Monarcas venturosos que plantaron la Cruz sobre las torres de la Alhambra y enriquecieron la legislación de nuestros Códigos, y protegieron á Colón en su grandiosa empresa de descubrir Nuevos Mundos; glorias que, aumentadas por Cisneros y por Gonzalo de Córdoba, heredaba el Emperador Carlos V, el cual, á su vez, las legó con sus propias glorias y las de Hernán Cortés al heredero de su poderosa monarquía.

Y, sin embargo, cuando ese siglo comenzó su existencia, era fácil presumir que no estaba lejano el día de la tempestad. A causa de la toma de Constantinopla por los turcos, recogieron, como los restos de un naufragio, en las costas de Occidente, aquellos elementos del saber humano que favorecían el racionalismo y hacían pagana la inteligencia del hombre; la literatura griega. Se había ya realizado aquel descubrimiento portentoso que dió alas á la idea y nuevos giros á los trabajos y estudios de los sabios; la imprenta: cundiendo de tal modo la afición y las preferencias á los clásicos de la antigüedad, que se vió á un Rey exigir, como precio de su reconciliación con otro

Soberano , un manuscrito de Tito Livio. Se hizo igualmente tan general y tan profunda la corrupción de costumbres en la mayor parte de las naciones europeas, que recordaba los días más deplorables de Roma. Y por entonces vino un hombre de fantasía exaltada y de satánico orgullo , que, encontrando hacinados todos estos materiales, quiso hacerlos servir á la causa del error, y les prendió fuego á impulsos de una rivalidad mezquina, y se hizo tan voraz el incendio, que á los resplandores de su lumbré , la imaginación y la piedad creyeron en su espanto que se conmovía el Catolicismo, que perecían las sociedades, que el infierno se regocijaba, y que lloraba el Cielo.

Pero el dedo de Dios apareció visiblemente, como aparece en todos los momentos solemnes ; y al soplo de su voluntad se contuvo la llama, y á su voz omnipotente surgieron celosos operarios que debían ocuparse en la reconstrucción del edificio social, casi arruinado; multitud de héroes que admirarían á las presentes y á las futuras generaciones por su inmenso saber y por sus celestiales virtudes. De estos héroes , unos fueron como las auroras boreales que se forman en los polos , que pasan pronto , pero que todo lo iluminan ; Luis Gonzaga y Estanislao de Kostka: otros , como soles de amor y de ventura que lucieron largo tiempo en su zénit sobre las sociedades; Ignacio de Loyola, Carlos Borromeo, Felipe de Neri, Francisco Javier , Cayetano de Tiena , Juan de la Cruz,

Pedro de Alcántara, Camilo de Lelis, Magdalena de Pazzis. Y al frente de ellos, enriquecida con la sabiduría y con la santidad de todos, colocada por ellos mismos en tan honroso puesto, descubrimos una virgen tan pura, tan insigne, tan privilegiada, que si no supiéramos que era una mujer, diríamos que era un ángel, Teresa de Jesús.

Yo no puedo hoy detenerme en hablaros de la stirpe de Teresa de Jesús, que era noble; de su peregrina hermosura, encanto de la iconografía cristiana; de los lugares que la vieron nacer, sitios amados de la Religión, de la naturaleza y del arte. Pero si os diré que habían pasado poco más de dos lustros de aquel natalicio venturoso, cuando dos tiernos niños se alejaban secretamente de la casa paterna, y descansando á la sombra de un árbol, leían entusiasmados y derramando lágrimas, algunos pasajes de la *Vida de los Santos*. Mas hé aquí que un viajero los sorprende, los interroga y los conduce al lado de sus padres. Os sonreiréis, Señores, y os conmoveréis al par, cuando sepáis quiénes eran aquellos pequeñuelos, y á dónde se encaminaban. Era Teresa de Jesús, que con sus doce años iba, en compañía de un hermano menor... á recoger entre los moros la palma del martirio.

Pasó algún tiempo más, y un día en que Teresa lloraba amargamente, porque había perdido á su madre, fué á postrarse ante una imagen de María, suplicándole que la sirviera de madre cari-

ñosa. ¡Ah, hermanos míos! Los que gozáis la dicha de poseer una madre, ignoráis muchos secretos del dolor, y acaso no sabéis comprender bien hasta qué punto consuela á un corazón lacerado la dulce maternidad de María. Después vino otra hora de grandes aflicciones, en que Teresa se acogió bajo la protección de San José, Esposo de la Santísima Virgen; y cuando luego reflexionamos sobre la íntima unión de Teresa con Jesús, casi nos figuramos á esa mujer escogida como un hijo más en el amoroso seno de la Sacra Familia.

Los grandes genios se anuncian por sí solos, y desde muy temprano, al mundo; y la que había hecho tales cosas cuando niña, dejaba ver claramente que era un sér predestinado para mostrar á aquellas sociedades el camino de la inmortalidad. El soplo de los aquilones pudo pasar alguna vez sobre aquella flor delicada; mas sus ráfagas impuras no consiguieron dejar ninguna mancha grave en el alma de la casta doncella. «Yo daré en el retiro cedro, y espino y arrayán,» exclama con un Profeta (1), y la virgen de la tierra se convierte en la virgen de los claustros, donde la soledad florece como los lirios. Todavía llegaron algunas heladas brisas hasta aquella mansión solitaria; pero la planta misteriosa crecía bajo el amparo del Cielo en el invernáculo santo. El temor de Dios, Señores, penetrando en el corazón de San Agustín, pro-

---

(1) Isai., XLI, 19.

dujo en él la verdadera ciencia: las *Confesiones* de San Agustín, penetrando en el espíritu de Teresa, afirman en ella el temor de Dios, esa gran *ciencia del alma* que haría brillar con vivísimos fulgores las luces de su sabiduría.

Y no es, por cierto, que Teresa de Jesús se haya lanzado ávidamente en busca de la ciencia; no es que haya querido asistir á las lecciones ni á las Academias de los sabios. Ella ha descubierto un camino más breve y más seguro para lograr su objeto. Ha acudido á Jesucristo, y le ha dicho como la mujer del Pozo de Sichar (1): «Señor, dame de tu agua;» dame ¡oh Dios mío! donde yo pueda aprender tu ley, á la vez que tu amor. Y Jesucristo le responde: «Yo te daré un libro vivo» (2); y este libro era el mismo Jesucristo, y Teresa le ha estudiado sin cesar, y ha llorado sobre él, y sobre él ha sonreído, hasta tocar en aquella cúspide altísima donde se confunden por alta manera estos conceptos, *caridad, gozo, deliquio, delirio*, como se confunden estas palabras que tan adecuadamente los expresan, *cor amantis, cor amentis*; hasta beber en la fuente, en el nacimiento mismo del amor, fuente libre y abierta para todas las almas, libre y abierta como la luz, como el viento, como la flor del campo, como las ondas del Océano; pero donde los corazones puros ó arrepentidos beben y aspi-

(1) Joann., IV, 15.

(2) Libro de su Vida, cap. XXVI.

ran, y se fortalecen y se sacian, llegando á transfigurarse y á idealizarse por la fuerza de la virtud y de la gracia.

Sería imposible, Señores, para quien no se hallase inspirado como Teresa de Jesús, describir aquella guerra de amor, según ella misma la nombra, y que presenta todos los caracteres y las alternativas de tal. Ya es Teresa la Esposa correspondida del Cantar de los Cantares, «que padece con el exceso mismo de la felicidad, pero de cuyo mal, dice, el alma querría estar muriendo siempre» (1): ya es la mujer desconsolada que recorre las plazas y las calles preguntando á las gentes si han visto al que su pecho adora (2). Aquella herida que abrió el Serafín en el corazón de Teresa con la punta de oro del arpón de fuego, se ensancha más y más, y se hace cada día más profunda. Teresa de Jesús es como la mariposa, que busca la luz que la consume: ella quiere abrasarse en el amor de Jesucristo, y si esa luz se le esconde, la buscará otra vez, la buscará cien veces, la buscará siempre, hasta lograr su objeto.

La tierra le parece estrecha para contener la inmensidad de su amor, y exhalando dulcísimos ayes, se queja de esta suerte: «¡Ay de mí, ay de mi, Señor, que es muy grande este destierro, y pásase con grandes penalidades del deseo de mi

(1) Conceptos del Amor de Dios.

(2) Cant., III, 3.

»Dios! ¡Oh , Jesús mío , qué larga es la vida del  
 »hombre, aunque se dice que es breve! ¡Breve es,  
 »mi Dios, para ganar con ella una vida que no se  
 »puede acabar ; pero muy larga para el alma que  
 »desea verse en presencia de su Dios!» (1). ¡Ah!  
 decidme, hermanos míos , si no es este el trino de  
 la alondra que canta en las alturas, sin que la vista  
 alcance á divisarla.

Pero ¿á dónde voy yo para hablar de la sabiduría de Teresa de Jesús? Me he dejado insensiblemente llevar de la admiración y el entusiasmo que me inspira tan mística ternura. Mas hé aquí mi excusa: había escrito San Bernardo estas inimitables palabras: «El hombre entiende en proporción de lo que ama» (2); y yo creía probar que amando tanto Teresa, que casi pasaba su vida con Jesús, su sabiduría debía correr parejas con su amor.

Y, en efecto, la ciencia de Teresa era tan abundante y tan pura como la fuente de donde manaba. Seguidla, si os es posible, en las elevaciones de su espíritu; contempladla en sus oraciones y sus éxtasis, esos estados dichosísimos en los que el hombre, como escribía San Agustín, adquiere alas de ángel, en los que se revela á la inteligencia lo que los demás sabios ignoran; donde, quedando el

---

(1) Exclamaciones, XV.

(2) Quantum quisque diligit tantum intelligit. — *In Cantic.*

cuerpo en la tierra, viviendo del sol y del aire, lánzase el alma en los espacios para unirse con su Dios, apoderándose la mente de los secretos de toda sana ciencia, mucho mejor que en ningún libro ni en ningún estudio humano. ¡Oh tú, celda severa de Teresa de Jesús! déjanos entrever algo de esos cuadros de amor que presenciaste. Tu recinto se ensancha y tu techumbre desaparece, como para que se comunique mejor el Cielo con la tierra. Del cuerpo de Teresa de Jesús ve la imaginación salir esos resplandores virginales que sólo despiden los corazones que fueron siempre castos, como si el alma quisiera reunir allí toda la luz de la pureza humana, para prestar digno homenaje á la pureza divina. El infinito se entreabre sobre la cabeza de aquel sér tan amado; óyense celestiales armonías, y representantes de todos los coros angélicos aparecen sosteniendo nubes de plata y de rosa, donde unas veces desciende Jesús hasta Teresa, y otras se remonta Teresa hasta Jesús. Y en aquella comunicación íntima, perenne, inefable, del Cielo con la tierra, de la gracia de Dios con la libertad del hombre, difusión misteriosa de la Divinidad, efusión suprema del alma santificada, el espíritu de Teresa se identifica, en cierto modo, con el entendimiento del Verbo, y se engolfa más y más en los piélagos del conocimiento y del amor. Así es como ha penetrado Teresa de Jesús en las maravillas de la naturaleza creada; así ha contemplado las eternas verdades en su inalterable

belleza; así diríase que se le han hecho patentes todos aquellos arcanos y todos aquellos cielos que se le revelaron á San Pablo en los raptos de su caridad para con Cristo , y en el ferviente celo de sus apostólicas empresas.

Porque , Señores Excmos. , aunque descendamos de esto que el racionalista y el escéptico pueden mirar como giros y arranques de la fantasía excitada , á la desnuda realidad de las cosas , ahí están las obras de Teresa de Jesús para dar testimonio de su talento, testimonio de su saber, testimonio de sus intuiciones sobrehumanas. Las cuestiones de la Teología dogmática están tratadas en sus mejores producciones, y acaso más particularmente en el libro de su *Vida*, con una facilidad y una claridad que asombran , como quien pudiera dar lecciones de *Jerarquía* celeste á San Dionisio , de *Dios Uno y Trino* á San Atanasio, de *Gracia* á San Agustín. Ella se remonta á las regiones de la más alta Metafísica en el libro de *Las Moradas*, y las recorre como las recorrieron San Anselmo, Santo Tomás y San Buenaventura. La *Mística*, esa ciencia, propiedad exclusiva de los Santos , que jamás se podrá profundizar debidamente por un hombre sin virtudes , resplandece con deslumbradora luz en su *Camino de perfección*, y más aún en su *Libro sobre los Cánticos* , rico en purísimos afectos, y tan adecuado en su letra á la enamorada Expositora, que á no existir María, Madre de Dios, fuerza hubiera sido hacerla á ella una de sus espirituales he-

roinas. Teresa, en el libro de sus *Fundaciones*, supo hacer de la obediencia la virtud más amable, en un siglo alucinado con la libertad del pensamiento, y que minó por su base el principio de autoridad; y en él dejaba un monumento eterno de santidad y de sabiduría á las Ordenes religiosas, bajo cualesquiera reglas y condiciones que puedan instituirse. Teresa, en sus variadas é inestimables *Cartas*, revela al mundo una suma tal de discreción, de ingenio, de prudencia, que sólo es dado reunirlos á quien sabe medir con rara exactitud la extensión del entendimiento ajeno, y sondear los abismos del corazón humano. Teresa en sus *Poesías*, elocuente suspiro de un alma que muere de sentimiento, porque no muere pronto para vivir con su Dios, nos recuerda las sentidas y elegantes composiciones de Boscán. Garcilaso y Cetina; y la hermosura, en fin, de su estilo, hizo que nuestros sabios declarasen que Teresa era comparable á los escritores del siglo de Augusto, y la contarán sin vacilar entre los clásicos de nuestro suelo.

Así es, Señores, que Teresa de Jesús es con frecuencia la consejera de los Príncipes, á quienes en vez de llevar, como los falsos reformadores, el incienso de la adulación ó la lisonja, les dirige la voz de la verdad y del deber. Así Teresa es consultada por muchos hombres notables de su tiempo; hombres que se llamaban Hurtados de Mendoza, Sotos, Canos, Ledesmas, Fuentidueñas, Covarrubias y Arias Montanos. Así sus escritos habían de

seducir á dos bellos talentos , separados entre sí por tres siglos de distancia , Fr. Luis de León y Jaime Balmes: el primero se representaba á veces á Teresa de Jesús asistida del Espíritu Divino; el segundo creía , al leerla , estudiar á Malebranche explanando su famoso sistema (1). Así Gregorio XV y Urbano XIII la llaman Doctora de la Iglesia, y es como tal solemnemente aclamada en Salamanca, y se guardan sus obras con profunda estima en las Bibliotecas de las naciones más cultas de Europa. Así , en fin, llega á sojuzgar el entendimiento y el corazón de sus mismos enemigos; y aquel célebre heresiarca de la ciudad de Brema, que abre con prevención de odio las páginas de la Doctora insigne para refutarlas , acaba por humillarse conmovido ante tanta luz y tan suave dulzura.

Todo esto, Señor Exemo., admira y arrebató: pero falta mucho todavía para completar el cuadro. Hasta este instante hemos visto resplandecer en Teresa de Jesús la verdadera ciencia del alma en dos de sus manifestaciones más sublimes, el conocimiento de sí mismo y la posesión adecuada de las cosas espirituales y celestes; pero la ciencia del alma es también el deseo, el afán continuo y vehementísimo de instruir otros entendimientos y de perfeccionar otros corazones; de difundir por todas

---

(1) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, cap. VIII, nota 12.

partes el bien y la sabiduría, para gloria del Señor y para el mejoramiento de los pueblos. Y bajo ese aspecto tan interesante y tan fecundo, yo afirmo sin vacilar que no hallaréis en parte alguna, ni maestro más inspirado ni apóstol más celoso que la Santa á quien dedicamos en este día nuestros fervientes cultos.

El error protestante había de establecer los más fatales divorcios en diversos órdenes de la vida; é introducido clandestinamente en nuestra patria, pugnaba por enseñorearse de ella. No era, sin embargo, fácil empresa lograrlo. Teníamos en España aquella multitud de sabios que formaron nuestra edad de oro de las ciencias y las letras, desde los hombres más notables del reinado de los Reyes Católicos hasta los Padres y los Doctores celebérrimos de Trento; hombres cuya ciencia era más pura que la de los sabios de Italia, porque no estaba inficionada con la literatura del Renacimiento. Teníamos, asimismo, un Rey de mano fuerte, de convicción profunda y de espíritu inflexible; aquel Felipe II, Príncipe que constantemente ha sido el fantasma de los pequeños, la pesadilla de los agitadores, y el blanco de la ira de todos los heterodoxos; mas al que yo contemplo como la figura colosal que fatiga á la historia con la pesadumbre de su grandeza, y á quien la España católica debería consagrar monumentos sin número; porque supo salvarla de la horrible guerra civil y religiosa; porque amaba y protegía las ciencias y

las artes; porque favorecía al pobre y al pueblo; porque era español de corazón, y sólo pensaba en el engrandecimiento y la primacía de su patria, á la cual dió, con San Quintín y Lepanto, glorias inmarcesibles. ¡Ah, Excmo. Señor, y lo que son las pasiones humanas! Los mismos hombres que condenan y calumnian la memoria de ese Rey, no han sentido rubor de enaltecer á Monarcas y á gobernantes realmente hipócritas, tiranos y usurpadores, que han entronizado la violencia, han vulnerado la justicia y han despojado á los débiles. Teníamos, finalmente, Señores, para defender el Catolicismo y salvar las sociedades, en aquella crisis suprema, á Teresa de Jesús, que dirigía al hijo y sucesor del Emperador Carlos V cartas henchidas de respetuoso afecto y de halagüeñas esperanzas para la Religión católica, y sobre cuya frente parecía haberse posado el genio que inspiró tantas veces á Isabel I de Castilla; ¿el genio he dicho? era mejor que eso, era la divina paloma que batía sus alas sobre la cabeza de la virgen, iluminando su entendimiento con resplandores celestiales.

Teresa escogió su terreno para presentar el combate, y su campo fué el claustro. Uno de los pretextos que había alegado el Protestantismo para llevar á cabo su emancipación insensata, era la necesidad de mejorar las costumbres; mas al paso que lanzaba el falso grito de *Reforma*, iba penetrando en todos los recintos donde vivía, al

abrigo de la penitencia, la planta de la castidad, y puso mil mancillas en las blancas vestiduras de esa virtud sublime. Teresa de Jesús comprendió al punto toda la extensión del peligro que amenazaba á su patria, y se propuso conjurarlo, confundiendo la hipocresía del error, y dejando ver las relaciones bienhechoras que existen necesariamente entre el claustro y el mundo. Ella, sí, realizó una reforma verdaderamente pasmosa; porque, venciendo contradicciones sin número, allanando obstáculos que parecían insuperables, y que surgían á veces contra el florecimiento de la Religión, del seno de la Religión misma, consiguió hacer de la vida de la monja en su mansión solitaria el bello ideal de la mujer casta; luz que reflejando sus rayos sobre la frente de la doncella de nuestras sociedades, le revela los indefinibles atractivos del recato y el pudor, que constituyen su mayor prestigio y hermosura.

¡Qué espectáculo tan grandioso se presenta á nuestra vista! ¡Cuántas bellezas y dulzuras! Nuestra España, ennoblecida y regenerada con el ejemplo de miles de almas virginales, que han aprendido sus virtudes en el espíritu de la egregia Fundadora; y las naciones todas, adoptando una Reforma inspirada que producía sabrosos y abundantísimos frutos. El Patriarca de Jerusalém, Alberto, ha podido desde el Cielo reconocer de nuevo á sus hijos, y el Catolicismo sonríe con júbilo inefable. El enfermo tiene en su lecho de dolor cien

héroes de la abnegación y de la caridad; el indocto tiene cerca de sí cien sabios que le instruyan. Miradlos: son los hijos de la Religión carmelitana, los hijos de Teresa de Jesús. ¡Tal vez irán allí á recoger la inspiración para sus fundaciones Juan de Dios y Vicente de Paul!

Yo no sabría decir, hermanos míos, si fueron las contrariedades, las vigiliias, los cilicios, las mortificaciones, la actividad propia del Fundador, á quien consume la llama de su celo, lo que aceleró el fin de aquella criatura sobrehumana. Teresa de Jesús tenía herido el corazón por la fuerza de la caridad, y yo diré con sus preciosísimas frases: «¿Cómo podia haber medios humanos que curasen lo que enfermó el fuego divino?» (1) Teresa, pues, ha muerto, más que de plenitud de días y de conocida dolencia, de la intensidad de sus celestiales amores; y muere sellada en su costado como Francisco de Asís, pronunciando cánticos como Antonio de Padua, y se oyen en derredor de su lecho y de su tumba suspiros de seres invisibles, y se aspiran fragancias de la altura, y se ven luces, estrellas, palomas, árboles secos que florecen, ciegos que recobran la vista, paralíticos que andan, ángeles y bienaventurados, y hasta al mismo místico Esposo, al amorosísimo Salvador Jesús, que desciende para recoger y para acompañar á aquella alma, la cual partía tan pura de esta vida terre-

---

(1) *Exclam.*, XVI.

na, como cuando plugo á Dios formarla en los misterios de su misericordia. Ayer, Señores, fué descrito desde esta sagrada Cátedra el fin dichoso de Teresa de Jesús (1), que más bien que muerte fué un tránsito; y á aquel cuadro tan acabado y magnífico, yo nada podría añadirle, ni en composición, ni en dibujo, ni en colorido, ni en ideal, ni en efecto, ni en grandeza. ¡Bendito seas, oh Dios omnipotente y clementísimo, que así te dignas favorecer y ensalzar á tus Santos! ¡Bendita seas, Teresa de Jesús, que así fuiste amada y engrandecida del Salvador y Glorificador de las almas!

---

(1) Sermón predicado en la tarde anterior, última de un solemne Tríduo, por el Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Benito Sanz y Forés, Arzobispo de la diócesis, y que lo es actualmente de Sevilla.

---

---

## II.

Oh, y qué lección tan elocuente la de esa sabiduría humilde y extraordinariamente fecunda de Teresa de Jesús para las actuales sociedades, extraviadas con la libertad del pensamiento, y desvanecidas por las seductoras apariencias de la civilización que nos rodea! Nuestro siglo se ha entusiasmado hasta la locura con su ciencia y con sus progresos; pero rechazando los grandes elementos de la fe y la humildad, que constituyen muy principalmente la ciencia del alma, sin la cual no existe el bien, lejos de dar á los pueblos adelantos reales y provechosos, no han conseguido otra cosa que deslumbrarlos con glorias vanas y efímeras, y llevarlos por los caminos de la perturbación y la desgracia. *Ubi non est scientia animæ non est bonum.*

Para demostrar esta verdad, Señores, fijémosnos de nuevo en la herejía protestante, á quien aclaman los falsos sabios como libertadora de la

razón humana y como punto de partida de la civilización moderna, y se verá bien claro que aquel error funesto, siempre menospreciador de la verdadera ciencia, de la ciencia que eleva la mente y el corazón á Dios, no produjo nada útil y provechoso para la vida moral del hombre y de las sociedades. El Protestantismo dió, sí, copiosísimos frutos; pero ¡ay! fué su fecundidad la abundancia de las malas yerbas entre las mieses de la campiña. La Europa comenzó á lamentar muy pronto por su causa catástrofes y desórdenes sin número: la guerra de los campesinos, la coronación de Juan de Leyden, el suplicio de Servet, las luchas de religión de la vecina Francia. Un Rey teólogo que se puso en frente de Lutero para combatirle con su talento, se unió á él por el vínculo de la incontinencia, y el Cisma de Inglaterra aseguró por muchos siglos la triste dominación de los protestantes de Spira.

Muy curioso sería, si no afligiese tanto el ánimo, seguir paso á paso las variaciones de la Reforma. Bossuet asombró al mundo con su inmortal Historia; pero Bossuet no pudo conocer todas las volubilidades del Protestantismo. Entre sus primeros jefes, descubriremos á Lutero y Carlos-tadio rompiendo su amistad en lugares donde imperaba el vicio; y las luchas, los enconos y las rivalidades se vinieron sosteniendo hasta hoy en el seno de la Reforma por los corifeos y los ministros de los opuestos bandos. Entre las *Confesiones*

de fe hallaremos, en la primera época, las de Ausburgo, Smalcalda, Witemberg, Strasburgo, Ginebra y Sendomir, todas ellas más ó menos alteradas; pero también se repitieron y multiplicaron luego los congresos y las confesiones protestantes, hasta haber podido contemplar nosotros, en los últimos siete lustros, esos engañosos Sínodos Ecuménicos que en diversos puntos de Europa, y más paladinamente en Berlín, en Oppenheim y en Nürnberg, confesaron, por boca de sus hombres más notables, haber perdido la unidad religiosa en tres distintas esferas, en la doctrina, en el culto y en la Constitución eclesiástica (1). Y, por último, entre las diversas sectas de la Reforma, distinguiremos las de los luteranos, zuinglianos, calvinistas, que se subdividen en anglicanos, presbiterianos, sacramentarios, anabaptistas, socinianos, antitrinitarios, cuákeros, metodistas, gomaristas, arminianos, evangélicos, puseistas, no citando sinó los nombres más conocidos; habiéndose visto en nuestros mismos días, y en naciones que presumen marchar á la cabeza del progreso, errores que no me permitiré mencionar en esta Cátedra, porque son la afrenta y el ludibrio del espíritu humano.

Vengamos ahora, Señores, de las variedades y extravíos de la herejía protestante, en sus con-

---

(1) Véase á Perrone, en su obra *El Protestantismo y la Regla de fe*, parte III, cap. VIII, párrafo segundo.

ceptos dogmático ó litúrgico, á sus evoluciones filosóficas, y le veremos pasar al Sensualismo, al Materialismo, al Panteísmo, al Racionalismo. Hé aquí, seguida con toda rapidez, la serie de esas lucubraciones extrañas. Bacon de Verulamio busca en la observación de la naturaleza el único criterio de la verdad. Hobbes hace dimanar de un mismo principio el mal y el bien, y sólo á la ley civil concede el poder de distinguirlos. Vienen después Locke, que, dando á todos los conocimientos humanos uno de estos dos orígenes, la sensación ó la reflexión, acaba por resolver ésta en aquélla; Leibnitz, que, estableciendo una cierta independencia entre la materia y el espíritu, parece excluir en el hombre el libre albedrío y la acción continua de la Providencia; Hume, que rechaza el principio de causalidad, destruyendo así las relaciones de los seres; Kant, que no admite saber ni conocimiento alguno, incluso el conocimiento de Dios y del alma, fuera del orden fenomenal y sensible; Fichte, que deifica en cierta manera el *Yo*, haciéndolo origen de todo; Schelling, que enseña el Sér Absoluto y la identidad universal; Hegel, que sostiene asimismo la identidad de la sustancia, á la que denomina la Idea ó el Sér; Krause, en fin, que entendiendo por Sér el conjunto de todos los seres, y dando á esta totalidad los atributos de los seres particulares, va á caer en el Panteísmo de los últimos filósofos que le precedieron.

Y si queremos ya fijarnos, Señor Excelentísimo; en la última palabra de más recientes evoluciones, nos encontraremos con quimeras sin nombre y con aberraciones sin cuento: nos encontramos, digo, con el Dios de Renan, Dios incierto que vaga entre un lirismo sin animación y sin encantos, tipo creado y perfeccionado por la ciencia; con la religión de Stendall, especie de epicureismo literario, donde el Dios que el filósofo tolera ni aún tiene para el hombre virtuoso aquellos Campos Eliseos del Paganismo, sin dulzura, sin luz y sin belleza, *loca palídula, rígida, núdula*, que decía al morir un Emperador pagano; con la tesis materialista de Moleschott y de Buchner, tesis de hielo que encubre, sin embargo, en el orden moral un infierno de pasiones; con la religión de Comte ó de Taine, que, en medio de un espiritualismo inconcebible, es una necesidad sin pensamiento, el instinto ciego, el sér mecánico que, por combinaciones necesarias, produce la universalidad de los fenómenos y de los individuos, la glorificación puramente subjetiva del sér; en una palabra, el naturalismo puro de la religión positivista; con el Dios de Vacherot, noción abstracta, elaborada por las solas facultades metafísicas del hombre, la cual ni eleva ni sostiene el vuelo de las almas religiosas, y que nunca podrá satisfacer los anhelos de la conciencia humana, ávida de amar y poseer á un Dios real y verdadero. Y para acabar de pasmarnos y de entristecernos, nos encontramos con

esa genealogía humana de Darwin y de Häckel, transición insensible de la bestia á hombre, origen, Señores, que podrá satisfacer á esos seres todo sentidos, todo molicie, todo degradación y miseria; pero no á aquellos que conserven un resto de sentimiento en favor de lo noble y de lo grande, y quieran dirigir alguna vez su mirada hacia un mundo mejor, donde busquen para su entendimiento los reflejos de la Verdad Eterna, y donde aspiren á apagar la natural sed de dicha en un Bien Infinito.

¿Y en esto, decidme, en esto consiste la inagotable riqueza científica y filosófica que la Reforma protestante ofrecía á las sociedades, proclamando la libertad de examen y la emancipación del pensamiento? ¡Ah! yo no faltaré seguramente al respeto debido á aquellos hombres de buena fe que dedicaron su vida entera al estudio y á la meditación, aunque sin obtener la verdad; pero sí me compadeceré de ellos, recordando estas preciosísimas palabras de Santa Teresa de Jesús: «Hay sabios— dice »—que quieren llevar las cosas tan metidas por »sus entendimientos, que no parece sino que con »sus letras han de comprender todas las grandezas »de Dios» (1). En cuanto á los ateos y á los impíos, yo les gritaré con aquellas palabras del Eclesiástico (2): «No busques cosas más altas que tú, y no

---

(1) Conceptos del Amor de Dios, cap. VI.

(2) Eccli., III, 21.

»escudriñes cosas más fuertes que tú, porque el  
»poder de solo Dios es grande, y de los humildes  
»es honrarlo:» y les recordaré igualmente estas  
inolvidables frases de San Pablo: «Los griegos  
»buscan la sabiduría, y llamándose á si mismos  
»sabios, se han hecho verdaderamente necios» (1).  
¡Pues qué! ¿todas estas teorías del imperio de las  
sensaciones, y de la transformación incesante de la  
sustancia única; todas estas elaciones orgullosas  
de la razón de los falsos filósofos, pueden sostener  
seriamente la comparación con las concepciones  
profundas y con las saludables enseñanzas de los  
numerosos campeones de la verdad católica en  
esos mismos siglos; con las obras inmortales de un  
Belarmino, de un Baronio, de un Bossuet, de un  
De-Maistre, de un Bonald, de un Chateaubriand,  
de un Ráulica, de un Lacordaire, de un Wisseman,  
de un Kleutgen, de un Sanseverino, de un Balmes?  
¡Ah, Excmo. Señor! cuando se establecen parale-  
los razonados, concienzudos, imparciales, entre  
la verdad y el error; entre la verdad, tan clara en  
sus conceptos y tan sencilla en sus palabras; y en-  
tre el error, tan confuso en sus ideas, tan bárbaro  
en su lenguaje, es cuando hallamos más que nun-  
ca oportunas, y de aplicación adecuadísima, estas  
frases del libro del Eclesiástico: «La ciencia del  
»sabio es como agua de salud, y su consejo perma-  
»nece como una fuente de vida; pero hay una

---

(1) I Cor., I, 22.

»sabiduría que abunda en el mal, y la ciencia del »insensato consiste en palabras inexplicables» (1).

Ahora bien; así como nosotros hemos de rechazar, con la autoridad de la Iglesia, todo saber que no coexista con la fe y la humildad, porque perverte las inteligencias, así también debemos detestar todo progreso que no entrañe sentimientos religiosos y morales, porque corrompe el corazón. Y aquí, Señores, como soy sacerdote, y al sacerdocio católico se le moteja con harta frecuencia de retrógrado, y se le considera como irreconciliable enemigo de todas las conquistas de la ciencia, yo debo declarar que admiro los importantes descubrimientos de que tanto se envanece nuestro siglo; que no deploro que nos alumbremos con la electricidad, ni que los buques hiendan las ondas contra el viento, ni que corramos quince leguas en sesenta minutos, ni que crucemos instantáneamente nuestra palabra con los más lejanos Continentes. La Iglesia católica favorece todos los adelantos, los acepta, los bendice, los produce; pero quiere también alimento propio y vida propia para el alma, y se duele de que el hombre, en su vértigo, haya separado del cielo la mirada, hasta rebelarse contra Aquel que quiso hacerlo tan grande y poderoso.

El verdadero progreso, ha dicho un escritor de nuestros días, «es la natural gravitación por la

---

(1) Eccli., XXI, 16, 21.

cual el hombre debe propender hacia la Verdad absoluta y la Bondad infinita, que es Dios.» ¿Y podremos nosotros, según esto, llamar progreso á ese torbellino de la vida, donde ni se cree, ni se espera, ni se ama? ¿Será una civilización real ese abismo donde se juntan y se chocan, como en un horrible *pandemonium*, todas las pasiones humanas? ¿Será una civilización bienhechora esa excesiva industria que abandona los campos, y quebranta las fuerzas de la vida, y acrecienta el lujo, y mata la inocencia, y aumenta el pauperismo? ¿Será, en fin, un progreso legítimo ese foco de agitación inmensa, donde tantos hombres quieren convertirse en mercaderes, y hacen de sus sentimientos mercancías, porque todo en ellos es especulación, y cálculo y avaricia? Nó; mil veces nó. En una sociedad hasta ese punto extraviada, va desapareciendo toda idea de conciencia, de derecho, de deber, de caridad. Sólo quedan en pié el vicio, que todo lo consume; el interés, que todo lo devora; un egoísmo feroz que todo quiere sacrificarlo ante su altar; ese indiferentismo, Señores, y esa insensibilidad del corazón, que deja morir al hombre bajo su cubierta de hielo, sin exhalar un suspiro de arrepentimiento ni amor, como el viajero que se duerme sobre la nieve muere con la sonrisa fúnebre en los labios, sin conocer su desventura.

Para aquél, Señor Excmo., que ha estudiado otras civilizaciones, tan brillantes quizá, y aún de

más larga vida, está resuelto el problema. Roma tuvo también una cultura gigantesca: todavía encontramos por todas partes restos de sus vías, sus termas, sus gimnasios, sus circos, sus viaductos y sus coliseos, y en nuestros Códigos admiramos muchas de sus leyes; y, sin embargo, aquel pueblo que había desconocido el elemento moral y religioso, siendo siempre ambicioso, tirano, y por último escéptico y prostituido, debía sufrir una muerte sin gloria. Los Arabes del Yémen, con los Abasidas de Damasco y de Bagdad, y con los Beni-Omeyas de Córdoba, llevaron igualmente á su más alto grado una cultura esplendorosa; porque tenían una poesía brillante, una arquitectura que bordaba palacios de filigrana, rasgos de un valor personal y una delicadeza de sentimientos que asombra, y un raro conocimiento de las virtudes medicinales de las plantas; y, no obstante, esa cultura que vivió cuatro siglos, pasó sin dejar ninguna huella estable en la existencia de las naciones. Pues bien; si muere la civilización romana, porque es esencialmente descreída y corruptora; si cruza fugaz la civilización árabe, porque se apoya en la sensualidad y en el fatalismo, nosotros tenemos derecho para decir, que si la civilización moderna, racionalista, egoísta, sensual, no quiere sacudir los elementos funestísimos de la impiedad y del vicio, y aliarse, en cambio, con la fe, la caridad y la pureza; es decir, si no vive con la ciencia del alma, con la vida de Cristo, que armoniza la elevación

de la inteligencia con la virtud del corazón, y que se brinda á todo el que la busca, no ya sólo en el hogar y en el templo, sino en la Academia, en las armas, en el foro, en la tribuna, en el taller, en el tiempo, en el espacio, en la eternidad de los siglos, esa civilización, repito, no tendrá luz, ni gloria, ni bienestar para los pueblos.

¿No tendrá gloria ni bienestar, he dicho? ¡Oh, y si fuese esto sólo! Señores, cuando la cultura de los pueblos llega á la soberanía de la fuerza, al despojo del débil por el poderoso, al refinamiento de todos los goces, suelen venir de repente para ellos descomposiciones inauditas y catástrofes espantosas. Así sucumbieron las civilizaciones antiguas; así está amenazada de sucumbir la nuestra. «Los Bárbaros están á las puertas de Roma,» dijo un día una voz fatídica en el Imperio de los Césares: «los bárbaros golpean hoy fuertemente en las más poderosas naciones de Europa,» exclaman todos los hombres sensatos; bárbaros más temibles y feroces que las hordas germanas y escandinavas, porque son vándalos de su propia grandeza y de sus propias glorias.

Pero, hermanos míos, ¿cómo es que puede haber bárbaros dentro de la Europa de los Cruzados, de la Europa de los Reyes Católicos, de San Pío V, de D. Juan de Austria, de Luis el Grande, de Benedicto XIV, de Pío VII y de Pío IX? ¡Oh! yo he de decir toda la verdad, porque para eso soy en este sitio el apóstol de ella. Vienen sobre esta

sociedad descreída los bárbaros, esto es, el socialismo y el comunismo modernos, en primer lugar, porque los Gobiernos y los políticos de nuestros días—Dios lo ha permitido—están ciegos, y no conocen los medios eficaces de combatir al monstruo. Ellos han empobrecido y abandonado á la Iglesia católica, baluarte de todos los poderes, madre de todos los necesitados, protectora de todos los derechos. Ellos consentían, no ha mucho, que esa Iglesia fuese material y cínicamente ultrajada en las cenizas del bondadoso Pío IX, de ese inmortal Pontífice que casi está aclamado por la cristiandad entera como Santo. Ellos, ¡oh dolor! hoy mismo, en nuestra misma patria, en la patria de Recaredo, de Fernando III, de Isabel la Católica y de Teresa de Jesús, no han sabido impedir más de una vez que se intentara ahogar la palabra del misionero católico, que es palabra bendita; que se insultaran sus pasos, pasos de la abnegación y del sacrificio, pasos preciosos de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan el bien. Vienen sobre esta sociedad los bárbaros, porque, no digo ya los partidos radicales, que en la Europa toda son enemigos más ó menos declarados del Catolicismo, sino muchos hombres que pertenecen á escuelas menos avanzadas, no abrigan verdaderas y sólidas creencias: hablan como católicos y se conducen como volterianos; suelen asistir al templo, pero discuten la autoridad y los preceptos de la Iglesia docente; se llaman nuestros amigos, pero

sin escrúpulo nos despojan, y á veces, al par, intentan dividirnos. Vienen, en suma, sobre esta sociedad los bárbaros, porque no es ya un heresiarca que se ha hecho célebre, un grupo de novadores, un Sinodo de jansenistas ó cismáticos, un Congreso de libre-pensadores ó impíos, los que hoy se conjuran contra la Iglesia; es una coalición monstruosa de enemigos que se juntan en un odio común, precipitados por la soberbia de su entendimiento y por el desorden de sus apetitos; son, ¿por qué no he de decirlo? reyes, gobernantes, vasallos que se desvían ó propenden á desviarse de los senderos de la verdad y la justicia.

Pero ¡Dios mío! ¿no te dignarás Tú resucitar á estos muertos, dándoles vida á pesar suyo, como decía Teresa de Jesús? (1) ¿No restará á estas generaciones, hijas de tantas otras santamente cristianas, ni un medio de salvación, ni un rayo de esperanza? No hay más que uno, hermanos míos; pero afortunadamente seguro y facilísimo, y es reconocer dócilmente el magisterio divino de la Iglesia católica, escuchar la voz amorosa é infalible de su Pontífice Supremo, acatar las instrucciones y la autoridad de los sucesores de los Apóstoles; acentos únicos estos tres acentos, enseñanzas únicas estas tres enseñanzas, que pueden salvar á las sociedades en la tremenda crisis por que atraviesan: es inspirarse el rico y el poderoso en los

---

(1) *Exclam.*, X.

mandatos ó en los consejos del Evangelio, haciendo de las riquezas y los honores de la vida, no un escabel para la vanidad ó el orgullo, sino recursos y tesoros para ejercitar la caridad en sus múltiples manifestaciones; caridad de la limosna, caridad de la doctrina, caridad de las obras todas de la misericordia cristiana: es inspirarse el pobre en el amor al trabajo, en la dignidad del infortunio resignado y humilde, en los ejemplos bienhechores del Salvador del mundo, que vivió necesitado y pobrisimo entre las gentes, que no tuvo alguna vez en donde reclinar su cabeza (1), siendo Dios y siendo Rey. En suma; las sociedades lograrán regenerarse y ascender á la cumbre de su engrandecimiento, si saben sobreponer á todos los sofismas y á todas las seducciones de la tierra la verdad de Dios y la caridad de Cristo, diciendo y propagando con el espíritu de verdaderos hijos de la Iglesia estas palabras sentidas y fervientes, llenas de honestos júbilos para las almas felices, y de lágrimas purificantes para los corazones lacerados, que salieron de los labios angélicos y de la seráfica pluma de la mística Doctora: «*Sólo Dios basta!*»

Porque en vano, Excmo. Señor, pretenderán negarlo los incrédulos y los impíos de nuestro tiempo; únicamente la Iglesia católica, que enseña al verdadero Dios, y custodia y explica todos los grandes Misterios, puede ofrecer al mundo los

---

(1) Matth., VIII, 20.

ideales de su perfeccionamiento y su ventura. Así es que todo cuanto se ha hecho de más noble, de más bello y más útil en las sociedades, es debido á inteligencias ennoblecidas por el espíritu católico. Examinad, sinó, las legislaciones, y las veréis más justas y más sabias cuanto más predomina en ellas la influencia católica: examinad la política y los problemas sociales, y sólo en el Catolicismo encontraréis armonizados los derechos y los deberes recíprocos del rico y del pobre, de los Reyes y los pueblos. Examinad la Historia, y veréis que todas las empresas que exigían el valor y la abnegación, llevados hasta el heroísmo ó el martirio, han sido realizadas por hijos de la Iglesia católica: examinad todos los ramos del saber humano, y sólo los escritores católicos os presentarán una ciencia profunda, que sea al par sana y provechosa: examinad el arte, y el genio, desarrollado por el soplo cristiano, es el que ha sabido infundir mejor en una forma plástica una idea divina, como imitando las operaciones de Dios. Hasta la música sagrada, desde Palestrina y Pergolesi, hasta Rossini y Listz, está pareciendo al alma el sonido que baja de los cielos, y que vuelve á los cielos, henchido de las melodías de los ángeles.

Debiendo ya, Señores, resumir el presente discurso, yo os invito á dirigir una última mirada hacia las excelencias y enseñanzas de Teresa de Jesús, esa gran Santa y esa escritora insigne, que

en las claridades de su razón, en la elevación de su espíritu, en la ternura de su alma, se ofrecerá en todo tiempo á las generaciones creyentes como modelo de la fe que ilumina, del sacrificio que rescata, del amor que transfigura, encarnación de lo ideal en lo real, tipo revelador de toda verdad, de toda justicia y de todo amor casto. Genio de la ciencia que enseña al entendimiento á desplegar sus encantos bajo el amparo de la fe y de la humildad cristianas; columna que se levanta, como las antiguas pirámides, en los fastos de la Historia Eclesiástica, para engrandecer la Religión con la fuerza de la virtud; alma encendida en el fuego de la caridad, que, pareciendo elevarse hasta la contemplación de la Esencia Divina, nunca aparta, sin embargo, su corazón y su mano de las necesidades de su prójimo, Teresa de Jesús demuestra con su doctrina, y más aún con sus hechos, á los hombres de nuestras sociedades, extraviados por una falsa ciencia y por una civilización mentida, que el progreso realmente sólido y fecundo, el saber que instruye y engrandece, la vida que regenera y purifica, son únicamente aquellos que van acompañados de la sabiduría del alma, sin la cual no existe el bien. *Ubi non est scientia animæ non est bonum.*

He concluído, hermanos míos; pero antes de bajarme de esta Cátedra habré de suplicaros que guardéis fielmente en vuestra memoria algunos

pensamientos salvadores. Hijos nosotros de la católica España, procuremos conservar íntegra la herencia de nuestra antigua fe, que es la fe custodiada por la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, y que se halla tan íntimamente unida con nuestras glorias nacionales; y estemos ciertos de que esta noble nación, casi desdeñada hoy en los conciertos de la diplomacia europea, no necesita otra cosa que recobrar aquella fe para volver á ser grande y fuerte. Con sólo recordar los días felices que precedieron ó contemplaron á esa virgen insigne, podremos ver que con la unidad y la pureza de nuestras creencias tuvimos, entre otros personajes ilustres, en las letras un Cervantes, en la teología un Melchor Cano, en el trono una Isabel la Católica, en política un Cisneros, en la poesía un Fray Luis de León, en las armas un Gonzalo de Córdoba, en los claustros un Ignacio de Loyola. ¿Quién sabe? Acaso esta devoción creciente á Teresa de Jesús, una de las más grandes figuras de la Iglesia Católica, sea precursora del reinado de la verdad y la justicia, como las aves fueron para Colón mensajeras de una playa cercana; el crepúsculo matutino al que sucedan el sol de la reparación para un Pontífice oprimido, las señales del triunfo para la Iglesia y sus Pastores, el comienzo de un nuevo poderío para nuestra patria, el consuelo y el júbilo para todos los espíritus sensatos. ¡Oh! Yo no debo, yo no quiero creer que ninguno de los que se encuentran

hoy bajo estas bóvedas haya podido olvidarse de la religión de sus mayores, de la ortodoxia de sus maestros, de los consejos de una madre piadosa, de su primera Comunión, de los ramos de flores depositados en la infancia ante los altares de la Santísima Virgen, de las dulces é interesantes devociones practicadas en el hogar de la familia. Pero si desgraciadamente le hubiera, que implore hoy humildemente á Dios, en medio de su ceguedad ó de su duda, y Dios *ayudará su incredulidad* (1), y se dignará comunicársele entre el aliento vivificador de su gracia. Viajero desorientado en los caminos de la vida, haga lo que el caminante perdido por la noche en la soledad del bosque ó en la aspereza de la montaña: elevar su voz por los espacios para ver si le responde otra voz que le dé aliento, ó aparece una cercana luz que le dirija.

Y tú, Teresa de Jesús, tú que tienes el Cielo en tu razón clarísima, el Cielo en tu espíritu de Reformadora, el Cielo en tu corazón de Esposa mística de Cristo, ¿no es cierto que en este día te brindas á ser la luz que guíe los entendimientos y que salve las almas, la dulce medianera que ha de alcanzarnos del Señor la fe para elevarnos hasta

---

(1) Marc. IX, 23: *Domine, adjuva incredulitatem meam*; esto es, *acrecienta mi fe*, ó, como explica el señor Torres Amat al traducir este pasaje, fortalece mi confianza.

la Suma Verdad, la esperanza para anhelar el Sumo Bien, la caridad para amar la Bondad Suma? ¿No es verdad que tú pedirás siempre por estas comarcas castellanas que te vieron nacer, perfeccionarte, morir, triunfar del tiempo y de la muerte, y que velarás solícita por los destinos de todo el pueblo español que tan ardientemente te venera, y que hace ya dos centurias te aclamó por protectora y Compatrona? ¿No es verdad que estos cultos te son aceptables como los suspiros piadosos, y que al llegar hasta ti con las espirales de humo del incienso sagrado, los presentarás ante el trono del Eterno, interesándole por nuestra ventura? ¡Dulce y blanca paloma de los Cánticos! Tú, que, según tus propias frases, emprendías «aquel vuelo del alma, levantado por el amor del Soberano Rey para alzarse de todo lo creado, y de sí mismo el primero; vuelo suave, vuelo deleitoso, vuelo sin ruido» (1), enséñanos á levantar frecuentemente nuestro pensamiento hacia Dios, y á desasirnos sin pena de cuanto es terreno y deleznable! Tú, que á una ciencia y á una dulzura de ángel juntas una humildad perfecta y una fortaleza heroica; tú, que estás pronta siempre para la obediencia y el sacrificio; tú, cuyo propio corazón, milagro vivo y permanente de la Providencia Divina, florece hoy mismo en los altares de la mo-

---

(1) Libro de su Vida, cap. XX.

rada feliz que recibió tu suspiro postrero, como florecen las rosas, con sus espinas y con sus perfumes, para arrobamiento del creyente y para confusión del impío; infunde una centella de tu virtud en nuestro ánimo para hacernos á un tiempo dignos y capaces de emplear con provechoso celo nuestra inteligencia, nuestras horas, nuestra fortuna, nuestra palabra, nuestra sangre, nuestra vida, en la causa de la verdad y el bien. ¡Santa mía, Santa de mis especiales oraciones (1), en cuyo elogio tuve la dicha de consagrar, como primicias de mi sacerdocio, mis débiles acentos, ven; estos hijos fidelísimos de la Iglesia Católica, españoles

---

(1) El 15 de Octubre de 1856, siendo el autor de este libro Cura ecónomo de Montillana, en el Arzobispado de Granada, predicó la vez primera el panegirico de Santa Teresa de Jesús en el convento de Carmelitas Descalzas de aquella capital, por encargo del Ilustre Colegio de Abogados de la misma; señalada distinción que le fué luego dispensada con frecuencia. También en 1883, y por bondadosa invitación del nunca bastantemente llorado Doctor D. Narciso Martínez Izquierdo, Obispo entonces de Salamanca, pronunciamos el Panegirico de la Santa en el convento de Religiosas Carmelitas de la villa de Alba de Tormes. Esta fecha de tan grato recuerdo, y la fecha tristísima de la muerte de dicho venerable Prelado, siendo Obispo de Madrid, y teniendo por Deán de su Iglesia al que escribe estas líneas, hacen que la memoria de aquel esclarecido Pastor, mártir de su deber y de su celo, esté grabada, por indeleble modo, en nuestra memoria, y que le dediquemos á toda hora nuestros fervorosos sufragios.

entusiastas de tus glorias, quieren hoy colocar sobre tus sienes una corona de amor, dando á todos los vientos tus singulares alabanzas; y ojalá que esas almas que te coronan y bendicen, y yo que te coronó y te bendigo con ellas, tengamos la dicha de verte y de reinar contigo en la Jerusalém eterna de los bienaventurados.—Así sea.





SERMON

SOBRE

**EL MISTERIO DE LA CONCEPCIÓN INMACULADA  
DE LA SANTÍSIMA VIRGEN,**

PREDICADO

EL 8 DE DICIEMBRE DE 1882,

EN LA REAL CAPILLA DE MADRID,

CON ASISTENCIA

DE S. M. EL REY D. ALFONSO XII.



---

*Fecit mihi magna qui potens est.*

El que es poderoso hizo para mí grandes cosas.

SAN LUC., I, 49.

**D**IOS TE SALVE, Virgen purísima de las eternas mansiones, sol sin nubes del día, luna de las serenas noches, lucero resplandeciente del alba! ¡Dios te salve, iris de paz que brillas sobre los horizontes de la vida, y cuyos colores son las gracias con que el hombre calma sus pesares, modera sus placeres, alumbra su inteligencia y hace arder su corazón en un fuego sagrado! ¡Faro encendido desde la eternidad por el soplo del Altísimo, alegría indeficiente de los Cielos, tesoro inagotable de la tierra, mujer privilegiada unida por vínculos indisolubles con todas las Personas de la Trinidad Augusta, hija obediente del Eterno, Santuario del Espíritu Divino, Madre Inmaculada del Increado Verbo, Dios te Salve!

Señor: es este un débil eco de esos ímpetus evangélicos con que las inteligencias poderosas y

los corazones vehementes, llevados como en alas de su devoción y de su amor á la Santísima Virgen, parecen penetrar en las regiones de lo sobrenatural y lo eterno. El espíritu humano aspira por tres conceptos á elevarse hacia lo infinito; ó por el vuelo de la ciencia, ó por los arrobamientos de la virtud, ó por los esfuerzos del genio en las revelaciones del arte, y no hay camino más seguro para ascender sin peligros á la celeste cumbre que la devoción y el culto de la Madre de Dios, asiento de la sabiduría, Madre de la divina gracia, tipo adorable de la verdadera belleza. Si algunos espíritus severos han podido censurar que se haga del Cristianismo un sistema de poesía; si hay, en efecto, poetas y utopistas de la inmortalidad que se lanzan con avidez en las esferas de lo vago y de lo incierto, no hay, no puede haber inconveniente alguno en cantar, con todo el entusiasmo de que es capaz el alma, las grandezas de esa mujer privilegiada, á la cual nos muestra la Escritura (1) «cu-»bierta con el Sol, y la Luna debajo de sus piés, y »ceñida su cabeza con una corona de doce estre-»llas.» Nó; en este interesante examen, el pensamiento no corre riesgo de perderse. Dejar á la imaginación fantasear alegorías y bellezas, es entrever la realidad; levantar más y más el estilo, sería acercarse á la idea. ¡Oh! Al pronunciar yo ahora las alabanzas de esa criatura bendita, qui-

---

(1) Apoc., XII, 1.

siera desplegar todas las galas de una frase brillante y seductora. Yo quisiera que en el presente discurso fuese una flor cada idea, cada palabra una flor. Pareceríanme pocas, para llevarlas delante de María, las flores todas de aquellos suntuosos jardines que vieron las playas de la Propóntide y las orillas del Tigris.

El arte cristiano, Señor, ha retratado á María, en el Misterio de su Concepción Inmaculada, resplandeciente de majestad y de dulzura; y cuando el artista tenía el alma henchida á un tiempo de piedad y de fe, como la tenían Montañés y Murillo, sabía poner en el rostro y en el ademán de María esa hermosura ideal que da un tono divino á la belleza humana. Por esto, habiendo de hablar yo hoy de ese Misterio altísimo, debiera igualmente poseer algo de aquellos ricos tesoros de la piedad cristiana, únicos con los cuales se logra vislumbrar en algún modo los arcanos de gloria, de gracia y de poder que tal Misterio encierra. Implorando, pues, del Cielo en este instante que mi espíritu se purifique y se ilumine en el temor del Señor, intentaré demostrar muy brevemente que el dogma de la Concepción sin mancha de la Santísima Virgen es UN MISTERIO DE GLORIA PARA DIOS, UN MISTERIO DE GRACIA PARA MARÍA Y UN MISTERIO DE PODER PARA LA IGLESIA; pensamientos todos que pueden resumirse en las palabras de mi tema: AQUEL QUE ES PODEROSO HIZO PARA MÍ COSAS GRANDES. *Fecit mihi magna qui potens est.*

¡Madre mía! Yo, á semejanza de los ancianos del Apocalipsis, quisiera tener una arpa en una mano, y en otra una copa de oro llena de sagrados perfumes. Yo deseara que de mi lengua brotase un torrente de elocuencia para ensalzarte y bendecirte; pero dignate ¡oh dulce Madre! aceptar mi humilde elogio, porque es, en este momento al menos, el elogio de la verdad y del corazón. Yo confío en que Tú me acojas, en que me inspires Tú, y en que vayas delante de mí por el camino de tus alabanzas, si todos te saludamos con las palabras del Arcángel.—AVE MARÍA, etc.

---

---

## I.

### SEÑOR :

Dos órdenes de seres inteligentes y libres fueron formados al soplo de la voluntad creadora del Eterno; los ángeles para el Cielo, y el hombre para la tierra. Los ángeles fueron muchos, porque eran adoradores: el hombre no debió ser más que uno, porque era, además, rey. Ambos pecaron contra su Hacedor; pero entre la prevaricación angélica y la prevaricación humana existen radicales diferencias. El ángel, mucho más rico de gracias, fué más culpable en su pecado, y sólo halló en su caída el brazo de la justicia divina: el hombre, menos colmado de los dones de Dios, fué más excusable en su desobediencia, y vió que se le tendía la mano de la misericordia en la promesa de su redención futura. A los ángeles buenos les fué concedida la confirmación en la gracia, en premio de su fidelidad: el hombre quedó siempre dé-

bil, en testimonio de su culpa. Entre los ángeles, espíritus puros que no habían de reproducirse, no podía haber la solidaridad de la falta ni la reversibilidad del mérito: el hombre, que había de multiplicarse por la generación y que representaba una especie, transmitió necesariamente á su descendencia sus grandezas y sus miserias, por esa eterna ley de que lo semejante engendra á su semejante, afinidades misteriosas que no penetran menos en las regiones del espíritu que en las condiciones físicas de la humanidad; teniendo, en cambio, para su consolación y su dicha, el dogma maravilloso de la *Comunión de los Santos*, árbol bendito de la virtud de los justos y de la protección de los Cielos, cuyas frondosas ramas y delicado fruto nosotros podemos alcanzar con nuestras manos (1).

Indicada así rápidamente la doctrina católica acerca del pecado original, reflexionemos ahora sobre la excepción afortunada de aquella universal ley; sobre la Concepción sin mancha de la angelical María, excepción tan grata y tan consoladora para el corazón cristiano, y que es, antes que todo, un misterio de gloria para la Divinidad.

---

(1) El orador hubiera querido estudiar más detenidamente, bajo su aspecto teológico, las excelencias del privilegio de la Santísima Virgen, en su Concepción Inmaculada; pero los límites fijados en las Constituciones de la Real Capilla para esta clase de discursos, servirán de legítima excusa á tanta concisión y laconismo.

Dios, Señor, es Inteligencia Infinita, Causalidad Suprema, Ente Simplicísimo. Los días que pasan para nosotros, las generaciones que se suceden, son para Él un solo día y una sola generación. Pero así como en el mundo físico hay un sol, en derredor del cual giran los demás planetas, así en la universalidad de las obras de Dios hay una obra por la que todas tienen su existencia y su vida; el ángel que adora, el hombre que reina, el ave que canta, el astro que brilla, el mar que ruge, el arroyo que murmura, el campo que florece, y esa obra es la Encarnación del Verbo. Nosotros decimos que el mundo fué creado para el hombre; nosotros discutimos si el Verbo hubiera venido aunque el hombre no hubiera pecado; y el mundo que se crea, el hombre que peca y el Verbo que redime son un pensamiento solo en Dios, eslabones de una sola cadena, objetos que se resuelven en una unidad admirable, pero donde resalta siempre una cosa preexcelente, el mayor esfuerzo, si así puede decirse, de la Omnipotencia, el Verbo hecho carne en medio de los hombres.

Prevista la grande obra de la Encarnación, dispuesta convenientísimamente, según la Sabiduría y la Voluntad del Altísimo, éste designa en el mismo acto una Madre para esa humanidad, una Madre digna de misión tan excelsa; y ya esas dos ideas, esos dos personajes van corriendo paralelos en la mente de Dios, como irán después unidos sobre la tierra, unidos en el Cielo y en la eternidad.

Sin duda que entre ámbos queda siempre una distancia inmensa, la distancia que media entre lo infinito y lo finito, entre el Creador y la criatura; pero la existencia de ese Dios hecho hombre no puede concebirse sin la existencia de la mujer que ha de llevarle en su seno, y, de consiguiente, la gloria de la Madre es de todo punto inseparable de la gloria del Hijo. Todo cuanto haya en el Hijo de absoluto, debe derivarse en su Madre; si Aquél es puro, santo, inmaculado por esencia, ésta ha de ser pura, santa, inmaculada por participación.

La verdad de este razonamiento se vino proclamando en alta voz, y con fervor creciente, por la conciencia pública cristiana, personalidad moral, cuyos juicios son profundos, y cuyos fallos son irrecusables. Ella comprendía ya por el Evangelio, y aprendió después más claramente por dos célebres Concilios (1), que María es la MADRE DE DIOS; y de esta bella y luminosa premisa sacó muchas bellas y luminosas consecuencias. Si María es la MADRE DE DIOS—parecía decir á todos los entendimientos,—ese Dios, de quien es Hija y Madre á la vez, debe ejercer con Ella en sumo grado los atributos de su Omnipotencia, de su Amor y de su Santidad. Negad, dudad tan sólo de la Concepción Inmaculada de María, y yo os argüiré sin vacilar: «El poderío de Dios tiene un límite; el amor de

---

(1) El de Efeso, celebrado en el año de 431, y el de Constantinopla, en 553.

»Dios tiene un término; la santidad de Jesucristo, »Dios Encarnado, no brilla con todo su resplandor »inextinguible; hay en ella una sombra.» Porque, sabedlo, Jesucristo y Maria son como dos rayos de luz que parten del mismo foco, y se reflejan sobre el plano inclinado de la historia del mundo; apagad el uno, y veréis oscurecerse el otro: son como dos flores hermanas que han brotado en el Edén, del mismo tallo, la promesa de Dios; marchitada la una, y la otra perderá bien pronto una gran parte de su belleza.

No sostengáis vosotros, sectarios de un racionalismo orgulloso, que no es digno de la majestad de Dios alterar sus leyes generales; que aparte de que vosotros no conoceréis jamás todo el secreto y la economía de estas leyes, yo puedo responderos que la ley y cualquiera de las excepciones de la ley fueron establecidas al mismo tiempo por Dios, y ellas forman contrastes armoniosos en los mundos de la naturaleza y en los mundos de la gracia. Y vosotros, corazones seducidos por el mentido ardor de un falso celo, ó por la timidez hipócrita de una aparente piedad, no temáis que la Concepción Inmaculada de María pueda igualar su sér con el sér de Jesucristo, tendiendo así como á suscitar rivalidades donde no hay más que amor: yo os repito, para esclarecer vuestra mente y para aquietar vuestro ánimo, que Jesucristo posee toda la gracia por su propia virtud, porque es Autor de ella; y que María está adornada de esa gracia por

singular privilegio, por haber sido la criatura á quien, después de Jesucristo, se encomendó en el Universo el más alto destino.

¡Oh! ¡Cuán hermoso es, Señor, ver á María reconocer modestamente su grandeza, y glorificar al Señor con la humildad más santa en aquel sublime Cántico que debió hacer suspender sus himnos, para escucharlo y bendecirlo, á los Angeles y los bienaventurados! Si puede decirse que la naturaleza canta incesantemente las alabanzas de su Creador, diríase de la misma manera que el MAGNIFICAT es la dulce y perpetua acción de gracias de María ante el trono de la Divinidad. El gran Bossuet creía deducirse la Concepción Inmaculada de María de esta frase profunda: «El que es Omnipotente hizo para mí grandes cosas;» y estas palabras tan llenas de incomprensibles arcanos resonarán constantemente en el fondo de todos los corazones piadosos, que elevarán hasta Dios y María los homenajes de su espíritu. Nó, no será solamente la Virgen de Israel la que exhale su alma en aquella adoración suprema, sinó que todos los siglos, todas las generaciones, todas las grandes inteligencias vendrán estudiando y adorando ese Misterio, y en todas las lenguas se exclamará con júbilo inefable: «¡Gloria á Dios en el Misterio de la Concepción sin mancilla de la Virgen Madre!»

Veamos ahora, Señor, cómo este dogma es también un misterio de gracia para María.

---

## II.

CUANDO examinamos detenidamente la economía de la Creación, hallamos que todo en ella tiene su cúspide, sus enlaces, sus gradaciones: vemos la jerarquía impresa en los Cielos y en la naturaleza. Esto mismo, Señor, acontece en el orden de la gracia. Nacida de la Esencia Divina, allí tiene su elevadísimo asiento: en la unión de la divinidad con la humanidad, tiene su manifestación más cumplida: derivada de esas fuentes sobre los corazones de los hombres, y relacionada con su libertad, ella disminuye hasta desaparecer ó se aumenta hasta el arrobamiento.

De aquí podemos inferir cuán ricos sean los tesoros de virtud y de gracia que inundan el espíritu de la Santísima Virgen. Concebida desde la eternidad en la mente del Altísimo; salida de sus

labios la primogénita de todas las criaturas, Ella debe haber recogido en el manantial mismo de la gracia la porción más noble y excelente. Templo sacratísimo donde ha de realizarse aquella unión dichosa del Verbo con la carne, la gracia se ostentará en María con toda su plenitud. Alma cuyas potencias se ejercitarán tan sólo en recordar los beneficios, en conocer la verdad y en desear el amor de su Dios, los resplandores de la gracia han de manifestarse en María con todos sus efectos y todas sus maravillas.

Así es, Señor, que la predestinación de María vino tendiendo hacia la realidad del sér por un camino sembrado de flores de celestial perfume, y con la suavidad irresistible de las disposiciones de la Providencia. Y en medio del Paraíso es donde ya escuchamos el oráculo por excelencia de María, su preconización más solemne y trascendental, la que devuelve la esperanza al mundo. Ya allí pueden adivinarse todas las perfecciones que han de adornar á ese sér venturoso, y al frente de ellas la gloriosa dispensa de una ley que regía para todos los hombres, el Océano de gracias que separa dos orillas que no se tocarán jamás, la excepción portentosa del pecado de origen. La preparación de los siglos continúa. Abraham, Jacob, David van formando la sangre ilustre de la Virgen de Nazareth. Las mujeres más insignes de la Antigua Ley, Sara, Rebeca, Raquel, Ruth, Judith, Ester y la Madre de los Macabeos van haciendo como el

bosquejo de sus preeminencias; y digo el bosquejo, porque ni Sara es tan fiel, ni Rebeca tan gentil, ni Raquel tan hermosa, ni Ruth tan modesta, ni Judith tan fuerte, ni Ester tan pudorosa, ni la madre de los Macabeos tan sublimemente heroica. Por todas partes brotan los símbolos, las figuras y los emblemas de Maria: *la tierra virgen del Paraíso*, productiva sin germen; el *Arca* que no naufraga, la *escala* que pone en comunicación á la tierra con el Cielo, la *zarza* que no se quema, la *Fuente sellada*, el *Jardín cerrado*, la *Puerta del Santuario* que mira hacia el Oriente, y que no se abrió jamás á los pasos de ningún hombre. Los pueblos han oído las tiernas frases del Esposo á la amada de los Cánticos: «Toda eres hermosa, amiga mía, y mancilla no hay en ti» (1); se han recreado en estas dulces palabras que Asuero dirigió á Ester: «Esta ley, establecida para todos, á ti no te alcanzará» (2). Los escritores sagrados van á concluir en Esdras y Nehemías, cuando aún se oye un sonido de las antiguas liras en los Libros de los Macabeos. Los oráculos enmudecen: el cetro se escapa de la estirpe de Judá: los siglos esperan: está ya para lucir el gran día del Universo.

La mujer extraordinaria que ha ocupado toda la eternidad que la antecede, y ha de ocupar toda la eternidad que la sigue, va á recibir su existen-

---

(1) Cant., IV, 7.

(2) Esth., XV, 13.

cia. En vez de la auréola de las Profecías, descien-  
den de los Cielos torrentes de eficacísimas gracias.  
Es aquel un momento supremo. El primer instante  
del hombre, hijo de Adán, es la primera man-  
cha de la culpa: el primer instante de María ha de  
ser el triunfo más completo sobre el infierno y el  
pecado. ¿Cómo, decidme, se ha obtenido esta in-  
marcesible victoria?

¡Oh! Era—escribia un Obispo de la antigua  
Francia, Euquerio de León,—«que la sangre de  
»Jesucristo, que había de ser tomada del castísimo  
»cuerpo de María, producía anticipadamente para  
»ésta una redención más extensa que para los de-  
»más hombres.» Era que el mérito infinito del sa-  
crificio de Jesús se elevaba hasta la Concepción de  
su Madre para hacerla inmaculada, pareciéndose,  
según la bella comparación de un privilegiado ta-  
lento (1), «á esas hermosas fuentes que elevan el  
»agua de sus surtidores hasta el nacimiento de sus  
»manantiales.»

Yo, Señor, me represento un ángel, acaso Ga-  
briel, *fortaleza de Dios*, que de manos de éste re-  
cibe una alma que ha creado hermosísima, vestida  
de la brillante luz del Sol eterno, y que, como  
Custodio destinado á su guarda, la lleva á unirse  
con un cuerpo de perfección admirable, que se  
formó en el seno de Madre fecunda por bendición

---

(1) Bossuet, *Serm. 2 sur la Concept. de la Vierge*,  
1.<sup>er</sup> point.

especial del Cielo. El espíritu del mal espiaba ya el momento de esa unión misteriosa para echar sobre ella su hálito emponzoñado: pero el ángel le muestra el decreto del Eterno que exceptúa á María de aquella ley imperiosa y terrible. El ángel caído se agita en impotente ira, maldice y blasfema; el ángel fiel, sereno como el poder de la virtud, le repite la palabra de Dios en el Paraíso: «Esa mujer quebrantará tu cabeza.» *Ipsa conteret caput tuum* (1). Luzbel huye, el ángel permanece, y la unión de la materia y el espíritu se verifica en María con una pureza incorruptible. Es la primera concepción sin mancha que ha visto la tierra desde el Edén perdido. Un mar borrascoso se estrella contra la roca que salpica de espumas, y el cisne se cierne sobre el seguro nido que tiene colgado en la cumbre. Algunos años más, y el Ángel descenderá realmente para apartar el velo de ese profundo misterio, y saludar así á una casta doncella en presencia de las generaciones atónitas: «¡Dios te salve, llena de gracia!»

¡Bendita seas mil veces, Madre mía! Tú eres la pura azucena, cuya blancura resalta en medio de los abrojos; la rosa de Jericó, cuya belleza nunca estuvo ajada ni marchita; el ciprés majestuoso que se alza sobre los más altos montes de Sión; la palma que con su verdor excita la emulación en Cades; el plátano más bello que florece á la orilla

---

(1) Génes., III, 15.

de las aguas; el cedro más encumbrado del Líbano; el bálsamo más aromático, y el terebinto más frondoso. Las generaciones elegidas pasarán por delante de ti en toda la sucesión de los tiempos, y dirán con la alegría del corazón purificado: «¡Un misterio de gracia se ha realizado en la dichosa Concepción de la Madre del Verbo!»

Veamos ya, finalmente, cómo esa Concepción Inmaculada es también un misterio de poder para la Iglesia.

---

---

### III.

CUANDO el hombre pensador y religioso estudia á fondo la influencia de la Madre de Dios en las sociedades cristianas, comprende desde luego que en el período de las herejías indo-helénicas el culto de María fué, por decirlo así, la luz; en el período de las herejías dogmáticas, fué la fuerza; en el período de las herejías escolásticas, la revelación perfecta de lo gracioso y de lo bello; en la invasión de la herejía protestante, el freno de las inteligencias extraviadas y el sentimiento de lo tierno y de lo casto. Y cuando hemos llegado á estos aciagos días de racionalismo delirante y de materialismo absurdo, la devoción y el culto de la Santísima Virgen, elevados á todo el ideal de su magnificencia divina con la definición dogmática de la Concepción sin mancha de María, se han

manifestado á la vez como luz, como fuerza, como hermosura, como pureza y como amor para la regeneración de los pueblos.

¿Quién no recuerda, Señor, aquel venturoso día en que el Vicario de Jesucristo, rodeado de una gran parte del Episcopado católico, oyendo las súplicas de los fieles y dando una fórmula á la fe de los siglos, repetía, aunque con distintas palabras, esta salutación del Arcángel: «¡Dios te salve, llena de gracia!» ¡Oh! Con ese acto de inspiración sublime, la Iglesia se mostraba como el agua de los nacimientos, que brota cristalina junto á las turbias aguas de la avenida del torrente; puesto que en las mismas horas de la tribulación ella misma se engalanaba con el blanco vestido de las bodas, confundiendo así la satánica soberbia y los presuntuosos alardes del filosofismo contemporáneo.

Sí; á contar desde ese momento solemne, el inolvidable Pío IX, aquel sér privilegiado á quien deberá llamarse en la historia «el Pontífice de la Concepción Inmaculada,» caminando siempre bajo el amparo de la celestial María, daba comienzo á aquella serie de *Alocuciones* sentidas, de *Encíclicas* admirables, que, resumidas en el *SYLLABUS* de todos los errores modernos, constituyen el esfuerzo más colosal que la sabiduría de un Maestro y la solicitud de un Padre hayan podido hacer para escudar á las sociedades contra los vientos de la mentira y contra las avenidas de la desgracia.

Es decir, que el 8 de Diciembre de 1854 trajo el 8 de Diciembre de 1864; y como si esto no fuese todavía bastante, esas fechas imperecederas traían el 8 de Diciembre de 1869. Llevando en los labios el nombre de la Inmaculada María, fué como el sucesor de Pedro congregaba un Concilio Ecuménico, que indicase rumbos salvadores á la inteligencia y al corazón, á los individuos y á las sociedades, á los soberanos y á los pueblos. ¡Ah! La fe creía sentir la presencia del Espíritu Consolador, que enviaba su soplo misterioso sobre los depositarios de la santa doctrina: la razón católica sabía muy bien que de aquella Asamblea augusta habían de correr por todas partes ríos caudalosos de salvación y de vida. Pero además, la fantasía, tendiendo libre su vuelo, descubría mucho aún. Veía los restos monumentales de la Roma pagana inclinarse respetuosos ante la enseña del Evangelio; veía tornarse claras y tranquilas las amarillentas aguas del Tiber; veía al Tirreno y al Adriático rizar alegremente sus ondas; los Apeninos saltar de gozo; las campiñas cubrirse de olorosas flores; y allá, bajo el azul del cielo, colocada sobre nubes de carmín y de oro que sostenían los Serafines, divisaba á la Reina de los Ángeles, que descendía para iluminar con su luz á los representantes de la Iglesia docente, y para inspirar y asistir con especial amor á su Jefe visible en la tierra.

¡Oh tú, sombra venerable y augusta del inmortal Pío IX! Yo debo detenerme un instante para

saludar tu nombre y para bendecir tu memoria. Muy triste es recordar cómo y hasta qué punto fué colmado de amargura tu corazón tan noble y bondadoso; pero es dulcísimo saber que en esa larga prueba tú supiste alcanzar la lira de los Profetas y la corona de los Mártires. Nosotros nos figurábamos que ibas á vivir siempre, porque te veíamos casi ángel por el heroísmo de tu virtud; pero si moriste al fin, porque eras hombre, nosotros te lloraremos y te ensalzaremos sin olvidarte nunca. Vos, Señor, sentiréis quizá querer asomarse las lágrimas á vuestros ojos, como lo están á los míos, al pensar en aquel padre amoroso, de quien recibisteis por la vez primera el manjar de los ángeles, que os alentaba en la desgracia y os hacía entrever la hora de la reparación con la prudencia del justo, que os daba testimonio de su paternal afecto en las mismas vísperas de su muerte. Sírvanos á todos de consuelo la seguridad perfecta de que la Cátedra de Pedro vivirá tanto como vivan los siglos. A Pío IX ha sucedido León XIII, ese Pontífice de sabiduría inmensa que está asombrando al orbe, y que, en su piedad ardiente, celebraba no há mucho, con muy especiales cultos, el vigésimoquinto Aniversario de la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María. A León XIII sucederá otro León, otro Pío ú otro Gregorio; y en cada uno de esos hombres, ya triunfante, ya oprimido, el mundo católico ha de venerar siempre al Pontífice-Rey; como Pontífice,

infalible; y como Rey, el más grande de los Reyes.

Nó; que no esperen jamás ni el error, ni la impiedad, ni la violencia, que la Iglesia Católica, cuya piedra angular es Jesucristo, cuya Protectora y Madre es María, cuyo centro de unidad es la Silla Apostólica, sucumba á sus ataques. Ya en el trascurso de los tiempos se formaron contra ella coaliciones terribles, se conjuraron para derribarla enemigos formidables; los sectarios de Arrio, de Pelagio, de Nestorio, de Focio, de Pedro de Bruis, de Amaury de Chartres, de Wiclef, de Juan Hus, de Jerónimo de Praga, hasta llegar al siglo XV; después, la herejía de Lutero, los Socinianos, los Jansenistas, los filósofos del siglo XVIII, hasta haber habido ciertos momentos históricos en que la Iglesia Católica nos hace el efecto de esas torres inclinadas en el espacio, en Zaragoza y en Pisa, maravillas del arte, que, al contemplarlas, tienen como suspenso el ánimo, pareciéndonos temeridad ó locura el valor de vivir á su sombra. Pero ¡ah! en esos momentos críticos de la historia es cuando el verdadero cristiano exclama tranquilo con la voz de San Ambrosio: «Pa»rece como que la Iglesia va á faltar, pero no falta: se podrá oscurecer, pero jamás caerá» (1).

Debiendo ya resumir el presente discurso, di-

---

(1) Videtur Ecclesia sicut deficere, sed non deficit: obumbrari potest, deficere non potest. *Hexam.*, lib. IV, cap. IV.

remos que la gloria y la majestad de Dios exigen que el pecado no manche ni un solo instante la santidad de María; que esa plenitud de la gracia, de que es María adornada desde el primer instante de su sér, es la refulgente auréola con que el Altísimo comienza á demostrarla su predilección eterna; que ese Misterio, manifestado con creciente claridad en el tiempo, y declarado dogmáticamente en nuestros días, ha afirmado la autoridad y el poder de la Iglesia Católica, porque María ha querido como compartir con ella su grandeza, recibida abundantísimamente del Eterno, y consignada de este modo en el más sublime de los cánticos: AQUEL QUE ES PODEROSO HIZO PARA MÍ COSAS GRANDES. *Fecit mihi magna qui potens est.*

Aquí, Señor, no puedo renunciar sin pena á presentar algunas consideraciones sobre la misión importantísima que está reservada al culto de María en la marcha de las sociedades modernas. ¡Ah! Yo abrigo la convicción profunda de que no está lejano el día en que el Catolicismo obtenga el triunfo más completo sobre sus enemigos, y es porque veo cruzar en todas direcciones la devoción de María, como preparando poco á poco el gran milagro. Paréceme estar simbolizada por San Juan en aquella Ciudad « que descendía del Cielo de la » presencia de Dios, y tenía un muro grande y alto » con doce puertas, y en las doce puertas doce án- » geles. Por el Oriente tenía tres puertas, por el » Septentrión tres puertas, por el Mediodía tres

»puertas, y tres puertas por el Occidente. Y esa  
 »Ciudad no há menester ni sol ni luna que la alum-  
 »bren, porque la claridad de Dios la alumbró y la  
 »lámpara de ella es el Cordero. Y sus puertas no  
 »serán cerradas de día, porque no habrá allí no-  
 »che. Y á ella llevarán su honra y su gloria los  
 »reyes y las naciones» (1).

Por esas puertas habrán de ir penetrando suce-  
 sivamente todos los pueblos de la tierra. El mismo  
 infiel hallará el culto de María tierno y consola-  
 dor, y no sabrá resistir á su influjo. La India de-  
 jará á Brahma por Jesucristo, y derribará las ocho  
 Madres de los seres creados, para colocar á la Ma-  
 dre del Increado Verbo. Cades, Sión y Jericó le  
 presentarán de nuevo la palma, la rosa y el ciprés  
 que vieron los primeros días de la Religión, y hoy  
 dan sus perfumes á la Media Luna. El Nilo y el  
 Senegal le llevarán también sus olorosas acacias;  
 la Arabia, su aromática mirra; el Atlas, sus ricas  
 datileras; la China y el Japón, esas graciosas ca-  
 melias que vinieron á adornar nuestros jardines  
 europeos; la América sus hermosas magnolias, y  
 sus pintadas aves la Oceanía. ¡Oh, y cómo sonríe  
 á la imaginación este dulcísimo pensamiento, que  
 tal vez está cerca de realizarse!

He concluído, Señor, y me resta sólo expresa-  
 ros cuán grato ha sido para mí ensalzar los mis-

---

(1) Apoc., XXI.

terios de nuestra fe en este lugar santo y en presencia de un Monarca de cuyos augustos padres recibí beneficios que no he olvidado nunca ni olvidaré jamás; beneficios que me hicieron pedir incesantemente al Altísimo por el triunfo de vuestro derecho y la gloria de vuestro porvenir. Vos, Señor, sucesor de Fernando III, aquel gran Rey, tan devoto de la Santísima Virgen, y cuyo último suspiro fué como un rompimiento de gloria en su estancia para edificación de los Principes; Vos, que contáis por uno de vuestros abuelos á aquel Felipe V, que, al abdicar en su hijo la corona, le dirigía una carta tan singularmente piadosa, que parecía inspirada del Cielo, Vos seréis siempre devotísimo de la Concepción Inmaculada de María y el Príncipe más amante y más amado de la Iglesia Católica y de su Pastor Supremo.

Vuestra Esposa, Señor, nieta de aquel Rodulfo de Hapsburgo, que, habiendo encontrado en uno de sus viajes un Sacerdote que llevaba el Viático, le cedió su propio caballo, tomó las riendas de éste, condujo al Ministro del Dios vivo á casa del enfermo, y aún le volvió á su iglesia; piedad que le mereció un reino, cuya corona está asentada todavía en las sienes de sus descendientes; vuestra Esposa, amantísima de la Virgen María, con aquella devoción entusiasta de muchos de sus egregios progenitores en sus peregrinaciones al Santuario de María-Zell, vuestra Esposa es una esperanza para el Catolicismo y un ornamento de gloria y

de amor para nuestra Patria. ¡Ah! Que el Dios de las misericordias haga muy dilatados y felices los días de vuestro reinado! ¡Que el Cielo prolongue la vida de vuestras excelsas y amorosísimas madres, que hoy honran con su presencia y con sus piadosas acciones este suelo de España! ¡Que él os conceda gozaros en la ventura de vuestras reales familias, en el bienestar de vuestros súbditos y en la concordia inalterable de vuestros respectivos pueblos! ¡Que los hijos, sobre todo, que os ha otorgado, y os otorgará todavía la Providencia, pertenezcan á aquellas generaciones benditas que sólo tienen obediencia y amor para sus padres!

Elevemos ahora nuestra mirada y nuestro espíritu hacia el Altar cristiano, y digamos á la Inmaculada María con el acento purísimo del alma:

¡Dios te salve, Virgen del casto amor y de la santa esperanza! Tú eres la Reina de las eternas mansiones, y los seres angélicos te sirven como á Señora y Soberana. *Ave, Regina Cælorum, Ave Domina Angelorum.*

¡Dios te salve, foco de luz divina que alumbra al mundo en sus tinieblas; faro de consolación que trae á puerto seguro al que naufraga en la mar procelosa de la vida! *Salve radix, Salve porta, ex qua mundo lux est orta.*

¡Gózate en tu poder y Majestad, Virgen gloriosa! ¡Gózate igualmente en tu hermosura, de la que Judith, Raquel y Ester fueron bosquejos im-

perfectos! *Gaude, Virgo gloriosa, super omnes speciosa.*

¡Adiós, adiós, hermosa y santa sobre todas las criaturas! Dirige una mirada de misericordia sobre tus hijos que te imploran, y ruega al tuyo que nos haga partícipes de la eternal morada. *Vale, o valde decora, et pro nobis Christum exora.*

Esta dicha inefable es, Señor, la que mi corazón os desea, y desea para todos, en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

---

ORACIÓN FÚNEBRE

DE

S. M. EL REY D. ALFONSO XII DE BORBÓN

(Q. S. G. H.)

PRONUNCIADA

POR ENCARGO DEL GOBIERNO DE S. M.

EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE

DE ESTA CORTE,

EL 26 DE NOVIEMBRE DE 1886.



---

*Gloria Dei est celare verbum, et gloria  
regum investigare sermonem.*

Gloria de Dios es ocultar la palabra, y  
gloria de los Reyes indagar la sentencia.

Prov., XXV, 2.

SANTA Religión Católica, concepción bendita y adorable de la Sabiduría Eterna; prodigio realizado en los siglos por un Dios personal, Verbo Encarnado que habitó entre los hombres; faro radiante y perenne que deja vislumbrar á la razón humana las regiones de lo sobrenatural y lo infinito, bendita seas! Yo vengo aquí para cantar con tus acentos glorias que fueron adquiridas bajo tu hermoso amparo; para calmar con tus dulzuras las angustias é inquietudes de un inmenso infortunio, y quiero para ti la primera frase de mis labios y el primer suspiro de mi corazón. No hay sobre la tierra otra Religión que sepa como tú presentar al mundo estos cuadros sublimes; únicamente tú, en estas hondas tristezas y en estos lutos amargos, haces brotar para el espíritu dolorido raudales que no se agotan de regeneración y

de esperanza; porque tú eres puente tendido entre lo temporal y lo eterno; porque sólo tú me afirmas que mis lágrimas, mis oraciones, mis virtudes pueden ser fecundas y eficaces para acelerar la bienaventuranza de los seres que he perdido y á los que tanto amaba. ¡Santa Religión Católica, destello indeficiente de la Verdad y la Bondad Supremas, madre siempre amantísima para el que padece y llora, atrio maravilloso de la Jerusalem celestial, bendita seas mil veces!

Exemos. Señores: El dolor que experimentamos en este instante solemne, no es el dolor agudo con que fuimos probados hace un año. Fué aquello la tempestad del dolor. Una existencia feliz, prematuramente rota, como flor que troncha el viento; una alta inteligencia robada á la esfera de las ideas, y una alma generosa perdida para el socorro de la desgracia; un Príncipe casi niño, reputado como anciano entre las potestades de Europa, por la madurez de sus juicios; un Rey gallardo y afable, que sabía ser el caballero más cumplido en este país de la hidalguía; un esposo que deja al par inconsolables, á la Esposa, que le amaba con una pasión bíblica, y á la Patria, que estaba entusiasmada y orgullosa con poseerle; un mundo, en fin, de esperanzas, un ideal de paz y de ventura, trocado de repente en visiones siniestras y en temores profundos, tal fué el pavoroso suceso que lamentaba España á grito herido el 25 de Noviembre de 1885, con la muerte de su egregio Soberano

D. Alfonso de Borbón, duodécimo de su nombre.

Un año entero ha trascurrido: el tiempo, que era para el Paganismo el dios que consolaba, debía mitigar naturalmente esa pena; los santos dogmas católicos, que enseñan á los espíritus creyentes el verdadero Paráclito de toda alma lacerada, han puesto sobre esa herida un bálsamo suavísimo; pero yo no vacilaré en decirlos que descubro otro lenitivo inapreciable entre las causas que hoy traen consuelo y serenidad al ánimo; y es el incontrastable influjo, la avasalladora grandeza de la memoria de Rey tan esclarecido. Ese Monarca ha muerto, pero su figura crece ante nosotros, y se hace de día en día más gigante á la mirada de las Naciones. Ese Monarca ha muerto, y los hombres más ilustres, aún aquellos que profesan ideales distintos de la Monarquía, le nombran con admiración y respeto. Ese Monarca ha muerto, y yo encuentro hoy la Monarquía más robusta. ¿Qué fenómeno es este? ¡Ah! Es que ese Rey que ha desaparecido de este suelo de tránsito, habla desde su tumba; es que aquella frente lívida, aquellos cárdenos labios que nadie contempló en el ataúd sin enjugar sus ojos, se representan á nuestra fantasía circundados de luz, y repartiendo tesoros de delicadeza y sentimiento; es que aquel Soberano buscó de tal manera la verdad y la justicia en las derivaciones de la Verdad y la Justicia Eternas, que no sólo ha inmortalizado su fama, sino que pudiera decirse que con el sobrante

de sus merecimientos supo enriquecer á cuanto le vivía intimamente unido, cubriendo con protectoras alas el tálamo desierto de la acongojada Esposa, y la dorada aún cuando débil cuna del póstumo heredero de su trono.

Al tejer yo en este día el elogio de tan excelso Príncipe, he creído poder aplicar muy adecuadamente á su vida estas concisas palabras de los *Proverbios* de otro Rey inspirado del Cielo: «Gloria de Dios es ocultar la palabra, y gloria de los Reyes indagar la sentencia.» Condensaré, pues, mi argumento en la proposición siguiente:

«El Rey Alfonso XII, adorando de continuo los misterios de Dios, recogió en esa gloria infinita la sabiduría de sus juicios y la alteza de sus hechos.» *Gloria Dei est celare verbum et gloria regum investigare sermonem.*

No puedo confiar, Señores, en revestir mi palabra con aquellas formas del arte que dejan reflejar las armonías de la idea primordial de lo verdadero y de lo bello. ¡Haga, al menos, el Señor Omnipotente y Misericordioso que estos acentos que van á salir del corazón del Sacerdote, puedan contribuir á la alabanza de su gloria y á la edificación de las almas!

---

Todo en el Catolicismo es misterio, pero todo es gloria; todo es majestad que deslumbra, pero todo es esperanza que reanima y dulzura que conmueve. En el mar sin orillas de la Divinidad, en el santuario de los dogmas no puede penetrar por sí sola una razón finita; pero el entendimiento sumiso que, solicitado por la fe, tiende á sumergirse en la meditación de las cosas celestes, siente que se le entreabren las sobrehumanas esferas, y alcanza á vislumbrar en algún modo las maravillas de los más incomprensibles misterios; la Trinidad, la Encarnación, la Eucaristía, la Providencia, toda la economía sobrenatural de los designios de Dios en el gobierno de los siglos y en la santificación de las almas.

Y bien, Señores; estos arcanos, que son á un tiempo ley y atractivo y premio de la vida para todos los lugares y para todos los hombres, deben ser muy especialmente ensalzados en los alcázares de los Príncipes y en los consejos de los que dominan.

«El corazón de los Reyes, ha dicho la Escritura, es inescrutable» (1), y «es bueno tener oculto el secreto del Rey» (2). Estudiando y profundizando sobriamente los admirables sentidos de la palabra del Señor; poniendo el corazón en manos del Altísimo para que lo mueva y dirija

---

(1) Prov., XXV, 3.

(2) Tob., XII, 7.

según sea su voluntad soberana (1), es cómo se aprende el arte de reinar, cómo se observan en torno de los Reyes la prudencia suma, el discreto silencio, de que pende tantas veces la salud de la patria: cómo se edifica á los súbditos; aplicando á todos por igual un derecho y una ley que dimanen del Derecho y de la Ley eternos, honrando al sabio, ensalzando al humilde, humillando al soberbio, libertando al oprimido, recompensando al justo, glorificando al héroe. Es decir, que hay relación perfecta entre estos dos conceptos del *Libro de los Proverbios*: «Gloria de Dios es ocultar la »palabra, y gloria de los Reyes indagar la sentencia.» Veamos ahora si el Monarca cuya pérdida lloramos entendió y ejecutó fielmente esos maravillosos acordes de la verdad y la justicia.

Diriase que los Principes de Europa se dieron un momento de tregua en los sueños de su ambición, ó en el encono de sus rivalidades, para recibir pacíficamente á aquel niño. Apadrinóle en las aguas bautismales aquel Pío IX, que pareció pulsar el arpa de los Profetas, y en cuyo pecho latía un corazón de mártir; fué confirmado en la fe en un sitio famoso, que no cuenta rival en ningún pueblo bajo el aspecto de la grandeza épica; arrulláronle en su cuna los cánticos de aquellos inmarcesibles triunfos que conseguían nuestros ejércitos

---

(1) Prov., XXI, 1.

en las costas del África; un varón verdaderamente apostólico (1) formaba en derredor suyo atmósferas de piedad, y un sacerdote sabio (2), académico insigne, infundía en aquella privilegiada mente los gérmenes de la ciencia y los encantos de la poesía cristiana. Pero sobre todos estos elementos, generadores de la elevación del espíritu, hubo para el tierno Príncipe un preceptor tan elocuente, que nadie sobre la tierra sabe enseñar lo que él, ni tan pronta y tan provechosamente como él, y ese preceptor fué la desgracia. ¡Bendita adversidad, que cien pasajes sagrados nos hacen considerar como signo de predestinación para las almas!

Pasemos como las águilas, Señores Excelentísimos, sobre tan triste período. El Dios de toda justicia juzgará las obras é intenciones de los actores de aquel drama; y la historia, cuando pueda pronunciar un fallo ajeno á toda pasión, lo estampará, sin duda, en sus páginas para instrucción de las generaciones futuras.

Venid, en cambio, conmigo por algunos instantes y gustaréis de puras emociones que enternecen el corazón y dilatan el ánimo. ¡Qué hacia el augusto desterrado en el extranjero suelo? ¡Ah! Él reposó algún tiempo en el maternal regazo,

---

(1) El Excmo. é Ilmo. Señor Doctor D. Antonio María Claret, Arzobispo de Santiago de Cuba.

(2) El Ilmo. Señor Doctor D. Cayetano Fernández, Dignidad de Chantre de la Santa Iglesia patriarcal de Sevilla.

con docilidad encantadora; después, el amor de madre, frecuentemente ciego por su intensidad misma, pensó en darle maestros dentro del propio hogar; y aquel hijo, no adolescente aún, prorrumpe de este modo: «Nó, Madre mía; ningún ayo de Príncipe, aunque fuera este ayo un Fenelón, lograría contrarrestar todas las seducciones que ofrecen los palacios de los reyes en los días de la juventud.» ¡Frasas tan admirablemente sensatas, bien merecían abrir al que las pronunciara las puertas de la vida pública ante la asombrada Europa!

Y aquellas puertas se abrieron, en efecto. Para entrar en tan vasto recinto, para prepararse á sostener las luchas con el mundo, Alfonso va á recibir de manos de su padrino en la fe la Hostia del Sagrado Tabernáculo. No es fácil concebir nada más grande y más bello que la carta de que era portador ese Príncipe para el Pastor Supremo de los fieles. La Reina Católica de España, al transmitir voluntariamente sus derechos al heredero de su trono, á la vez que le aclamaba ya Rey, le apellidaba padre de sus súbditos é hijo amante de la Iglesia Romana. El inmortal Pontífice, de quien todos sabían que amaba á aquel interesante niño con predilección especialísima, supo responder igualmente á todas aquellas indicaciones. Para fortalecer al Monarca, Pío IX le administraba el Manjar de los Angeles; para hacerle ver que era hombre, y que toda gloria humana es deleznable, imponía después sobre su frente la

ceniza bendecida por las oraciones de la Iglesia.

Después de la virtud, nada ama tanto la Iglesia Católica como la verdadera sabiduría, y Alfonso se apresura á buscarla en la ciudad que hizo famosa la triunfadora espada de Sobieski. Su inclinación favorita era el arte de la guerra; mas su clara razón todo lo abarcaba. Cautiva y enamorada ver cómo aquel joven de quince años, robando instantes á sus principales estudios, escribe á una de nuestras celebridades literarias, á un político y académico ilustre, á quien él solía llamar maestro (1), para hablar de las bellezas de nuestra literatura, pasando luego á aventurar su juicio y á formar paralelos ingeniosos sobre las obras de clásicos escritores ingleses y alemanes. Algunos meses más, empleados en viajes utilísimos, comparando civilizaciones, estudiando personajes y atesorando ideas, cuando hé aquí que la patria, dividida y desgarrada, llama á Alfonso entre gemidos para que la sane y la salve. Ni un segundo, Señores, de vacilación ó de duda: más que la reivindicación de su derecho, lo que aquel Príncipe había anhelado siempre era ser el hermano y el amigo de todos los españoles.

¡Cuán venturoso día el del regreso del inocente proscrito á sus amados lares! El nombre de la nave que le conduce, *Las Navas de Tolosa*, es

---

(1) El Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins.

presagio de gloria; la misa que oye en Santa María del Mar, de Barcelona, le lleva á ofrecer á Dios las primicias de su júbilo; la vista de la risueña Valencia le hace salvar seis siglos de distancia para pensar en la piedad y en el valor de Don Jaime I, y el primer nombre que invoca al pisar aquella hermosa playa es el de la Virgen María, Madre de los Desamparados. Cuando le vimos luego llegar entre nosotros, todos pudimos adivinar en aquel gracioso semblante un corazón sin doblez, que por cualquiera de sus lados se mostraba tan trasparente al mundo como el agua de los arroyos en las mañanas del estío. Nada de cuanto en la naturaleza existía le escaseó su tributo de entusiasmo y de amor; porque los invernáculos le prodigaron sus flores, el éter le dió su azul, el sol le envió sus rayos, los poetas le dieron sus cantos, el pueblo, frenético de gozo, le seguía y aclamaba, y sobre todo esto, Señores, descollaban los himnos de acción de gracias y las bendiciones de la Iglesia, elevados al Trono del Eterno en la Basilica de Nuestra Señora de Atocha.

¡Cuántos derechos violados había que restablecer, cuántas discordias que extinguir, cuánta sangre que restañar! La Religión lloraba los ultrajes que se le habían inferido, y el Monarca enjugó diligente su lloro; en el hogar habia perturbación y mancilla, y el Monarca no desoye el lamento de la conciencia pública cristiana; mirábanse los partidos con rencores profundos, y el

Monarca se esfuerza por reunir cerca de sí á todos los políticos que desearan con buena voluntad la dicha de la patria.

Hé aquí los rectos comienzos del Rey creyente y sabio. Mas resonaba allá en el Norte el estruendo de una lucha sangrienta y fratricida, y Alfonso vuela á apagarla. Hacen sonreír, á fe, en tan tierno mancebo aquellos impetus belicosos, aquel afán de acreditar un valor legendario entre sus compañeros de armas; pero esta sonrisa se torna en admiración al contemplar tanta serenidad de espíritu, al escuchar aquellas maduras reflexiones que asombran á sus Generales, como antes habían asombrado á sus maestros. Señores, ante esa guerra de exterminio entre compatriotas y hermanos, yo no tengo otra cosa que silencio y que lágrimas; pero hoy, que brilla la paz en los ámbitos de nuestra Península, sepamos conservar esa merced del Cielo. ¡Ay de los que con sus odios, con su ambición ó con sus errores susciten ó fomenten de algún modo esas discordias civiles y religiosas que hacen de los pueblos que las sostienen aquel cuerpo sin cabeza, que describía á este propósito Dante, «cuerpo que llevaba la truncada cabeza por los cabellos, suspendida de la mano, y »que eran dos en uno, uno en dos;» tortura horrible que no acertaba á explicarse el gran poeta (1).

Guardaba á todo esto Alfonso en su corazón y

---

(1) *Inf.*, cant. XXVIII.

en su memoria el recuerdo de una preciosa niña, nacida en el mismo Alcázar que á él le había visto nacer, por cuyas venas corría la misma sangre, ideal de la hermosura, ángel por su candor, y quiso compartir con ella las rosas y las espinas del trono. Eran dos amores puros que se sonreían, dos flores olorosas que se acariciaban; mas ¡ay! bien pronto se debía escribir debajo de aquel envidiable epitalamio el epitafio más triste que pueden mirar los siglos grabado sobre una tumba. Yo, que tuve la fortuna de leer frecuentemente en aquella alma virginal, sé bien con cuánta razón lloró la España su tránsito. Pero sea mil veces bendita la Providencia de Dios, porque sé del mismo modo que la Princesa augusta destinada á llenar aquel inmenso vacío, es como una alma gemela de aquella privilegiada criatura. Fué la primera Esposa de Alfonso visión fugaz, ángel que cruza y pasa: es la segunda, estrella de bendición, ángel que permanece y vela. ¡Ah! La teología católica no me impide imaginar que el ángel que ha pasado rogó al Señor Altísimo que se dignara enviar al ángel que ha venido. Así éste va á cubrir con frecuencia de lirios y de siemprevivas la mansión grandiosa y apartada donde el primero mora.

«Lo que el sol, al nacer en las alturas de Dios, »es para el mundo, así es la gentileza de una mu- »jer buena para el adorno de su casa» (1). Esto

---

(1) Eccli., XXVI, 21.

nos dice la Sabiduría increada, por boca del Eclesiástico, y tal ha sido el doble é inapreciable dón que el Cielo quiso otorgar al Rey Alfonso. Descendía su nueva compañera de los Rodolfos y Leopoldos, Emperadores carísimos á la Iglesia, cuya gloriosa divisa, divisa de su Imperio, es colocar la virtud divina de la fe sobre todo interés humano: el hogar en que crecía y se educaba era reflejo purísimo de la divisa misma; su carácter y su espíritu eran sencillos y blandos, como de casta paloma; su modestia era tan peregrina, que ha sido necesario verla verter el llanto de la viuda, contemplarla cubierta de aquel vestido negro, que describía el Petrarca (1), para saber que esa razón concibe y reflexiona como concibe y reflexiona el hombre sabio y sensato, que esa Reina sabe gobernar su pueblo como el Rey más justo y más clemente. La santidad de esta Cátedra no consiente tributar desde ella el incienso de la adulación ó la lisonja, y mis labios han recogido del corazón sus palabras. No hay quien no reconozca que la doncella venida de la católica Austria está realizando el admirable tipo de la mujer fuerte de los *Proverbios*: todos saben que la enamorada esposa dió á Alfonso su ternura, le dió hijos, le dió gloria: todos están perfectamente seguros de que le sabrá dar honor hasta el supremo día en que suba á unirse á él en las moradas eternas.

---

(1) *De vest. et cult. corp.*

Señores Exemos., celosos gobernantes que dirigís los destinos de mi patria, dispensadme si no acierto á pasar delante del Santuario del matrimonio cristiano sin doblar conmovido mi rodilla, y sin conjuraros á que dobléis las vuestras. Fijad, fijad con piedad los ojos en esos nidos de la tierra, que parecen como pequeñas mansiones de los alcázares del Cielo, en el hogar donde se meció vuestra cuna, que era un hogar católico, y por el amor de vuestra Religión, y por el amor á vuestro suelo, y por el amor de vuestros hijos, y por vuestro propio bien, no arrebatéis á ese *gran Sacramento* (1) ni una piedra, ni una hoja, ni un esmalte de la brillante diadema que le rodeó en Nazareth; no accedáis á despojarle ni de una sola rama del valladar sagrado con que le ha cercado la Iglesia. Dejad, dejad intacto y radiante ese conjunto embelesador y casi sobrehumano de una familia que vive en inalterable paz bajo la mirada de Dios; donde el hijo, ya hombre, recuesta todavía su cabeza en el regazo de sus padres, como los hijos de los antiguos Patriarcas; donde el tañido de la campana, al asomar la aurora, alegra á los pequeñuelos; donde se reza el *Angelus*, como si se divisara á la Inmaculada Maria; donde se rie ó se llora con todo el corazón al escuchar los episodios, ya alegres, ya tristes, de una leyenda cristiana; donde se expresan á cada instante por labios

---

(1) Ephes., V, 32.

infantiles todos aquellos altos conceptos que expresaba el Poeta inimitable del décimotercio siglo, cuando encarecía las preces fervorosas que hacen subir una alma del Purgatorio al Cielo: poema arrebatador que nadie ha escrito, cuadro que nadie ha pintado con la inspiración y el colorido que tal asunto merece; y estad ciertos de que los mundos de la naturaleza y los mundos de la gracia juntarán todas sus armonías y todos sus secretos para recompensaros y para bendeciros.

Hemos visto á Alfonso XII tierno y dichoso en el hogar amado: veámosle rápidamente inundar á sus súbditos de las delicias de la paz, ese bien fecundísimo, del cual decía San Agustín «que es el primero entre todas las felicidades humanas» (1).

Alfonso, todavía adolescente, complácese en solemnizar las aperturas de nuestras aulas más célebres, y sus discretísimas frases hacen ver á los maestros de la ciencia que el entendimiento del Príncipe se asemejaba á esos árboles de los templados climas, que ofrecen siempre á la vista un rico fruto en sazón y otro fruto mostrado. Alfonso visita sus ciudades para estrechar los lazos recíprocos que deben unir á la Monarquía y al pueblo, y él comienza por los riscos de Asturias, donde, á fuerza de entusiasmo y de fe, diríase que consigue despertar á Pelayo para que le guíe en su camino, y donde las auras del Auseba y el eco

---

(1) *De Civit. Dei.*

del torrente que en el abismo gime, le hacen reconstituir en su memoria las conmovedoras escenas de su confirmación sagrada. Alfonso honra más de una vez las sesiones de nuestras Academias, y, manifestándose noblemente envidioso de los hombres que las componen, sus palabras tienden siempre á afianzar las dulces relaciones de la razón y de la fe, santa concordia por la cual logra vivir el alma en las regiones de la luz. Alfonso abre Exposiciones numerosas, é inaugura importantísimas vías férreas; y en todos estos actos, ya estimula á los hombres que, por la índole de su profesión, no parecen destinados á adquirir ni riquezas ni gloria; ya evoca los recuerdos de nuestros timbres nacionales; ya define y ensalza el verdadero progreso, que es la marcha paralela, la actividad simultánea de todos los elementos de bienestar y de vida para las sociedades: religión, sabiduría, obediencia, orden, moralidad, trabajo. Alfonso, imitando la piedad de Fernando III y de Luis IX, erige catedrales y hace levantar templos; siendo muy digno de ser sabido cómo exigía suntuosidad y riqueza para la nueva Basílica de Santa Maria de la Almudena, vecina del regio Alcázar, á fin, decía, de que la morada y la majestad del Soberano de la tierra apareciesen eclipsadas ante la casa de Dios, «puerta del Cielo» (1). ¿Quién de nosotros, Señores, no retiene en la me-

---

(1) Génes., XXVIII, 17.

moria los rasgos de aquel discurso, primor de la elocuencia, donde, en muy sucintas palabras, glorificó al Señor, reverenció á la Iglesia, ensalzó á sus Pastores, lloró á la esposa, idealizó el arte, saludó al pueblo, entusiasmó las almas?

Alfonso fué de tal modo coloso de la caridad, dechado de abnegaciones sublimes, que casi pudiéramos dudar si el Universo y la naturaleza han suspendido alguna vez sus leyes para seguirle atónitos. El egoísmo es una de las llagas cancerosas de los modernos tiempos: Alfonso XII no fué egoísta jamás. Era poco para él dar espaciosos asilos al anciano y al huérfano; era poco para él difundir la caridad de la limosna y la caridad de la palabra. Cuando hay pueblos que se hunden, haciéndonos recordar á Pompeya y Lisboa, allá va el Rey Alfonso para remediar catástrofes; y anda por sendas que yo he visto, nidos de águilas, torrentes entre rocas, veredas entre malezas; anda, ya seguramente minado por la enfermedad que le da muerte, presuroso, radiante, transfigurado, con el consuelo en los labios, con dádiva abundantísima en su mano generosa. Cuando reaparece en nuestra Península aquella cruel epidemia, nacida en un país que parece un Edén, y que, sin embargo, descompone increíblemente la hermosura, y siembra el terror y el abandono en torno de la víctima, allá va el Rey Alfonso, desdennando aquel peligro inminente con la misma serenidad que, más de dos lustros antes, demostró

ante igual azote á orillas del Danubio. Murcia, deleitoso pensil, antigua prenda de paz entre Aragón y Castilla, que, no hacía mucho aún, ya había bendecido á Alfonso al vérle recorrer su inundada vega, le habría mirado penetrar de nuevo en sus calles desiertas y en sus hogares diezmados por el contagio horrible, á no haber puesto dique á los desbordamientos de aquel heróico espíritu la actitud firme y resuelta de sus celosos Ministros. Aranjuez, que le había regalado cuando niño con sus verdores y sus ríos, le vió llegar solícito á su seno, ignorando aquel hermoso arranque, no ya sólo su Gobierno, sinó hasta la misma Reina su esposa. ¡Oh caridad cristiana, fúlgido rayo de la Esencia Divina, sol de las almas predestinadas! Cuando tú, soberana en la vida espiritual, despliegas todas tus magnificencias, no hay virtud cuyo brillo no se eclipse ante el brillo de tus incomparables resplandores.

Tal ha sido el amigo, el protector, el padre de todos los españoles. ¿Qué diremos ahora del Príncipe, del Rey modelo de Reyes, del corazón siempre sereno y magnánimo? Él vió más de una vez amenazada su existencia por brazo regicida, y ni una ligera nube contrajo las líneas de aquel rostro varonil. La injuria y la calumnia intentaron frecuentemente herirle; mas resbalaron sobre su noble espíritu, sin dejar en él huella, como el mercurio resbala sobre el cristal. Oleadas de odio de miserable muchedumbre llegaron hasta su pié en

una Corte extranjera; mas con altiva sonrisa lanzó sobre aquella turba el más sublime de los desprecios. Las naciones de la Europa emitieron hace tiempo su juicio sobre las prendas del joven Soberano, y Viena, y Berlin, y Bruselas, y Lisboa fueron fieles intérpretes de la admiración y del afecto con que le honraban los pueblos. Todos los hombres de Estado consideraron á Alfonso XII dignísimo de ceñir la corona de España, aún cuando España hubiera sido todavía aquel inmenso Imperio de Carlos V y de Felipe II. Pero quien le profesaba más acendrado afecto, porque pareció heredar la representación del bondadoso Pío IX cerca del católico Alfonso, para amarle como á hijo y para ser amado como padre, era el Pontífice-Rey, el sapientísimo León XIII. Señores, el Rey Alfonso no ha logrado, al morir, la santa auréola de Fernando III; pero su vida gira entre dos hermosas fechas, fajas de radiante luz, que mantendrán perpetua su memoria. El comenzó su vida pública, recogiendo, por decirlo así, su credencial de Rey de manos de Pío IX, que le señalaba como tal al mundo en el momento solemne de la primera Comunión; los últimos actos de su Soberanía en la tierra han sido mirar también á la mansión en que reside el Vicario de Cristo, donde se guardan incólumes las eternas nociones de la Justicia y del Derecho; buscar allí un fallo imparcial en la querrela sostenida con un pujante Imperio, y dirigir luego al mediador pacífico,

al árbitro inspirado una carta tan sentida y tan respetuosa, que el gran León XIII se siente conmovido, se niega á desprenderse de ella, apreciándola, con razón, no ya como documento diplomático, sino como propiedad suya; y al saber la fatal nueva de la muerte del preclaro Monarca, muestra esa carta á cuantos le rodean, diciendo de este modo: «Miradla, miradla; este es su testamento» (1). Así el Venerable Pontífice, considerando al Rey Alfonso dormido en brazos de la gracia, le decreta al instante exequias solemnísimas, y ha querido escuchar su Panegírico de labios de un Prelado español en la más imponente de todas las Asambleas que puedan congregarse en la tierra.

¡Su testamento, ay! Era cierto. Jamás en pueblo alguno hubo una expectación tan grande sobre la salud de su Rey. Había algo en derredor de todos que hacía presagiar el tremendo desenlace, y, no obstante, los que amaban la dinastía no querían admitir ni áun la posibilidad de la desgracia. Quizá era el Monarca el único que conocía que su espíritu iba á desprenderse en breve de las ligaduras de la materia; quizá en las largas noches de aquella enfermedad insidiosa hubo mil suspiros ahogados, muchas lágrimas devoradas antes de

---

(1) Tan precioso é inestimable dato es debido, lo mismo que otros varios de esta Oración, á la bondad del Excmo. Sr. Marqués de Molins.

humedecer la mejilla, al tender la vista por el hogar querido que iba á quedar tan huérfano, por la patria restaurada expuesta á nuevos peligros; pero allí es donde se revela mejor que en parte alguna toda la energía y la delicadeza de aquella noble alma. ¡Ah! Si alguno no amó hasta entonces á Alfonso, le ha amado al verle morir. Su mirada, que todos vimos ya alguna vez triste y sin su antiguo brillo, resplandece con sus postreros destellos para conversar con sus Ministros, para tratar con los Embajadores, para ocuparse del bienestar de su pueblo. Alfonso sufre indudablemente sin tregua, pero á nadie deja comprender sus sufrimientos; y, como para engañar mejor á los seres que ama, ha exhalado el último suspiro como quien descansa y duerme. ¡Oh corazones sensibles, no me escaseéis vuestro llanto! Acaso ninguno de vosotros vió espirar de ese modo, con tan insólito fin, con muerte tan triste y solitaria, á sus padres, á sus hermanos ó á sus hijos. Y sin embargo, Señores, no acusemos á nadie; no cabe recriminación alguna en tan doloroso suceso. Estaba aquel buen Rey rodeado de servidores fidelísimos, que cien y cien veces habrían dado su vida por salvarle. Son esos los engaños del corazón; son esas las equivocaciones harto excusables de los que aman apasionadamente, y no saben renunciar á la esperanza; son esos, tal vez, los secretos providenciales de Dios, Único Rey Altísimo y Eterno, y tan Sabio y Todopoderoso, que Él, y

ninguno otro que Él, sabe sacar el bien del mal, el orden del desorden, la vida de la muerte.

Pero por el momento, y ateniéndose sólo al limitado alcance del criterio humano, ¡cuántas esperanzas perdidas! ¡Oh, y cuánto bien no hubiera podido difundir ese Rey sobre su propia patria y sobre las sociedades cristianas, á haber vivido lo que vivieron Carlos de Austria y Felipe II! Porque yo creo en mi razón y en mi conciencia, que todas las concepciones más altas, las empresas más heroicas, caen, sin violencia alguna, dentro de la valía de aquel corazón y aquella mente. Permitidme, Señores, una digresión ligera, y si acaso mi corazón y mi imaginación unidos pueden llevarme algo lejos, mantenedme todavía vuestra ilustrada benevolencia.

Aun cuando los caminos por donde anda la Providencia de Dios entre los pueblos serán siempre un arcano, su dedo escribe á cada instante una página en el libro de la historia; y todos los que estudian esos misteriosos caracteres con las lúcidas miradas de la fe, juzgan cercanos los tiempos en que aquellas regiones del Oriente, arrebatadas á la Cruz por la más bárbara de todas las conquistas, Jerusalem, sobre todo, cuna de nuestra Religión, tierra donde Dios se ha encarnado en el hombre, ciudad, en suma, que encierra el sepulcro del Salvador del mundo, resuciten de nuevo para la vida del Evangelio; en que aquellas comarcas africanas que tuvieron á un San Agustín y

á un San Cipriano, y esas costas marroquíes, regadas con tanta sangre de mártires españoles, países y tribus que, si no son ya un peligro para el Mediodía de la Europa, son verdaderamente una afrenta, entren en los conciertos de la civilización cristiana de Occidente; y si este acontecimiento, esta intuición luminosa hubiesen tomado forma en los días del duodécimo Alfonso, ningún Príncipe cristiano habría osado negar una participación importante en realidad tan bella á la nación cautiva del Magreb durante tantos siglos; al heredero de tantos Reyes que guerrearon con gloria incomparable contra la Media Luna, desde Covadonga hasta Lepanto. ¿Quién sabe? Acaso el joven guerrero que besó un día con tanto recogimiento la tumba de Pelayo, y que oró después tan fervorosamente ante el sepulcro de Santiago Apóstol, paladín de Dios en nuestras más gloriosas batallas, habría contribuido en muy extensa medida á dar cuerpo real á tan soñadas venturas. ¿Quién sabe? Acaso en las cordilleras y desiertos de los antiguos Bereberes, y bajo las datileras del Atlas, hubieran vivido juntos nuestros soldados y nuestros misioneros, logrando, á impulsos de la fe y del heroísmo, lo que cerca de doce siglos antes hizo el Arabe en España por el fanatismo y la traición. ¡Oh, Tú, Dios mío! Si en tus insondables juicios quisiste llamar á tus moradas á tu siervo y nuestro Soberano, dignate hacer de su hijo Alfonso XIII uno de los más decididos campeones de la

Iglesia de Jesucristo en las sociedades modernas. ¡Oh, tú, católica España! Si un conjunto de muy diversas desgracias vino á mermar de tal modo tu poderío colosal de hace tres siglos, que tus estandartes, patria mía, vuelvan á ondear triunfantes sobre los minaretes agarenos, y sean foco de pureza y de luz allí donde todo será siempre, sin ellos, sensualidad y tinieblas!

Si, Señores; vosotros sabéis bien que este cuadro que ha trazado la imaginación excitada no es pura fantasía. Este edificio gigantesco lo levantaron muchas centurias atrás los Monarcas españoles; y sólo con reavivar la llama de nuestra antigua fe, y con el sonreír de la fortuna, él pudiera recobrar fácilmente su primitiva magnificencia. No se me oculta que me extiendo ya demasiado; mas ¿cómo resistir al natural deseo de echar una ojeada rapidísima sobre los ricos florones de nuestra hermosa historia?

¿Queréis nombres de Reyes? ¡Ah! Principiad por Recaredo y Sisenando, que tanto se gozaron en la venturosa concordia del Sacerdocio y del Imperio; y no citando sinó los más famosos, encontraréis á Pelayo, que de aquel libre rincón de la invadida España, comparable á la nubecilla del Profeta Elías (1), «chica como la huella del pié» de un hombre, que llena súbitamente el espacio

---

(1) III, Reg., XVIII, 44.

»y fertiliza la tierra,» consigue hacer el germen de una nación sin semejante, que abarcará más tarde dos mundos; hallaréis después á Fernán González y á Bermudo II, que humillan al Omniada; á Alfonso I de Aragón y á Alfonso VII, que vencen al Almoravide; á Alfonso VIII, que aniquila al Almohade; á Fernando el Santo, que se apodera de Jaén, de Córdoba y Sevilla; á Jaime I, conquistador de Valencia; á Alfonso XI, que derrota en el Salado á los Benimerines; á Isabel I y á Fernando V, que borran en Granada la afrenta del Guadalete; á Carlos I, vencedor en Túnez; á Felipe II, ayudando al gran Pío V á dar á la Cristiandad entera, entre las rocas de Léucades y el cabo de *Actium*, la fecha inolvidable del golfo de Lepanto. Y, Señores, dejadme aquí recordaros que, á la distancia de cerca de cuatrocientos años, nuestra patria ha probado á la Europa que sabe renovar esos laureles. Aquellas mismas banderas que ondearon á fines del siglo XV en la Alhambra granadina, fueron plantadas de nuevo, hace apenas cinco lustros, sobre las torres de una ciudad africana por caudillos españoles.

¿Queréis Códigos de las legislaciones más adelantadas y más sabias? Pues id examinando, después del Fuero Juzgo, el Fuero Viejo de Castilla, de incierto origen; el Fuero Real y el Código de las Partidas de Alfonso X; el Ordenamiento de Alcalá, de Alfonso XI; las Ordenanzas Reales, de Montalvo; las Leyes de Toro, preparadas por las

Cortes de Toledo y publicadas por la sin ventura Doña Juana; la Nueva Recopilación, sancionada por Felipe II; la Novísima, promulgada por Carlos IV; y justo, muy justo será, Señores, que, para terminar esta tan corta reseña, dediquemos una frase de alabanza á las reformas y adelantos del reinado de la Segunda Isabel, y al vivo afán con que el difunto Rey Alfonso XII encomendaba á nuestros más eminentes jurisconsultos la suspirada realización de la unidad de nuestro Derecho patrio.

¿Buscáis, por último, otros ramos de la ciencia y otras manifestaciones del genio? Pues gozaos en el fulgor de nuestras glorias literarias del siglo XIII; saboread después aquella sabiduría tan pura de la Corte de los Reyes Católicos; fijaos sucesivamente en Jiménez de Cisneros y en los teólogos de Trento, y en nuestros célebres canonistas Covarrubias y Azpilcueta; y en Fray Luis de León y Fray Luis de Granada; y en Cervantes, Lope de Vega y Calderón de la Barca; y en Ribera, Murillo y Velázquez; y para acelerar asimismo este bosquejo, recordemos toda la simpatía, toda la protección que nuestro llorado Alfonso y su espléndida y bondadosa Madre prodigaron en su reinado á los hombres más distinguidos del saber, de la poesía y de las artes. ¡Singular coincidencia! Las últimas palabras que pronunció el Rey Alfonso ante aquellos concursos numerosos ávidos de escucharle, fueron un afectuoso tributo

de estimación profunda para la Sociedad de Escritores y de Artistas españoles.

Bien claramente habréis echado de ver, Señores Excmos., por estos nombres y fechas de imperecedera memoria, que yo anhele inculcar en el espíritu de cuantos me oyen la admiración y el amor hacia los Reyes de nuestra patria. No temáis, nó, por esto que pueda olvidarme del respeto que debo á la santidad de este lugar, entrando á discutir sobre formas políticas. El Catholicismo reconoce y acepta todas las formas de gobierno: la Iglesia Católica y su Pastor Supremo —la historia nos lo evidencia— saben vivir fraternalmente con las democracias y las repúblicas, cuando las repúblicas y las democracias son legítimas y creyentes y justas. Pero hay, á no dudar, dos hechos culminantes en nuestra sin par historia que nos atraen de una manera invencible en derredor del Trono que nuestros Reyes ennoblecieron. Es el primero, que no se registra ni un pensamiento grande, ni una empresa gloriosa, ni un progreso real en nuestros ricos anales, Concilios, Fueros, Cortes, conquistas y descubrimientos, que no se hayan realizado latiendo siempre al unísono el corazón del Monarca y los corazones de sus súbditos. Es el segundo, que buscaríais por todas las páginas de la historia de España la figura de un Rey que os fuese enteramente repulsiva y odiosa, y yo os digo que no llegaríais á encontrarla. Aun cuando nos remontemos hasta los Re-

yes godos cristianos, sólo hallaréis, de Rodrigo, una desdicha; después, de Mauregato, una fábula; de Pedro el Justiciero, un enigma; de Enrique IV, la debilidad, y de Carlos II, la ineptitud. Príncipes que hayan regido su pueblo, como castigo de Dios, y para deshonra de la humanidad, no se han sentado jamás sobre el solio de España (1).

Ahora bien: si los hijos de la antigua Hesperia deben ser agradecidos y fieles á los elementos monárquicos, que los salvaron y los engrandecieron, hoy, que han perdido á un tan esclarecido Soberano, tienen una misión muy alta, un deber muy sagrado que cumplir. España, la Católica España, es viuda de ese Rey, y ella debe guardarle riguroso luto, como cumple á una Nación generosa, á una digna matrona, de ejemplar majestad en los siglos. A España, á la noble España, dejó aquel Rey confiados la cuna de sus hijos y los derechos de su heredero, y esta tierra de bendición y de hidalguía, lo mismo sabrá mecer con ternura la cuna de los pequeñuelos, que conservar intacta la herencia al primogénito de sus Reyes. Indicaba yo en el exordio de este discurso que aquella incalculable pérdida había hecho á un tiempo dos viudas, la mujer y la patria. La España, toda la España, ha compartido con la sensible esposa el dolor y las lágrimas, y esto ha servido de con-

---

(1) Sermón predicado en la Catedral de Granada el 2 de Enero de 1865. Véase la página 63 de este libro.

suelo dulcísimo á la nieta de tantos Emperadores; pero la España no rayaría á la altura de su proverbial nobleza, antes bien incurriría con justicia en el anatema de las generaciones, si no acompañara á esa Reina entristecida hasta el término de su difícil camino; hasta el día, harto lejano aún, en que el Rey Alfonso XIII pueda empuñar por sí mismo el cetro de sus abuelos, y regir felizmente los destinos de la Nación española.

Mas ¡oh Dios mío! que nosotros apenas hemos hablado hasta ahora de otra cosa que de glorias terrenas sin habernos aún detenido á meditar sobre la nada de esas grandezas efímeras, que pasan y perecen como la flor de un día. Hora es, pues, de que ante ese catafalco, que evoca ante nosotros la figura de un Rey joven, de un Rey sabio, de un Rey valiente y generoso, y que, no obstante, murió con muerte tan inesperada y humilde, apartemos resueltamente nuestro pié y nuestra mirada de las vanidades y los peligros de la vida, elevando libre el espíritu hacia la aspiración final de toda alma cristiana, que es la visión de Dios en la eternidad de los siglos.

Si, ¡oh mundo perecedero y caduco! Tú no lograrás ya ligarme con tus cadenas, ni retenerme en tus prisiones. Tu falsa filosofía me dice que el Cielo está vacío, y que la fatalidad es la última palabra de todo cuanto existe; y yo, hijo de la oración y de la fe, busco la patria de los ángeles y de los bienaventurados. Yo anhele encontrar á

Dios, tú me lo ocultas; yo quiero adorar la Cruz, tú quieres que adore ídolos. Los fugaces deleites que me ofreces cuestan insomnios que agitan y remordimientos que matan. Los dolores con que me hieres son tormento que no tiene lenitivo; y las lágrimas que haces correr por mis mejillas, son llanto que nunca regenera. Mis ojos se han abierto á la luz con los auxilios de la gracia, y he comprendido, para no olvidarlo nunca, que no hay más que una belleza digna de ser adorada, y es la Belleza eterna; que no hay más que un amor que purifique y salve, y es el Amor Divino; y que en esta tierra en que vivo, la realidad, la forma, la sustancia de esa belleza y ese amor es el Verbo Encarnado, Jesucristo, Dios y Hombre. Con la gracia y la caridad de Cristo, mis alegrías no sembrarán obstáculos en la senda que conduce á la inmortalidad de la gloria, porque serán sencillas y castas; y cuando sobrevenga el dolor, encomendaré á Jesús mis sufrimientos: que el dolor soportado por el amor de Jesucristo, ya no es dolor, es esperanza; es como el color oscuro de esas fajas de nube de la tarde, que la luz del sol poniente torna en carmín y en grana; es el sol mismo que nos alumbra en la tormenta por un claro de cielo; es palabra misteriosa que garantiza al corazón humilde y resignado la posesión de la bienaventuranza en la vida futura.

Bajo las saludables impresiones de tan religiosas ideas, que son ¡oh hermanos míos! las vues-

tras, vamos ya á resumir. Hemos visto que la vida entera de Alfonso XII, la niñez que le sonríe, el destierro que le enseña, la ciencia que le ilustra, la energía de su espíritu, su ternura en el hogar, su amor para su pueblo, su magnanimidad de Soberano, todo esto se ve girar en aquellos límites altísimos que están ya confinando con lo sobrenatural y lo infinito. Él reconoció siempre el sello de la Providencia de Dios en el universo y en la historia; confesó fidelísimamente los Misterios y los Sacramentos de Cristo, acatando sin reserva el magisterio infalible de la Iglesia católica; y «al adorar así los arcanos del Señor, consiguió recoger en esa gloria infinita la sabiduría de sus juicios y la alteza de sus hechos.» *Gloria Dei est celare verbum, et gloria regum investigare sermonem.*

Señores: puesta la mano sobre mi pecho de Ministro del Santuario, yo puedo aseguraros que en las alabanzas que acabo de tributar á la memoria de nuestro inolvidable Monarca, el mal genio que inspira las adulaciones miserables estuvo, por la misericordia de Dios, muy apartado de mí. Un elogio fúnebre no debe ser jamás una lisonja que se eleve á los poderosos; pero no es, no puede ser tampoco la narración de las debilidades humanas. El Rey Alfonso era hombre, y el hombre pudo ser frágil pecador; que aunque estemos regenerados por la fe, y podamos elevarnos hasta la santidad por la gracia de Jesucristo, todos somos, mientras peregrinamos en la tierra, los hijos de una natu-

raleza caída. Por eso, hermanos míos, venimos en esta ocasión suprema á implorar la clemencia del Señor en favor de nuestro amado Rey Alfonso XII. Su vida es para nosotros garantía consoladora de que él exhaló su postrimer aliento en la amistad de su Dios; y al lado de ese túmulo, mi imaginación y mi fe me dejan divisar al ángel de las tumbas, que para subir esa alma de aquel segundo Reino, tan dulcemente cantado por la musa cristiana, al Reino de los escogidos, sólo aguarda vuestras fervorosas oraciones.

¡Sí, oh malogrado Príncipe, nuestro nunca olvidado Rey Alfonso! Acaso el ángel que mi imaginación se fantasea, no está esperando acompañar tu alma á las moradas de Dios, sino que él ha descendido de ellas, después de dejarte para siempre entre los bienaventurados. ¡Ah! Si gozas ya de esa gloria inefable que no acaba, ruega, como nosotros rogamos, por la Iglesia católica y por el Pastor Supremo que la rige, que en todo tiempo tuvieron abierto para ti el tesoro de su amor y de sus gracias; ruega por esta España, todavía contristada con tu temprano fin, y cuya creciente prosperidad fué tu ideal más soñado; ruega por esa casta compañera que supo endulzar con su ternura tus horas más amargas, y que sin cesar de llorarte en las soledades de su corazón, sabe asombrar á Europa con sus prendas de dama y con sus virtudes de Reina, y se hace amar, con gratitud sin límites, de todos los españoles; ruega por la

vida de tus augustos padres , que tan acertada y y cristianamente te educaron, y por todos los individuos de tu stirpe nobilísima; pero muy singularmente por el tierno vástago que ha heredado tu trono; y ¡ojalá que todos los hombres de Estado que amen la monarquía , acudan anualmente en derredor de tu sepulcro , estrechando con efusión sus manos de caballeros, y reiterando su juramento ó su palabra de defender el derecho de sucesión de ese Rey niño, manteniéndole en el solio de San Fernando!

Pero si algo ¡oh buen Rey! te resta satisfacer para que se acrisole tu alma , la santa Iglesia de Cristo , que tiene sus preces más sentidas, sus acentos más penetrantes , sus melodías más patéticas, para orar por los difuntos, rogará constantemente por ti, y seguirá aplicando en favor tuyo el mérito infinito de la Hostia de propiciación de la Nueva Alianza; y además, nosotros todos, y las generaciones que nos sucedan en el recuerdo del amor que te hemos profesado en la vida , continuaremos nuestros sufragios , inspirándolos en la unción de los fúnebres Nocturnos, en los melancólicos Salmos de la tarde, en las santas esperanzas del Sacrificio matutino ; y , por último , en esos responsorios y esas absoluciones finales que mueven la misericordia del Señor con la fervorosa instancia de las súplicas de los fieles, y cuya postrera frase es este voto ferviente de toda alma verdaderamente cristiana: *Descanse en paz.*



ELOGIO FÚNEBRE  
QUE EN EL TERCER CENTENARIO DEL FALLECIMIENTO  
DE  
**D. ALVARO DE BAZÁN,**  
PRIMER MARQUÉS DE SANTA CRUZ,  
CELEBRADO  
EN LA REAL Y PONTIFICIA IGLESIA DEL BUEN SUCESO  
Á EXPENSAS  
DE S. M. LA REINA REGENTE  
Y  
CON ASISTENCIA DE DICHA AUGUSTA SEÑORA Y DE SS. AA. RR.,  
FUÉ PRONUNCIADA  
EL 9 DE FEBRERO DE 1888.



---

*Ponam in mari manum ejus, et in fluminibus dexteram ejus.*

Extenderé su mano sobre el mar, y su diestra sobre los ríos.

SALM. LXXXVIII, 26.

## SEÑORA:

CUÁN dulce y cuán hermosa es la idea de la patria y cuán propio del Sacerdote católico narrar y complacerse en sus glorias, cuando éstas se hallan esclarecidas por la noción de una patria celeste, y merecieron ser coronadas con la inmortalidad de la justicia! La idea y el sentimiento de la patria son encantos verdaderamente sobrehumanos, porque así se iluminan con la luz de la revelación, como se nutren de los afectos más puros y más legítimos de la tierra. Dios mismo se dignó señalar á algunas razas su patria, y les mandaba honrarla y ennoblecerla. La Santa Iglesia Católica, que es la sola verdadera Iglesia de un Dios personal y viviente, es asimismo la única que custodia y explica en toda su pureza el concepto de *patria*,

condenando ese filosofismo absurdo y ese comunismo salvaje, que de la palabra *humanidad* han hecho una escuela de errores y un lema de exterminio, donde, á impulsos de la impiedad, de la envidia y del odio, mueren á un tiempo la justicia, la verdad, el patriotismo, la fe, y hasta la cortesanía y el valor. En las dulces mansiones del hogar, donde arde el más sagrado fuego de los amores humanos, y donde se transmiten de generación en generación tantas tradiciones sublimes, se recogen igualmente los gérmenes fecundísimos, se alientan las grandes inspiraciones que salvan ó que regeneran los pueblos. Es decir, que todos los amores que están sobre el sentimiento patrio, ó que se relacionan con él, contribuyen por especial manera á inflamarle, y sirven maravillosamente para purificar su llama.

Todas las almas sensibles, en todas las profesiones y en todas las esferas, rinden fervoroso culto á aquel sentimiento inefable: el sacerdote, mediador constante, como Cristo, entre la patria celestial y la patria terrena; el magistrado, que guarda siempre en fiel la balanza de la ley, derivación de la justicia eterna; el sabio, enseñando á la juventud que no hay verdadera ciencia ni libertad verdadera sinó en el desenvolvimiento de las facultades humanas, dentro de la verdad y el bien; el poeta y el artista, tomando sus acentos y sus giros, sus líneas y sus colores en los ideales de la altura; las virgenes mismas de los claustros,

atrayendo con el sobrante de méritos de sus voluntarias penitencias la misericordia del Señor en favor de los que necesitan su auxilio. Pero nadie, nadie como el guerrero personifica la idea, el sentimiento, casi diré la pasión de la patria; porque, juntando en sí las múltiples representaciones que he descrito, hace perpetua guardia en el templo de las glorias nacionales para conservarlas sin mancha. El guerrero es sacerdote, por sus sacrificios; es magistrado, por sus saludables rigores; busca, como el sabio, en la ciencia sus éxitos y sus triunfos; remóntase, como el poeta y el artista, á las concepciones del genio; vela como las vírgenes del Señor, protegiendo á la ciudad que duerme, y, como ellas, se muestra también á veces sencillo, tierno, pudoroso y místico. Pero, además de esto, el guerrero es defensor armado de los derechos de su patria; está pronto á toda hora para medir su espada contra aquellos que los vulneran; gózase con el pensamiento generoso de imitar ó de exceder las hazañas de sus mayores, y considera como la más honrosa de las muertes sucumbir en el campo de batalla, y mirar ya entreabiertas en su último suspiro, por mano de la religión, las puertas de las moradas eternas.

Ahora bien: llevad este tipo interesante del guerrero cristiano hasta el ideal más cumplido, hasta la realidad más dichosa, y tendréis un bosquejo del inclito varón cuya memoria nos con-

grega hoy bajo este augusto recinto, y para cuyo elogio se han concertado con tan gratas armonías los cantos de la religión y los entusiasmos de la patria; hallaréis muy imperfectamente retratado á D. Álvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz.

Sobre ese peregrino túmulo (1), simbolo de los hechos más culminantes de Bazán, yo no os invitaré á derramar lágrimas. Tres centenarios de gloria las enjugan; tres siglos de sufragios nos hacen confiar en la bienaventuranza eterna del héroe. Pero si ya no deben verter llanto los ojos, saque motivos de fe la inteligencia, conmuévase el corazón con el prestigio de la virtud, vigorícese el ánimo con santas energías al estudiar la vida de aquel marino inmortal, *siempre humillado delante del Señor, jamás vencido delante de los hombres, y á quien por esa alianza indisoluble de su religiosidad con la victoria, aplicaré estas palabras de David, testimonio magnífico de las bondades otorgadas por Dios al Rey Profeta: «Extenderé su mano sobre el mar, y su diestra sobre los ríos.» Ponam in mari manum ejus, et in fluminibus dexteram ejus.*

---

(1) Servía de túmulo un exacto y primorosísimo modelo del galeón *San Martín*, desde el cual dirigió y ganó el Marqués de Santa Cruz la famosa batalla naval de la isla de San Miguel.

---

---

SEÑORA:

Si el amor á la patria es un sentimiento sobrehumano, el concepto de la guerra, que se liga estrecha y necesariamente con él, ha de participar de sus orígenes y de sus condiciones, pareciendo por esto á las grandes inteligencias que profundizaron sus secretos un fenómeno divino, como escribía De-Maistre (1).

La guerra nace de las pasiones de los seres libres, y ya los Cielos contemplaron la primera lucha, empeñada por la soberbia de un ángel que abusaba de su libertad y ambicionaba el poderío de su Creador Eterno. En la tierra, después que el primer hombre se hizo también desobediente y culpable, no encontraréis edad, ni raza, ni imperio, ni ríos, ni mares, ni montañas, ni bosques, ni llanuras donde el estruendo de las batallas no haya apagado en ocasiones mil los himnos de la

---

(1) *Les Soirées de Saint-Petersbourg.*

naturaleza; donde la sangre vertida no haya corrido con profusión tan dolorosa, que regara á veces como agua los árboles y las plantas de las comarcas feraces, ó hiciera escasa la arena de los desiertos para empaparla toda.

Descendió, por dicha, sobre el mundo, en la plenitud de los siglos, la Caridad Suprema, que habitaba en los Cielos, y ella extendió sus alas protectoras desde los templos y los hogares de la vida, hasta los campos todos de la muerte. El Cristianismo no podía reprobar absolutamente las guerras, porque esto, en determinados instantes, hubiera sido como arrebatarse á la justicia sus armas, negar á la Providencia sus fines, disputar á la historia sus leyes, privar á la humanidad del hilo conductor de civilizaciones fecundas; que más de una vez, Señora, la paz no viene á ser otra cosa sinó el error ahogando con satánicos gritos la voz de la verdad, la usurpación y la violencia triunfantes, los fuertes armados del mundo formando coalición nefanda para conculcar el derecho y para despojar á los débiles. Pero la Iglesia de Jesucristo, en cambio, condenaba elocuentemente todas las guerras injustas; esclarecía con luces superiores y con maternales desvelos el derecho de gentes; hacía observar la *Paz* y la *Tregua* de sus cánones en los días de los grandes misterios; reconciliaba con incansable solicitud á los príncipes y caudillos de los opuestos bandos; conjuraba al vencedor á tender una mano miseri-

cordiosa al vencido; supo hermanar, en suma, esa llama ardentísima, esa especie de incomprensible furor que inflama á los combatientes, con la fervida adoración al Dios de los ejércitos, con el amor al enemigo, con los rasgos más delicados de afabilidad y de ternura, con la práctica consoladora y con la mágica influencia de todas las virtudes cristianas. Y aquí, Señora, yo me siento indefiniblemente gozoso del país en que he nacido, porque en él no existieron jamás los conquistadores sin justicia, ni los tiranos sin entrañas, ni los usurpadores sin conciencia. En los anales de nuestra patria, la historia se confundirá á cada paso con la leyenda poética; pero será la poesía de todos los heroísmos sin mancha y todas las lealtades. Los historiadores y los críticos no podrán decir nunca que las proezas de los héroes de nuestra reconquista estén desfiguradas con las exageraciones de la adulación ó de la fábula, como en Grecia y Roma; ni menos sostener que la España deba contarse en el número de las naciones que rompian innecesaria ó pérfidamente los vínculos morales que la unían á otros pueblos. Así sus capitanes más famosos, á la vez que asombran la mente, cautivan la fantasía y conmueven toda el alma, por la triple aureola que presentan del esfuerzo de su brazo, el desinterés de sus acciones y la justificación de sus empresas.

Vamos á estudiar ahora si á la majestad incomparable de nación tan hidalga, y al ejemplo

de tan acabados modelos, corresponde la figura que hoy atrae nuestra entusiasta admiración, y que hace palpar de júbilo y de esperanza á la patria reconocida.

Dijérase que la Providencia había visto y nombrado al héroe antes de su nacimiento, como á Ciro (1), y le preparaba su cuna en una gentil ciudad, cuyos tesoros de belleza y de gloria eran como feliz presagio de las futuras grandezas de sér tan privilegiado. ¡Oh! Perdonadme á mí, Señora, si, nacido bajo aquel alegre cielo, en laderas siempre verdes, desde las cuales se divisan los mares, me complazco en fantasear las hermosuras de suelo tan bendito.

Nació D. Álvaro de Bazán en Granada, en el primer tercio del siglo XVI; en Granada, santuario de la religión, que registraba el Concilio de Ilíberi, célebre por la pureza de sus cánones; que guardaba la memoria de su sagrado pastor Cecilio, discípulo de los Apóstoles de Jesús; que, á semejanza de la Ciudad Eterna, encerraba en las Catacumbas de sus colinas reliquias venerandas; en Granada, paraíso de la naturaleza, por la nitidez deslumbradora de las perpetuas nieves que coronan sus sierras, por las aguas y plantas salutíferas de sus accidentados declives, por sus árboles de todas las latitudes y sus flores de todos los peniles; en Granada, mansión idolatrada del árabe,

---

(1) Isai., XLIV, 28.

que la legó palacios de filigrana al volver vencido á sus desiertos; y lugar de tan heróicos hechos y tantas tradiciones seductoras, que los poetas y los historiadores de la Europa y la América, protestantes y católicos, vinieron á hacer morada en él para cantar mejor sus alabanzas.

Como en todas las almas extraordinarias que surgen en períodos críticos de la historia, los primeros destellos de la razón de Bazán fueron ya las esperanzas legítimas, las ilusiones discretas del adolescente; así como los pensamientos de su adolescencia habían de ser los planes meditados y profundos de la edad madura. Él levantó su mirada hasta los orígenes de su alcurnia, y encontró que sus primeros abuelos ennoblecieron su escudo libertando á sus Reyes y peleando por su patria, contribuyendo así á constituir ó á afianzar los reinos de Navarra, de Aragón y Castilla. Él recorrió los hechos de sus inmediatos ascendientes, y halló á otro D. Álvaro de Bazán venciendo á los capitanes de Boabdil, y arrebatando villas y fortalezas á la Media Luna, en aquellas sendas fragosas y en aquellos oasis ignorados que alternan entre los estribaderos del altivo Mulahacén y la escondida *Basti*. Él contempló la puerta de la mezquita granadina, donde Pérez del Pulgar, en noche oscura, y él solo en la ciudad mora, clavó con su puñal la tabla en que estaba escrito el saludo del Arcángel á la Inmaculada María; y visitó asimismo los campos de Santafé, donde el

intrépido Garcilaso coronó hazaña tan legendaria en desagravio de la Virgen Madre. Él vió en sus primeros años al héroe que le dió el sér, segundo de los Álváros de su estirpe, ganar en las playas de Berbería lauros sin cuento, compartiendo los trabajos y las glorias del Emperador Carlos V. Él, agraciado muy niño por la imperial munificencia, que se dignó recompensar en el hijo los méritos del padre, cien veces superiores á todas las mercedes, abarcaba desde las torres de su alcaidía, desde los muros de aquella plaza actualmente cautiva (1), y cuyo nombre no acude á la memoria de ningún buen español sin que se indigne y llore, abarcaba, digo, las costas y los mares donde los falsos creyentes habían hecho verter tanta sangre y causado tantos despojos, y le parecía ya entrever su destino de providencial vengador para la patria ofendida, y para la cristiandad aterrada.

Sí, Señora: es bello y conmovedor ver á aquel padre y á aquel hijo, D. Álvaro el *Viejo* y D. Álvaro el *Mozo*, como les llamaban el marino enternecido y la patria entusiasmada, ir á buscar y á dividir laureles sobre la cubierta de sus galeones. Contemplaba el hijo al padre con admiración más que humana; miraba el padre al hijo con embeleso indecible; y uno y otro aparecían siempre serenos, porque ponían su esperanza en el Altísi-

---

(1) Gibraltar.

mo al principiar los combates. Escudaba el hijo al padre en el fragor de la batalla contra el plomo de los arcabuces y contra los golpes del acero; velaba afanoso el padre sobre la vida de aquel hijo en quien veía retratados, como en espejo limpio, su viva fe de cruzado y sus ardores juveniles; y con el esfuerzo de ambas inteligencias y de ambos corazones se enardecían los ánimos de los combatientes y se obtenía la victoria. Y cuando en las agitadas olas del Cantábrico, el General experto, vencedor del francés ambicioso, ha comprendido que en la frente de su hijo resplandecían al par las intuiciones marítimas de un Lauria, la ardiente fe de un Ponce de León y el genio militar de un Gonzalo de Córdoba, le encomienda el mando de sus naves, en tanto que él va á cumplir deberes de piedad, seguro de que su nombre, su fama, su bandera, su hidalguía están bien custodiados, y de que el tercer Alvaro de los Bazanes ha de eclipsar en breve la gloria de sus predecesores. Lo que ha hecho el padre un día en su confianza y su amor, lo hace luego el Soberano en su admiración y su justicia; y á contar desde la hora en que el soldado es jefe, diríase que los senos de la mar y la onda de los ríos no cesan de aclamarle por dominador y por dueño. *Ponam, etc.*

Aquellos montes gemelos de Abila y Calpe, grandioso pórtico del Atlántico; aquellas rocas tan queridas del héroe; aquellas mansas aguas del Mediterráneo, lago cedido por el gran mar al Me-

diodía de la Europa, contemplaron, ya de lejos, ya de cerca, los primeros triunfos del capitán insigne. Aguér, en las faldas del Atlas, le ha visto humillar á un tiempo al marroquí que vive de las rapiñas, y al codicioso hijo de Albión que le protege. La sombra de Jiménez de Cisneros parece que le saluda en la embocadura del Tennis por haberle conservado á Orán, su valiosa conquista. Las costas españolas de Levante le bendicen por los cautivos que les devuelve. Aquel Peñón de Vélez, ganado un día para Castilla por el Conde Pedro Navarro, y presa otra vez del berberisco, vuelve á ser nuestro por la pericia de D. García de Toledo; y Bazán, que le ayuda á tomarlo, es el encargado de hacerlo inexpugnable. Aquella ría de Tetuán, la ciudad de nuestros recientes triunfos militares, que han dejado como recuerdo y como premio un título glorioso á la nobleza castellana; aquella ría, funesto asilo entonces de corsarios y de piratas, le miró llevar á cabo uno de los planes más atrevidos é ingeniosos, una de las empresas más felices que pueda realizar un guerrero en los mares: cerrar la entrada del río á la vista del enemigo, y esterilizarle dentro de él sus fustas y sus galeras. Malta, la preciosa isla que se levanta entre la Europa y el Africa, joya siempre codiciada y sucesivamente poseída por tantos dominadores, ha logrado salvarse contra todo el poderío del turco por el socorro de aquellos dos mismos héroes que se apoderaron de la Gomera. Las

playas y aún las crestas de mis amadas Alpujarras recobraron la alegría perdida en recientes desastres, al ser recorridas y auxiliadas por Bazán, y el Rey Felipe II mereció muy justo aplauso en otorgar el título envidiable de Marqués de *Santa Cruz* al hombre afortunado que ayudaba á desterrar para siempre de los reinos españoles la enseña del islamismo.

Después de esto, Señora, las torres de La Goleta, donde aún parecían vagar las figuras de San Luis y Carlos V, debieron á Bazán un socorro decisivo. Por no querer escuchar Doria y Colonna las acertadas reflexiones de D. Álvaro, Chipre se vistió de luto con los horrores de Nicosia y con la rendición de Famagusta. Y de esta providencial manera se iban revelando á la Europa y al mundo los singulares talentos de Bazán, cuando llegó, por fin, *la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros* (1), la fecha inolvidable de Lepanto. El caudillo que con su belicoso consejo ha decidido á D. Juan de Austria á dar la batalla al turco, sin vacilaciones tímidas y peligrosas, se aparecerá aquel día por todas partes como la imagen de la esperanza que va á sacar victoriosa la fe con los esfuerzos de la caridad, y habrá de compartir en la historia con el animoso Príncipe los laureles de aquella eterna jornada.

---

(1) Cervantes.

Nó, no puede poner ya en duda ningún escritor sensato que D. Álvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, fué, después del ángel de los combates justos que cumple los designios del Señor, el genio tutelar de las escuadras cristianas en aquellas horas supremas. Los oportunos socorros y los aguerridos soldados que Santa Cruz lleva á la galera real, donde el hermano de Felipe II exponía á cada instante su vida, inician la victoria; Bazán acude luego á la capitana de Malta, ya apresada por el Bey de Argel, y la liberta; corre hacia las galeras de Sicilia, y salva á D. Juan de Cardona, que, herido y angustiado, recobra bastante aliento para tornarse en vencedor; vuela en ayuda de Requesens, de Veniero y Colonna, cercados de superiores fuerzas, y restablece la suerte de sus armas; mira por otro lado los esfuerzos del intrépido Barbarigo, y abordando la capitana de Siroco, que estrecha al veneciano, peleando con singular bravura y acribillada su rodela, rinde la alejandrina nave; él presta todavía su victorioso auxilio á la Real de la Liga, embestida por el ciego furor del turco despechado, y los rayos del sol poniente alumbran el postrer episodio de aquella grande epopeya. Señora, en tan solemnes instantes, en aquel hermoso crepúsculo, que no ha tenido segundo, debió ser cuando el Santo Pontífice Pío V, que ceñía la tiara con la energía de Inocencio el Grande y con la prudencia de Honorio III, contemplando la bóveda celeste, en la cual parecía

leer las incertidumbres del combate, dobla al fin su rodilla, y, bañado su rostro de una luz celestial, exclama de este modo, dirigiéndose á los que le rodean: «¡Hijos míos, demos gracias á la Santísima Virgen: los cristianos son vencedores!»

¡Costas risueñas del Mar Mediterráneo, desde el monte Calpe hasta Mármara; ciudades de mi cara patria, que os asentáis majestuosas á las márgenes del Guadalmedina y del Turia, y en las cercanías del Llobregat y el Ebro; fértiles valles de la hermosa Sicilia; riberas y villas de la antigua Parthénope, que florecéis entre el Tirreno y el Adriático: vestios con vuestras más preciadas galas, y llenaos de regocijo! Aquellos bajeles turcos que os amenazaron tantas veces, ó que realmente os llevaron la devastación y la desgracia, han sido ya vencidos y humillados para siempre. ¡Sombras augustas de Matías Corvino, campeón infatigable de la Cruz contra la Media Luna; del Emperador Carlos V, soldado temerario en La Goleta y en Túnez; del anciano La Valette, intrépido defensor de Malta; del severo y noble Bragadino, que combate en Famagusta como héroe, y muere alevosamente como mártir! Mi imaginación os ve hoy á todos incorporados sobre vuestras tumbas, saludando al sol que alumbró esa victoria, y elevando bendiciones al Dios de Sabaóth. Y tú, imperio afrentoso de Mahomet, de Solimán y de Selim: sabe que con tu derrota en Lepanto ha comenzado la era de tu decadencia, y ya no se realizará tu

sueño de plantar el estandarte de Mahoma sobre las cúpulas de San Esteban y del Vaticano! Tú conseguirás aún hacer de la Hungría un desierto, y aumentarás con ríos de lágrimas de los pueblos que destruyes las caudalosas aguas del Danubio; pero ni las crueldades de Amurates, ni la fortuna de Koproli lograrán ya impedir que Montecúculi te venza en San Gotardo; que Sobieski destroce tus numerosas huestes en Choczim y en Viena; que el Príncipe Eugenio acabe de aniquilarlas en las orillas del Theiss, y en Peterwaradín y Belgrado. Lo que yo no acierto á explicarme es cómo te sostienes todavía en la Europa que organizó las Cruzadas. Polonia, que peleó sin tregua contra ti, había de ser injustamente repartida entre Príncipes cristianos; y tú, que odias el Cristianismo, y has hecho tantos cautivos, tantas víctimas, tantas ruinas, tú estás alentado y mantenido por Estados y por Soberanos que profesan la religión de Jesucristo. ¡Oh, Dios mío! En el libro de tus insondables designios está, sin duda, señalada la hora en que haya de morir ese Imperio sanguinario y caduco; pero nosotros nos atreveremos á implorar de Ti que apresures la llegada de esos momentos solemnes, si ellos han de ceder en gloria de la Iglesia Católica, y en honor y alabanza de tu adorable Nombre.

Aún veremos lucir, Señora, la clara estrella de Santa Cruz en sus campañas contra el Islam, cuando en las aguas de Navarino vence, en aque-

lla especie de duelo entre bajel y bajel, al nieto de Barbarroja, apresando su galera; cuando delante de Túnez su pericia y su renombre bastan á hacerle dueño de la plaza, abandonada por el espanto del enemigo; cuando en las costas de la Calabria infunde desconocido temor en los Generales de la Armada turca, que rehusan presentarle batalla; cuando en la Isla de los Querquenes hace olvidar reveses de las armas españolas, y se muestra con sus soldados paternalmente generoso, hasta que llega la ocasión feliz en que su Rey le ha confiado la guarda de los caminos inciertos del Océano y de sus grandes ríos contra los rapaces del mar ó contra ciudades inobedientes, y en cuyo puesto merecerá una vez más la aplicación adecuada de las palabras de nuestro tema: — *Ponam*, etc.

Plugo en aquellos dias á la Providencia Divina dar á los Soberanos de España, por sucesión legítima, el reino de Portugal, ese pueblo activo y emprendedor que, no ya por el principio de las nacionalidades, sinó en todo concepto humano, debía ser una de las más preciadas joyas de nuestra católica monarquía. ¡Ah! Nunca se deplorará bastante la pérdida de esos súbditos tan valientes y laboriosos, de esas comarcas tan cultivadas y tan risueñas; y jamás voto alguno estará mejor justificado que anhelar una aurora en que, por el derecho, por la estimación, por la paz y por la hidalguía, se fundieran ambos pueblos y ocuparan

el rango que les es debido entre las naciones del mundo. Soberanos de la Europa, con imaginarios títulos; Príncipes y nobles portugueses, sin fundamentos de sólida justicia, disputaban á Felipe II aquella herencia; mas por esta vez, Señora, no quiso permitir el Cielo que la auréola del triunfo dejase de coronar la legitimidad de la causa. Y en tan prósperos y multiplicados sucesos, casi toda la gloria cupo al Marqués ilustre (1). Veámoslo.

Deléitase desde luego la mente al ver á Santa Cruz apoderarse de las costas del Algarve y de los galeones portugueses, rindiendo á la pintoresca Setúbal. Es más arrebatador todavía mirarle penetrar en el caudaloso Tajo, el río cantado por los poetas, despreciando impávido los encontrados fuegos de sus opuestos castillos; y aún se levanta el corazón más alto al verle preservar á Lisboa, la perla inestimable de aquella hermosa concha, de los desmanes de los soldados y de los horrores del saqueo. Pero lo que llega á asombrarnos sobre todo encarecimiento, es el dédalo de hazañas y venturas de la conquista de las Azores.

Entró Bazán en aquel extenso archipiélago como marino insigne y como gran guerrero; pero

---

(1) Muy injusto sería no dar también aquí puesto de honor al gran Duque de Alba, Don Fernando Alvarez de Toledo, que, mandando el ejército de tierra para someter el Portugal, facilitó el rápido éxito de aquella feliz empresa con su arrojo, su actividad y sus triunfos.

saldria de allí como el más preclaro y famoso de todos los capitanes del mar. Fué su primer cuidado proteger el regreso y asegurar los tesoros de las naos de la India: mas el que primeramente logró salvar la riqueza del Estado, supo mejor aún sacar luego triunfantes el honor y la justicia. El genio de Santa Cruz fué libre y soberano en aquellos mares bravíos para tender sus alas, y por eso pudo cernerse entonces sobre las cimas de lo épico, hasta tocar en lo fabuloso.

Dos fueron los actos principales de tan celebrada conquista; pero no podría decirse cuál de los dos rayó á más prodigiosa altura. En ambas expediciones quedó la España orando, porque comprendía bien que en aquella empresa lejana se ventilaba su honra; y en la última de ellas, la armada de Bazán llevaba la bendición solemne de un Principe de la Iglesia. Alcanzóse la primera victoria en el día de Santiago, fecha que dió laureles, muchas veces repetidos, á la fe y al valor de los Bazanes. Comenzó la serie de los últimos definitivos triunfos sólo un año después, casi en el mismo día; y la imaginación, siguiendo á la historia, divisa la figura del héroe arrodillado en la playa, dando gracias al Cielo como Colón, y aprestándose á combatir como Cortés, hasta que terminó aquel drama de gloria con la sumisión de las tenaces Islas, y con la rendición del ejército que las defendía, flor de la nobleza guerrera de la vecina Francia. Y cada vez que el vencedor vuelve á la anti-

gua *Olyssipo*, llevando la honra de España pura é inmaculada, su Rey le colma de honores, la nación le decreta alabanzas, la Iglesia entona el *Te Deum* Eucarístico, porque la Religión se complace siempre en las victorias justas.

En vano escritores poco imparciales intentaron poner mancha en ese período de la vida de Santa Cruz, tachando á éste de cruel. La Isla Tercera había venido á ser guarida de malhechores, que no respetaban ni los vasos sagrados de los templos, ni el pudor de las doncellas, ni la vida del inocente, ni la blanca bandera de los contrarios, y era merecedora de ejemplares castigos. En cuanto á los extranjeros que la sostenían, aparte de que los rasgos de caballerosidad y de clemencia superaron incomparablemente al rigor, eran instigadores y cómplices de Reyes desleales que se decían amigos del Soberano legítimo; y en estos casos, Señora, el rigor suele economizar mucha sangre, poniendo en la conciencia de los sensatos la convicción de felonía de los poderosos indignos.

Nó, no podía dejar de ser dulce y humano el guerrero que se postraba delante del altar, y parecía decir como David (1): «¡Bendito sea el Señor, mi Dios, que me ha hecho fuerte para el combate, y ha formado mis manos para la guerra!» No podía ser cruel quien tanto se complacía en los heroísmos nacies, y jamás pensó en acrecentar

---

(1) Psalm. XVII.

la propia fama , aminorando los merecimientos ajenos ; quien nunca vió otro sol que el sol de las victorias , sin duda porque tanta fe , tanto valor , tanta piedad unidos , no merecían sufrir el infortunio de las derrotas ; quien fué , finalmente , digno de recibir en vida testimonio de estimación profunda del Emperador Rodolfo II , que quiso ser poseedor del retrato y de las armas del vencedor de los mares de Berbería , de las costas de la Grecia , del Tajo y de Angra. Señora , lo ha dicho así el que fué á la vez testigo , y héroe , y mal herido en Lepanto , y ha sido igualmente hasta hoy el rey gigante de la literatura del mundo. Miguel de Cervantes llamó al Marqués de Santa Cruz *rayo de la guerra , padre de los soldados , venturoso y jamás vencido capitán*. Lope de Vega le consagró en su día un epitafio sublime ; muchos otros poetas é historiadores le cantaron con entonación robusta ; y con los materiales que hombres como Lope , Cervantes , Ercilla , y Mosquera de Figueroa , y Lasso de la Vega , y López de Haro legaran á la posteridad , no se corre , no se puede correr el peligro de que la historia mienta.

Los últimos días de aquella interesante vida se repartieron por igual entre el sueño apacible de un hogar querido y las frecuentes vigiliias del amor intenso de la patria. Con las ternuras casi infinitas del esposo y del padre cristiano , hacia florecer Bazán en su morada todas las castidades y todas las virtudes , y hasta los tesoros y las gracias del arte

proclamaban bien alto en ella la esplendidez magnífica del noble señor que supo acumularlas. Con la ardiente inspiración de sus creencias, y con el fuego de un patriotismo acrisolado, meditaba y disponía una tan alta empresa, que ella hubiera vindicado contra el hereje todas las excelencias de la Iglesia Católica, y hubiera roto y deshecho al par las cadenas y los ardidés que la perfidia forjaba ya sin rebozo para enemistar los Príncipes y esclavizar los pueblos.

No puedo ignorar, Señora, que en esta cátedra sólo deben pronunciarse palabras de caridad, de prudencia y mansedumbre cristianas; mas al tejer el elogio fúnebre de un caudillo español, y uno de los más grandes campeones del Catolicismo, es un deber tan sagrado enaltecer sus hechos como justificar la rectitud de sus propósitos. La nación que en más felices días se llamó «la Isla de los Santos,» vino siendo para España, desde que apostató de su fe, la Isla de nuestras desgracias; que sus corsarios apresaban nuestras embarcaciones; sus ejércitos sorprendían y saqueaban las ciudades indefensas de nuestros litorales; su diplomacia retenía, contra todos los fueros de la razón, sólo para vejación nuestra y para acecho de enemigos, ese pedazo de nuestras costas, por el que la hidalga España ha derramado tanta sangre, y de donde nos vinieron los helados vientos de la herejía, que si no lograrán nunca marchitar nuestras creencias, han quebrantado, al menos, nuestra unidad

religiosa. ¡Ay de mí! Hubiera vivido un año más el primer Marqués de Santa Cruz, y no se habrían multiplicado tanto naves que nunca sirvieron para socorrer á los débiles, ni las garras del sanguinario leopardo se hubieran clavado en tantas victimas durante los tres últimos siglos. Dios no lo quiso, Señora; y al fijar nosotros la memoria en aquel varón fortísimo, que, herido por modo súbito de mano de la muerte, espira con inefable paz en brazos de la Religión, transfigurado el rostro por los resplandores de la gracia divina, hagamos sin vacilar lo que él nos enseñó á hacer; es decir, prosternémonos humildes ante los designios del Dios Omnipotente, seguros de que la Sabiduría infinita y la Justicia eterna harán un día sus manifestaciones salvadoras en la marcha y en los destinos del mundo.

Justo, muy justo será consagrar aquí un tributo de admiración y reconocimiento al gran Monarca que dió anchuroso espacio al genio de su fiel súbdito para que remontase su vuelo. Bazán compartió en todo tiempo con su Rey su fe y su gloria; y, para compartirlo todo, hasta compartió la calumnia. Si la malevolencia ha podido atribuir á ingratitudes de Felipe el fin temprano del héroe, ahí están, para confundir su trama, las afectuosas cartas que le dirigía el Soberano, fechadas en la antevispera de su muerte; ahí están los honores y las mercedes que prodigó Felipe II á los entristecidos hijos de Bazán en memoria de los servicios

de tan ilustre padre ; y aún pudiera añadirse que ahí está el género de muerte de Santa Cruz , sin relación alguna con los orígenes que la ignorancia ó la malignidad le han asignado. La luz á cuyo resplandor ha sido escrita por muchos la historia de Felipe II, no es luz de claro sol, sino cárdena y voraz llama, encendida por la envidia ó el odio de sus detractores; y yo no he de discutir con el biógrafo protestante ó con el crítico racionalista sobre el secreto de las intenciones del hijo de Carlos I. Si el historiador profano debe elevar mucho sus miras , el orador sagrado debe considerar en este sitio á la historia y á los hombres desde las atmósferas de la Religión, y desde las cúspides del amor á la patria. Hay ¿quién podrá no confesarlo? harta fe y harta virtud en aquel largo reinado, para que todo buen católico no se complazca en ensalzarlo y aplaudirlo; hay demasiadas victorias en aquellos ocho lustros, para que ellas no obliguen la gratitud y el amor de cualquier pueblo; hay en el alma privilegiada de Felipe tan patente grandeza y tan acendrado patriotismo , que ellos debían ser bastantes para atenuar sus faltas , si por acaso existieron , y para acallar todo juicio apasionado que ultraje su memoria. Lo que yo sé ciertamente, es que muy grandes Santos elogiaron con ilustrada sinceridad á Felipe II; y me inclino más bien á tenerle por buen Rey con Ignacio de Loyola y con Teresa de Jesús, que á acusarle y deprimirle con los enemigos más ó menos encubiertos de la Igle-

sia católica. Lo que sé con la misma certidumbre, es que aquel egregio Monarca dió á los fieles Pastores sapientísimos; á la ciencia, la Políglota de Amberes y la Nueva Recopilación; á su patria, los laureles de San Quintín; al mundo cristiano, la fecha de Lepanto; á las artes, la maravilla del Escorial; á los pobres, suntuosos hospitales; á la justicia, incorruptibles magistrados.

Lope de Vega Carpio, Señora, confiaba al Rey servido y á la patria honrada (1) el cuidado de eternizar el nombre de Bazán. Felipe II lo hizo cumplidamente; la patria lo hará del mismo modo en la sucesión de los siglos. Nosotros condensaremos ahora las glorias mil de la Cruz de tan insigne apellido y de la cruz de tan invencible espada, diciendo que todo concurrió en aquel hombre extraordinario para enaltecerle y para inmortalizarle, y para que él pudiera infundir en los otros el deseo de esos enaltecimientos y esa inmortalidad; el lustre de la ascendencia que honra, la intrepidez del ánimo que arrebató, la humildad del espíritu que cautiva, la ternura del corazón que socorre, la autoridad del labio que ordena, la energía de la voluntad que ejecuta, la elevación del alma que

(1) Dice así el epitafio que dedicó Lope de Vega al primer Marqués de Santa Cruz:

«Rey servido y patria honrada  
Dirán mejor quién he sido,  
Por la Cruz de mi apellido  
Y por la cruz de mi espada.»

adora. Juntóse, si, en aquel sér predilecto toda la suma de fe y de caridad que solió resplandecer en los caudillos elegidos de Dios, y por eso merece escúchar su alma estas palabras que son promesas sobrehumanas de una vocación honrosa, y coronamiento feliz de una gloriosa carrera: «Extenderé su mano sobre el mar, y su diestra sobre los ríos.» *Ponam in mari manum ejus, et in fluminibus dexteram ejus.* Y como esa estirpe, Señora, es estirpe de nobles generaciones, el título de Marqués de Santa Cruz no ha cesado jamás de dar honor á su patria; porque él continuó brillando en los fastos de la Armada española, y en nuestros ejércitos de tierra, y en la dirección de nuestras Academias literarias, y dentro del alcázar de nuestros Reyes, en el cual vemos hoy mismo, y casi veneramos, á un descendiente directo de D. Alvaro de Bazán, que es modelo de castellana hidalguía, uno de los más católicos y más leales caballeros de su tiempo.

¿Y qué os diré ahora á vosotros, marinos de mi patria, herederos y mantenedores del caudal de puras glorias que Bazán os legara? Yo no puedo hoy, en modo alguno, ni sería de este lugar acaso, hacer la historia embelesadora de nuestros famosos navegantes, pasmo y envidia de las naciones marítimas; pero no renunciaré sin pena á discurrir con algún detenimiento por los anales de nuestra marina militar, siquiera fuese desde que el Conde Pedro Martel llevó á las playas de Mallorca las

huestes conquistadoras de Jaime I, y Bonifaz ayudaba á realizar en las orillas del Betis las empresas de Fernando el Santo. España vivirá siempre agradecida á aquella Génova que nos prestó sus servicios y nos dió Almirantes expertos, desde Zacharias y Bocanegra, que vencían en Marruecos y en La Rochelle, hasta Juan Andrea Doria, uno de los atletas del Mar Jónico. Pero ya en los dos últimos siglos de la Edad Media no son menos bizarros ni menos inteligentes, entre nuestros compatriotas, los Marquet, los Sarriá, los Queralt, los Entenza, los Mayol, los Santa Pau; en el siglo XVI pasmaron á la Europa y al orbe, desde las costas de Galicia hasta Modón y Navarino, los Bazán, los Requesens, los Cardona, los Leiva, los Andrada, los Figueroa, los Carrillo, los Zapata, los Mendoza; y después, en las costas de Portugal, y en las Terceras, formados casi todos por la enseñanza y el ejemplo del Marqués de Santa Cruz, los Villaviciosa, los Recalde, los Pérez de Herrera y los Eraso. Todavía en el primer tercio del siglo XVII, en los comienzos ya de nuestra decadencia, se ve lucir, como astro de primera magnitud, á aquel Antonio de Oquendo, debelador de moros y de holandeses, recordado y enaltecido há poco por nuestros Reyes en su propio suelo, y que pudo contemplar en su juventud los cercanos fulgores de la nombradía de Bazán. Y al cabo de algunos lustros, florece el inolvidable Patiño, que, casi sin recursos, logra regenerar nuestra marina;

y le suceden Jorge Juan y Ulloa, colosos de la ciencia náutica; y Barceló, que vuelve á hacer temible nuestra bandera contra los argelinos, y frente á Gibraltar, el *Peñón* de nuestras pesadillas; y Lángara, generoso y magnánimo en el puerto de Tolón, y siempre celosísimo del buen nombre de su patria. Y cuando se realiza aquella alianza odiosa con un pueblo regicida, y llega el día de luto y de llanto de Trafalgar, allí vemos, entre nuestros navíos que se sumergen ó se incendian, los tipos admirables del valor más heróico; un Gravina, que intenta imitar las acciones de Bazán en Lepanto, pero que, menos afortunado que él, sucumbe en el combate, con tanta ó con mayor gloria que el vencedor mismo; un Álava, que al sobrevivir á la catástrofe por un rasgo de valor fabuloso, nos parece un guerrero de ultratumba; un Galiano y un Churruca, que tienen en aquel teatro su sepulcro; y en esa generación famosa se contará todavía un Ruiz de Apodaca, que en la bahía de Cádiz sabe vengar á los españoles de la alevosía extranjera, y recoge después lauros de guerra y bendiciones de paz, lo mismo en el Viejo que en el Nuevo Mundo. Y de toda esta raza privilegiada descendèn, finalmente, los serenos capitanes que en los mares del Pacífico, y delante del Callao, antigua morada de los Incas, castigan al peruano orgulloso y al inquieto chileno, pueblos olvidadizos é ingratos que osaron insultar el pabellón de su antigua madre la España.

¡España, España! ¡Quién pudiera formar de todos estos timbres un haz inmenso de luz para alumbrar tus futuros destinos! Tú, vencedora de aquellos héroes legendarios que se llamaron Rolando y Bayard; tú, tan temida hace tres siglos, de los más potentes imperios, y que aún en esta centuria, al amparo de tu religión y con tu valor indomable, eclipsaste la estrella del árbitro de la Europa, y renovaste después nuestras hazañas en el suelo africano; tú podrás ver con hondo sentimiento menguado tu poderío, pero tú no has caído nunca ni en las simas del error, ni en el fango de los vicios, ni en los abismos de la iniquidad, ni en el antro de la usurpación y la rapiña, y jamás te mirará el mundo ni envilecida ni degradada. Dícenos á todos la esperanza, esa virgen ideal del Cristianismo, que se nos representa apoyada en el áncora de una nave, fijos en el Cielo sus ojos, y teniendo en su mano una antorcha encendida, dícenos la esperanza que comienza para el pueblo español una nueva era de prestigio y poder: que la nación que celebra con tan vehemente entusiasmo los centenarios de sus mayores glorias: centenarios de la religión, en Teresa de Jesús; centenarios de la poesía y de la ciencia, en Calderón y Marcenado; centenarios de militares triunfos, en Bazán el invicto; la nación cuyos ejércitos conservan con más veneración que nunca al sacerdote que les muestra á Dios y á la Hermana de la Caridad que les señala el Cielo; la nación que abri-

ga el propósito inquebrantable , aclamado en sus Parlamentos, de restaurar su Armada, sin perdonar desvelo ni sacrificio; la nación que hoy mismo lleva á Roma la vivísima llama de su amor y de su fe, ya que no puede llevar el pensamiento piadoso de Constantino ó las fervorosas huestes de los antiguos Cruzados; esa nación , repito , no puede menos de confiar tranquila en la próxima realidad de la renovación de sus grandezas. ¡España, patria mía! Si para reverdecer tus antiguos inmarcesibles laureles ; si para devolverte aquel engrandecimiento, aquel influjo decisivo un día en los destinos de la Europa, pudiera bastar un holocausto humilde, yo te daría gustoso todas las notas de mi palabra, todos los signos de mi pluma , todas las preces de mis vigiliass y toda la sangre de mis venas.

Un momento no más y termino, Señora , mi oración. ¡Cuánto hubiera podido gozar hoy con este imponente cuadro , ante tantos victoriosos trofeos, el amadísimo Rey que hemos tan prematuramente perdido; aquel excelso Príncipe , tan sumiso para creer, tan sereno para combatir, tan discreto para entender, tan noble para perdonar; aquel Alfonso XII , que en el hogar era un niño, en el consejo un anciano, entre las potestades de la Europa un gigante; Rey que ha dejado el corazón de su viuda sumido en perpetua soledad y en tristeza sin límites , y cuya pérdida hubiera sido de cierto hora de muerte para la patria, á no habernos dejado en vos, Señora, el trasunto de su genio,

la mantenedora de su causa, el ángel tutelar de los hijos que le disteis, el corazón magnánimo que sabe atesorar á un tiempo dulzura, fortaleza, rectitud, esplendidez, abnegación y heroísmo, para suavísimo consuelo de la enlutada España!

Desde este sitio, Señora, los grandes oradores sagrados solieron decir verdades saludables á los Monarcas de la tierra, para su edificación y consejo; pero ni yo tengo parecido alguno con ellos, ni la Iglesia ni el mundo ven, por fortuna, sombras en el cielo de vuestra existencia, como no sea la sombra de los dolores, soportados con toda la grandeza de la resignación cristiana. Yo nada tengo que expresaros, sino que todos os amamos y bendecimos, y que hacemos nuestras, con fruiciones dulcísimas, con gratitud inefable, las sinceras, las benditas, las conmovedoras palabras que, en el santo gozo de su Jubileo Sacerdotal, se ha servido decir de vos el inspirado León XIII, el Pontífice-Rey, Vicario de Jesucristo en la tierra.

¡Y tú, Álvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz, varón de eterna fama y de singulares virtudes! ¡Si estás, según consoladoramente creemos, en presencia del Omnipotente, por cuya fe combatiste y en cuyo amor espiraste, ruégale hoy por que nuestra patria sea grande, y felices nuestros Reyes, y piadosos nuestros guerreros, y llamados de bienestar y de ventura todos los moradores de este suelo de España! Mas por si, en los juicios adorables de la Providencia de Dios, y en

la duración misteriosa de las expiaciones concedidas por el Amor Eterno, te hallaras todavía en los senos de la Iglesia paciente, donde las almas se purifican, nosotros elevaremos al Señor un fervoroso sufragio, á fin de que en este día se digne recibirte y coronarte en las mansiones de la Jerusalem celeste.—*Requiescat in pace.*

---

ORACIÓN FÚNEBRE  
DE  
S. M. EL REY D. ALFONSO XII DE BORBON  
(Q. S. G. H.)  
PRONUNCIADA  
EN LA REAL CAPILLA DE PALACIO  
EL 24 DE NOVIEMBRE DE 1888.



---

*Aufer impietatem de cultu regis, et firmabitur justitia thronus ejus.*

Aparta la impiedad de la presencia del Rey, y se afirmará su trono sobre la justicia.

PROV., XXV. 3.

SEÑOR EXCMO.:

PIDIÓME un día mi patria los acordes del arpa sacerdotal para acompañar con ellos los cantos de su dolor. Aunque eclipsado el astro de sus pasadas glorias y mermado su poderío de otros siglos, no lamentaba España las tristezas del vencimiento, ni menos todavía la degeneración de sus hijos, desdichas que marcan el grado máximo entre las desventuras de un pueblo; pero lloraba, en cambio, la temprana muerte de su Rey, gentil y dulce mancebo en cuyo corazón moraban juntos la religiosidad y el valor de los antiguos paladines, y en cuya serena y lúcida mirada se descubría desde luego al político sin doblez, al legislador justo y prudente, al amigo leal y generoso. La Religión me decía que ese Rey era el Príncipe bien amado,

el hijo predilecto de los Pontífices de Roma; la patria me gritaba que ese Príncipe era su pacificador y su padre; en Europa eran notorias la madurez de su juicio y la distinción de sus prendas, y yo tejí su fúnebre alabanza con la voz entrecortada por los suspiros, y con los ojos arrasados en llanto. ¡Ah! ¿Por qué no encontré mi acento en aquel día los mágicos secretos de la elocuencia de Masillon y de Bossuet, ya que el primero de estos hombres insignes no podía amar más á Luis el Grande que yo amaba á mi Rey, ni el segundo pudo llorar tampoco los regios infortunios que inmortalizó su palabra con más acerba pena que yo lloré la muerte de Alfonso XII de Borbón, y la viudez de su esposa, y la orfandad de sus hijos?

Al venir hoy á este sitio para ponderar de nuevo aquella desgracia inmensa, no ha agitado en modo alguno mi espíritu el soplo corruptor de las vanidades terrenas: vengo únicamente movido por sentimientos nobilísimos que al punto sabe apreciar todo corazón honrado. Me llamó la vez primera una voluntad legítima y poderosa; la voluntad de una nación entera que lloraba: hoy me llama una voluntad distinta, pero no menos justa; el amable mandato de una Reina viuda que gobierna. Obligábanme antes, de una parte, mi misión de sacerdote, siempre pronto á ensalzar toda gloria católica; de otra, mi cualidad de español, orgulloso de mi nacionalidad y entusiasta de las tradiciones monárquicas de mi patria; obliganme

ahora deberes ineludibles de gratitud, que son ley universal y sagrada. Porque, Señor Excmo., yo sabía ya que había ángeles en este alcázar; pero después he sido inmerecidamente llamado á los conciertos de su inocencia, y hoy los veo, les hablo, contemplo las hermosuras de su espíritu, como podría contar los latidos de su corazón y las sonrisas de su boca (1). ¡Oh! Aun cuando yo fuese un día tan afortunado que pudiera hacer costosos sacrificios para afianzar la dicha de esos seres, jamás creería haber pagado cumplidamente á mi Reina la deuda de mi agradecimiento por el honor de que revistió mi oscuro nombre, y por los júbilos purísimos que su bondad ha hecho sentir á mi alma.

Aliviado hoy un tanto nuestro riguroso luto; menos humedecidos los ojos por las lágrimas, y, por lo mismo, con la mente más serena y el juicio más seguro, volveremos á examinar aquel corto reinado, que, por la grandeza moral que en él preside, ocupa puesto tan preferente en la historia contemporánea; admiraremos una vez más aquella preciosa vida, que, con ser tan dolorosamente breve, ofrece asunto inagotable al talento

---

(1) Por bondadosa designación de S. M. la Reina Regente, el autor de este libro quedó encargado de la enseñanza religiosa y moral de SS. AA. RR. la Princesa de Asturias y la Infanta Doña María Teresa, desde el 1.º de Octubre de 1887; honrosísimo puesto que viene desempeñando hasta hoy. (Febrero de 1892.)

y á la fantasía del escritor y del panegirista, porque dejó en pos de sí todos los monumentos que bastan á perpetuar la memoria de un Soberano, y á enriquecer los anales de un pueblo: la fe, la victoria, la paz, la liberalidad, la abnegación, la ciencia, los templos y las leyes. Pero bendigamos antes al Dios Omnipotente y Eterno, que se dignó escuchar, en los más supremos instantes de nuestra angustia, los votos ardentísimos que elevamos hasta su Trono. Nuestros políticos más ilustres, amantes de la monarquía, á quienes yo invitaba para que estrechasen su mano de caballeros junto á la tumba de Alfonso XII y defendiesen la herencia de su inocente hijo, dieron levantado ejemplo de su desinterés y de su patriotismo. Los moradores de la noble España, bien ciertos de que ningún Rey de la tierra, ninguna potestad humana pudo hacer ni más ni tanto por sus súbditos como el malogrado Alfonso, y de que el corazón de su atribulada compañera late con el mismo amor y es capaz de iguales heroísmos, han formado tan inexpugnable muro en derredor del hijo y de la madre, del huérfano y de la dama, que no abrirán brecha en él ni las asechanzas de la traición, ni las conjuraciones del odio.

Ahora bien, Excmo. Señor: este espectáculo tan bello y tan magnífico, esto es, la gloria impecedera del reinado que pasa y las halagüeñas esperanzas del reinado que brilla, son producto feliz de venturosa concordia; del suspirado enlace de

la Religión con el Derecho, del Imperio con el Sacerdocio; enlace que, ahuyentando necesariamente la impiedad de la presencia del Rey, asienta sobre fundamentos de justicia su trono. *Aufer impietatem de vultu regis, et firmabitur justitia thronus ejus.* Y como esta profunda sentencia de los Proverbios habrá de palpitar en todo el fondo del presente elogio, condensaré desde luego mi argumento en la proposición que sigue:

*El reinado de Alfonso XII, vivamente esclarecido por los resplandores de la piedad cristiana, ha afirmado con la justicia la corona en las sienas de Alfonso XIII.*

---

---

EXCMO. SEÑOR:

LA más sólida base de toda potestad terrena son los cimientos de la justicia; pero únicamente la piedad puede hacer que esos cimientos sean duraderos é incommovibles. En los reyes y gobernantes de la tierra, como en el Rey de todos los reyes y Señor de los que dominan, la justicia no puede separarse de la piedad, la piedad no puede separarse de la justicia; porque si esas tan fundamentales virtudes se separasen entre sí, lejos de dar sus naturales frutos, se tornarían en infecundas y aún gravosas para los individuos y las sociedades, que oscilarían de continuo entre la impunidad y el rigor (1). La justicia es la posesión basada en un derecho que se derive de la Ley Eterna, y protegida por la fuerza legítima de los poderes humanos (2); la piedad es el reconocimiento de un mundo sobrenatural y divino; es la virtud que

---

(1) S. Pet. Crys., Serm. 145, *de generat.*

(2) Arist., lib. I, Rhet.

nos manda ennoblecer y amar por especial manera en la vida cuanto es reflejo y semejanza de la Providencia, las delicias castísimas del hogar, las grandezas y lauros de la patria, los dogmas y dulzuras de la Iglesia de Cristo (1). Por donde se ve que una y otra virtud son como dos anillos que giran enlazados en la misma esfera, uniendo siempre su acción para realizar estas hermosas aspiraciones: la obediencia para con el Altísimo, la dignificación de la familia, los triunfos de la verdad, la rectitud de las leyes y la prosperidad de los pueblos.

Pues bien; este es el cuadro embelesador que nos ofrece el reinado de Alfonso XII. Las nubes con que intenta siempre el impío oscurecer el cielo de las grandes almas, no proyectaron nunca sus sombras sobre el nieto de San Fernando; antes, por el contrario, las hermosuras de la piedad, dón del Divino Espíritu, fiador y garantía del buen derecho, habían de constituir la más radiante auréola de su vida y el más precioso legado de su muerte. *Aufer*, etc.

Fué el 28 de Noviembre de 1857 día feliz para nuestra amada patria. Los que entonces morábamos en las cercanas costas del africano continente, creíamos ver saltar de gozo, como los montes de la Escritura (2), las colinas españolas; y di-

---

(1) Hier. in Cant.

(2) Psal. CXIII, 4.

riase que las ondas del turbulento Estrecho, bañadas en aquel día de claro sol y rizadas por mansas brisas, querían borrar de nuestra memoria las tristes páginas que escribieron allí, para mal nuestro, el Mahometismo y la herejía. Nacido Alfonso de los suspiros de la esperanza, todo cuanto rodea su sér aparece amable y sobrehumano como aquella virtud celeste. Un Pontífice santo le introduce en los atrios maravillosos de la vida del alma: rodean su cuna dos madres; la madre por la naturaleza, y la hermana que ha merecido ese nombre, protegiendo al infante con su amor y comunicándole su ingenio. Un justo le enseña á orar y á pedir; á pensar con alto vuelo le enseña un modesto sabio, que era también poeta y artista; á templar y á fortalecer el espíritu, y á adorar los fines de la Providencia de Dios, le enseña el libro profundísimo de la tribulación y la desgracia.

La pasión política excitada, ciega y tenaz torcedora de la rectitud del juicio, viene á ser como la tempestad que se desencadena. El huracán, la inundación, el rayo, suelen escoger para víctimas la vida más necesaria, el corazón más inocente, la heredad más risueña; y así la obcecación revolucionaria buscó por blanco preferente en nuestra patria á los seres más sencillos é indefensos: privó de su sustento al sacerdote, expulsó de su asilo á las vírgenes, despojó de su corona á una dama, arrebató su herencia secular á un niño. Fué aquella la alianza de la impiedad con la injusticia. Pero

¡ah! cuando pase el terror de esas catástrofes y se disipe el polvo de tantas profanaciones, el mundo todo asistirá á un espectáculo que consuela el espíritu y alecciona á los pueblos. Los templos se levantarán de nuevo y será honrado el sacerdocio, porque sin culto no resplandece la verdad religiosa; las Esposas del Cordero volverán á la soledad de su retiro, porque sin la oración y sin la penitencia, la Justicia de Dios prevalecería sobre su Misericordia en las transgresiones de la raza humana; y los mismos políticos y los mismos gobernantes que desataron los vientos y atrajeron las iras de la tormenta, vendrán á restablecer afanosos el trono que derrocaron, y á formar falanges leales y decididas en torno de un Rey adolescente, porque aprendieron con espanto, que allí donde se gritaba contra la Religión y el Trono, imperaron sin tregua la discordia, la rapiña, el incendio, la destrucción y la muerte. ¡Oh Providencia de Dios! ¡Bendita seas mil veces! ¡Tu manifestación más visible, al par que tu más hermoso secreto, es saber sacar siempre el bien del mal, y presidir á todas las grandes restauraciones de la verdad y la justicia!

El dolor resignado y humilde es bello é interesante por sí solo; mas cuando está santificado por la Religión y ennoblecido por el saber, coloca al hombre en la cima de todas las excelencias; y hé aquí por qué la madre amorosísima de Alfonso, la Soberana eminentemente católica, quiso, ante

todo, iluminar la razón y robustecer el ánimo del tierno Príncipe con arcanos y con fulgores del Cielo, á fin de que recorriera después con firme paso, sin turbarse ni desvanecerse, los intrincados caminos de la ciencia humana.

¡Ah, Señor Excmo.! Yo me atreveré á indicar desde esta Cátedra, que se pidan al arte, que se pidan al genio las más acabadas producciones, los más fúlgidos destellos del ideal cristiano, para pintar ó para esculpir la escena de la primera Comunión de Alfonso XII, y ofrecerla por todas partes á la vista del mundo. Pio IX, el bondadosísimo Pio IX, elevando la Sagrada Hostia y Alfonso adorándola y recibéndola; el Príncipe desterrado en presencia del Rey desposeído y próximo á la cautividad y al despojo; el venerable Pontífice, transfigurado con la sonrisa del mártir que ve entreabierto el Empireo; el hijo espiritual de aquel anciano, tan piadoso y tan radiante, que no sólo se adivina en él al corazón purificado y fortalecido, sino que dijérase también que al mismo tiempo era armado caballero; y luego, en derredor, asistiendo á la imponente ceremonia, admirando y compadeciendo á los dos privilegiados seres representantes de toda la cristiandad, que hacían ver que las usurpaciones cometidas contra el Padre común de los fieles eran un ultraje inferido á la Europa de los Cruzados, y que la proscripción de aquel niño era un atentado odioso contra la justicia y el derecho; este cuadro, repito, presen-

tado por una mano inspirada, tendría seguramente más prestigio que una apología cumplida y más poder que un ejército.

Roma, la Roma de los Papas, ha consolidado la fe del Príncipe creyente; Viena, la imperial Viena, va á abrillantar esta fe con otro linaje de hermosuras. En la Corte de los Rodulfos y los Maximilianos, las inteligencias que comienzan á remontar sus alas no corren el peligro de que las oscurezca el error, ni las seduzca el sofisma. Las ondas del caudaloso río van cantando constantemente las glorias del Catolicismo y la intrepidez de sus héroes desde aquellas horas venturosas en que Sobieski y Leopoldo, abatiendo junto á los muros de la gran ciudad el poderío de los turcos, procuraron al universo católico la festividad del Dulcísimo Nombre de María, como una centuria antes el hermano de Felipe II le procuró en el Mar Jónico la festividad del Rosario. Así Alfonso mantuvo para su bien las tradiciones piadosas y caballerescas de su patria, uniéndolas discretamente con la educación de su siglo; así acertó á vivir entre sus compañeros de trabajo y de estudio, no como el grande que menosprecia al pequeño, sino como el pequeño que aspira noblemente á ser grande; así al conocer á la casta doncella que hoy le llora fiel é inconsolable viuda, merece de la augusta niña, como justador galante en un torneo, miradas de dulzura infinita, vaga y melancólica promesa de afecto no revelado que tiene el

presentimiento de la futura dicha , mas no sin cruzar antes por entre los cipreses de las tumbas y por las regiones del llanto.

La aurora de la reparación que despuntó entre los cánticos del convite Eucarístico, tuvo su claro sol en las más feraces llanuras de todas nuestras costas. La mar y el viento llevaban sin cesar al hijo de nuestros Reyes este sentido clamor del macedonio que vió en sueños San Pablo: *Ven á salvarnos* (1); y Alfonso vino á su patria , no en alas de la ambición , sino mecido por todas las blandas auras que vivifican el espíritu, y halagado con el sincero aplauso de monarquías y repúblicas. Al embarcarse en la extranjera playa, había roto sin vacilar la lista de todos sus enemigos , para ir inscribiendo en otra los solos nombres de los que sostuvieran su trono: al poner su pié sobre las riberas de Cataluña y Valencia , sólo piensa en imitar la piedad de los antiguos Condes y la inmortal justicia del Cid.

El día de su llegada entre nosotros quiso ser tan espléndido como lo había sido el día de su natalicio: no había ni una ligera nube en el cielo. Las notas del entusiasmo y del amor vibraron en aquella ansiada hora con tanta rapidez como vibra el flúido del espacio para trasmitir el sonido y para producir los colores. Aparecía Alfonso tan joven, tan gallardo , tan marcial , tan vivo , tan gozoso,

---

(1) Act. XVI, 9.

como había podido soñarlo la imaginación de su pueblo: como describían á sus más graciosos donceles los legendarios poemas de la vieja Europa. Y fué tan espontánea y unánime esta explosión de júbilo, que el sabio se regocijó en su biblioteca, el noble en su palacio, el comerciante en su escritorio, el labrador en sus heredades, las vírgenes en su retiro, el religioso en sus claustros, el sacerdote en sus templos, el pueblo todo, en fin, en los anhelos de su mejoramiento por medio del trabajo y por el ejercicio de virtudes fecundas.

Los primeros pasos del reinado de Alfonso XII son pasos de piedad y de paz para con la Iglesia y con la patria. El no había adquirido aún la experiencia de la vida, pero sabía ya que cada incrédulo, cada impío intenta facilitar al Estado un eslabón para forjar la cadena que esclavice á la Iglesia: tenía perfecta evidencia de que cada herida, cada ofensa hecha al Catolicismo, es una brecha abierta en las sociedades y en los poderes, y cuidó de desagraviar por muy cumplido modo á la Religión de sus mayores, y de seguir mirando al Supremo Jerarca como á Padre y Maestro. Ardía por el mismo tiempo en nuestro suelo la horrible tea de lucha fratricida, nacida del descreimiento de los unos, de la pasión de los otros, de las audacias de los perturbadores, del temor de los pusilánimes, de la fuerza misma de las cosas; y Alfonso puso al servicio de sus súbditos tanta fe, tanto derecho, tanto valor, tanta magnanimidad,

que más que cortar con fuerte mano aquel funesto nudo, puede decirse que lo desató suavemente con el influjo de su atractiva juventud y de sus generosos olvidos.

Excmo. Señor: En los peligros y privaciones de la guerra, el corazón del niño convirtiéndose en corazón de héroe: veamos cómo en los senos del hogar el corazón del héroe se hace más amoroso y más tierno que el del más rendido caudillo de las Edades Medias.

Jamás Soberano alguno, de mocedad tan cautivadora y halagada, supo escoger mejor sus esposas. Belleza de mujer bíblica, suma de todas las perfecciones; ojos claros y serenos, expresión de todas las gracias; sonrisa de hermoso niño, esperanza de todas las recompensas; alma formada para la caridad, que es lo más bello del espíritu, tal fué la Reina Doña Mercedes de Orleans y de Borbón. ¡Ah! El dolor y la consolación se besan al recordarla, como se besan en los cantos Davidicos (1) la paz y la justicia. Se experimenta naturalmente dolor por la pérdida prematura de seres tan amados; se gozan consolaciones suavísimas, cuando al ver desaparecer la envoltura terrena se presiente la felicidad del alma predestinada para la posesión de la gloria en la morada de los justos.

Un Rey sin descendencia no puede casi nunca

---

(1) Psalm. LXXXIV, 11.

perpetuar el lloro de su viudez; y Alfonso, en la soledad de su dolor, pensó en el ángel de sus primeras visiones. Si la simpatía y la gratitud demandaban buscarle, no lo aconsejaban menos la religión y la política. Estando Francia sin Rey, y alejados del altar sus gobernantes; desagradecida Italia al Pontificado que le dió su grandeza, el Rey de la católica España y el Emperador de la religiosa Austria eran los jefes genuinos de los pueblos verdaderamente cristianos; y un vínculo nupcial contraído por el nieto de tantos Reyes piadosos con la nieta de tantos Emperadores insignes, no podía dar á los pueblos sinó Príncipes sin tacha; inteligencias alumbradas por la verdad y corazones resueltos para coronar y para defender la justicia.

La Iglesia y su Sacerdocio no suelen complacerse en el elogio de los que viven (1). La belleza humana es necesariamente fugaz y frecuentemente engañadora; las virtúdes de hoy pueden desfallecer mañana, que únicamente Dios es Santo por esencia. Pero alguna vez la alabanza es ley de la humanidad, expresión del sentimiento, grito de la conciencia pública, estímulo para la perseverancia. No soy yo, Sr. Excelentísimo, influido por el afecto y obligado por los beneficios; es la España, es el pueblo, es el pobre, los que publicarán á los cuatro vientos del cielo que la segunda esposa de

---

(1) Eccli. XI, 2 y 30.

Alfonso es *gracia sobre gracia* (1) en las elevaciones del pudor; que el azul de sus ojos denota la serenidad de su alma, como el azul del cielo denota la serenidad de la naturaleza; que es palmera de sombra salutífera y regalado fruto para aquellos que la buscan en los desiertos de la vida. Diríase que la Reina viva se propuso iluminar sus pasos con los resplandores de la Reina muerta, á la que llamó *mujer santa* en un instante solemne (2): y ni el trascurso de cerca de dos lustros, ni el duelo, el llanto, la solicitud del hogar, los desvelos de una frente coronada fueron nunca bastantes á amenguar la admiración y el afecto de María Cristina Raniero á la criatura dulcísima que la precedió en su tálamo. Si, esos dos corazones se siguen amando y correspondiendo en aquel mundo invisible donde se comunican los Santos. ¿Quién podría asegurar que no fué la próspera mediación de aquel ángel quien desvió de la blanca sien de la descendiente de los Habsburgo el proyectil homicida con que un desgraciado intentó herirla, casi en la luna misma de sus bodas? Por éso, aunque el sacerdote católico, más instruído que el sacerdote drúida, sabe bien que un árbol ó una flor no son cosas sagradas, yo miro las coronas que Cristina lleva á Mercedes como suspiros

---

(1) Eccli., XXVI, 19.

(2) En el acto de las capitulaciones matrimoniales, y dirigiéndose al Exemo. Sr. Patriarca de las Indias.

de reconocimiento que le envía, ruegos que le dirige, virtudes que le presenta, oraciones que le aplica, simbolismos ascéticos que dilatan y perfeccionan el espíritu, y que tienen raro poder y decisivo influjo en determinados momentos para desterrar la impiedad de la morada de los que reinan, y afirmar los tronos con la justicia. *Aufer impietatem, etc.*

Pues bien, Excmo. Señor: en esas líneas bien-hechoras de la piedad de dos reinas, que alientan su piedad propia, se propuso el Rey Alfonso calcar el libro de su reinado. Él ambicionaba, sin duda, los encomios del mundo, y muy especialmente los de aquellos pueblos que le dieron hospitalidad tan generosa, y entró á gobernar la España con el afán de las grandes iniciativas. Consagrábase con pasión al estudio; tenía la actividad de los magistrados laboriosos, y nunca quiso ver elevarse demasiado el sol sin ilustrar su mente, y sin trabajar con sus Ministros. Sin que presumiera contarse Alfonso en el número de los sabios, porque ni la filosofía, ni las ciencias, ni el derecho fueron sus estudios favoritos, le vemos remontarse bien temprano á la comparación de las literaturas, declararse idólatra del genio de Calderón, y honrar en todo tiempo la verdadera sabiduría; y poseyendo como pocos los secretos que subliman la belleza de la vida intelectual, es decir, la elocuencia y la fe, jamás habló en presencia de los sabios, los poderosos, los políticos, los artistas, los poetas, sin

arrebatarlos y conmoverlos; sin colocar la virtud sobre el saber, la rectitud sobre el dolo, lo ideal sobre lo real, la eternidad sobre el tiempo, el alma sobre los sentidos. Alfonso consuela y juzga con las hermosuras de la verdad, no sólo al pobre que sufre y llora, según la frase de los Proverbios (1), sinó á cuantos viven de sus sudores y de sus vigiliass; y aconsejando por todas partes á los corazones incautos, para que no se dejaran seducir por los halagos de la mentira, y estimulando á los ciudadanos útiles para que hicieran ruborizarse á los ociosos, siempre que ensalza y preconiza las glorias del trabajo, enlaza, según el espíritu de la Iglesia, la tristeza de su origen con la nobleza de su ejercicio, con el premio de su constancia, con los prodigios de sus resultados. Alfonso respetó con tan proverbial lealtad el régimen de su país, que acaso no hay ejemplo de ella en la historia; y nadie señalará en su reinado ni uno solo de esos hechos de violencia que son página fatal de casi todo período de gobierno, sea de monarquía ó de república. Alfonso erige por todas partes nuevos templos al Dios vivo, contrarrestando así con voluntad firmísima, con devoción ardiente, la acción de la impiedad que los demolía y la acción del tiempo que los desplomaba; y siempre que colocó la primera piedra de esas casas de la oración, ó de un asilo para el necesitado y el huérfano, decía

---

(1) Prov. XXIX, 14.

frases tan inflamadas, que parecían tener dón de piedad y de lágrimas. ¡Oh, vosotros, muros de la Almudena, severa cripta donde ya se han celebrado nuestros más adorables misterios, pensamiento acariciado del día, ensueño de las noches del duodécimo Alfonso! ¡Haga el Cielo que el Rey Alfonso XIII pueda oír bajo las góticas bóvedas que sostendréis, y lleno de años y ventura, la solemne oración de los Pontífices católicos, en la cual se impetra para los Príncipes justos y piadosos toda suerte de auxilios y de gracias!

El que así se deleitaba y rendía ante los sagrados tabernáculos, no podía menos de ser alma encendida en la virtud de la caridad. ¡Ah, Excelentísimo Señor! Se han hecho ya mil rápidos elogios de los increíbles heroísmos del corazón de Alfonso XII: mañana se escribirán poemas. Para encontrar ejemplos dignos de esos hechos que podríamos llamar locura de la caridad cristiana, sería preciso subir hasta Luis IX de Francia y Fernando III de Castilla. Cierto que hay reyes en los modernos siglos, hay soberanos que hoy reinan, que han llevado socorros y consuelos á sus súbditos; pero en esas obras de misericordia el oro es lo que menos importa y lo que menos vale, y aún el valor mismo del corazón, el desprecio de la vida pueden ser igualados por otros corazones serenos. Lo que en el Rey Alfonso XII es prodigioso sobre todo encarecimiento, es ir henchido de la más honda tristeza, víctima de dolencia traidora,

con la muerte dentro de la vida, asentando su planta sobre valles y laderas que aún humeaban y se estremecían, ó respirando atmósferas viciadas y mortíferas, y caminar, no obstante, infatigable y tranquilo como ser sobrehumano. El sabía bien, al atravesar las vertientes de las sierras granadinas, que en aquellas poblaciones que iban á reconstruirse, en aquellas iglesias que iban á edificarse, pronto se entonarian para él las preces y los Invitorios de los muertos; que aquellos días tan fríos, tan nublados y tan breves eran el último invierno de sus tempranos años; y, sin embargo, resignado con su cercano fin, acatando los designios de Dios, comprendiendo mejor que nunca ante aquellas catástrofes que toda pompa terrena es vanidad, que lo único que hay grande y bello en la vida es adorar al Señor y amar á nuestros hermanos, hablaba y sonreía con tal dulzura, que todos los desgraciados se olvidaban de sus propios dolores para aclamarle y bendecirle. ¡Ah! La estatua que se eleva en la histórica Alhama para conmemorar la caridad de Alfonso no es un ídolo, porque los hijos de la Iglesia católica no adoran ídolo alguno, pero sí es recuerdo de celestial virtud, de sacrificio casi infinito para aquellos laboriosos habitantes, que transmitirán á las generaciones venideras su frenesí por tan buen Rey, y su fidelidad para los que hereden su trono.

Ahora bien: el que era tan grande y piadoso para con su pueblo, no podía dejar de manifestarse

asimismo grande como Soberano , y en su curso con las potestades. Nó; yo no sé de Príncipe alguno contemporáneo que leyera más claro que leyó Alfonso en los libros de la justicia, del derecho, de la libertad verdadera , del honor y de la dignidad humana. Más aún : con ser la imaginación de Alfonso tan viva, con ser fuego su corazón, todo aparecerá en él razón y todo nieve , cuando se trate de menospreciar un peligro y de desdeñar un ultraje , ó cuando los destinos de España demanden dominar los impulsos irreflexivos con la lucidez de la prudencia y con la energía de las resoluciones sensatas. Y si alguna vez puede importar mucho al mundo la ejemplaridad de un fallo que establezca cierta jurisprudencia en los conflictos de los Príncipes, el padre siempre amante para los españoles , sabrá mostrarse hijo respetuosísimo de la Iglesia. Alfonso había mirado siempre á los sucesores de los Apóstoles como los miraron los poderosos monarcas de la Edad Media , Carlos Martel, Pipino, Carlomagno , San Luis, Jaime I, Fernando el Santo: esto es, como si ciñeran también corona y empuñaran un cetro; pero al fijar su mirada en los sucesores de San Pedro, que le dieron entrada en la vida espiritual y le condujeron por la mano en los laberintos de la desgracia, el respeto rayaba en veneración , el afecto se sublimaba hasta la piedad más tierna. La historia dice bien alto que los despotismos universales sólo han tenido un enemigo temible y un

dique segurísimo: la palabra y la autoridad de los Papas; y por eso Alfonso XII, en su inesperada querrela con el Imperio colosal que se ha impuesto á la Europa por la fortuna de las batallas, acude confiado al Pontífice-Rey, al anciano cuya razón domina en los mundos de lo invisible cimas intelectuales tan elevadas, que no alcanza á percibir las ningún espíritu á quien ofusca el error, al modo que la vista corporal tampoco divisa la cumbre del alto monte, cuando debajo de ella se extiende la niebla que la oculta. Acaso las hondas emociones de aquellas horas supremas abreviaron los días de una existencia que nos era tan dulcemente querida; pero en cambio, la gran figura de León XIII aparece como aparecieron siempre todos los genios superiores que ciñeron la tiara; como mediadora y árbitra imparcial y justa, en los desacuerdos de las naciones; y el nobilísimo Alfonso pudo igualmente exclamar de esta manera: «En los paternales brazos del Vicario de Jesucristo abrí mis ojos á la vida; en esos mismos brazos he de exhalar el suspiro postrero, para gloria del Señor y para edificación de los Reyes» (1).

---

(1) La historia consignará algún día, con todos sus interesantes pormenores, el proceder incomparablemente acertado y heroico del Rey Alfonso XII en la cuestión de las Carolinas. Él había podido apreciar ya por sí mismo cuán poderosa y fuerte es la Alemania de nuestro tiempo; él sabía del mismo modo cuán exhausta estaba España de

¡Qué otoño aquel tan triste! Fué el 25 de Noviembre de 1885; Alfonso iba á cumplir.... ¡veintiocho años! En aquella mañana de mortal incertidumbre, una nueva Catedral se abría en Madrid al culto; y yo, yo mismo elevaba en ella la Hostia de propiciación, en solemne rogativa por la salud del Monarca. Pero ¡ay de mí! que aquel fervoroso

---

fuerzas y recursos para sostener una guerra con tan pujante Imperio; y como Alfonso amaba á su patria mucho más que á su corona y su vida, puso resuelto empeño en evitar la lucha, siempre que quedaran á salvo la dignidad y la honra de su pueblo. Profundas debían ser sus convicciones, cuando tuvo valor bastante para soportar sin queja las únicas horas de impopularidad de todo su reinado: irrevocable debía ser su propósito, cuando, según versiones que parecen autorizadas, significó con varonil entereza á su Gobierno, que antes abdicaría mil veces que atraer sobre su patria la desolación y la ruina: es decir, que él solo contra todos, supo encauzar las corrientes del impetuoso río que se desbordaba. Alfonso había cautivado por la lucidez de su talento, y por la transparencia de su alma, á Guillermo I; y por amor á un Rey tan joven y esclarecido, el anciano monarca obligó, acaso, á su Canciller á olvidar que el escudo del nuevo Imperio había sido insultado y roto por una muchedumbre excitada. Dos cartas escribió Alfonso con motivo del ruidoso incidente: una al Emperador Guillermo, otra al Soberano Pontífice León XIII. La primera es lo más bello y delicado de la inteligencia y del honor; la segunda es lo más tierno y sublime del sentimiento filial y del alma agradecida, y con razón la mostraba León XIII á los Cardenales y Diplomáticos como un verdadero tesoro.

sacrificio, ofrecido á la vez por el ministerio del Sacerdote y por el alma agradecida, no podía ya dar la vida al Soberano: el Soberano había muerto, y Madrid aún lo ignoraba. Cuando llegó y cundía la infausta nueva, los ayes que se exhalaban, las lágrimas derramadas fueron quizá en mayor número que las hojas que caían de los árboles. ¡Ah! Nosotros nos doleremos siempre de aquella muerte ignorada, en la que el mundo no descubre al cristiano postrado ante el Sacerdote que le absuelve y ante su Dios que le visita; y sin embargo, yo encuentro que ese fin es hermoso, y que presenta caracteres de lo sobrenatural. Aquella mirada entristecida, aquellas lágrimas del corazón, aquella lucha del sér que se va despidiendo de los que ama, sin querer affigirlos; aquel desdén hacia las glorias de la tierra, son la redención de toda fragilidad y toda culpa. En el católico Monarca no ha podido faltar la contrición del alma, el deseo vehementísimo de recibir la absolución que perdona y el Sacramento que transfigura: lo que ha faltado de súbito es el aliento de la vida humana para realizar sus votos. Nó, no fué dable adorar en la estancia del Rey Alfonso al Verbo Divino que se esconde tras el velo de los misterios; pero sí podremos creer piadosamente que descendieron sobre ella los ángeles del convite Eucarístico para acompañar á un justo que dormía en el Señor; y después, en el supremo juicio del Criador con su criatura, nos imaginamos oír

estas palabras del Salvador Eterno y Clementísimo: «Ven á mi reino y mi gloria, alma bendita» de mi Padre; porque tuve hambre, y me diste de comer; tuve sed, y me diste de beber; estuve desnudo, y me vestiste; enfermo, y me visitaste» (1): tú fuiste apóstol, ministro, héroe y víctima de la caridad en medio de tu pueblo, y *la caridad cubre la muchedumbre de los pecados* (2).

Excmo. Señor: en el reinado y en la hora postrimera de Alfonso no se ha deshecho nunca la alianza de la justicia con la piedad. La sonrisa que se dibuja en los labios del Rey muerto es la herencia de esa piedad y esa justicia, dejada en paz á la viuda y al huérfano; la explosión de dolor y de llanto de sus súbditos es la esperanza cierta de que aquella herencia está garantizada por la hidalguía, y de que jamás los hijos de la España de Recaredo y de Pelayo habrán de consentir que las maquinaciones de la impiedad comprometan los sagrados derechos de Alfonso XIII al trono de sus abuelos. *Aufer impietatem*, etc.

Murió ¡oh dolor! el Rey Alfonso XII; pero allí, á la cabecera de su lecho, cerrando piadosamente sus ojos, cubriéndole con la última vestidura, esparciendo flores sobre su cadáver, se reveló el espíritu superior de la fiel compañera de su vida.

---

(1) Matth., XXV, 35, 36.

(2) I, Pet., IV, 8.

España había sabido en su día que la Princesa ilustre pasó su infancia y su adolescencia en sitios donde la castidad florece como los lirios, y donde se instruye y forma la mujer con la educación de las antiguas reinas. España vió después á la recatada doncella desposarse con el gentil Monarca, penetrar con paso tímido en el suntuoso palacio, permanecer en él escondida en su modestia, embalsamando con su virtud la reducida atmósfera del hogar, no saliendo apenas de su morada sinó para visitar el hospital y el templo, y sin que su nombre se asociara nunca ni á las crisis gubernamentales, ni á los encumbramientos repentinos, ni á la distribución de gracias y de honores. Y sólo cuando ha sonado la hora de la desolación y de las lágrimas, advierte el pueblo español que tiene por soberana á una mujer privilegiada y fuerte como las heroínas de la Biblia. ¡Ah! Es que las noches de la viudez, en la razón que cree y en el corazón que ama, tienen enseñanzas profundas y carismas celestiales; es que al orar y llorar sobre la sepultura del amado, Dios estaba cerca de aquella alma recogiendo su oración y su lloro; y como todo estuvo allí lleno de Dios, todo fué extraordinario y sublime.

Nó, no es posible olvidarlo. Cuando faltó el gran Rey, temíase que aquella muerte iba á cortar en flor las esperanzas de un pueblo; pero no trascurrió aún el corto plazo del más riguroso luto, y ya pudo comprenderse que á la sombra de

su dolor, viviendo de los recuerdos de Alfonso, curando su ancha herida con el amor de su religión, con el amor de sus hijos, con el amor de su nueva patria, Cristina había afianzado con mucha más solidez el trono que custodiaba. Con relación á las esferas del alma, ella se formó al instante sus modelos: Adelaida, Matilde, Isabel de Portugal; y nieta de Reyes, esposa de un Rey, madre de un Rey, su fe, sus mortificaciones, sus piedades son siempre dignas del Amor y de la Santidad del Rey Eterno. Con relación á la patria, permanecerá siempre madre para su pueblo, sin otras alegrías que la voz de la conciencia pura y las satisfacciones del deber cumplido, sin otro orgullo que el de ser amada, y tendiendo constantemente á la caridad y la clemencia, como los rios que llevan sus aguas en dirección al sol, hasta confundirse en el mar. Con relación á Europa, las naciones y los Principes que han visto en esa Reina la inteligencia que lee y que profundiza en las inteligencias ajenas, la dulzura que atrae, el infortunio que conmueve, la virtud que cautiva, han creado en derredor de ella tales atmósferas de admiración y respeto, le han tributado homenajes tan cumplidos en nuestros litorales, como no se tributaron á Soberano alguno en los modernos tiempos. ¡Ah! Si los éxitos magníficos obtenidos por la prudencia, por la discreción, por la piedad, por las ofrendas del amor cristiano, pudieran hacer inmortal á una criatura humana, la noble es-

posa de Alfonso XII, la tierna madre de Alfonso XIII no moriría jamás.

¡Alfonso XIII y su Madre! ¡Qué nombres y qué seres! La Religión de Jesucristo, en las demostraciones de sus santos amores, colocó desde su origen á la viuda cerca del huérfano; pero la viuda, con el hijo huérfano en los brazos, es un grupo especialmente querido de la Iglesia Católica, que lo confía, como un objeto inviolable, á los corazones honrados y generosos. España, la hidalga España está encargada de custodiar el sagrado depósito, y lo guardará tan fielmente como se lo imponen su deber y su honra. Nó, no hay en mi patria corazones tan despiadados que pongan asechanza á la madre que aún mece la cuna de su hijo, á la dama amparada por los timbres de nuestra historia y por las tradiciones de lealtad de nuestros venerandos ascendientes. ¿Ni quién tampoco podría ser tan cruel que intentara despojar al inocente niño que ríe como los Querubines, que va tendiendo con indecible gracia su brazo, como para prodigar caricias y repartir mercedes? ¡Oh! Si algún día una mano audaz atentara locamente contra la corona del hijo de Alfonso XII, la sombra vengadora del ilustre padre, ¿qué digo? los espectros de cien Reyes se levantarían de sus sarcófagos para execrar y maldecir al profanador impío que osaba violar tantos derechos reunidos: derechos de sucesión, derechos de la sangre, derechos de la hospitalidad, derechos de la inocencia.

En cambio, el bueno y agradecido Rey Alfonso protegerá y bendecirá desde la altura, no sólo á los que circunden y defiendan el solio de su legítimo heredero, sinó también á aquellos que, al ver brillar la razón y desenvolverse las facultades del infante, le nutran de la verdadera ciencia, diciéndole que el talento y el saber son como el éter, que, según ondula ó se agita, produce el calor y la luz, ó despide el huracán y el rayo; y alejen con igual celo de su mente y de su mirada todo error que seduzca, todo ejemplo que corrompa, á fin de que la piedad haga en su corazón alianza perdurable con la justicia, para afirmar á un tiempo su dicha y la dicha y engrandecimiento de su pueblo. ¡Oh, ángel custodio de mi patria, figura de sobrehumana elocuencia en todas las altas ocasiones de nuestra historia nacional! A tu vigilancia y patrocinio entrega confiada la monárquica España los hijos de su llorado Rey, segura de que les sostendrás con tu poder y les escudará con tus alas.

He concluído, Excmo. Señor. Al tejer este elogio y al enumerar tantas glorias, ya os lo dije, no ha sido, nó, mi ánimo cubrir con el manto de la lisonja la memoria de los que murieron, ni el poderío de los que viven; sinó dar á entender que no hay otros privilegios ni grandezas en presencia de la muerte que los merecidos por la virtud; sembrar consuelos y esperanzas en los corazones españoles que tenían delirio por su Rey, y que, al perderle, perdieron en él al Soberano y al padre;

y alentar en las sendas de su difícil pero providencial misión á los que administran en justicia su reino (1). Las acciones de Alfonso XII fueron acciones de atleta, á la vez que de Monarca profundamente cristiano; su mediación, pues, desde las regiones de lo infinito ha de ser la intercesión eficaz de los justos. En aquella existencia privilegiada todo lo encontramos reunido, como en los héroes de las grandes epopeyas: la alcurnia, el destierro, el saber, el llamamiento, el peligro, la victoria, el amor, la abnegación, el sufrimiento y el tránsito. Sus alegrías más visibles se mostraron en los campamentos; sus encantos más puros en el cariño de la esposa y en el ósculo de sus hijos; sus complacencias más íntimas en el bienestar de su pueblo; sus elevaciones más altas en la contemplación de los misterios de la caridad de Cristo y en el perdón de toda ofensa. Alfonso pudo estar alguna vez cautivo de las pasiones; pero siempre que se trataba de la integridad de su fe, de la limpieza de su escudo, de la dicha de su hogar, de la gloria de su patria, no había para él hechizos ni cadenas. Y sobre todo, Sr. Excmo., siempre que el genio del mal y del error amenazó invadir ó turbar de algún modo su reinado, él llamó en auxilio de su voluntad y de sus luces el concurso de la piedad cristiana, que asentó el trono sobre fundamentos de justicia, y había de afirmar luego más y más la

---

(1) Prov. XX, 8.

corona en las sienes de Alfonso XIII. *Aufer impietatem de vultu regis, et firmabitur justitia thronus ejus.*

¡Oh tú, Rey Alfonso XII, cuya vida fué tan gloriosa, y cuya memoria es tan amada! Tú velarás solícito desde las mansiones del Padre Celestial, donde nuestra fe cree divisarte, sobre los ángeles que has dejado en tu alcázar terrestre, y sobre el pueblo que vertió tantas lágrimas en torno de tu sepulcro!

¡Oh tú, Reina bondadosísima, ángel tutelar del coronado niño, amparo y guía de todos tus pequeñuelos! ¡Ojalá que en los insomnios de tu dolor y en tus oraciones al Altísimo se te pongan de manifiesto todas las luces de la sabiduría y todos los resortes de la fortaleza cristiana, para que termines, con la auréola de los pacíficos, tu santa misión de madre, y puedas ver á los hijos de tus hijos cumplir y disfrutar, entre las bendiciones de su pueblo, todos los grandes deberes y los hermosos derechos que heredaron!

¡Oh tú, cándido y gracioso Rey, que ignoras todavía lo que es la alteza del alma, el peso de la corona, la prueba del infortunio, la amargura del desengaño! ¡Haga el Cielo que cuando llegues á los días de la adolescencia y rijas por ti mismo esta nación española, si tienes aduladores los desoigas, si tienes enemigos los venzas, si tienes ingratos y desleales los perdones; atesorando ávidamente en tu pecho la piedad y la justicia que consolidan los

tronos, y buscando siempre amoroso el beso de tu madre y la luz de sus consejos, como lo hacían los hijos de los antiguos Patriarcas, como lo hicieron con Blanca de Castilla y Berenguela San Luis y San Fernando!

¡Y Tú, Dios mío, Eterno Soberano de los Reyes y de los siglos! Dignate escuchar hoy nuestros suspiros y nuestros votos, á fin de que este pueblo católico, bajo la égida de un reinado que una la fe y la gloria de dos ilustres dinastías representadas en nuestro tierno monarca, recobre aquella grandeza que le permitió plantar el estandarte de la Cruz en tantos Continentes. Y si hoy, Señor, el Rey Alfonso XII, cuya muerte y cuya memoria nos han congregado en este lugar santo, esperase todavía su purificación perfecta en los senos misteriosos de la Iglesia paciente, que las lágrimas de nuestros ojos, las oraciones de los Ministros de tu Altar, y, sobre todo, los infinitos méritos del Incruento Sacrificio, muevan tu Amor y tu Misericordia para abrir á su alma las mansiones de la Jerusalem celestial. Así sea.

---

ORACIÓN FÚNEBRE  
QUE EN LAS HONRAS  
DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA  
Y DEMAS INGENIOS ESPAÑOLES  
FUÉ PRONUNCIADA  
EL 23 DE ABRIL DE 1891  
EN LA IGLESIA DE MONJAS TRINITARIAS DE MADRID,  
POR ENCARGO  
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.



---

*Cor sapientis erudiet os ejus, et labiis  
ejus addet gratiam.*

El corazón del sabio enseñará á su boca,  
y añadirá gracia á sus labios.

(PROV., XVI, 23.)

EXCMO. É ILMO. SEÑOR: <sup>(1)</sup>

SEÑORES ACADÉMICOS:

Es necesario venir aquí inspirados de pensamientos divinos, para no quedar desvanecidos por las seductoras grandezas de la gloria humana. La ciencia, con sus múltiples y luminosos destellos; la literatura y la poesía, con todos sus arrebatadores encantos; el lenguaje, considerado, no ya en su más alto concepto, es decir, como dón y como revelación del Altísimo, sinó en su mera significación ideológica; vosotros, gigantes del saber y de la palabra; yo, pequeño ciertamente, pero exaltado por vuestra benevolencia para ocupar hoy esta Cátedra augusta, todo parece incitar

---

(1) El Rvdo. Obispo de Madrid, Doctor D. Ciriaco Sancha y Hervás.

á la imaginación para que se emancipe del entendimiento, ó al entendimiento para prescindir un tanto del corazón y del espíritu. Pero ¡ah! vosotros no pertenecéis, por dicha, al número de aquellos sabios que ni creen ni anhelan otra inmortalidad que las apoteosis del tiempo presente, cuando sus contemporáneos quemán delante de ellos el incienso de la adulación ó la lisonja; sinó que habéis firmado, por el contrario, en lo íntimo de la conciencia la alianza del corazón con los labios y con la fantasía, para no adorar vanos ídolos, para no ensalzar otras bellezas que las bellezas de la verdad y el bien, suspirando de continuo por contemplar su esencia en más venturosa patria. Yo, maestro, por la misión y el deber, de la doctrina católica, pero antes que maestro, Sacerdote y apóstol, yo he debido dejar á la entrada del santuario todas las debilidades y todas las miserias para revestirme y fortalecerme en el templo con la virtud de la humildad, y para no aspirar á otro fin que á la renovación interior del hombre por los carismas de la gracia.

¿Ni quién, por otra parte, osaría mostrarse soberbio en presencia de la muerte? Nosotros podríamos conservar sereno el ánimo ante la memoria del genio sin segundo que escribió ese libro inmortal (1); libro honrado y acogido por la re-

---

(1) La edición del *Quijote*, hecha por la Real Academia Española, colocada sobre el catafalco.

ligión misma, y ante el recuerdo de los hombres superiores de nuestra edad de oro de las letras, porque la distancia que de ellos nos aparta y las auréolas que los circundan son al alma consolación y lenitivo; pero mirad ¡ay! á vuestro lado y en derredor vuestro, y al contemplar los tristísimos y recientes huecos que la muerte hizo, vuestros ojos se arrasarán en lágrimas, como están arrasados los míos; que si vosotros lloráis la pérdida de vuestros compañeros de ayer, yo miro inconsolable cómo han desaparecido de ese sitio de honor los dos amigos que más me distinguieron, y cuya muerte constituye para mi propia vida un doble desamparo, el desamparo cruel del alimento del espíritu, y el desamparo, aún más acerbo, para la estimación de mi modesto nombre (1).

---

(1) El Ilmo. Sr. D. Antonio Arnao y el Excmo. Señor D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, fallecidos respectivamente el 4 de Febrero y el 4 de Septiembre de 1889. Con el primero consultaba el autor de la presente Oración fúnebre sus trabajos de Oratoria Sagrada, cuando éstos eran destinados á ver la luz pública; maravillándose siempre de la gran competencia literaria de aquel hombre laborioso, cuya clara razón y cuyo raro mérito sólo podían compararse á su natural modestia y á la afable dulzura de su trato. Al segundo, bien conocido dentro y fuera de España como coloso del saber y de la elocuencia, debimos favores de otra muy distinta índole, donde el afecto del que los otorgaba estuvo en justa relación con la gratitud inmensa del que los recibía, y con la secreta importancia de algunos de aquellos beneficios. Por eso

¡Oh, tiernos amigos del corazón! ¡Si la amarga muerte nos separa, aprenda yo á vivir y á morir con vuestro piadoso ejemplo, y nuestras almas se encontrarán de nuevo un día en las mansiones eternas!

Y hé aquí, Señores, otra lección harto elocuente para que acudamos bajo estas sagradas bóvedas con corazón humilde; la edificante vida y la preciosa muerte de los esclarecidos ingenios de nuestra España que os precedieron en los caminos de la sabiduría; hombres que desconocieron ó desdeñaron la propia gloria para difundir y para encomiar la ajena; hombres que no cantaron jamás las hermosuras de la naturaleza creada, sin invocar y bendecir á la Divinidad creadora; hombres que sólo batían las alas de su espíritu por los ámbitos de tres cielos, el cielo del hogar, el cielo de la patria y el Cielo de la Iglesia; hombres, en fin, que rindieron el último suspiro entre los versículos de un Salmo, ó entre la amorosa frase de un Cántico ó de una Antífona á la Virgen María, dejando comprender al mundo que aquella muer-

---

hay cierto misterio en alguna frase de este recuerdo tan espontáneo y sentido; frase que no significa en ningún modo—podemos afirmarlo bajo la fe del sacerdocio—ni presunción ni queja, sinó que es únicamente un gemido, un lamento del corazón al Cielo, y una bendición íntima al amigo leal y desinteresado, al protector fuerte y generoso.

te dichosa era un sueño dormido en la misericordia del Señor.

Y puestos ya en este hermoso camino de la idea de una muerte cristiana, nuestro dolor se mitiga y nuestro espíritu se eleva en brazos de la esperanza, esa virtud bienhechora que con tanta razón ha pintado el arte religioso, fija la mirada en el Nombre del Dios Omnipotente, que está escrito en los cielos, y teniendo por pedestal un libro abierto, que es el Evangelio de Cristo. En esta encumbrada altura, logramos olvidar lo que es materia y polvo para fijarnos en lo que es espíritu, lo que pasa por lo que permanece: ya el tiempo busca lo eterno, las sombras buscan la luz, el corazón inquieto busca la visión suprema, y el alma, iluminada por la fe, que es «substancia de las cosas que se esperan,» (1) piensa preferentemente en que el sér que perdió vive, en que la oración por los muertos traspasa al punto el dintel de lo infinito, porque entre los que quedan y los que parten hay un puente tendido, una senda misteriosa que se llama la Comunión de los Santos.

Señores Académicos: gracias, gracias en nombre de la Religión por el espléndido testimonio que dais al mundo, de vuestra ardiente fe. Los delirios del error son todavía más funestos que los delirios del crimen, y, sin embargo, esta sociedad

---

(1) Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium.—Hebr., XI, 1.

positivista y descreída no se cuida de ellos: sirve, pues, de inefable consuelo á las almas rectas ver que vivís bajo el magisterio infalible de la Iglesia Católica, donde la verdad no se muda y la caridad es eterna, y que en las regiones de lo sobrenatural mantenéis con los ilustres finados que nos recuerda ese túmulo, el mismo dulce comercio que conserváis con ellos en las esferas del saber humano. Al consagrar hoy, por tanto, en sufragio de vuestros antecesores estos grandiosos cultos del Catolicismo, que tiene sus preces más sentidas, sus acentos más penetrantes, sus melodías más patéticas para orar por los difuntos; y al tejer una corona de alabanza al Príncipe de nuestra literatura y á los cultivadores más insignes de las letras patrias, porque sus libros y sus acciones contienen, como fundidos en una sola unidad real, la inspiración de lo alto, la bondad de la vida humana y la recreación del espíritu, hagamos entender, Señores, yo con la autoridad de mi ministerio, vosotros con vuestra piedad y vuestra fe, hagamos entender, digo, á los hombres de la ciencia incrédula esta enseñanza pura y saludable que palpita en el tema de mi discurso; esto es, «que únicamente los sabios que tienen á Dios en el corazón son los custodios seguros de la Verdad, los propagadores del Bien y los maestros de la Belleza, tres rayos de indeficiente luz, cuyo foco es Dios mismo.» *Cor sapientis erudiet os ejus, et labiis ejus addet gratiam.*

---

## I.

### SEÑORES ACADÉMICOS:

Qué cosa es la verdad? La verdad es la relación exacta entre el entendimiento y el objeto, la realidad de las cosas, percibida y juzgada por el alma. Y luego, en su ascendente gradación de lo temporal á lo eterno, la verdad es la naturaleza bien comprendida, como creación, salida de la nada, de un Artífice Omnipotente; la verdad es la ciencia que marcha acompañada y esclarecida por los destellos de la Palabra Eterna; la verdad es la voz de Dios, transmitida por agentes más poderosos que los rayos de la luz y que las vibraciones del éter; la verdad es el Nombre de Dios, bendecido y ensalzado por siglos infinitos; la verdad es la figura misma de Dios, que nuestra fe ve vagar entre los astros, en medio del espacio, en la cima de la montaña, en la campiña y el valle, en la fuente y en el mar, en el día y en la noche, en la tempestad y la calma.

La razón humana, Señores, tan elevada y tan noble, aún después de las heridas que le causó el pecado, puede adquirir por sí sola toda verdad que se refiera al orden puramente natural y científico; pero ¡ah! ella no tiene bastantes alas para investigar los secretos de los mundos superiores é invisibles. Al conjunto de esa verdad que hemos descrito, á los cielos de la verdad en su plenitud dichosa, sólo puede ascenderse con la fe, que dirige, pero no detiene; que regula, pero no oprime; que es «la vida del justo» (1), y la magnífica y celestial libertadora de los entendimientos cautivos. En el mundo físico un sol hay para lucir, una atmósfera para respirar; en las esferas de lo suprasensible la fe es el único sol de la razón, y la única atmósfera sana para la inteligencia.

Y no sólo es necesaria para la posesión completa de la verdad una razón que crea, sino que es indispensable asimismo un corazón que ame (2). «Amar es ver» (3), decía San Agustín; y por esto los sabios que reciben á Dios en su corazón, las almas que enseñan, como San Pablo á Jesucristo Crucificado, Virtud de Dios y Sabiduría de Dios, *Christum Dei Virtutem, et Dei Sapientiam* (4), logran subir á esas cumbres altísimas, vecinas de

---

(1) Rom., I, 17.

(2) Veritatem facientes in charitate. Eph., IV. 15.

(3) Amor oculus est, et amare videre est.

(4) I Cor., I, 24.

las intuiciones sobrehumanas y de la ciencia infusa de los Santos. Dios propende á reflejarse siempre en la razón del hombre , como que ella es en la tierra su criatura más querida y más privilegiada; pero el cristal en que Dios se digne de algún modo retratarse ha de ser limpio y tersísimo.

«No será adoctrinado el que no es sabio en el bien,» había dicho el Eclesiástico (1). «Con el corazón se cree para la justicia, y con los labios se hace la confesión para salud,» escribió el Apostol de las gentes (2). Para realizar mejor esta feliz armonía , así como la gracia llama con suavidad infinita á todos los corazones , la fe , segura de la adhesión de los entendimientos sencillos , se enamora por modo especialísimo de las grandes inteligencias (3) , buscando solícitamente al sabio , al filósofo , al poeta , al artista , al explorador , áun á los famosos guerreros y conquistadores ; y lo mismo la fe que la gracia , cuando se las rechaza ó desdeña, parecen gemir y llorar, Señores, como gimen y lloran los amantes castos que no han sido amados ni comprendidos.

De esos divorcios deplorables entre la razón y

---

(1) Eccli., XXI, 14.

(2) Rom., X, 10.

(3) Ut prius exemplum meditandi de ratione fidei, et sequens fides quærens intellectum diceretur. S. Anselm. præm. *In Prosol.*

la fe , entre el corazón y la virtud , origen de las herejías de todos los siglos, han surgido igualmente ese racionalismo impío y ese materialismo audaz que dividen y que pierden á las sociedades modernas. La falsa filosofía de nuestro tiempo no se contenta ya con atacar la ciencia teológica, á la cual persigue con implacable odio, por las premisas reveladas que ella impone al discurso ; sino que combate , con saña casi idéntica , la metafísica; porque siendo ésta la ciencia racional de los primeros principios y las primeras causas , tiende á conducir nuestro entendimiento hacia el Sér Infinito, protegiendo y estrechando las relaciones del alma con su Hacedor Supremo. ¡Ah, Señores Académicos! Esas generaciones racionalistas ó positivistas de nuestros días, hijas de padres siempre cristianos , cuando no católicos, nacidas de piadosísimas madres , me causan tan indecible , tan mortal angustia, como si aquellos grandes caudillos y aquellos intrépidos donceles de la Edad Media, que ostentaban dos espadas ó dos hachas en cruz para combatir al árabe, se hubieran pasado al Islamismo, renegando del Cristo cuyo sepulcro iban á rescatar. ¡Oh, abismos insondables del corazón del hombre! Tal vez una ciencia sin Dios podrá ser goce y recreo de los talentos extraviados ; pero será goce sombrío, recreación estéril y maldita, que lejos de producir un átomo de bien y de belleza para la vida moral del hombre, conducirá por contados pasos á los individuos y á los

pueblos á aquella total ruina que ya Niebuhr profetizaba hace apenas seis lustros (1).

En contraposición á esta loca soberbia del error, nosotros podemos ofrecer el interesante cuadro de cien varones insignes de nuestra historia nacional, que tomando la fe por norte, y la humildad por guía, conservaron diligentes el depósito de la verdad, para entregarlo intacto y puro á las venideras edades.

No hablemos ya de aquellos egregios reyes del décimotercio siglo, Fernando III y Alonso X, colosales figuras de la Religión y de la patria, paladines y cantores de la Santísima Virgen, cuyas imperecederas legislaciones son á un tiempo dogma, moral, justicia, derecho, honor, suavidad y hermosura, y de cuya memoria estuvo siempre prendada esta Academia, honrándola con sus elogios y sus publicaciones: ni nos detengamos tampoco en aquel Raymundo Lulio, talento extraordinario que se disputaron la verdad y el error como la vida y la muerte se disputan un hombre enfermo, pero donde la verdad y la virtud alcanzaron victoria decisiva. Fijándonos en el fatal período de defección y de lucha del siglo XVI, nos encontraremos con aquel Luis Vives, filósofo y humanista celeberrimo, que salvó tantas inteligencias de los naufragios que ocasionó la Reforma protestante, y que legó á la posteridad estas memorables pala-

---

(1) Hergenröther, *Hist. de la Iglesia*, cap. fin.

bras: «No hay lazada tan fuerte, no hay amistad »tan íntima, como el vínculo que une á la verdad »con la virtud, porque ellas brotan de la Esencia »misma de Dios como amorosas hermanas» (1): descubriremos luego á Francisco Victoria, de comprensión vastísima, de doctrina sólida, de frase lúcida, como su pensamiento; á su discípulo Melchor Cano, de profundo saber y de estilo vigoroso, y que á haber vivido en esta época de tecnicismo filosófico ininteligible, habría dicho, con más razón aún, lo que tan donosamente escribió de ciertos Escolásticos de su tiempo: «Yo me avergonzaría de no entenderlos, si ellos mismos entendiesen á fondo lo que tratan» (2): admiraremos á aquel Arias Montano, honrado de los Pontífices, de los Concilios y los reyes, como los Laynez y los Covarrubias, y que busca para morir el retiro del justo; á aquel Domingo Soto, cuyas luces pasan en Trento, y que escribe sobre Derecho natural y público libros que aún leen con avidez los filósofos y los jurisconsultos; á aquel Juan de Mariana, que compone nuestra Historia á la luz que despide la *Ciudad de Dios* de San Agustín, alma apasionada de la libertad legítima de los pueblos, y cuya

---

(1) Nullæ duæ res inter se tam amicæ et concordēs sunt, quam virtus et veritas, nempe, Germanæ, a Deo genitæ, lib. II, *De Anima*.

(2) Puderet me dicere non intelligere, si ipsi intelligerent qui hæc tractarunt. *De Locis*, lib. IX, cap. 7.

recta intención hace olvidar los atrevimientos de su pluma; á aquel Suárez, que mereció los respetos y las alabanzas de Grocio, y que por la fecundidad de su entendimiento nos recuerda á Santo Tomás de Aquino: hasta que pasando , al fin , por Fernández de Pacheco , fundador nobilísimo de vuestro Instituto, y por los hombres preclaros que siguieron sus huellas , entre los que se cuentan grandes teólogos, Prelados eminentes , políticos sensatos , gobernantes celosos, diplomáticos incorruptibles, venimos á los días en que la España y la Europa vieron lucir , como astros de primera magnitud, á Donoso Cortés y á Jaime Balmes ; á Donoso , que pareció escribir con la lira y con la entonación de los Profetas; á Balmes, talento ejercitado sin descanso en reivindicar las glorias del Catolicismo, corazón magnánimo gastado prematuramente en generosas luchas, y que, con el vuelo de águila de los grandes apologistas, ha rematado maravillosamente en sus incomparables paralelos el edificio que levantó Bossuet con sus inmortales *Variaciones*.

---

## II.

SEÑORES: hemos visto la luz; experimentemos ahora el calor: después de la alianza de la razón con la fe, el vínculo del corazón con la gracia: después de lo verdadero, lo bueno, que se llama lo útil cuando dice relación al bienestar material del hombre y de los pueblos, y que es el Bien cuando se refiere á la vida y al ennoblecimiento del alma. Y como aquí tratamos únicamente del Bien, que es toda aspiración y toda obra de nuestro ser moral, conformes con la Ley eterna de Dios; y como hemos de considerar este Bien en cuanto es inclinación y es hábito del alma, que es lo que constituye la virtud, permitidme que yo defina la virtud tan ampliamente como definí la verdad.

¿Qué es la virtud? La virtud es la propensión del alma hacia lo bueno, y su fuerza y su energía para ejecutarlo. Y elevando desde este punto de partida la mente, y dejando volar la fantasía,

añadiremos que la virtud es el resplandor del Cielo que ilumina las almas; la virtud es el acento eficaz que, en nombre del Señor, impera á los elementos y á toda la naturaleza; la virtud es como participar, en los destinos de la vida humana, de la misión de aquellos ángeles fieles, Virtudes del Altísimo, *Virtutes cælorum*, que mueven las causas universales y son el instrumento de los más altos prodigios; la virtud, en suma, es la efusión de la caridad inmensa é infinita, vapor, aliento, llama, escala misteriosa que pone en comunicación al Criador con su criatura, y que viene á identificar y á fundir el corazón del hombre con el corazón de Jesucristo.

Buscar esta hermosa virtud, ni aún en su acepción menos alta, en los hombres del racionalismo y el naturalismo modernos, sería insensatez y locura. Si ellos son poderosos, si son elocuentes, si dedican al mundo las producciones de su entendimiento, con frecuencia ¡oh dolor! no atesoran sinó para gozar, no hablan sinó para ofender, no escriben sinó para fascinar; es decir, que de la abundancia de sus riquezas, de los resortes de su saber y de las galas de su retórica no hacen sinó armas que hieren y venenos que matan. Señores Académicos, yo puedo conocer, por los deberes ineludibles de mi ministerio, el terrible secreto, bien digno de ser llorado, de algunas de esas almas; pero vosotros, que andáis incesantemente por los caminos de nuestras sociedades, que conocéis

mejor las realidades de la vida, que, por necesidad, á veces harto enojosa, cruzaréis á menudo vuestra palabra con hombres que no amen ni la fe ni la virtud cristiana, vosotros sabéis á fondo que, con la excepción consoladora de algún espíritu naturalmente recto, destinado para volver un día á su Dios, esos seres sin ventura van enseñando al mundo sus sonrisas, y tienen en el alma el odio con todas sus tristezas y la mentira con todas sus sombras; ofrecen alegrías y sólo dan martirios; seducen á los incautos mostrándoles como un claro de cielo, y cercanos de ese azul están los nubarrones de donde sale la tormenta; adulan, en fin, y engañan al pobre y al pueblo con el intento exclusivo de que sirvan de escabel á sus ambiciones, porque las alturas del orgullo de los falsos sabios y de los falsos apóstoles de nuestros días, están en proporción con los abismos de su bajeza. ¡Oh, qué horrendo destino el de los hombres de ciencia que corrompen la verdad y conculcan la virtud! Alguna vez, Señores, cuando la tempestad se desencadena, vemos la chispa luminosa que se desprende de la altura como un hilo de fuego delgado y ondulante, y ese hilo troncha la encina, hiende la roca, horada el muro de las basílicas y de los palacios, tuerce, agrieta ó derrumba las torres más altas y vistosas, sean cualesquiera su solidez y arquitectura; ¿qué comparación ¡ay de mí! cabe entre el rayo que se forja en la nube y el rayo de la Justicia Eterna, que se cierne sobre el ateo y el malvado?

Esta es la noche, la noche lóbrega, sin luna y sin estrellas. Para huir de esas aterradoras visiones, pongamos nuestra mente en los verdaderos sabios, en los privilegiados espíritus que os propusisteis por vuestros modelos, y veremos que si ellos legaron á los siglos escritos dignos de admiración, sus hechos fueron más dignos todavía de ser grabados en mármoles y bronces. Concibiendo y enseñando á Dios según la revelación divina, trataban á sus semejantes según el Evangelio de Cristo, y tan ricos como eran aquellos hombres en la estética del entendimiento, no la amaron ni la poseyeron nunca sinó para traducirla en tesoros de educación moral y de la caridad más difusiva. Ciñéndonos exclusivamente al examen del más célebre período de nuestras letras patrias, miremos en los vestíbulos de esos alcázares del bien aliado con la ciencia, á aquel Jiménez de Cisneros, que pide limosna para los pobres como Francisco de Asís, que funda la Universidad de Alcalá, y hace imprimir la liturgia mozárabe, que gobierna con la política cristiana, y que diciendo con varonil entereza á los magnates inquietos y turbulentos, «los cañones son mis poderes», su vida privada es toda ella humildad, desinterés, justicia, oración y penitencia; á aquel Tomás de Villanueva, profundo como Isidoro Hispalense, amante de la Madre de Dios como Ildefonso, caritativo como Martín de Tours, y cuyos funerales se celebran entre el clamor inmenso de un pueblo que le llora

y le bendice. Siguen sus hermosos pasos, evangelizando como él la paz y la virtud, aquel Pedro de Alcántara, varón ascético y de contemplación altísima, que predicaba como Vicente Ferrer, que poseía y comunicaba el dón de lágrimas, y que parecía acercarse al ángel (1) por la pureza de su espíritu; el Venerable Avila, cuya ciencia es siempre la idea sentida, la frase quizá inspirada, ávida de conquistar almas para la verdad y el bien; y aquel Fr. Luis de Granada que en *La Guía de Pecadores* y en el *Memorial de la Vida Cristiana* diríase haber arrebatado á la gracia de Dios su actividad y su influjo, para condenar el frenesí de la pasión que se excita, la vileza del pecado que se comete, la cobardía del corazón que desmaya en la prueba, la ignominia del espíritu que se deja vencer por la materia sensual y provocadora, convidando luego al pecador para revelarles el secreto de recobrar la felicidad perdida, ponderando el premio inenarrable del que triunfa en la lucha y exhala el último suspiro en brazos de la perseverancia; dichoso tránsito de que fué vivo ejemplar él mismo, que en sus postreros instantes parecía conversar con los Serafines, y hacía derretir en llanto los corazones. Allí solicita nuestra atención Rivadeneyra, alma formada para la piedad y la justicia, dulce amigo de tres Santos, Ignacio, Carlos Borromeo y Francisco de Borja, y que en

---

(1) Psalm. VIII, 6.

su *Tratado de la Tribulación* sabe hacer destilar sobre los corazones doloridos un bálsamo celeste: más allá divisamos á Teresa de Cepeda y Juan de Yepes, nombres que irán enlazados en la perpetuidad de los tiempos, no sólo por haber escudado respectivamente su vida con el nombre de Jesús, y con la memoria del sagrado madero en que el Salvador del Mundo reclinó su cabeza, sinó porque la Iglesia canonizó sus virtudes, porque tres centurias preconizaron sus milagros, porque las almas místicas adquieren alas con sus enseñanzas y sus éxtasis, porque el arte ha tenido para honrarlos sus ideales más bellos, y porque la tradición y la leyenda cuentan de sus acciones y de sus confidencias recíprocas cosas tan peregrinas, tan delicadamente suaves, tan henchidas del espíritu de Dios, que el alma no sabe bien *ni si ría ni si llore*, como decía la inimitable Expositora de los Cánticos. Y en pos de ellos, descubrimos al agustino Malón de Chaide, cantor del alma más castamente enamorada del Celestial Maestro; á Puente, Estrella, Rodríguez, Nieremberg y Zárate, continuadores celosos de la mística y del apostolado cristiano, en cuyos libros brillan á cada paso esas luces escondidas que no se dan á la ciencia y se abren á la virtud, cuya forma es casi siempre producción acabadísima de la inteligencia creadora; hombres, Señores, que por tener á Jesucristo, Hijo de Dios, en el corazón y en los labios, no persiguieron jamás otro fin ni acariciaron otro ensue-

ño sinó el de cambiar la sombra en luz y el dolor en alegría, sacando del error la verdad, del vicio la virtud, de la misma muerte la vida, pero vida fecunda y verdadera, porque es vida del alma, vida del Cielo, vida del Verbo Divino, dilatación de su gracia y obra sublime y misteriosa de la Providencia Eterna y Absoluta (1).

---

(1) Qui habet Filium Dei, habet vitam; qui non habet Filium vitam non habet. I Joan. V, 12.

---

### III.

PENETRANDO ahora, Señores Académicos, en dominios y en regiones que son vuestros más que míos, perdonadme que yo pregunte por último: ¿qué cosa es la belleza? La belleza, aparte de las constantes armonías del mundo físico, es el orden y la recta disposición de las cosas factibles; es la inteligencia, el corazón y la fantasía en comunicación recíproca para hacer lo grande y lo bueno. La belleza es el espíritu dirigiendo á la materia, la razón dominando á los sentidos, para sobreponer á todo lo temporal y deleznable el sello y la aspiración de lo eterno; es el ideal divino, reflejando su poder y su gracia sobre el genio humano; es el alma desenvolviéndose completamente en Dios, como el árbol que crece y se hace gigante en una atmósfera libre, porque la mente racional y el alma humana, ni se alimentan, ni se ilu-

minan, ni se transfiguran sinó en la substancia misma de su Hacedor Increado (1).

Los hombres de la impiedad y del error naturalista, que tan encarnizadamente atacan la verdad y la moral católicas, no se atreven á declararse en el mismo grado enemigos de la belleza; no porque ellos no se gozaran con alegría satánica en destruir toda belleza hija del Cristianismo, sinó porque miran y temen al sentimiento universal, á la conciencia pública, que condena y estigmatiza siempre á los profanadores de lo bello. Y, sin embargo, cuando el corazón se interesa, cuando la pasión se desborda, si el impío y el incrédulo no alcanzan á borrar ó á deslucir la verdadera hermosura, ellos consiguen ¡ay! harto frecuentemente crear una belleza ficticia, una forma pérfida y brillante, envueltas en una razón hipócrita, que medita, calcula, combina, seduce, descompone y mata á veces á golpe seguro á los espíritus desprevenidos, asemejándose á la acción del hielo en

---

(1) In ipso enim vivimus, movemur et sumus. Act. XVII, 28. Videtur mihi (inquit D. Augustinus) quoniam Dominus Jesus..... insinuavit nobis animam humanam et mentem rationalem..... non vegetari, non beatificari, non illuminari, nisi ab ipsa substantia Dei..... et beatitudinem qua fit beata ipsa anima, non fieri nisi participatione illius vitæ semper vivæ, incommutabilis, æternæque substantiæ, quæ Deus est. In Joann. Evangel. tract. XXIII, cap. 5.

la naturaleza, tanto más funesta y temible cuanto es más tenaz y silenciosa.

Nó, no puede haber verdadera belleza, belleza útil y fecunda, sinó la belleza que vive á la sombra de la Religión. Y cuando nosotros queremos estudiar en nuestra patria aquellas concepciones del entendimiento humano en donde la verdad se hermana con la virtud, y la hermosura se abraza con la inocencia, la primera creación que se presenta á nuestro examen es ese hermoso Libro; libro del que podría decirse que está escrito *por dentro y por fuera*, á semejanza del libro de las revelaciones bíblicas (1); libro que, conteniendo toda clase de excelencia, yo he de clasificarle hoy entre las producciones de lo bello, porque la belleza es el principal foco de luz que nos deja descubrir en él lo verdadero y lo bueno.

Pero antes de bosquejar el libro, hablemos del autor, bosquejemos al hombre. ¿Quién fué Miguel de Cervantes? ¿Cómo resumiríamos su vida? ¡Ah, Señores! Formóle la Providencia para una gran misión, y la majestad del santuario, los laureles de su patria, las glorias de la Ciudad Eterna, la nobleza de la sangre, los ensueños de la poesía, el viento, las olas, las batallas, las prisiones, la adversidad, la resignación llevada al heroísmo, todo había de contribuir para enaltecerle y para inmortalizarle. Un Sacerdote sabio y un Cardenal

---

(1) Ezech., II, 9.

insigne le dieron nombre y amparo; los remotos ecos de Dante y los más recientes del Tasso y del Ariosto, hirieron luego su robusta mente; quizá leyó también en la radiante mirada de Miguel Ghisleri (1) los próximos triunfos de la Cristianidad sobre la Media Luna, y ella fijó su destino, como soldado de la fe. En el golfo de Lepanto superan sus hazañas á las de los grandes héroes; que, más bravo que el león, el cual no pelea con calentura, combate enfermo en su galera, hasta caer con aquellas gloriosas heridas que habían de darle imperecedero sobrenombre. Cautivo más tarde del berberisco, su cautiverio es á la vez un apostolado, un poema y una leyenda. Encontró en su camino la felonía y la traición, y nunca dejó de perdonar y amar. Su mirada apacible y su temple de mártir domaron el corazón de tigre del renegado griego. Sus modales de príncipe dificultaron su rescate, hasta que aparecieron en su auxilio los hijos de Juan de Mata y Félix de Valois, aquellos mensajeros del amor evangélico que solían quedarse en rehenes para libertar á los encadenados. La firmeza y aún la candidez de su probidad le hicieron sufrir persecución por la justicia. Al encontrar la clave de su genio presiente la inmortalidad de sus escritos, y no experimenta ni una elación de soberbia delante de Dios. La pobreza fué mirada por él como hermana y amiga, acep-

---

(1) San Pío V.

tándola al mismo tiempo como prueba que acrisola; y al sonar la hora de la despedida eterna, canta y sonríe tan piadosamente á la muerte, como le cantaba y sonreía Francisco de Asís, en cuya Orden Tercera quiso Cervantes recoger su piadoso sudario.

Este fué el hombre, Señores; ¿quién hablará dignamente del libro, de ese libro que es, como ha dicho uno de vosotros, «encanto de los que leen y desesperación de los que escriben?» (1) ¡Ah! Todos los buenos corazones saben sentir los latidos de aquel alma; sólo las águilas del pensamiento podrán comprender su idea. Señores Académicos, en el reducido número de los monumentos de la inteligencia del hombre que han conquistado la gloria de la inmortalidad, desde la *Iliada* hasta el *Paraíso perdido*, no hallaréis ni uno solo en donde los pecados capitales, y el crimen, que tiene en ellos su germen, no dejen ver, frecuentemente altivos y triunfantes, su siniestra figura: permitidme, pues, á mí, Ministro del Santuario, aplaudir y encarecer, ante todo, en ese libro sin par, que su autor no haya necesitado del concurso y del movimiento de grandes culpas y de grandes caídas para hacer deleitable y provechosísima su obra. Si, ese libro es el secreto único del genio, nunca manifestado á otro, que, haciendo asomar casi constantemente la sonrisa á los labios, revela

---

(1) Castro y Serrano.

en cada página cuanto el entendimiento tiene de más sublime y el corazón de más sensible y más tierno. En ese libro, el héroe quimérico está elaborado con toda la substancia del héroe real, con su fe inquebrantable, con su virtud solidísima, con su razón potente, con su gracia peregrina, con su valor intrépido. En ese libro se finge una locura extraña y atractiva, para dar lecciones de soberano juicio á los hombres y á las sociedades. Las naciones aprenden allí á adorar la Providencia de Dios en las alternativas de poderío y de decadencia por que pasan los imperios; los reyes á captarse, por la misericordia y la justicia, el amor y la fidelidad de sus súbditos; los sabios á convenirse de las mil ignorancias de la ciencia humana; los felices á moderar su dicha; los desgraciados á sacar su purificación del sufrimiento. Allí se enseña que es de pechos nobilísimos perdonar las injurias; allí se exhorta á la plegaria y á la oración eucarística; allí se conjura al vencedor á tender una mano generosa al vencido; allí se ensalza la honradez y se anatematiza el dolo; allí se deifica la caridad y se inspira horror á la envidia; allí se muestra, mejor aún, se prodiga el no común espectáculo del fuerte amparando al débil. Para decirlo de una vez: el *Ingenioso Hidalgo* de Miguel de Cervantes es toda una apología de los dogmas católicos; todo un estudio de moral; todo un estatuto de legislación; todo un código de hidalguía; todo un derecho de gentes; todo un raudal de be-

lleza. ¡Llor eterno á tu nombre, varón incomparable! Tu rara inteligencia te hizo acreedor á no ser mirado como extranjero en ninguna parte donde se cree y se ama. ¡Duélenos que vivieses tan pobre y que no podamos fijar el sitio de tu sepultura; pero áun este pesar mismo se torna justamente en consuelo y en gozo: tu pobreza revisite para nosotros mayores auréolas, hoy que todas las naciones hacinarían el oro para rescatar tus huesos si estuviesen cautivos: la incertidumbre de la tumba en que reposas es un ideal más de tu gloria en nuestra fantasía: sabemos que descansan tus restos en este santo recinto donde constantemente se ora, y consideramos que estás mejor custodiado y más engrandecido entre las vírgenes de los claustros, que Shakespeare bajo las suntuosas bóvedas de Westminster!

Aparte de ese sol, Señores, cuyos resplandores nos ciegan, hay muchos bellos soles en el cielo de nuestra literatura, que dan casi tanto calor y tanta luz como los que de él se desprenden. Sin poder-nos detener á recibir todos sus blandos rayos, saludemos al menos, en los siglos que precedieron á hombre tan prodigioso, á aquel Gonzalo de Berceo, que deja trasparente en sus versos su hermosa alma de Sacerdote; á Juan de Mena, que forma su musa en la alegoría, como Dante; á Jorge Manrique, cuyos versos llegan al alma (1),

---

(1) Ticknor, *Historia de la Literatura española.*

y suben con el alma al Cielo; á Garcilaso, dulce como la paloma, y valiente y piadosísimo como los antiguos Cruzados. Consagremos después frases de admiración á las poéticas bellezas de Juan de la Cruz y Teresa de Jesús, dos columnas de fuego que han juntado su llama para incendiar al mundo con sobrenaturales amores; á aquel Fray Luis de León, cuyas poesías sagradas pudieran recitarlas los ángeles, y cuyos conceptos tiernísimos, por ser brisas de salud para las almas enfermas de tibieza, traen á nuestra memoria este pensamiento de la Escritura: «Palabras compuestas, sanidad de huesos» (1); á aquel Alonso de Ercilla, tan enaltecido por Cervantes como épico; á Lope de Vega Carpio, coronado por los Pontífices y los Monarcas, ídolo de la multitud por la increíble fecundidad de su ingenio; á Calderón, que en nuestra época llevó el asombro y el entusiasmo al espíritu de Guillermo Schlegel, lo mismo que nuestros Romanceros, dados recientemente á conocer en Alemania, parecen haber templado los aceros teutónicos para sus modernas batallas; á Calderón, repito, que á los ímpetus de su estro une la dignidad de la vida, y cuyos *Autos Sacramentales* se ofrecen como repeticiones siempre nuevas, siempre graciosas y originales del magnífico *Lauda Sion*, de Tomás de Aquino; á Fernando de Herrera, en cuya mente todo es luz, en cuya

---

(1) Prov., XVI, 24.

pluma todo majestad , en cuya alma todo modestia ; á Rioja , profundo pensador y místico , y tan primoroso y suave como la flor de un día , que ensalza y compadece ; poetas todos que , por la virtualidad poderosísima de sus bellas creaciones , enseñaron á Corneille y á Racine á hacer versos que deleitan y conmueven , por el sentimiento cristiano en que se inspiran ; á Ruiz de Alarcón , en fin , los Argensolas , Góngora , Valbuena , Quevedo , Saavedra Fajardo , Solís , Moreto , Tirso y otros ciento , hasta nuestros mismos días , que en verso ó prosa cantaron y extendieron , para adorar á Dios y para glorificar á su Verbo , todas las grandiosidades y todas las hermosuras .

Resumamos ya , Señores , la presente oración . Saber que nada esclarece , vida que nada fecunda , egoísmo que todo lo seca , belleza siempre mentida , sueño que no da descanso , vigilia que infunde miedo , ponzoña que á veces mata , ése es , casi invariablemente , el hombre de la ciencia ó de las letras esclavo de los errores contemporáneos . Saber , por el contrario , que ilumina y salva ; auras puras y benéficas para las almas que languidecen ; candor que realza á la hermosura ; caridad , gozo honesto del espíritu ; cielo y tierra que se juntan á manera del azul del mar y del azul del espacio confundidos en el confín del horizonte como un solo color y como un solo objeto ; ése es el sabio que vive á la sombra de la Iglesia católica , éstos

los hombres titánicos de la ciencia y de las letras que brillaron en nuestra patria, y que hoy reclaman nuestra atención y nuestras oraciones. Nosotros lo hemos visto. Buscando la luz de la Verdad en el Eterno Entendimiento del Verbo, que es Sabiduría Absoluta y es Amor Infinito; haciendo de su boca vena abundante de vida (1), porque era su corazón mansión bendita del Bien; adquiriendo en el universo visible y en los arcanos de lo sobrenatural todas las ideales bellezas que son derivación de la Belleza Increada, los sabios que aclamáis por vuestros maestros realizaron el secreto venturoso contenido en esta lección de los Proverbios: «El corazón del sabio enseñará á su boca, y añadirá gracia á sus labios: *Cor sapientis erudiet os ejus, et labiis ejus addet gratiam.*»

Señores Académicos: Considerados vosotros con justicia los guardadores natos de la Verdad, de la Bondad y la Belleza, no consentiréis jamás que los talentos audaces arrojen de nuestra literatura las glorias de la fe, de la virtud y del pudor, que forman su tradicional carácter. La incredulidad se atreve á todo: sabéis mejor que yo que Voltaire osó lanzar de la Francia Enciclopédica las producciones de Shakespeare. No admitáis tampoco en vuestro seno sino á talentos superiores; no tanto, porque las medianías no se distinguirían al lado vuestro, como porque la Verdad y

---

(1) Prov., X, 11.

el Bien necesitan hoy atletas que los defiendan y los saquen victoriosos de los terribles enemigos coligados en su daño. Sois también los custodios y los jueces de las hermosuras de nuestro idioma; cuidad, pues, asimismo con solicitud incansable, de que los hombres favorecidos con vuestra elección, amen ardientemente la pureza de nuestra lengua; porque la lengua es á tal punto el conductor de las civilizaciones, que aun cuando éstas se eclipsen, ella será todavía, como lo es en nuestra decaída España, la pirámide altísima que inmortalice lo pasado; sin olvidar, por otra parte, que tener la supremacía en la palabra, y no tenerla en las obras sería no poseer la sabiduría completa, y que poner un idioma al servicio de las pasiones, es crimen simultáneo de lesa religión y de lesa patriotismo. Sois, por último, los discípulos é imitadores de las brillantes pléyades de ingenios que en este día conmemoramos; rogad, pues, fervorosamente por ellos, porque son desconocidos á la razón humana los plazos misteriosos de las expiaciones en el reino de la purificación de las almas, creado por la Misericordia Infinita; y creed, y esperad, y amad, y confesad á Dios como ellos, porque de otro modo no lograríais encontrarlos en la inmortalidad futura.

Y vosotras, Vírgenes del Señor, Esposas amorosísimas del Inmaculado Cordero, ¡ojalá que la lava de los volcanes que abrasan nuestras sociedades, y los hielos que las marchitan, no penetren

jamás en vuestros venerandos asilos, y el Cielo os conceda tanto reposo y tantas gracias como vosotros imploráis para el mundo en los secretos de vuestra soledad! Yo no he de estimular hoy vuestra caridad ni vuestro celo, porque vuestro continuo pensamiento es ocuparos en la gloria de Dios y en la salvación de las almas: sois dignas hijas de vuestros santos Fundadores, y nada más tengo que decir, sino que os admiro y os bendigo, y que me inclinaria gustoso para besar las huellas que formáis con vuestras débiles plantas. Sin duda que en este instante corren de vuestros ojos gotas de dulcísimo llanto: derramadlas, en primer término, por los espíritus que vacilen entre la incredulidad y la fe, entre el vicio y la virtud, que para esas lágrimas del corazón no puede haber terrenos infecundos. Acompañad luego con ellas nuestras fervientes preces y vuestras propias oraciones, en favor del hombre singular á quien prestáis cristiano asilo en vuestra morada, y de cuantos en nuestra patria consagraron su privilegiada inteligencia á la causa de lo Verdadero, de lo Bueno y de lo Bello, á fin de que el Dios Justo y Clementísimo se digne concederles el eterno descanso en las mansiones de la bienaventuranza.

Así sea.—R. I. P.

---

## INDICE.

---

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                 | <u>Págs.</u> |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| Sermón predicado el 2 de Enero de 1864, en la Santa Iglesia Catedral de Granada, en los solemnes cultos que, para conmemorar el aniversario de la Reconquista de dicha ciudad por los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, celebran anualmente y de antiguo acuerdo el Cabildo Eclesiástico Metropolitano y el Municipio de la misma..... | 1            |
| Sermón predicado el 2 de Enero de 1865, en la Santa Iglesia Metropolitana de Granada, con motivo de la misma solemnidad á que se refiere el discurso anterior.....                                                                                                                                                                              | 33           |
| Panegírico de Santa Bárbara predicado en la solemne función que el Real Cuerpo de Artillería consagró á su Patrona en la Iglesia de San Francisco el Grande de esta Corte, el 4 de Diciembre de 1866, con asistencia de SS. MM. y S. A. R. el Serenísimo Sr. Príncipe de Asturias.....                                                          | 69           |
| Sermón predicado en la Santa Iglesia Catedral de Badajoz el 31 de Diciembre de 1870, en los solemnes cultos celebrados por una Asociación de personas piadosas, para ensalzar las glorias del Pontificado, protestar contra la usurpación y el despojo de que era víctima la Santa Sede, y manifestar                                           |              |

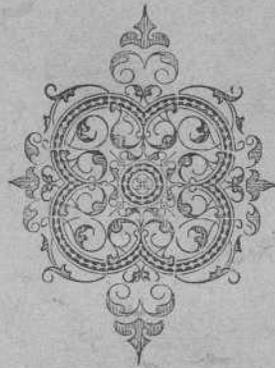
|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                             |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| adhesión profundísima y tiernísimo cariño á la persona de nuestro Santísimo Padre Pío IX.....                                                                                                                                                                                                                                               | 97  |
| Panegírico de Santa Bárbara predicado en la Santa Iglesia Catedral de Badajoz, en los solemnes cultos que el Real Cuerpo de Artillería de dicha Plaza consagró á su Patrona el 4 de Diciembre de 1874, con asistencia del Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis y del Excmo. Sr. Capitán General de Extremadura.                                  | 135 |
| Sermón de Eucaristía predicado en la Real Capilla de Madrid, el Domingo Infraoctavo del Santísimo <i>Corpus Christi</i> , 30 de Mayo de 1875, con asistencia de S. M. el Rey D. Alfonso XII.....                                                                                                                                            | 159 |
| Oración Fúnebre pronunciada en las solemnisimas Exequias que, por el eterno descanso de S. M. la Reina Doña María de las Mercedes de Orleans y de Borbón, se celebraron en la Santa Iglesia Catedral de Jaén, el 6 de Julio de 1878, con asistencia de todas las Autoridades de dicha ciudad.....                                           | 199 |
| Sermón predicado el 2 de Enero de 1881, en la Santa Iglesia Metropolitana de Granada, con motivo de la misma solemnidad á que se refieren los dos primeros discursos de este libro....                                                                                                                                                      | 233 |
| Panegírico de Santa Teresa de Jesús, predicado en la Santa Iglesia Catedral de Valladolid el día 15 de Octubre de 1882, en los solemnes cultos que, para conmemorar el tercer Centenario de la muerte de la Mística Doctora, celebraron de común acuerdo el Excmo. Ayuntamiento de dicha ciudad y el Ilustrísimo Cabildo Metropolitano..... | 273 |
| Sermón sobre el Misterio de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen, predicado el 8 de Diciembre de 1882, en la Real Capilla de Madrid, con asistencia de S. M. el Rey D. Alfonso XII....                                                                                                                                           | 319 |
| Oración Fúnebre de S. M. el Rey D. Alfonso XII de Borbón (Q. S. G. H.), pronunciada por encargo del                                                                                                                                                                                                                                         |     |

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                            |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Gobierno de S. M., en la iglesia de San Francisco el Grande de esta Corte, el 26 de Noviembre de 1886.                                                                                                                                                                                                                     | 347 |
| Elogio Fúnebre que en el tercer Centenario del fallecimiento de D. Alvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz, celebrado en la Real y Pontificia Iglesia del Buen Suceso, á expensas de S. M. la Reina Regente, y con asistencia de dicha Augusta Señora y de SS. AA. RR., fué pronunciado el 9 de Febrero de 1888..... | 383 |
| Oración Fúnebre de S. M. el Rey D. Alfonso XII de Borbón (Q. S. G. H.), pronunciada en la Real Capilla de Palacio el día 24 de Noviembre de 1888..                                                                                                                                                                         | 417 |
| Oración Fúnebre que, en las honras de Miguel de Cervantes Saavedra y demás Ingenios Españoles, fué pronunciada el 23 de Abril de 1891, en la iglesia de Monjas Trinitarias de Madrid, por encargo de la Real Academia Española.....                                                                                        | 451 |









SANCHEZ VALEZ.

GRAMÁTICA

ATOLICAMA

precio: 6 pesetas

1892.

8601